

LAURA FREIXAS

Los otros son más felices



se

Lectulandia

Áurea es una chica de 14 años, madrileña de origen manchego, que va a pasar el verano a la casa de unos familiares lejanos en un pueblecito de la costa Brava. El contraste entre los esfuerzos inútiles de su madre por sacudirse de encima la catetez, que la hacen caer en el ridículo, y el aire aparentemente desenfadado, abierto y culto de sus «primos ricos» compondrán el germen de un malestar que hará que su vida cambie de rumbo radicalmente.

Muchos años después, Áurea desentraña algunas respuestas a las preguntas que se ha hecho durante todo ese tiempo. Preguntas acerca de un verano rico en acontecimientos y en el que Áurea conocerá el arte, la belleza, el estilo, la elegancia y la cultura. Una vida verdadera que sin embargo esconderá también mentira, fingimiento y decepción, y que encerrará la clave de un secreto vital que no acierta a desvelar.

Lectulandia

Laura Freixas

Los otros son más felices

ePub r1.0

Titivillus 23-05-2019

Título original: *Los otros son más felices*
Laura Freixas, 2011

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

«L'homme est l'être qui ne peut sortir de soi, qui ne connaît les autres qu'en soi, et, en disant le contraire, ment».

«El hombre es el ser que no puede salir de si mismo, que no conoce a los demás sino en sí mismo, y diciendo lo contrario, miente».

MARCEL PROUST

Uno

Te he venido a ver sobre todo, claro, para hablar de los Soley. Es que a mí me cambiaron la vida.

... Yo tampoco, no creas. Tres o cuatro veces a lo largo de treinta años. Pero fueron importantísimos.

En casa no les llamábamos «los Soley», sino «los primos catalanes». Bueno, era mi madre quien les llamaba así; mi padre decía «los catalanes», a secas. Con un tono... Como cuando el señor Soley decía «*minyona*» —criada, en catalán—: como si se sacara de la boca algo asqueroso... Decía «los catalanes» con retintín, como si tocara una campanilla, de esas que se usaban en tiempos para avisar del paso de un leproso. Era una especie de mensaje en morse. Un mensaje que yo no entendía, pero estaba claro que mi madre sí. En cuanto mi padre decía «los catalanes», con ese tonillo, mi madre saltaba y empezaba a hablar de «los zarrapastrosos», decía: «¿Qué quieres, que tu hija siga pasando todos los veranos rodeada de zarrapastrosos?»... Mi madre es de un pueblo de La Mancha y hasta el 70 veraneé siempre allí. Mi padre no decía nada, bajaba la cabeza y seguía comiendo. Mi padre, ahora que lo pienso, nunca discutía con mi madre, se limitaba a dejar que esas frases suyas que parecían llenas de mayúsculas —«Tu Hija... Todos los Veranos de Su Vida...»— se murieran solas, se apagaran por falta de público. Pobre mamá, con lo que debía de haberle costado que los Soley me invitaran a pasar el verano con ellos.

Aparentemente no había sido más que una carambola, una suma de casualidades. Todo venía por las criadas, Epi y Circun, ¿te acuerdas de ellas? Eran hermanas, ¿lo sabías? Y eran del pueblo de mi madre. Dos años antes del famoso verano, los Soley habían necesitado una criada para doña Lucía y le preguntaron a mi madre si conocía alguna chica recomendable en el pueblo. ¡Qué gran noticia para mi madre, poder llegar al pueblo anunciando que sus primos catalanes necesitaban una chica! Todavía me acuerdo del día que fuimos a casa de la tía Zambomba a preguntar si alguna de sus hijas estaba disponible.

... Ni idea. En el pueblo todos teníamos motes, alguno sí se entendía por qué: el tío Ojillos, el tío Barbero... pero lo de la tía Zambomba, pues no sé, ni sé por qué a su familia la llamaban los Pepín y a la de mi madre, los Perejiles. Epi y Circun no, no son motes, son diminutivos, yo no me había preguntado nunca de qué nombres y ya te contaré, porque fue sonado, cómo lo supe, cómo nos enteramos todos, ese verano en casa de los Soley.

Así que en el 69 habíamos ido a casa de la tía Zambomba a preguntar, y mientras mi madre hablaba, describiendo a doña Lucía —«una señora mayor, viuda, que no debe de dar mucho trabajo, y tu hija tendrá una habitación y un cuarto de baño para ella sola»—, Circun murmuraba muy bajo: «¡Arrea!... ¡arrea!», impresionada, sonrojándose, como si le diera vergüenza solo pensar en tanto lujo, y a Epi le brillaban los ojos. En casa de la tía Zambomba no había baño, claro, solo un retrete de esos de tabla con agujero. Y dos años después, los Soley necesitaron una criada para ellos, porque la que tenían les había dejado para casarse, y mi madre volvió a recurrir a la tía Zambomba. La tía Zambomba la recibió con los brazos abiertos, decía que Epi estaba muy contenta en Cataluña, no la habían vuelto a ver desde que se fue, pero les enviaba dinero, y la otra hermana, Circun, estaba deseando marcharse ella también, mi madre le aseguró que los Soley la tratarían «como a una hija»... Circun debía de tener entonces dieciocho años, y Epi veinte o poco más. Y mi madre aprovechó la circunstancia, el viaje de Circun, para que fuera a La Tramontana yo también.

Mi madre estaba encantada de haber hecho un doble favor: a los Soley, proporcionándoles criadas, y a la tía Zambomba, colocando a dos de sus hijas en una buena casa. Pero ¿por qué mi madre se lo había tomado con tanto ahínco, por qué tenía ese afán de hacer favores? Si ella me oyera hacerme esa pregunta diría que hay que ver qué mal pensada soy, qué retorcida, hija mía, siempre buscándole tres pies al gato, ¿es que no te puedes creer que hay personas que hacen favores porque sí, sin esperar nada a cambio?... Pero yo que la conozco sé que nunca da puntada sin hilo, aunque a veces he tardado años en ver el hilo. No quiero decir que se tratase siempre de un propósito determinado. No, era una política general. Mi madre estaba siempre enterada de quién necesitaba qué, quién se había peleado con quién, de quién se rumoreaba tal cosa... Todo lo contrario de mi padre.

A mi padre que no le sacaran de sus balances y sus letras de cambio; el otro terreno, ese en el que mi madre se movía con tanta soltura, a él le parecían arenas movedizas, pantanosas, un plato de miel en el que se quedaría pegado a poco que se acercase. Mi madre en cambio sabía manejarse muy

bien, como te digo, y su manera de manejarse era hacer favores: «yo coloqué a tu hija, yo cuidé a tu padre en su última enfermedad, mi marido te recomendó a su jefe para que te diera un empleo...». No digo que los hiciera para cobrárselos, no era exactamente eso, pero sí para estar siempre en una posición inatacable, para ser acreedora perpetua de alguna deuda moral, para tener como si dijéramos un crédito, por si algún día le hacía falta.

Y los Soley eran un gran crédito. «Quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija», decía mi madre, que era muy refranera, y «A quien no tiene padrino, no le bautizan». Y nosotros no teníamos padrinos. Recuerdo a mi padre, una vez que le habían puesto una multa, estrujándose los sesos para ver si conocía a alguien que tuviera a su vez algún conocido, alguna prima, un antiguo compañero de colegio... que trabajase en la Dirección General de Tráfico, y consiguiera que se la quitasen.

... Anda, qué pregunta. Te aseguro que en España no nos la hacemos, no se la habría hecho nadie... Si era justa o injusta... No sé, eso era lo de menos, habría parecido ingenuo, y tal vez lo era, pensar que si la multa era injusta ibas a poder demostrarlo y conseguir que la anularan, y todavía más ingenuo aceptar pagarla porque la considerabas justa. Se daba por supuesto que las autoridades iban a exprimerte, a aprovecharse de ti con malas artes, y tú a darles esquinazo y buscarles las vueltas: el proverbio ese de «hecha la ley, hecha la trampa», no implicaba ningún reproche, era más bien un consejo. En fin, la cuestión es que había que tener padrinos. Y nosotros no los teníamos. Nosotros éramos el último mono y lo seguiríamos siendo porque no conocíamos a nadie que no fuera a su vez el último mono. A nadie, excepto a los primos catalanes.

Los Soley eran catalanes y eran ricos, dos cosas que oscuramente parecían ir juntas. Claro que en el pueblo de mi madre también había ricos, se les llamaba así: «los ricos del pueblo», eran una institución, como el señor cura y el señor alcalde. Tenían la casa principal del pueblo, en la Plaza Mayor, una casa como todas: chata, panzuda, pintada de blanco con un zócalo azul, solo que mucho más grande. Pero por muy ricos que fueran, los Medina eran ricos de pueblo. Ricos sin refinamiento, ricos con olor a bodega y a estiércol. Los Soley eran otra cosa, ricos de ciudad, que hacían cosas inimaginables para nosotros...

... Sí, madrileños, pero de barrio, de Ciudad Lineal; y madrileños recientes, todavía con el pelo de la dehesa. Unos paletos en comparación con los Soley, que viajaban, enviaban a su hijo a estudiar a Londres...

... Sí, claro, pero mi madre debía de ser incapaz de retener un nombre tan complicado como Liverpool, que a ella además no le decía nada. Para ella Inglaterra era Londres. Anoche cuando la llamé y le dije que estaba aquí me lo hizo repetir, no lo captaba; al final solo le dije que estaba en una ciudad de provincias, por trabajo. Es medio verdad, ¿no?, lo fue hasta ayer... No le dije que había venido a verte, porque a ella no le gusta recordar el pasado. Y menos, lo que tenga que ver con los Soley.

A mi madre esos ricos diferentes la hacían soñar. Por las tardes, mientras yo hacía los deberes en la mesa del comedor, ella a veces dejaba la costura y se ponía a hojear alguna revista: el *Garbo*, el *Diez Minutos*... Eran su único lujo, esas revistas de papel satinado, con fotos en color, que mostraban cosas bellas: la casa de Lola Flores, el yate de Onassis, Grace Kelly en el palacio de Mónaco... Pianos de cola, piscinas azul turquesa... Armarios con las puertas lacadas en blanco y oro, el retrato al óleo de la dueña de la casa encima de la chimenea... Un día que yo estaba mirando también, por encima del hombro, embobada, debí de ver la palabra «millonarios» y de pronto pregunté: «Mamá, ¿los primos catalanes son *millonarios*?». Dije esa palabra con tanta unción, que mi madre se echó a reír. Pero no lo desmintió.

Es curioso, ahora que lo pienso, mi madre había dejado el pueblo a los veinte años, pero seguía siendo el centro de su vida. No es que no le gustara Madrid, al contrario, mi madre era una madrileña entusiasta. Le gustaba la Puerta de Alcalá, la Cibeles, el Retiro... El metro, los cines, las cafeterías... Le gustaba el anonimato y el respeto, que la trataran de usted, nada de confianzas, nada de «Trini, la de los Perejiles», sino «doña Trinidad» o «señora Moreno»... Pero lo que le importaba de verdad era lo que pasaba en el pueblo. Su momento favorito del año, no me cabe duda, era cuando llegábamos a La Era, a principios de julio, en coche, con mi padre. Ella con su larga melena, teñida de rubio platino, como se llevaba en esos años —era la época, acuérdate, de Brigitte Bardot y de Sylvie Vartan—, y aunque ahora me doy cuenta de que no le sentaba nada bien, porque quedaba muy artificial y porque la hacía parecer todavía más bajita, entonces la encontraba suntuosa. Imagínate el contraste, cuando íbamos de visita, mi madre con la melena rubia y un vestido estampado, en uno de esos zaguanes oscuros, con el botijo en un rincón y tiras colgando del techo, unas tiras amarillas, adhesivas, llenas de moscas pegadas... y nos salía a recibir una mujer con sayas, vestida de negro, con un moño, o un hombre con boina y chaqueta negra de pana, que eran sus hermanos. Eran mucho mayores que ella, mi madre nació a destiempo, fue la última de una familia muy numerosa y sus padres la

regalaron a una tía viuda. Cosas que se hacían entonces... Y mi madre, como te digo, era la más pequeña, y además era bajita, pero les daba lecciones a todos. «¿Cómo no cortáis el pan? Os voy a regalar un cuchillo del pan para que no tengáis que romperlo con las manos, como gitanos», o: «Julio, por el amor de Dios, no te limpies la boca con la mano, ¿es que no tenéis servilletas?», o: «Arrea, arrea... dejad ya de decir "arrea", que somos personas y no mulas», o: «A este arroz le falta un punto», según mi madre a todo le faltaba sal o le sobraba ajo o estaba demasiado caldoso o demasiado seco, y a falta de otro defecto más específico, siempre quedaba ese comodín: «le falta un punto»... Yo no sé cómo ellos la aguantaban. Alguna vez alguien se atrevía a decirle algo, en cierta ocasión una del pueblo le cerró la puerta en las narices diciendo: «Aquí no queremos chicas yeyé», y otra vez una hermana suya le dijo que con ese pelo rubio, esos tacones, esa falda tan corta, «pareces, Trini, Dios me perdone, ¡pareces una mujer de la vida!». Pero a mi madre, eso, precisamente, la halagaba: debía de estar en el buen camino si asustaba a los paletos... Y en cuanto tenía oportunidad, hablaba de sus primos catalanes. Con sus hermanos no, claro, porque tan primos, o tan poco primos, eran suyos como de ellos, pero con el resto del pueblo, cualquier pretexto era bueno para hablar de lo que hacían o dejaban de hacer los primos catalanes: que si le habían escrito una postal desde París, que si su hijo estaba estudiando en Londres, que si tenían una casa en la Costa Brava que era «de película», con cancha de tenis y piscina... Pues de dónde lo habría sacado no lo sé, pero te aseguro que lo decía.

Con la colocación de Epi, primero, y después la de Circun, y finalmente la jugada maestra, la que yo creo que ella había preparado desde el principio, esperando pacientemente la oportunidad, manejando el asunto con diplomacia, con astucia, me refiero a mi invitación a pasar el verano en La Tramontana... con eso, mi madre culminaba un proceso de años, de acercamiento a los primos catalanes. Todos los años les escribíamos dos veces: en verano les enviábamos una postal de La Mancha —una foto de los molinos, o de una estatua de don Quijote y Sancho, no había mucho donde elegir; nos parábamos expresamente en Campo de Criptana para comprarla, porque en el pueblo no venden postales—, y por Navidad una tarjeta, siempre de la misma serie, unas que representaban unos angelotes mofletudos, niños traviosos con alas, de un dibujante muy popular de la época. «¡Mira qué pocholada!», exclamaba mi madre enternecida cuando me la pasaba para que firmase... Ellos alguna vez nos mandaron también alguna postal de la Costa Brava, y a nuestra tarjeta de Navidad solían contestar, pero con tarjetas muy

distintas, siempre de cuadros, algunos clásicos: la *Adoración de los Reyes Magos* de Botticelli, de Velázquez... y otras veces un Miró, un Klee... Lo que a mi padre, por cierto, le ponía furioso.

... Pues porque... a ver cómo te lo explico. Mi padre era muy consciente de que a él, en la pirámide social, le había tocado la peor parte. Estaban los de arriba y los de abajo, y él había nacido abajo, así de sencillo. Era hijo de albañil, y por si fuera poco, huérfano, su padre había muerto cuando él era muy pequeño. Mi padre no hablaba de su infancia, ni quiso volver nunca al pueblo de sus padres, en Andalucía. Su madre era cocinera. Claro, mi padre no pudo estudiar; a los catorce años ya trabajaba de aprendiz de electricista... Como era inteligente y cumplidor, fue prosperando: estudiaba de noche, llegó a ser contable de una autoescuela que era también gestoría... Cuando yo nació mis padres tenían piso y seiscientos. No les había ido mal, pero mi padre sabía que había otro nivel, el de los «señoritos»... y cuando le surgió la oportunidad... Bueno, esa es otra historia, que estaba pasando en el mismo momento, en el 71, pero yo entonces no lo sabía; solo sabía que mi padre estaba un poco raro. Lo que te decía de la cultura... Mira, un día vino a casa el jefe de mi padre, don Jaime Usandizaga, «el señorito». Fue casualidad, se le había estropeado el coche, mi padre le dejó el suyo y el señor Usandizaga le acompañó a casa; y como era muy educado, subió a conocernos, a mi madre y a mí. Mi madre estaba muy emocionada, mi padre la había avisado antes por teléfono y ella había bajado corriendo a comprar unos pastelitos para acompañar el café, me había hecho ponerme mi mejor vestido, peinarme, ella también se había arreglado... Don Jaime era un hombre alto y delgado, perfectamente trajeado, que olía a *aftershave*, muy elegante; a mi madre la saludó alargándole la mano, inclinándose y diciendo: «Mis respetos, señora; Roberto me ha hablado mucho de usted», y mi madre estaba en el séptimo cielo. Le llevaron al salón, le hicieron sentar, se sentaron ellos —muy derechos, mi madre sobre todo—, y don Jaime miraba a su alrededor. El tresillo de imitación de cuero... la lámpara de pie cuya pantalla figuraba pergamino... la mesa de madera barnizada, rodeada por seis sillas igualmente barnizadas y coronada por un frutero de porcelana con fruta de porcelana, todo impoluto (y con razón; solo comíamos allí el día de Navidad)... la acuarela que representaba la Plaza Mayor del pueblo... la estantería, con el televisor en el centro, las puertas del mueble-bar, y en los estantes, las fotos de la boda de mis padres, de mi bautizo, de mi primera comunión, enmarcadas en plata, y una estatuilla de bronce de don Quijote y Sancho... Don Jaime lo recorría todo con los ojos —mis padres, en un silencio

encogido, seguían aprensivamente la dirección de su mirada— y movía la cabeza con un gesto aprobador, pero vago, soltando una especie de gruñidos, algo que sonaba como «aaah» y podía interpretarse como grata sorpresa, como un «ah, qué bien», «ah, qué bonito»... o quizá no... hasta que de pronto, vio la enciclopedia. Era el único libro que había en casa: una enciclopedia comprada a plazos por mi padre, en un vago intento, supongo, de remediar su ignorancia entera y de una vez, pensando que allí estaba todo lo que no sabía. Y don Jaime, respirando, me pareció, aliviado por haber encontrado por fin algo concreto que elogiar, exclamó: «¡Ah! ¿Es la Larousse?», y como si no pudiera reprimir su entusiasmo, se levantó y preguntando «¿me permiten?» fue a mirarla de cerca, repitiendo: «Qué bien, la Larousse, es muy buena, yo creo que la mejor», como si estuviera convencido de que mi padre había sopesado gravemente los pros y los contras de las distintas enciclopedias del mercado, antes de elegir esa. «S, s, s... sí», murmuró mi padre, pero por honradez y sonrojándose, se sintió obligado a confesar: «T, t, t... todavía no la he leído».

... No, no es que lo sea, solo cuando está nervioso. Quizá tenía miedo de que el señor Usandizaga, poniéndose de puntillas, alcanzase un tomo y abriéndolo al azar, le preguntase: «A ver, Roberto, dígame usted cuántos habitantes tiene Antofagasta».

Frente a la cultura mi padre se sentía como si le hubieran sentado en un banquete, con tres copas, cuatro tenedores, tres cuchillos, y una langosta en el plato: no sabía ni por dónde empezar. Tenía mucho miedo de hacer el ridículo, pensaba que en cualquier detalle se le podía ver el plumero; por ejemplo a partir de aquel día ya nunca dijo «la enciclopedia», creyó que llamarla así era cosa de ignorantes, ahora decía «la Larousse»... «¿Te lo busco en la Larousse?», me ofrecía, cuando me ayudaba a hacer los deberes.

So pretexto de tomarme la lección, yo creo que mi padre procuraba aprender algo. Con las matemáticas, y en general las ciencias, no tenía ninguna dificultad. En cambio las humanidades, las artes... no había manera; no entendía de qué iba la cosa. Los pintores abstractos, en particular, le sacaban de quicio. Que hubiera ricos, ricos de siempre, ricos de familia, ricos porque sí, a eso mi padre, mal que bien, se resignaba; era lo que se llamaba entonces «ley de vida», una expresión que se puso de moda por esos años, y que traducía lo que mi padre, en privado, decía más llanamente: «Hay que joderse» —o si se daba cuenta de mi presencia: «Hay que fastidiarse»—. Pero

que por un cuadro que no tenía más que unos brochazos, unos monigotes, unos chafarrinones, se pagasen fortunas... Me acuerdo de un chiste que contaba mi padre, sobre un ministro que va a ver una exposición de pintura y tiene a su lado a un consejero que le va soplando lo que tiene que decir. Llegan a un cuadro de Picasso y el consejero le murmura al oído: «¡Qué cara! ¡Qué gesto!»... y el ministro, creyendo repetir lo que ha oído, dice lo que verdaderamente piensa: «¡¿Qué carajo es esto?!»... Cuando en la televisión se hablaba de los precios alcanzados en una subasta por un Miró, un Picasso, mi padre se ponía fuera de sí. «Y yo trabajando como un idiota», murmuraba con verdadera amargura. Porque para él, era evidente que aquello era una tomadura de pelo, que un niño podría hacerlo... saltaba a la vista y sin embargo no se podía decir, mi padre sabía, sin entender por qué, que decir eso estaba mal visto: quedaba como de pueblo, de paleta; y eso le daba más rabia todavía: encima de cornudo, apaleado. Había un solo pintor contemporáneo y cotizado que le gustaba. Bueno, gustarle, lo que se dice gustarle, no creo. A mi padre la pintura no le decía absolutamente nada, en casa solo teníamos una imagen, la acuarela de la Plaza Mayor de La Era. Pero había, como te digo, un pintor moderno al que mi padre respetaba, que le tranquilizaba, porque entendía que se cotizase: Dalí. «Ese por lo menos sabe dibujar», decía.

Y yo supongo que esa antipatía, o al menos prevención, que tenía mi padre contra los Soley —y que parecía ir en aumento: ya no se limitaba a decir «los catalanes» con retintín, sino que usaba el término insultante «los catalinos»: «¿De veras nos vas a dejar por los catalinos esos?», me dijo una vez, en un descuido de mi madre—, esa antipatía, digo, tenía algo que ver con el hecho de que el señor Soley fuese pintor. Para mi padre, en el fondo, los artistas eran todos unos farsantes que vivían a costa de la credulidad ajena y del sudor de los pobres desgraciados como él; y yo me imaginaba al señor Soley como un hombre alto, guapo, con el pelo largo, vestido de alguna manera estafalaria: un chaleco de terciopelo, una orquídea en el ojal... capaz de convertir en oro, solo con dar un par de brochazos, todo lo que tocaba.

... No, no sabíamos nada de su pintura. Mis padres nunca habían estado en su casa, ni ellos en la nuestra.

... Esa misma pregunta me la hice yo un buen día. De pronto caí en la cuenta y pregunté a mi madre, y ella reconoció que no, que solo los conocía por fotos. Es que no eran primos en sentido estricto. Ni en ningún sentido, en realidad: no había parentesco de sangre. ¿Sabes lo que son «hermanos de leche»?

Esta historia empieza... ¿Te cuento la versión oficial o la real? Primero la oficial, la que siempre me habían contado a mí. La otra la descubrí ese verano del 71, ya te explicaré cómo... Bueno, pues esta historia empieza oficialmente cuando mi bisabuela se casa, allá por 1900, queda embarazada, su marido muere antes de que dé a luz, y mi bisabuela, que al quedarse sin el jornal del marido se queda sin medios de vida, deja a la niña, que sería mi abuela, con una vecina y se va a Cataluña como ama de cría... del padre del señor Soley. Sí, el marido de doña Lucía. De eso viene la relación entre las dos familias. Supongo que los Soley se encariñarían con mi bisabuela... que mi abuela hablaría de su «hermano de leche» catalán, que de vez en cuando se enviarían noticias, de bodas, de fallecimientos... Me imagino que los Soley no tendrían, a lo mejor, un excesivo interés, quizá el padre del señor Soley sí, pero su hijo ya no, en mantener esa correspondencia, pero mi madre, que era la que le escribía las cartas a la suya, porque mi abuela era analfabeta, mi madre no dejó nunca que la cosa muriera como era de esperar que hubiese muerto, de muerte natural.

... Buena pregunta: ¿qué esperaba yo de ese verano con los Soley?

Tantas cosas... Piensa que era la primera vez que iba a coger el tren... piensa que yo no conocía nada más que Madrid y el pueblo... piensa que iba a ver el mar... piensa que era la primera vez que iba a pasar aunque fuese solo un día sin mis padres...

En cuanto a los Soley, yo ante todo tenía miedo. Miedo a hacer el ridículo, miedo a no estar a la altura de lo que los Soley esperaban de mí, porque para empezar, no tenía ni idea de qué podía ser eso que esperaban, de qué era yo para ellos, de por qué me habían invitado. Y a medida que pasaban los días, que se acercaba el señalado para la partida, el 16 de julio —me acuerdo tan exactamente de la fecha por algo que sucedió al día siguiente en casa de doña Lucía—, mi madre estaba cada vez más nerviosa. Me miraba, yo me daba cuenta, con los ojos de los Soley, o que ella atribuía a los Soley, y lo que veía no terminaba de gustarle. «No sorbas... Límpiame la boca con la servilleta... Coge el tenedor más arriba... No vayan a pensar que somos unos gitanos...». Mi madre veía en mí un emisario suyo, un espejo, un retrato de ella enviado a los Soley; era como si yo fuera a pasar un examen en su nombre. Intentaba vestirme lo mejor posible, nunca me hizo ni me compró tanta ropa como aquel verano, pero cuando estábamos juntas en algún probador, se desesperaba: «Pero qué patrones son estos, hay que tener cintura de avispa para entrar en esta falda...», y a mí me avergonzaba no tener la cintura de avispa que a mi madre le habría gustado que tuviera, y que seguramente tenía

Marina, esa sí que era una señorita. Y Salvador debía de ser un caballerito, perfectamente peinado y con traje y corbata, como los dibujos de los manuales de urbanidad. Con impecables modales y hablando inglés... A la señora Soley me la imaginaba como Grace Kelly, o Jacqueline Onassis, de quien había oído contar a una niña en el colegio que una vez envió a un criado en avión a París a comprarle un perfume. Y que al volver el criado con el frasco, exclamó: «¿Tan pequeño? ¡Para esta ridiculez no valía la pena!» y lo hizo trizas contra el suelo.

... Catorce. Pero catorce años en España, en 1971 y asistiendo a un colegio de monjas, no eran como los catorce de ahora.

Mi madre estaba cada vez más inquieta, porque no era solo la duda sobre si yo sería capaz de comportarme como era debido, sino que a medida que se acercaba la fecha del viaje, ella empezaba a dudar sobre cuál era la conducta correcta, y si un día me había dicho: «Cuando estés en casa de los Soley, hazte la cama y ayuda a quitar la mesa», al día siguiente se corregía: «Mira, esto que te dije ayer de hacerte la cama... a lo mejor no hace falta, porque para eso está Circun»... Debía de temer que si yo ayudaba en casa, los Soley se dieran codazos murmurando: «¿Has visto?, pobrecita, cómo se nota de qué familia viene, se pone a recoger la cocina como si fuera la chacha...». No sabía si era peor que yo quedara como una maleducada o como una pobretona. Al final debió recurrir a lo de siempre, el refranero, ya sabes ese de «Donde fueres, haz lo que vieres», y encontró la solución: que hiciera lo que viese hacer a Marina. Y me pidió que a Circun la tratara de usted, «que no habéis comido juntas en ninguna pocilga». Yo no me molesté en llevarle la contraria, porque una vez que estuviéramos en La Tramontana, a ver cómo iba a enterarse mi madre de cómo trataba yo a Circun o la dejaba de tratar; pero la idea de tratarla de usted me daba risa, si nos conocíamos del pueblo de toda la vida... Y con Epi lo mismo, aunque Epi era mayor y además hacía dos años que no la veía.

Eran muy distintas las hermanas, hasta físicamente: Epi delgada, ágil, y Circun gorda, lenta, sudorosa; Epi madura y Circun una niña, una niña que pesaba ochenta kilos. Se llevaban solo un par de años, pero Epi era la mayor de los hermanos y ya sabes cómo es en los pueblos, con esas familias numerosas; y qué familia además: el padre estaba mal de la espalda, casi no trabajaba, bebía, pegaba a su mujer, la mujer arreaba tortas a los hijos por un quítame allá esas pajas... A Epi la volví a ver muchos años después, en el 87, en Barcelona, ya te contaré... Responsable y trabajadora como era, debió de ser una criada perfecta para doña Lucía. Ahora que lo pienso, seguramente la

idea de que los Soley contrataran a su hermana fue suya, y no de mi madre: Epi debía de haber convencido a los Soley y los Soley habrían dado por supuesto que la pequeña sería como la mayor. Es que si no, no me lo explico: no me explico cómo mi madre, que las conocía, podría haber propuesto, *motu proprio*, a los Soley una chica como Circun. Era buena persona, eso sí, pero sosa, perezosa, sin iniciativa... lenta de movimientos y lenta de entendederas.

En fin, que ese día de mediados de julio de 1971, en el andén de la estación de Chamartín, yo me daba cuenta de que estaba a punto de empezar una nueva etapa, aunque no me imaginaba que mi vida iba a cambiar tanto como cambió, ni sobre todo me imaginaba cómo... Allí estábamos los tres, perdón, los cuatro, porque Circun estaba con nosotros, muy modosita y obediente, pero ilusionada, se le notaba; pero mi madre le pidió si no le importaba ir subiendo ya al tren para que nosotros nos pudiéramos despedir «en familia», dijo... Hasta yo me daba cuenta de que tenía prisa por perderla de vista. No soportaba la idea de que llegáramos juntas Circun y yo a casa de los señores Soley. Estoy segura de que si se hubiera atrevido me habría sacado a mí un billete de segunda —de primera no, habría parecido presuntuoso— y a ella de tercera.

Nos quedamos pues en el andén solo mis padres y yo, y cuando estaba a punto de poner el pie en el estribo, mi madre retrocedió unos pasos para mirarme, como en un intento de verme por primera vez. Y ahí me tuvo quieta, inmóvil durante unos segundos, mientras ella me examinaba, me escudriñaba, como si quisiera explorarme hasta por dentro, volverme del revés. Era la misma mirada ansiosa con la que últimamente recibía a mi padre al llegar a casa, y nada más verle, se le caían los hombros, bajaba la cabeza... y mi padre empezaba a tartamudear: «Es q, q, que hoy no ha pasado por el despacho... hoy traía la c, c, c, cara que se le pone cuando le duele la úlcera, no es buen momento... ahora es mala época porque t, t, t, tiene muchos gastos...». Y mi madre no decía nada, pero esa tarde, con su gran corpachón hundido en el sillón de orejas, mi padre fumaba todavía más que de costumbre, encendiendo cada Celta con la colilla del anterior, y cuando mi madre, caminando muy derecha, le traía las zapatillas y la cerveza, como todas las tardes —solo que en absoluto silencio—, él le decía: «¡No te molestes, no te molestes!», o se acordaba, por una vez, de abrir la ventana para que se fuera el humo, o se levantaba cuando había terminado la cerveza para llevar a la cocina la botella y el vaso vacíos y el cenicero lleno, pero cuando estaba en la cocina, tenía que sacar la cabeza y preguntar, con una mezcla de humildad e irritación: «M, m, m... mamá, ¿dónde tiro esto?»,

porque mi madre había cambiado de sitio una vez más el cubo de la basura, siempre estaba reorganizándolo todo, y entonces ella, con una especie de suspiro contenido, de infinita paciencia, iba con su paso vivo, rápido, hasta donde él estaba y diciendo: «Deja, deja, papá, ya lo hago yo», le arrebatava la botella y el cenicero de las manos.

Mientras mi madre me escudriñaba a mí, yo veía, a sus espaldas, a mi padre, que no nos miraba a ninguna de las dos. Estaba muy raro mi padre, ausente, distraído; parecía que en su trabajo estaban pasando cosas, pero él era reservado, no nos contaba casi nada, solo sabíamos que había tenido que hacer un viaje muy apresurado a Bilbao, o eso nos dijo, él que no viajaba nunca... Total, que tenía la cabeza en sus asuntos y ya no hablaba de los Soley, parecía haberse resignado a que yo fuera a pasar el verano con ellos. No es que antes se hubiera opuesto a las claras: mi padre nunca se oponía a las claras a nada que quisiera mi madre, se limitaba a hacer bromas.

... No te lo sé decir... Quizá le ofendía en su orgullo, quizá le parecía que mi madre había forzado las cosas para conseguir esa invitación, quizá temía que ese viaje fuera el principio de mi separación de ellos, que yo me marchara, les dejase... Sí, debía de temer algo, sin saber qué, y la verdad es que sus temores, debo reconocerlo ahora, no eran infundados... y quizá en ese sentido mi madre fue más generosa. O quizá no tenía tanto miedo como mi padre a encontrarse solos los dos, sin mí. En fin, lo cierto es que esa mañana en la estación caí en la cuenta de que hacía tiempo que mi padre había dejado de contarme chistes de catalanes como antes hacía siempre que salían a colación los Soley («¿Cómo se inventó el alambre? Dos catalanes tirando de una peseta»). Y había dejado de hacer las bromas que hacía antes con mi madre. Por ejemplo, cuando ella nos pasaba revista como estaba haciendo en ese momento conmigo, él se cuadraba, saludaba como en la mili, decía: «Presente-e-e-en ¡armas!» y luego se reía y me daba un codazo, mientras mi madre sonreía con una sonrisa paciente, maternal, resignada, como ante un niño un poco pesadito. Pero en vez de bromear, en vez de exclamar «¡Presenten armas!» o «¡A la orden!», como antes, últimamente mi padre no hacía más que fumar y fumar. A la luz clara de esa mañana de verano, observé que tenía los dedos amarillos de nicotina, los dientes sucios, la cara apergaminada... Llevaba además un dedo vendado, porque la víspera había ayudado a mi madre a preparar los bocadillos —cosa rara, que él ayudara en cualquier cosa— y al decirle algo mi madre, se había sobresaltado y por poco se queda sin dedo.

Mi madre no dejaba de hacerme recomendaciones: cuidado no te manches la ropa al abrir la fiambarrera, lávate bien las manos después, no vayas a llegar oliendo a chorizo y a tortilla de patatas... al bajar del tren no te olvides del regalo (un mantel de lagarterana)... y por enésima vez: no vayas nunca descalza, péinate bien, no digas «arrea», no limpies el cuchillo con el pan, no rebañes el plato...

Por fin subí al vagón, por fin les dije adiós desde la ventanilla, por fin el tren arrancó. Yo agitaba la mano sonriendo, como desde la grupa de un caballo que fuera cada vez más rápido. Y mis padres también agitaban la mano y sonreían, hasta que yo me metí adentro. Entonces, durante un segundo, cuando ellos creían que yo ya no les miraba, les vi cambiar de cara. No se debieron de dar cuenta, claro. Estaban parados en el andén como si se hubieran quedado sin fuerzas, o sin vida, como si se les hubiera acabado la cuerda. Y tenían una expresión... Me acordé de una vez, siendo yo pequeña, que llovía a cántaros, con truenos y rayos, un verdadero diluvio, nos arrebujábamos los tres debajo de un paraguas, y de golpe una racha de viento se lo arrancó de las manos, desapareció, no lo encontramos nunca más, yo me volví alarmada hacia mis padres esperando protección y en vez de eso les vi atónitos, sin saber qué hacer, desencajados, mientras la lluvia les calaba hasta los huesos.

Pero ya el tren salía de la estación, ya íbamos hacia el cielo y los campos, hacia la luz y el aire libre, en dirección al horizonte, y mis padres disminuían a ojos vistas, empequeñecían velozmente, hasta que desaparecieron.

Dos

En la estación de Figueras no había nadie esperándonos. Nos quedamos un buen rato de pie en el andén, con las maletas, yo sin saber qué hacer y Circun esperando que yo hiciera algo. Habíamos hecho el viaje sin hablar apenas, yo absorta en mi novela y Circun aburriéndose, preguntando a cada rato qué hora era y si sacábamos ya la fiambra y cuánto nos faltaba para llegar. En la estación, al ver que nadie venía a recibirnos, yo exclamé: «¿Y ahora qué hacemos?», pero al ver la cara que ponía Circun —fatalista, sumisa, inexpresiva—, comprendí que tendría que haber usado el singular.

Ya empezaba a preguntarme dónde encontraría un teléfono público, cuando apareció un señor.

Caminaba en dirección a nosotras, pero como si no estuviera muy seguro. Arrastraba los pies; no miraba de frente sino a los lados, a lo lejos, hacia arriba... A medio camino se paró y subió los brazos, haciendo algo raro con las manos a la altura de los ojos... Llevaba unos pantalones viejos, una camisa corriente, alpargatas; era bajito, con bigote, gafas de montura negra y gran nariz. Cuando llegó frente a nosotras —noté un olor extraño, como de producto químico— se me quedó mirando, hizo una mueca, alzando el labio superior, se puso el dedo índice en el caballete de la nariz, y finalmente dijo:

—¿Eres la niña Moreno?

Yo le miraba como hipnotizada. Me estaba preguntando si la nariz era de verdad o si junto con el bigote y las gafas, era una careta comprada en una tienda de trucos y bromas. Me preguntaba también si debía contestar: «¿Y usted es el señor Soley?». Parecía obvio que tenía que serlo, en cuyo caso la pregunta era ridícula, o hasta podía resultar insolente. Pero parecía igualmente obvio que no lo podía ser, y en tal caso resultaba ofensiva para el verdadero señor Soley, que demasiado ocupado e importante para perder el tiempo yendo a la estación a buscar a un par de infelices, habría enviado en su lugar al chófer, jardinero o pariente un poco retrasado... Y ese olor... Me pasó por la cabeza que era olor a formol, que ese hombre se dedicaba a disecar animales... No sabiendo qué decir, asentí en silencio. «Hola, hola», dijo él

dirigiéndose vagamente a las dos. «He aparcado allá», y dando media vuelta, sin ofrecerse a ayudarnos con las maletas, dejó que le siguiéramos.

Luego, ya en el coche, me hizo algunas preguntas: qué tal el viaje, qué tal mis padres... A Circun, que iba sentada detrás, ni una palabra.

Finalmente nos quedamos callados. El paisaje era impresionante. Imagínate, yo solo conocía La Mancha, que es llana hasta donde alcanza la vista; llana, monótona, de un uniforme color ocre... y allí íbamos por una carretera estrecha, llena de curvas, que subía y bajaba, entre grandes montañas moradas, cada vez más oscuras, hasta que se hizo completamente de noche.

Cuando el señor Soley —porque yo ya había deducido que tenía que ser él— nos anunció que estábamos llegando, no me lo podía creer. ¿Dónde estaban los neones de colores, los restaurantes con terraza, el Paseo Marítimo, las discotecas, las motos, la algarabía...? ¿Para eso habíamos hecho Circun y yo ochocientos kilómetros? ¿Para encontrarnos con el pueblo?... Es que se parecía muchísimo a La Era: casitas bajas, blancas, calles estrechas, adormiladas, con alguna que otra farola... Me daba tanta vergüenza que no quería mirar a Circun.

Y la casa de los Soley, otra desilusión. Pequeña y torcida, apretujada entre otras dos casas del pueblo, en una callejuela. No tenía ni recibidor. Nosotros no éramos nadie, pero teníamos un recibidor, qué caramba, con su perchero, su paragüero, su espejo de marco dorado... Y allí, entrabas y te dabas de bruces con las escaleras. Y la señora Soley, muy simpática, bajó corriendo la escalera para recibirnos, pero de señora, nada: con el pelo corto y un vestidito de nada, y alpargatas... Todo se mezcla, recuerdo unas luces amarillentas, vacilantes, y el silencio de los pueblos por la noche, y el olor, el olor sí era diferente, fresco y vivo, salado, muy distinto del olor pesado y dulzón del campo; y olía a algo más que no reconocí, porque Madrid es muy seco y La Mancha también; más tarde lo identificaría como olor a humedad, a moho. Y había aún otro olor, el extraño olor del señor Soley... No hacía calor, ese calor estancado, sofocante, de las noches de verano en La Era, que junto con la monotonía de los grillos da una impresión de inmovilidad, de eternidad... No, aquí corría el aire, por alguna ventana entraba la brisa, y con ella un rumor persistente, un rumor en dos tiempos, como de un inmenso collar de cuentas de cristal arrastrado rítmicamente, primero hacia delante, luego hacia atrás, sobre un suelo de piedra.

Si el señor Soley no me había hecho demasiado caso, solo lo justo para no ser maleducado, sin disimular que no tenía ningún interés, la señora Soley fue

lo contrario: muchas exclamaciones, aspavientos, en cuanto nos hubo saludado se puso a gritar, con una voz que sonaba alegre pero que me pareció, no sé por qué, un poco excesiva: «¡Marina, baja, que ya ha llegado Áurea!», como si fuera una gran noticia, «¡ya está aquí! ¡Marina!...», ¿Marina?, pensaba yo, ¿y Salvador?... Marina bajó y me pareció guapísima, ella sí se parecía a lo que yo esperaba: delgada, rubia, de ojos claros, muy alta... No, tres más que yo nada más, aún no había cumplido dieciocho. La señora Soley nos dirigía una mirada como la de la monja encargada de vigilar el recreo, en mi colegio, cuando tras separar a dos niñas que se estaban peleando les decía: «Ahora os perdonáis y os dais un beso». Marina me dio un par de besos en las mejillas, le dijo a Circun «hola qué tal», de lejos y sin darle la mano, y se quedó como esperando instrucciones. «Mañana tendréis tiempo de conoceros mejor», dijo la señora Soley, y Marina sonrió, dijo buenas noches y se retiró. De Salvador nadie me dijo una palabra y yo no me atreví a preguntar.

La señora Soley nos ofreció darnos algo de cena, pero yo, muerta de miedo a meter la pata, dije que no, gracias, que no teníamos hambre, y Circun, aunque me daba codazos furiosos, no se atrevió a abrir la boca, de modo que nos quedamos sin cenar... A Circun la condujo a su cuarto, escaleras abajo, y luego a mí me acompañó, sin prisa, dándome conversación, preguntándome por mis padres..., al que iba a ser el mío, escaleras arriba. Era el cuarto de invitados, ¿te acuerdas?, uno pequeño, con una estera en el suelo y vigas pintadas de azul, de las que colgaban manojos de flores secas.

Cuando se fue me metí en la cama y apagué la luz, pero tardé mucho en dormirme. Sabía qué era lo que me rodeaba: la casa, el pueblo, el mar... pero lo sabía en abstracto. Era una sensación extraña: me veía mentalmente a mí misma en la cama, en medio de la habitación con las vigas azules; veía la escalera, la fachada de la casa, a la luz violácea de la farola, y la calle por la que habíamos entrado, con las casas encaladas... pero todo eso —concreto, colorido, iluminado— estaba perdido en medio de una *terra incógnita*, como grandes espacios en blanco de los mapas medievales... O como si en vez de paredes y ventanas me rodeara un telón, que se alzaría al amanecer.

En cuanto me desperté fui corriendo a abrir la ventana y vi el mar.

No, es imposible explicarlo, todo lo que diga será poco. ¿Qué puede ser comparable? ¿Un viaje espacial?... Los que lo conocéis desde siempre no podéis entenderlo. Era, de pronto, el infinito... Debían de ser las ocho o las nueve, y había un contraluz brutal. Cuando estuviste en La Tramontana, ¿tuviste la oportunidad de ver el mar a esa hora?... Qué lástima, porque es inolvidable. A un lado hay una franja plateada, centelleante, como de

lentejuelas, pero lo demás es leve, de un color entre verde y gris muy pálido, incoloro casi. Es enorme, grandioso, y a la vez, delicadísimo, como de aire y plata... Y ese misterio, esa sensación vertiginosa de algo sin límites, la imposibilidad de imaginar qué hay del otro lado... Todo el tiempo que estuve en casa de los Soley, ese verano, no hacía más que mirar el mar, a cada rato, por todas las ventanas. Cambia según el color del cielo, según la luz, según las nubes, según el viento... Yo lo imaginaba azul, y no es azul. En fin, sí, es azul, pero hay tantos colores posibles, dentro o cerca del azul... Los días de sol, a mediodía, era de un verde esmeralda. Los días nublados, de un gris pizarra, o a veces de un gris verdoso. O pardo... Muchas veces es de dos colores, tiene una parte verde, lisa y brillante como el cristal, y otra gris, erizada, plomiza; una transparente y otra opaca. Hacia las siete o las ocho de la tarde, el horizonte se difumina y no se distingue el cielo del mar: solo se ve una franja uniforme, de un gris muy leve, rosado, casi incoloro, como de nácar... Y luego se va volviendo todo oscuro y ya no se ve nada, solo se oye: ese rumor rítmico, áspero, en dos tiempos...

Salí tímidamente de mi habitación y me encontré con la señora Soley que bajaba a desayunar a la terraza. Marina llegó enseguida, y desayunamos frente a ese paisaje extraordinario. La señora Soley me daba conversación, me preguntaba en qué curso estaba en el colegio, si tenía amigas, si no echaba de menos pasar el verano en el pueblo... Era muy amable, pero algunas de las cosas que me preguntó ya me las había preguntado la víspera. Marina estaba callada. Yo la miraba de reojo. ¡Qué pelo!, fino, dorado, la noche anterior se lo había visto suelto, ahora lo llevaba descuidadamente recogido en un moño, y eso resaltaba los rasgos puros, rectilíneos, de la cara; ¡y qué piel!, tan blanca y fina que era casi transparente. ¡Y qué elegancia en sus movimientos! ¡Y qué bien educada parecía!... Yo creía que no existían chicas así, solo en las revistas. No hacía más que observarla a hurtadillas, y cuando me di cuenta tenía lágrimas en los ojos.

... No sé, no te lo sabría decir. De admiración... de envidia... de pena, porque me daba cuenta de que yo nunca sería ni remotamente así de guapa, de educada...

El señor Soley, me dijeron, ya hacía rato que se había levantado y estaba en su estudio. De Salvador, ni una palabra.

... Sí, es verdad, con lo sencillo que habría sido preguntar: «¿Y Salvador?», pero no me atrevía, me daba mucha vergüenza, como si ellos fueran a preguntarse a qué venía tanto interés... O sea que no dije nada. La señora Soley anunció que nos íbamos a la playa, que subiéramos a

cambiarnos. Yo me dispuse, muy ufana, a estrenar lo que mi madre me había comprado para la circunstancia: un biquini con un estampado de flores (yo nunca había llevado biquini, pero mi madre estaba segura de que era lo que llevaría Marina) y albornoz y zapatillas a juego.

Vestida de esa guisa esperé abajo, a la entrada de la casa. Primero apareció Marina, con zuecos y una blusa blanca, de esas indias, ¿sabes?, de corte recto y tela muy fina, larga hasta casi las rodillas, más un collar exótico y un capacho de paja. ¡Qué vergüenza! Lo mío, a su lado, quedaba tan cursi... y por si fuera poco me acordé del nombre de la tienda donde lo habíamos comprado, una que había en nuestra calle y que por el apellido de la dueña o por lo que fuera, se llamaba Modas Sardina... Enseguida llegó la señora Soley. Con sombrero de paja, las uñas pintadas, gafas de sol y un vestido de algodón blanco con unos bordados muy vistosos, de colores vivos. «¿Te gusta?», me dijo al ver cómo lo miraba, «me lo trajo una amiga de México. Y el collar de Marina, que viene del Brasil, ¿sabes de qué está hecho?», añadió riéndose. Lo miré mejor: eran unas bolitas rojas y unas cosas extrañas, blanquecinas, en forma de semicírculo con pinchos. «¿A que no lo adivinas?...». ¿Sabes qué era? Las bolitas rojas, semillas, y lo otro... dentaduras de piraña.

Llegar hasta la playa fue un calvario: mis zapatillas eran de la misma tela que el albornoz, de toalla, con una suela de goma muy fina, y el camino estaba lleno de piedras; no me preocupaba tanto destrozar las zapatillas como que Marina y la señora Soley se fijaran en mis trompicones... La playa era muy bonita, pero no tenía nada que ver con lo que había imaginado: en vez de ancha, larga, de arena fina y blanca, era escarpada, angosta, con una arena que era en realidad pedacitos de piedra, de un gris tan oscuro que de lejos parecía negro. Por fin, con gran alivio por mi parte, extendimos la toalla y pude quitarme las zapatillas. Y cuando nos despojamos de la ropa, ¡sorpresa! La señora Soley llevaba biquini; Marina bañador entero.

La señora Soley se tumbó plácidamente en su toalla con unos algodones encima de los ojos. Yo esperé a ver qué hacía Marina... y Marina dijo: «¡Me voy a pintar! ¡Hasta luego!». «Pero Marina...», dijo la señora Soley abriendo los ojos e incorporándose de golpe. Demasiado tarde: Marina ya estaba trepando por las rocas y en un santiamén la perdimos de vista. La señora Soley se volvió hacia mí, visiblemente incomoda. «Marina es que por la pintura pierde el oremus», me dijo con una sonrisita de disculpa.

... ¡¿Cómo?! ¡¿Que no sabías que Marina pintaba?! ¿Cómo puede ser? ¿Él no te lo había dicho?

... Una cosa es que no le gustara hablar de su familia y otra...

... ¿Pero nunca le preguntaste qué iba a estudiar?... Pues Bellas Artes, en Barcelona. Iba a empezar ese mismo año, después del verano.

... Claro que me sentí... Aunque, no, bien mirado, no me sentí ofendida exactamente. Estaba tan convencida de que yo no era nadie, de que no podía interesar a una chica tan adulta, tan guapa, tan inteligente, tan educada, tan todo, como Marina... Yo en realidad no entendía por qué los Soley me habían invitado, no lo entendía antes, no lo entendía en ese momento, y tardé mucho en entenderlo. De modo que no hice ningún comentario, y la señora Soley tampoco dijo nada más. Poco después llegaron cuatro o cinco amigas y amigos suyos, y el resto de la mañana lo pasaron charlando, bañándose... Yo también me bañé, aunque con aprensión. ¡Qué fría estaba el agua! Acostumbrada a la piscina, el mar me desorientaba, tan movedizo, tan salado... Cada vez que intentaba dar unas brazadas, salía agotada. Y la arena estaba ardiendo, me lastimaba las plantas de los pies. Pero a pesar de todo, y aunque me dolía el desaire de Marina, estaba borracha de felicidad. Tanta belleza, tanta libertad, el calor del sol en la piel, el frío del agua...

Cuando volvimos a casa eran casi las cuatro. Me dijeron que pasara yo al baño, que ellas no lo iban a necesitar, lo que me sorprendió, porque no había otro; me duché, me lavé el pelo, me vestí... y cuando media hora después, vestida, calzada, peinada, bajé a comer, alcancé a oír la voz quejumbrosa del señor Soley inquiriendo: «*Però per què no podem...?*», interrumpido agriamente por la señora Soley: «*Calla, Josep!*». Marina y la señora Soley estaban como las había dejado: supe luego que solían ducharse con la manguera de la terraza, sin quitarse el bañador, porque volvían a la playa por la tarde; y el señor Soley llevaba el pantalón y la camisa, viejos y manchados de pintura, que se ponía para trabajar. Ellas volvieron la cabeza al oírme; yo, desde lejos, viendo que la mesa estaba puesta y nadie se había servido, empecé a deshacerme en disculpas, mientras observaba fugazmente que el señor Soley, aprovechando el instante de distracción de su mujer y su hija, metía los dedos en la ensaladera y se llevaba algo a la boca; crucé la cocina corriendo para ir a la terraza a sentarme con ellos... y entonces vi a Circun. Me había olvidado de su existencia. Pero allí estaba, sudando, roja por el calor de los fogones, vestida con una bata blanca sucia, friendo pescado con cara de mal humor, porque me imagino que no habría comido todavía... No le dije nada: no sabía qué decirle.

Después de comer, Marina y su madre volvieron a la playa, pero yo preferí no acompañarlas, me quedé en casa, pretextando estar cansada del

viaje. Más tarde, a las siete o las ocho, iríamos a casa de doña Lucía, me habían dicho, entre otras cosas para que yo pudiera llamar a mi madre, porque doña Lucía tenía teléfono y los Soley no. Entre tanto, y aprovechando que Circun se había echado la siesta —era su único rato libre del día: las dos horas después de comer; aparte de eso, trabajaba desde las ocho de la mañana hasta las diez o las once de la noche—, aprovechando que Circun dormía y el señor Soley también, o estaba en su estudio, no sé, curioseé un poco por la casa.

... ¡Cómo no te iba a sorprender, si nunca habías salido de Inglaterra! Tan distinta de las casas inglesas... Esta misma: la moqueta, la chimenea, la cocina acristalada... es una casa, como es lógico en este país, preparada para el mal tiempo. Qué agradable es estar aquí, oyendo la lluvia... A mí en cambio la casa de los Soley no me sorprendió. No exactamente. No en sí, quiero decir. Lo que me sorprendió fue precisamente que no me sorprendiera. Que se pareciese a lo que ya conocía. Era como si mis padres, mi madre sobre todo —mi padre no lo necesitaba, porque había nacido ya en Madrid—, como si mi madre hubiera hecho todo lo posible por diferenciarse del pueblo, por olvidarlo, por superarlo... y en cambio los Soley parecía que buscaban lo contrario. Paredes encaladas, suelos de baldosas de barro, sillas de paja y de madera... Claro que era distinto de mi pueblo: las sillas estaban pintadas de azul, había una especie de cestos de mimbre y unas bolas de cristal marrón o verde que luego supe que son aparejos de pesca... y esos pies de lámpara, ¿te acuerdas?, que eran botellas vulgares y corrientes llenas de pedacitos de cristal recogidos en la playa. Y tenían grandes garrafas, de cristal también, con ramos de flores secas, que componía el señor Soley. Yo pensaba en mi padre: la idea de mi padre haciendo un ramo de flores era algo, no ya ridículo, sino inconcebible... Pero lo que más me sorprendió fue el mueble de los cajoncitos, aquel que estaba en el salón y que cubría toda la pared. Porque yo había visto uno muy parecido en Madrid, en una tienda de ultramarinos de la calle Zorrilla. Mi madre y yo pasábamos muchas veces por allí cuando íbamos a buscar a mi padre, que estudiaba de noche en una academia de la Gran Vía. Era una tienda, ahora que lo pienso, encantadora, silenciosa, con una luz amarillenta, recogida, como de convento de clausura, nunca había nadie, más que el dueño vestido con un guardapolvo al otro lado del mostrador de madera, y detrás de él, cubriendo toda la pared, un mueble lleno de cajones y cajoncitos...

... Pues no sé, supongo que especias: pimentón, canela, nuez moscada... galletas, caramelos... o a lo mejor también cordeles, velas, botones... sería una tienda como las de La Era, que había de todo un poco, desde azúcar hasta

linternas. Pero precisamente por eso, en esa tienda de la calle Zorrilla a mi madre y a mí nunca se nos habría ocurrido entrar. Porque cometía el peor pecado: estando en la capital, parecía de pueblo. Y mira tú por dónde, me iba yo a pasar el verano a casa de unos señores que eran lo más de lo más, y en vez de los sofás de cuero y los jarrones chinos que me esperaba, resulta que lo que tenían era un mueble igual que el de la tienducha de la calle Zorrilla. ¡Hasta con los despintados y la capa de polvo!... Yo no lo podía entender. ¿Es que no tenían dinero ni para tirar ese trasto y comprarse un aparador como Dios manda?

Qué diferencia, ¿verdad?, con la casa de doña Lucía... ¿Te acuerdas?, cierto que ella tampoco tenía alfombras persas ni jarrones chinos, pero era tan señorial, con esas grandes estancias en penumbra, las encimeras de mármol en la cocina —esos mármoles antiguos, blancos, gastados, venerables—, los viejos baños con baldosas blancas y negras y bañeras con patas...

... Yo también estuve solo una vez, pero le pedí a Epi ir al baño y ella me acompañó y aprovechó para enseñármelo todo. Me acuerdo del olor a moho, y de que saliendo a una terracita se veía el jardín, con un estanque y bancos de hierro, un hierro que parecía encaje, pintado de blanco, y vista al mar, entre cipreses.

Cuando llegamos, doña Lucía estaba sentada en un sillón, frente al televisor, puesto a todo volumen. No nos oyó entrar; al acercarnos, me vio y me echó una mirada torva. «*Qui és aquesta?*», le preguntó a la señora Soley en voz alta, como si yo no estuviera o como si no pudiera entender una frase tan sencilla. Ya sabes que los Soley hablaban catalán entre ellos, aunque hablaran castellano con Marina y Salvador. Curiosa viejecita, tan flaca, tan frágil de apariencia, pero con esa nariz imponente, igual que la de su hijo, y esa autoridad que irradiaba...

La señora Soley, alzando mucho la voz, le explicó: «*És la filla de la Trini, que és la filla de la filla de la dida del papá*», todavía me acuerdo de la frase, es tan musical... Doña Lucía se caló las gafas con un gesto que recordaba al del señor Soley cuando se las subía deslizando el dedo por el caballete de la nariz: tenía la misma exageración, como si estuvieran diciéndole a alguien: «¿Conque te irrita que haga esto, conque te parece de mala educación?, pues mira cómo lo hago»... «*I què fa aquí?*», preguntó ella, mirándome de hito en hito. «Es que su madre... es que habíamos pensado que...», empezó a explicar la señora Soley, pero doña Lucía debió de pensar que era más práctico preguntármelo directamente y me dijo a boca jarro, con un fuerte acento catalán: «¿Tú a qué has venido?». «¡Mamá, por favor!», exclamó la

señora Soley. «Nada más faltaría que no pudiera decir lo que me dé la gana», contestó doña Lucía, «ahora que soy vieja y estoy en mi casa». La señora Soley se volvió a mí con una sonrisita de circunstancias, murmurando: «Cosas de la abuela»... Por suerte en ese momento entró Epi. Había cambiado mucho: más delgada, más seria... muy aseada, con el pelo recogido, no desgredado como lo llevaba en el pueblo, y con uniforme, azul oscuro con un delantal blanco. Llegaba trayendo una bandeja con café y casi se le cae al verme.

¡Cómo me abrazó! Con muchísima alegría, pero no solo con eso, sino con una especie de urgencia, de desesperación, como si me hubiera estado esperando con ansia... «¡Epi!», sonó inmediatamente la voz de doña Lucía, «¡no te encantes, que tienes mucho que hacer! ¡Ponte a planchar!»... «Sí, señora», dijo mansamente Epi, pero me hizo señas de que fuera con ella, me llevó al cuarto de la plancha y allí, mientras planchaba, me hizo mil preguntas.

... No, a su hermana todavía no la había visto, y hacía dos años que no había estado en el pueblo. Yo le empecé a contar cosas de La Era, y a medida que le contaba me iba acordando yo también: el olor a aceite de oliva, a vino, a higos... los cantos de los gallos, los rebuznos... las voces agudas de las mujeres llamando a sus hijos a la hora de comer, en el silencio y el calor del mediodía... y para mi sorpresa, casi me emocioné. Entre otras cosas porque desde que había llegado a La Tramontana estaba sintiendo... dos cosas a la vez. Me había enamorado, no tengo otra palabra, me había enamorado de... no sé exactamente de qué: de todo, del contraluz plateado, de la arena negra, del agua azul... de las botellas llenas de trocitos de cristal, de la terraza con esas vistas fabulosas sobre el mar... Y al mismo tiempo, empezaba a sentir que todo eso de lo que yo estaba enamorada me rechazaba. No es que me trataran mal, no. La señora Soley era muy simpática. ¿A ti no te lo pareció?

... Ah, pues a mí me trataba muy bien, siempre atenta a si necesitaba algo, a si quería que me prestara libros —en esa casa leían todos, no como en la mía—, si tenía ropa para echar a lavar o para planchar... El mantel de lagarterana que yo les llevé de parte de mi madre lo usaba siempre que venían amigos a tomar café y se lo hacía notar y lo elogiaba...

De pronto recordé que yo había ido a esa casa para llamar a mi madre y volví al salón. Además de doña Lucía, Marina y su madre, había alguien más, de pie. Era un hombre de unos treinta años, flaco, enjuto, con el pelo negrísimo y enhiesto, como púas, la cara larga, mandíbula muy marcada y unos ojos hundidos, muy azules, bajo grandes cejas negras. No habría sabido

decir si era guapo o feo, pero desde luego, llamaba la atención... Llevaba una camisa vieja, unos pantalones manchados de pintura, alpargatas, y olía fortísimamente a tabaco, a tabaco negro; de hecho la señora Soley, quizá sin darse cuenta, tenía la nariz fruncida, pero doña Lucía charlaba con él muy amistosamente. Con familiaridad, con simpatía... con coquetería, te diría casi, esa coquetería maternal que tienen a veces las mujeres mayores con los chicos jóvenes. Hasta le pedía su opinión: «*A tu què et sembra, Félix?*»... Estaban hablando de unas obras, y él —el albañil, debía de ser— la aconsejaba, tratándola de usted, naturalmente, con mucho respeto, pero sin servilismo; con confianza y hasta una pizca de sentido del humor, que a ella la hacía reír a carcajadas. Por fin se marchó y yo pregunté por el teléfono.

¡Horror! Estaba en medio del salón... Marqué, lo cogió mi madre, y dije de corrido: «Hola, mamá, soy yo, que ya estoy en La Tramontana, ha ido todo muy bien, el viaje bien, estamos muy bien, ¿vosotros bien?», deseando colgar cuanto antes, mientras Marina, la señora Soley, doña Lucía, y hasta Epi, que con no sé qué excusa estaba en el salón otra vez, guardaban un silencio sepulcral. «¡Áurea! ¡Hija!», exclamó mi madre, desbordante de emoción, con una voz que se me antojó como de serial radiofónico, y además mi madre —yo ya me había acostumbrado y no me daba cuenta, pero en ese momento me la di— habla muy alto. «Mamá...», dije yo, sin saber cómo hacerle entender que nos estaban escuchando; pero ella ni me oyó: «¡Áurea!! ¡Hija!!», repitió, en un tono aún más melodramático, y tuve la impresión de que Marina ahogaba la risa... Yo estaba roja como un tomate, y aún más pensando en lo que podía ser la frase siguiente: «¡Áurea! ¡Hija! ¡Acuérdate de no rebañar el plato!», por ejemplo... «Estoy aquí en casa de doña Lucía», dije muy deprisa, «con doña Lucía, la señora Soley, Marina, Epi, estamos muy bien, te envían recuerdos, ¡bueno!, adiós», yo sabía que mi madre, por suerte, iba a creer que el motivo de que fuera tan escueta era que el teléfono es caro; ya iba a colgar, aliviada, cuando de pronto resuena en el silencio el vozarrón de mi madre que pregunta: «¿Y Salvador?»... Colgué con todas mis fuerzas, como si no lo hubiera oído, me ardía la cara, y sin saber qué hacer, dije lo primero que me pasó por la cabeza. En la televisión salía Madrid, estaban hablando de los preparativos para las celebraciones del 18 de julio. «Ay, claro», dije yo, «si mañana es el 18 de julio. Qué lástima no estar en Madrid, si siempre vamos al desfile...».

Sorprendí un rápido intercambio de miradas entre Marina y su madre. La señora Soley se apresuró a decir algo, algo así como: «Sí, son tan bonitos los desfiles..., ¿verdad?», o: «Debe de hacer mucho calor, ¿no?»... y yo me di

cuenta de que había metido la pata. Y lo peor es que no era verdad que mis padres y yo fuéramos al desfile del 18 de julio. Por esas fechas estábamos siempre en el pueblo, mi madre y yo por lo menos. De lo contrario es probable que hubiéramos ido, sí, igual que en el pueblo íbamos a la fiesta mayor. En mi casa nunca se hablaba de política; yo mucho antes de saber qué era, históricamente, el 18 de julio, lo que sabía es que mi padre tenía una paga extra en esa fecha, porque mi madre, desde un mes antes, ya se ponía a hablar, con los ojos brillándole, de lo que íbamos a hacer con el dinero, de la ropa que íbamos a comprar o a hacernos para ir al pueblo... Que Franco mandase era algo que no se comentaba nunca en mi casa, por lo mismo que no se comenta el hecho de que la lechuga sea verde o España una península.

Por suerte, enseguida cambiaron de tema, reanudaron la conversación que había interrumpido, supongo, primero la llegada del tal Félix y luego mi llamada telefónica, y aunque yo no sabía de qué hablaban —una y otra vez salía el nombre «Copérnico», que a mí me sonaba vagamente de alguna clase, algún libro de texto—, me pareció que la señora Soley, con mucha mano izquierda, intentaba sonsacarle algo a doña Lucía; que doña Lucía se daba perfecta cuenta, no se dejaba sonsacar, y se divertía de ver cómo su nuera se mordía los labios, y que Marina, de quien su madre parecía esperar que la apoyara, apoyaba en vez de eso, aunque con disimulo y como si no tuviera demasiado interés en ello, a su abuela. Hasta que entró Epi a preguntar si tenía que echar a hervir la verdura, y la señora Soley dijo que ya era tarde y nos levantamos. Al despedirnos, vi que doña Lucía, sonriendo, le metía algo en la mano a su nieta.

«¿Cuánto te ha dado?», le preguntó la señora Soley a su hija en cuanto entramos en el coche.

... Sí, es verdad. Como si yo no estuviese.

Marina le enseñó el billete, y la señora Soley murmuró algo que no oí. «Mamááá...», dijo Marina, con un suspiro, como si repitiera algo por enésima vez. «Si tiene esta casa, tiene la fábrica, tiene Copérnico...». «Ya, pero... no es por lo que te dé a ti, que me parece muy bien, claro, y es el chocolate del loro, pero no es eso, es que es todo, mira lo de las obras, ¿qué necesidad tiene de...?». Yo dejé de escucharla, hasta que de pronto oí una palabra que me sobresaltó: «paleta». Me sonrojé violentamente: ¿habría olvidado mi presencia, y se estaría refiriendo a mí?... Pero no, no podía ser: lo que la señora Soley estaba diciendo, bufando mejor dicho, no tenía nada que ver conmigo. «El *paleta* ese es un sacacuartos... Con esa cara de mosquita muerta... ¡Y qué peste a tabaco, por faavor!». Entendí que estaban hablando

del albañil; es que, según supe luego, en Cataluña no se dice albañil, sino *paleta*... Marina, aburrída, miraba por la ventana.

«Áurea», dijo de pronto la señora Soley, como si bruscamente hubiera recordado mi presencia, «¿te gustaría conocer Barcelona?». ¿A qué venía esa pregunta?... Me habría gustado ver qué cara ponía Marina, a ver qué esperaba ella que yo contestara, pero Marina estaba sentada delante, junto a su madre. Me pareció que tensaba el cuello, que aguzaba el oído, pero no dijo nada... La señora Soley me estaba mirando por el retrovisor. «Sí, claro», dije yo, «me haría mucha ilusión». «¡Qué bien!», exclamó la señora Soley, «entonces, Marina, yo os llevo a las dos, y si no quieres que nos alojemos en Copérnico, pues vamos a un hotel, no pasa nada. No te preocupes, que yo tengo cosas que hacer, os dejaré hacer vuestra vida. Aunque eso sí», añadió en un tono cómplice, «iremos juntas de rebajas, ¿no?».

Marina no dijo nada. Ya estábamos llegando.

Al día siguiente hice lo que iba a ser, junto con el mar, mi otro gran descubrimiento en La Tramontana. Me desperté muy temprano; estaba inquieta, desasosegada... Y como no conseguía volverme a dormir, me levanté, me vestí y estuve un buen rato mirando el mar, que es maravilloso a esa hora, esa sensación de un mundo recién creado, que está emergiendo, tierno, húmedo, leve, donde todavía no existe la gravedad, ni la luz intensa, ni el ruido... como un croquis, o una acuarela muy pálida... Y después salí de la habitación y estuve vagando por la casa. No se había levantado nadie todavía. Reconocí un olor: era el olor químico aquel tan extraño del señor Soley — ahora sé que es esencia de trementina, lo que se usa para limpiar los pinceles —. Lo seguí. Y así me encontré colándome en el estudio del señor Soley, que estaba abierto.

¡Qué deslumbramiento! Cuadro tras cuadro, me entusiasmaban. No tenía palabras para decirlo, no tenía opinión, era mucho más simple: era que yo quería vivir ahí. Sí, en los cuadros. En esas habitaciones, o esos rincones, ya sabes: una esquina de una mesa, un frutero, un mantel, una puerta... o en esas playas de arena negra, o en los jardines... Había una belleza, una sensualidad, un amor al mundo: a los días de verano, al azul de unos postigos, a las terrazas de baldosas rojizas... y al mar, claro, había muchos cuadros del mar... Todo exhalaba placer, serenidad, alegría de vivir... Y entendí mejor la casa. Entendí su lógica: imitaba a los cuadros. La ventana abierta al mar, la garrafa amarilla, la silla azul... pero en el cuadro todo eso tenía una armonía,

un sentido, una especie de necesidad... y una eternidad, claro está... de tal modo que, en comparación, la verdadera ventana, la verdadera vista sobre el mar, quedaban... no sé, como incompletas.

¿Tú qué idea tenías de la pintura del señor Soley antes de verla? ¿Y de su carrera?

... Lo sabía, sí, me lo había contado Marina. Y mira que era algo antiguo, era al principio de la carrera del señor Soley, ¿no?, su segunda exposición o así. Marina me dijo que a su padre esa frase le había hundido, hasta el punto de que había hecho una cosa que se hacía entonces en las depresiones agudas, una cura de sueño.

... ¿Y él qué pensaba de la pintura de su padre?

... No lo sé; muchos años después sí que lo supe, ya te lo contaré, pero en ese momento nunca se me ocurrió preguntárselo, ni sé si ella hubiera sido sincera. O si tenía una opinión formada, de conjunto, quiero decir. Pero se interesaba, desde luego que se interesaba. Una tarde, por ejemplo, me acuerdo de que salí a la terraza y la vi, junto con sus padres, los tres, mirando fijamente una silla. Estaban tan absortos, era tan extraña la escena, tenía además algo como íntimo... que no me atreví a acercarme, a interrumpirlos. De vez en cuando uno u otro murmuraba: «El fucsia es excesivo, habría que rebajarlo». Silencio. «No sé si ese azul...». Nuevo silencio. «¿Y el empastado? ¿Os convence el empastado?». Era un cuadro, claro; lo vi poniéndome de puntillas y mirando por encima de sus hombros: un cuadro a medio hacer, que representaba una hortensia rosa y morada, en un tiesto colocado en el centro de una mesa azul. Marina fue quien tuvo la última palabra. Moviendo la cabeza, dictaminó: «*Massa dit*». ¿Qué quería decir esa palabra? Se lo pregunté más tarde y me la tradujo: «Demasiado dicho». No me dio más explicaciones, pero con los años lo he entendido. Quiere decir que no hay misterio, que no se deja libertad al espectador para interpretar el cuadro, para componer su propio cuadro en cierto modo.

Cuánto hablaban, los Soley, y cuánto les envidiaba yo eso... En mi casa no se hablaba de nada. En cambio en La Tramontana, las comidas eran animadísimas. El señor Soley, que salía de haber estado solo durante horas en su estudio, pintando, tenía siempre ganas de conversar, la señora Soley le secundaba, y Marina estaba callada, pero su padre enseguida se dirigía a ella: «Y tú, Marina, ¿qué piensas de eso?» y ella le contestaba con una especie de condescendencia, de desgana, pero le contestaba... Sobre todo hablaban de arte. Tema del que yo, cuando llegué a La Tramontana, no sabía una palabra. O sí, pero lo que sabía no tenía nada que ver con el arte, en realidad. Era... a

ver cómo te lo explico. Mira: yo sabía que las alpargatas eran cosa de campesinos, mientras que las niñas bien educadas llevaban zapatos de charol para ir a misa los domingos, junto con el vestido de punto de abeja y la chaquetita de perlé; que teñirse de rubio platino o hacerse la permanente era cosa de mujeres modernas, de ciudad, como mi madre, y jugar en la calle cosa de gitanos... Y sabía que nosotros, si poníamos un cuadro en el salón, era uno que representaba la Plaza Mayor de nuestro pueblo, mientras que la pintura abstracta les gustaba a los señoritos. Una vez leí una entrevista con una chica africana que se había convertido en modelo y vivía en París, y hablaba de «las mejores marcas», decía que viviendo en Europa había descubierto cuáles eran «las mejores marcas» en todo: en ropa, en vinos, y también en música: Bach, Mozart... Es fácil reírse de eso cuando te han educado en una casa culta y tú sabes qué tienes que pensar de Bach y qué tienes que pensar... no sé, de Raphael —un cantante popular de la época—, que era lo que le gustaba a mi madre... A partir de ahí, tú puedes disentir, puedes ser original, diciendo por ejemplo que es lástima que Raphael cante esas canciones tan malas, podría haber sido un buen cantante porque, si te fijas, tiene una gran voz; o que el gran compositor del barroco es Haendel y no Bach. Te puedes permitir tener una opinión propia, porque estás lo bastante educada como para tenerla; porque conoces la opinión aceptada y sabes si te estás alejando mucho de ella; puedes, incluso, jugar a ser excéntrica. Pero a mí, en eso, nadie me había educado.

Un día, en la mesa, se pusieron a hablar de la obra de tal pintor y de tal otro, supongo que ahora los reconocería, pero entonces eran nombres que no me decían nada, porque no eran de los más famosos. Y de pronto Marina se vuelve hacia mí y me pregunta, muy desenvuelta: «¿Y a ti? ¿Qué pintores te gustan?»... ¡Ay, qué crueldad! Los tres se quedaron callados y me miraron. El señor Soley parecía un hipnotizador, se pasaba el dedo índice, despacio, por el caballete de la nariz, subiéndose las gafas, y me miraba fijamente sonriendo como si se me fuera a comer... ¿Y yo qué podía contestar? No iba a decir que me gustaba el único cuadro que había en casa, el de la Plaza Mayor de mi pueblo... Porque además, no habría sido verdad, lo cierto es que no me gustaba. Ni me dejaba de gustar: nunca me había hecho la pregunta. Pero tampoco podía fingir que me gustaba Picasso. Y se me ocurrió, como solución más socorrida, copiar a mi padre. Contesté que me gustaba Dalí.

Los tres Soley intercambiaron miradas como cuando lo del 18 de julio... Ya iban a cambiar diplomáticamente de tema, pero yo, furiosa, aún más roja que antes, pregunté: «¿A vosotros no?». Fue un momento embarazoso porque

yo me sentía muy agresiva y se notaba, los Soley mayores se quedaron callados, como si delegaran en Marina; y Marina encogió el labio: así, como olisqueando, un gesto idéntico al de su padre, solo que más discreto; y dijo con suavidad: «Un poco *carrinclonet*, ¿no?». Y yo, sin saber qué decir, me encogí de hombros como diciendo: «Quizá, bien mirado...», porque no tenía ni la menor idea de qué significaba esa palabra. Por un momento pensé que sería un nombre propio, quizá el de algún pintor al que Dalí imitaba.

... Ah, pues lo supe mucho después. Había tres palabras que los Soley usaban mucho: *xava*, *potul* y *carrincló*, de la que *carrinclonet* era el diminutivo. Dios mío, hace treinta años y todavía las recuerdo, supongo que por el miedo que tenía a que me las aplicaran a mis espaldas... Deduje que significaban cursi, provinciano, rancio... No eran exactamente sinónimas, a veces los Soley discutían: «Es *xava*», «no, *xava* no, pero un poco *carrincló*». Las aplicaban a detalles en los que yo ni siquiera me había fijado: una vajilla en que les habían servido la comida en un restaurante, o un sombrero que llevaba la amiga con la que fueron a la playa... Esas son algunas de las palabras que ese verano aprendí de catalán. Y, claro, *minyona*, criada. Y una frase: «*Baixa aquest gos ara mateix*». Pronunciada así: «*jjjjBaixa aquest gos ARA MATEIX!!!!*»... De la cena del último día... ya llegaremos.

... Sí, es verdad, Marina me trataba con... Sí, lo que tú dices. Pero no siempre. Yo creo que el primer día en la playa, cuando se marchó, dejándome a mí, y a su madre, con un palmo de narices, lo hizo para fijar las reglas del juego. Que en realidad era una sola: a saber, que mandaba ella. Que era ella quien decidiría cuándo estaba conmigo y cuándo no, ella la que decidiría, al cien por cien, la relación que tendríamos. Ella y no yo, ni su madre. La señora Soley no había dicho nada, al menos no en mi presencia, cuando lo de la playa, pero luego en el coche al salir de casa de doña Lucía había vuelto a la carga, con lo del viaje a Barcelona, que yo me imaginaba que iba a volver a salir de un momento a otro, y así fue, pero varios días después. Entre tanto, lo que Marina había podido comprobar es que yo no le oponía ninguna resistencia. Que tenía total libertad para hacerme mucho caso o poco o ninguno. Y establecido eso, se relajó. Alguna vez charlaba conmigo. Aunque yo nunca sabía muy bien con qué... con qué intenciones, digamos. Como cuando me hablaba de Salvador.

... Pues sí, empezó a hablarme de Salvador. Me explicó que estaba todavía en Liverpool, pero que iba a llegar a primeros de agosto.

... Me lo presentaba como... «Huy, mi hermano, ya verás», me decía. Que si era tan deportista, hacía vela, esquí acuático, submarinismo... Que si

cantaba tan bien, y componía canciones, y tocaba la guitarra... Que si era un culo de mal asiento, se había ido a Londres él solo, en autoestop, con una mochila y una guitarra... que cantaba en clubes... Que si había aceptado estudiar Económicas porque sus padres se lo habían pedido, pero él lo que quería era dar la vuelta al mundo en un velero... aunque era tan inteligente y tenía tanto don de lenguas que no le costaba nada hacer la carrera... Que si «no es porque sea mi hermano, pero es guapísimo»... Había una exageración en todo eso que era muy evidente, yo no podía dejar de notarla, era algo un poco histriónico incluso, pero yo no entendía por qué... «Ya verás, lo verás tú misma, ya le vas a conocer»... Y de posibles novias, ni una palabra.

... No, no te creas. Es que yo ni sabía que existían, en España entonces no se hablaba de eso... no se hablaba en mi casa, no se hablaba en la televisión... y en mi colegio, que era de monjas, pues figúrate... Ahora alguna vez, mirando atrás, me he dado cuenta de que obviamente lo era tal profesora, tal camarero del bar que mis padres frecuentaban... Pero no, entonces ni se me ocurrió.

Volviendo a Salvador... Marina un día vio el libro que estaba en mi mesilla de noche y exclamó: «Ah, vaya, estás leyendo *Jane Eyre*»... y yo noté que lo decía con retintín, pero no lo supe interpretar.

Yo aunque hubiera querido comentar lo que estaba leyendo ella, no habría podido. Porque ella leía a todas horas, cuando no había desaparecido con su caja de acuarelas; pero el libro que leía estaba forrado, y yo no me atrevía a preguntarle qué era. Un día se lo preguntó su padre: «¿Qué es eso que estás leyendo, Marina?». «Pía», contestó ella sin alzar la cabeza.

... Yo tampoco lo sabía, lo he sabido luego. Un escritor catalán, muy famoso.

«Ah, qué bien», dijo su padre, impresionado, «qué bien que leas a Pía por fin, qué bien... ¿Y qué lees de Pía?». Aquí me pareció que Marina vacilaba un poco, una fracción de segundo, como si a la primera pregunta tuviese preparada la respuesta, pero a la segunda no. «Bueno», dijo, con ligereza, «Pía siempre es más o menos lo mismo, ya ves: en el fondo ha escrito un solo libro de miles de páginas» —se iba animando, adquiriendo aplomo—, «luego lo ha cortado en trocitos, les ha puesto diferentes títulos y chau». Su padre se reía: «Sí, sí... muy bien visto... Ja, ja, un solo libro y luego lo ha cortado en pedacitos...».

... Claro, es que ella había leído *Jane Eyre*. Yo solo caí en la cuenta, de repente, un día, recordando el incidente, años más tarde. ¿Tú la has leído?...

Joven sin fortuna que llega a una casa aislada, en la que la han contratado como institutriz, y que termina casándose con el joven dueño del lugar.

... Sí, claro... Claro que eso estaba en el aire, y mi madre había leído muchas fotonovelas... Pero nunca lo dijo con todas las letras, por supuesto. Era demasiado, era como creer que te puede tocar el gordo de la lotería. Ella no aspiraba a tanto. Se conformaba con que yo entrara en el mundo de los Soley, o por lo menos, que lo vislumbrase, que se me pegara algo. Los buenos modales, la elegancia...

Elegante sí era Marina, eso desde luego. Un día me enseñó su armario. Tenía muchísima ropa, y muy variada además: vestidos maxi de telas indias, faldas mini, blusas, camisetas, sombreros, pantalones... En esa casa, bien mirado... Yo en aquella época creía que los Soley tenían mucho dinero, luego me he dado cuenta de que no tanto, o solo doña Lucía. Pero si en una cosa eran espléndidos era en la ropa de Marina. Era como si entre los tres jugasen a vestirla, desvestirla, vestirla de otra cosa: señorita de buena familia, estudiante progre, artista *hippy*, chica *sexy*... Tanto su padre como su madre le hacían constantemente comentarios sobre cómo iba vestida. Los de su padre siempre admirativos: «Qué bien te sienta el azul», «¿A ver, este collar?, qué original, ¿de dónde sale?», «¡Oh, qué combinación de colores!, ¡qué atrevida!»..., su madre dando consejos: «Este pantalón no tiene buena caída», «¿No te pondrás ese vestido, verdad, para ir a casa de tu abuela?, es muy escotado», «Estos zuecos, francamente, quedan *xava*»...

Marina no me mostraba nada de sí misma, ni sé qué pensaba de mí; siempre me pregunté si aquello de «¿Y a ti qué pintores te gustan?» era inocente o llevaba intención. Pero con sus padres era un poco lo mismo. Dialogaba con su padre, opinaba sobre sus cuadros, hablaban de arte... Y con su madre también hablaba, aunque bien mirado, más bien la madre hablaba y ella asentía. Las recuerdo haciendo cosas juntas en la casa, cosas extrañas para mí, como llenar con líquido de distintos colores unos pequeños jarrones de cristal que luego colocaban sobre unos estantes apoyados contra la ventana, de modo que la luz del sol los hacía brillar, formando unas manchas de colores vivos, transparentes, que adquirían las formas sinuosas de los jarrones... Es curioso que cuidaran tanto esos detalles, en una casa que por lo demás, estaba manga por hombro: libros, vasos sucios, ceniceros, las camas siempre deshechas... te ibas a duchar y tenías que recoger del suelo la toalla que había dejado tirada el que se había duchado antes que tú... un peine o un par de alicates se podían pasar dos semanas en el mismo rincón... ¡Pensar cómo debía de imaginarse mi madre la casa de los Soley, y cómo era en

realidad!... Pero contrariamente al ambiente de mi casa, tan rígido, donde todos estábamos como planchados y almidonados, el de casa de los Soley, una vez pasado el susto, resultaba simpático.

... ¿Circun? Circun hacía lo que le decía la señora Soley, y creo que a la señora Soley le importaba que la ropa estuviera bien planchada, que Circun sirviera la cena o el café a sus amistades... pero la limpieza, no mucho.

Mientras estaba con su hija por la casa, la señora Soley no paraba de hablar. De cómo se sirve el café, en qué tipo de jarrita hay que poner la leche, qué pastelitos hay que sacar y cómo hay que presentarlos, de que si invitas a alguien a dormir le tienes que poner un vaso y una botella con agua... Y hablaba sobre todo de las personas a las que frecuentaban, de las mujeres especialmente. Tenía una actitud de curiosidad que era más que curiosidad: una especie de avidez. Cuando esperaban la visita de alguien importante...

... Vosotros, por supuesto. Pero antes hubo otra: la de los cuñados. Luego te lo cuento. Y en cuanto se marchaban, la señora Soley empezaba a cuchichear con Marina: «*T'has fixat? T'has fixat?*»... En catalán, sí, hablaba con Marina en catalán cuando no quería que Circun —o tal vez yo— la entendiera, pero yo entendía bastante. «¿*T'has fixat* en la Carmeta, cómo tenía las uñas de los pies?, sin pintar y hasta sucias...». «¿*T'has fixat* cómo ha cambiado la Viladot con su marido? Antes siempre estaba hablando de sus éxitos, de lo bien que lo hacía todo, decía ¡es que Miquel es tan inteligente!... Pero ahora que ha heredado... sí, ¿no te acuerdas de que el año pasado murió su tía?, ahora ya ves cómo le trata... y se va a ir de viaje con unas amigas, ¡la Viladot!, ¡con lo moro que es él, que no la dejaba ni entrar sola en un café!...». «*T'has fixat?*», «*T'has fixat?*»... como una letanía. Y Marina la escuchaba imperturbable.

La señora Soley era muy simpática; su simpatía era superficial, quizá, pero sincera, espontánea. A Marina se la notaba mucho más inteligente, más reflexiva, más complicada, que su madre. O a mí me lo parecía. En cualquier caso era mucho más reservada. No tenías el menor indicio de qué era lo que pensaba o sentía en realidad, estaba todo tan oculto bajo el barniz mundano...

A mí no me trataba demasiado bien, ya lo has visto... Incluso cuando charlábamos como si fuésemos amigas, había siempre en sus ojos un brillo de ironía... Y a pesar de todo, yo... Yo la admiraba. No lo podía evitar. Admiraba su aplomo, su inteligencia, el dominio que tenía de sí misma y de las situaciones, su sentido del humor. Cuando salimos de visitar a doña Lucía, por ejemplo, se me acercó muy seria y me dijo: «No me gustaría que te marcharas con una impresión equivocada... No te creas que mi abuela es

siempre así, no, ni mucho menos». «¿Ah, no?», dije yo aliviada. «No, no. Normalmente, es mucho peor».

Marina me daba un trato protector, pero desapegado. Condescendiente, en todo caso. Mi admiración no parecía incomodarla, ni sorprenderla. Por lo demás, su posición en la familia era curiosa. Yo tenía la impresión... No te diré que hacía comedia, pero sí que... observaba. Estaba dentro pero a la vez estaba fuera. Parecía que estuviera esperando algo, o buscando algo, y cuando lo hubiera encontrado, se iría.

Un día, en la mesa, la señora Soley, con una despreocupación que me pareció estudiada, dijo: «Por cierto, Marina, quiero invitar a los tíos a bañarse y a comer un día de estos, pero para fijar fecha, tendría que saber cuándo quieres que vayamos a Barcelona, ¿lo has pensado ya?».

«Que vengan cuando quieran», dijo Marina tranquilamente, «cuando os vaya mejor a todos. Yo iré a Barcelona la semana que viene, pero no necesito que me acompañes, mamá, gracias». De mí, ni una palabra.

La señora Soley respiró hondo, sin dejar de sonreír. «Pero a Áurea le hace mucha ilusión visitar Barcelona, ¿verdad, Áurea?», Tierra trágame, pensé yo: ¿cómo hacer para no quedar mal ni con la madre, ni con la hija? «Bueno... lo que... yo haré lo que...». «No seas tan educada, Áurea», dijo la señora Soley, «si no es ninguna molestia, yo sé que te hace ilusión». Se estaban mirando fijamente, y parecía que estaban igualmente decididas las dos a no apartar la vista. Por suerte vino Circun a cambiar los platos, el señor Soley dijo no sé qué, y se cambió de tema.

En cuanto nos levantamos de la mesa Marina me llevó aparte. No se molestó en darme explicaciones; simplemente me ordenó: «Dile que tu madre no quiere que vayas a Barcelona». «Vale...», contesté yo, «pero ¿cómo se supone que se lo he consultado a mi madre, si aquí no hay teléfono?». A Marina le bastó reflexionar un momento para encontrar una solución. «¿Te acuerdas del *paleta* del otro día? ¿El que estaba en casa de mi abuela lamiéndole el culo, el que apestaba a tabaco?». Sí, claro que me acordaba. «Tiene un bar en el pueblo, y tiene teléfono. Esta tarde vamos allá, pides llamar, haces ver que llamas a tu madre, que le cuentas el plan de Barcelona, y que ella te dice que no te deja. Luego se lo contamos a mi madre, y chau».

Me maravilló la facilidad, la naturalidad, la eficacia, con que Marina era capaz de inventar mentiras; y que las llevara hasta el final, hasta el extremo de pedirme que escenificara la llamada telefónica... Acepté, claro, qué otra cosa

iba a hacer. Marina, como para agradecermelo, durante el paseo me contó por qué, según ella, quería ir sola a Barcelona. Me dijo que su madre estaba empeñada en que se alojara en un piso que pertenecía a su abuela. Doña Lucía era dueña de una finca en Barcelona, una casa de pisos en un barrio elegante, en la parte alta de la ciudad. Uno de ellos había quedado libre, y la señora Soley quería a toda costa que lo ocupara Marina, durante sus estudios en Barcelona, pagando, eso sí, un alquiler. Pero doña Lucía no quería. «Claro, cómo va a aceptar que su nieta le pague un alquiler», dije yo. «No, no es eso», me corrigió Marina, a la que mi ingenuidad parecía divertir. «Mi madre piensa que aunque mi abuela a mí me quiere mucho —dentro de lo que ella es capaz de querer—, sus ganas de fastidiar, de fastidiarla a ella, a mi madre, pueden más». Ahora no disfrutaba solo de mi sorpresa, sino del escándalo que se me pintaba en la cara, aunque no hiciera ningún comentario. «Yo creo que es algo más sutil», prosiguió, «yo creo que el motivo es que si yo viviera allí, en Copérnico, conmigo no podría hacer esas cosas que hace con sus inquilinos. No les puede echar porque son viejos que tienen esos contratos antiguos para toda la vida, pero les hace ir de culo: un día se olvida de pagar la luz y va la compañía y se la corta, otro día les carga no sé qué gastos que ella decide que les corresponden, otro día cambia sin avisarles las llaves de los buzones... En fin, cada uno se divierte como puede».

«¿Y por qué tu madre tiene tanto empeño en que vivas allí?», pregunté yo. «No será porque os salga más barato, si propone pagar un alquiler...». «Para vigilar», dijo Marina, «como son pisos de renta antigua, hay que controlar que vive allí solo quien tiene derecho, ya sabes, los inquilinos de toda la vida o sus hijos, porque si quien vive es otra persona, le tocaría pagar un alquiler mucho más elevado, y si no es así, mi abuela pierde dinero». No dije nada, pero Marina me adivinó el pensamiento: «Te estás preguntando qué le importa a mi madre que mi abuela pierda dinero, ¿verdad?, con lo mal que se porta mi abuela con ella... Pero es que, ya ves, como la casa la vamos a heredar nosotros, mi hermano y yo, que somos sus únicos nietos, pues claro que importa...» Ya sabes, «el ojo del amo engorda al caballo». «Mi madre lo que quiere es que yo vaya introduciéndome... en el cepo». Y se echó a reír.

... ¿Si era verdad? ¿El qué? ¿La razón por la que Marina no quería que su madre y yo la acompañáramos a Barcelona? Creo que era verdad, sí, pero solo parte de la verdad. Quizá también tenía allí algún novio al que quería ver sin cortapisas. Pero puede ser que hubiera otra cosa, luego te cuento lo que descubrí unos días después, físgando en su habitación, cuando se fue finalmente a Barcelona... Lo que no era verdad en cambio eran las

motivaciones de la abuela. Ahí tanto Marina como su madre erraban completamente. Pero esa es otra historia...

«¿Dónde vas a vivir entonces?», le pregunté a Marina. «Mi madre quiere que en una residencia de estudiantes». «¿Y tú?». Marina pareció pensar, de pronto, que ya había hablado demasiado, y regresó a su habitual reserva. «Ya veremos», dijo.

Los Soley recibían y visitaban a mucha gente. Aparte de ir a casa de doña Lucía, cosa que hacía la señora Soley todas las tardes, a veces con Marina —pero nunca, cosa curiosa, con el señor Soley, al cual además jamás le oí preguntar, cuando ellas volvían, cómo estaba su madre—, iban mucho a casa de amigos, tenían toda una pandilla, salían en barca... A la señora Soley le encantaba invitarles a comer. Al principio hizo unos cuantos intentos de que guisara Circun, pero después de un arroz completamente pegado, que había que comerse a mordiscos, una tortilla que sabía a rayos porque le había echado un puñado de sal, y alguna cosa más, optó por cocinar ella misma. Nada de esos guisos interminables que hacía mi madre: el morteruelo, las flores de sartén... Qué va, cosas simples: de primero gazpacho o ensalada y de segundo, pan con tomate y anchoas.

Pero hubo un día —dos o tres después de aquella conversación sobre el viaje a Barcelona— que yo noté enseguida que no era un día como los demás. Cuando me levanté, la señora Soley ya estaba en plena acción, cosa rara, porque era muy dormilona. Aún no se había vestido, estaba en bata, pero ya preparando un *suquet*, un plato de pescado, con la ayuda de Circun, y estaba muy nerviosa. Y precisamente ese día Circun estaba aún más torpe que de costumbre. Arrastraba los pies, se sorbía los mocos, no daba una a derechas... «Pon agua a hervir», le decía la señora Soley. «Dame un cuchillo... ¡No, ese cuchillo no, mujer, uno que corte, que este no sirve para nada!...»... Cada vez que sorbía, con un ruido como de alcantarilla, a la señora Soley le daba una especie de temblor, pero no decía nada. Seguía con lo suyo: «¿Has echado sal?... Pues ponía ya... Pero ¡cómo le pones tanta sal, mujer, cómo se te ocurre! ¡Por faavor! Quita, quita... Tírala, está demasiado salada, pon otra... *Mare de Déu Senyor!*, ahora a esperar otra vez a que hierva... Ese pan tíralo, ¿no ves que está seco?...». Circun, antes de tirar el pan a la basura, lo besó. Era una cosa que se hacía en el pueblo. La señora Soley volvió a tener esa especie de escalofrío, como una descarga eléctrica leve que la hacía temblar un momento, pero tampoco dijo nada. Yo estaba desayunando en un rincón,

calladita, porque veía que el horno no estaba para bollos. Circun, cabizbaja, toda sofocada, sorbía y sorbía, cada vez más fuerte, hasta que se acercó al fregadero... abrió el grifo... y yo, que vi lo que iba a hacer, me quedé clavada en la silla... y en efecto, como me temía, se sonó en los dedos. Los iba a sacudir en el fregadero pero no tuvo tiempo: la señora Soley le dio un cachete en la mano, gritando, fuera de sí: «¡No quiero esas porquerías en mi casa!». Circun se echó a llorar y yo, como nadie me había dado vela en ese entierro y no quería presenciar la escena, me escabullí.

En el recibidor me encontré con Marina. «¿Qué pasa hoy?», le pregunté. «Nada, que vienen mis tíos, ya ves», contestó ella encogiéndose de hombros, «y como son tan ricos, y mi tía es tan tiquismiquis, y como ella y mi madre siempre están preguntando espejito, espejito, dime quién es la más mona, la más simpática, la que mejor recibe... pues ya ves, pierde el culo por que esto parezca el palacio de Buckingham. Yo mejor desaparezco, chau». Se fue sin preguntarme si quería ir con ella; vi que cogía la bicicleta y se alejaba en dirección a la montaña. ¿Ricos?, me quedé preguntándome. ¿Más ricos que los Soley?... Pronto lo vería. Entre tanto, me fui a la playa.

Cuando volví, estaba Epi; debían de haber ido a buscarla a casa de doña Lucía para que ayudara con la comida. La señora Soley estaba nerviosísima, vigilando el *suquet*, diciéndole a Circun que barriera el recibidor, mirando al trasluz las copas a ver si estaban limpias, preguntándole a Marina, que llegaba en ese momento, que qué se iba a poner, sudando, mirando el reloj, diciéndole a Epi que planchara el mantel, diciéndole a Marina que vaqueros ni hablar, que por qué no se ponía el vestido rojo que le sentaba tan bien, encaramándose a una escalera para sacar una cubertería del altillo, diciéndole a su marido que le sujetara la escalera, ordenando a Circun que buscara el producto de limpiar metales, proponiendo a Marina prestarle un collar, ordenando a su marido que fuera corriendo al pueblo a comprar pastas para el café... El señor Soley se atrevió a alegar débilmente que tal vez no era indispensable, pues ya tenían un brazo de gitano de postre, pero cuando ella, que en ese momento estaba de espaldas, se volvió, solo con verle la cara, el señor Soley se fue al pueblo sin más comentarios.

«¡Ya están aquí!», exclamó Marina, y observé con sorpresa que venía, no de la ventana que daba al pueblo, sino de la que daba al mar. Me asomé y vi algo que hasta entonces nunca había visto más que en foto o en las películas: un yate. Grande, blanco, de motor, con una popa ancha, cuadrada, en la que había mesa y sillas... Muy feo, bien mirado; pero un señor yate. ¡Qué impresionada se iba a quedar mi madre cuando se lo contase! Observé cómo

un marinero salía a cubierta, bajaba al mar una lancha pequeña, y ayudaba a bajar a una señora, a un señor...

«¿Son ellos?», le pregunté a Marina, «¿vienen en barco?». Marina se había recogido el pelo en un moño, iba un poco maquillada y estaba guapísima. «Pareces un Modigliani», le había dicho su padre, mirándola embobado... Me contestó que sí, que preferían venir por mar para evitar los embotellamientos en la carretera.

—¿Y para eso usan el yate? —pregunté yo boquiabierta.

—Es que a mi tía no le gusta navegar. A mi tío sí, todos los sábados lo coge él solo y se pasa el día en el mar, es su afición favorita. En verano. En invierno van a esquiar; bueno, van los dos, pero solo esquiaba él, ella se dedica a lucir su colección de abrigos de pieles, ya ves. —Marina hablaba con una sonrisita displicente, curvando los labios hacia abajo—. Entre nosotras, es tonta del culo —añadió en un susurro—. Y en primavera y otoño, mi tío hace vuelo a vela.

—¿Vuelo a vela? —repetí yo. No tenía la menor idea de lo que era.

—Sí, es que además del yate, los dos coches, el piso en Barcelona, el apartamento en Baqueira, la casa en Cadaqués y no sé si me olvido algo..., tiene un avión —me explicó Marina, que no había entendido mi pregunta.

—¿En qué trabaja?

—Tiene una fábrica de papel.

—Higiénico —intervino el señor Soley.

—¡Hola, Josep! ¡Hola, Hortensia!

Eran ellos: un hombre alto, corpulento, con una gran mancha color vino en la sien, y una mujer muy vistosa: guapa, morena, con mucho pecho, mucha cadera y un lunar junto al labio. El señor Soley dio un paso atrás y levantando las manos y cerrando un ojo, hizo el gesto que yo ya había aprendido a reconocer: con los índices y los pulgares formaba un rectángulo para encuadrar una imagen. Sin saludarles siquiera, empezó a darles instrucciones: «¡Qué os voy a sacar una foto! ¡No me miréis! ¡Más hacia la izquierda, que estáis demasiado centrados! ¡Sin mirarme, he dicho!, que si no parecerá esas fotos que os hacéis de pie mirando a la cámara delante de la torre de Pisa, de la torre Eiffel, de la estatua de la Libertad... todo de cartón, naturalmente»... Debía de ser una broma, porque no tenía ninguna cámara. Ellos seguían hablando sin hacerle ningún caso.

Cuando se sentaron a comer, la señora Soley cogió algo que yo no había visto nunca: una campanilla para llamar a la criada. De costumbre. Circun iba y venía a su aire, pero ese día, la señora Soley había dado órdenes de que

Circun se quedara en la cocina y Epi sirviera; es que Epi era mucho más presentable. Así que tocó la campanilla para que viniese, pero fue Circun la que salió. «¿Dónde está tu hermana?», preguntó la señora Soley. «En el retrete», contestó Circun. Hubo un silencio... En el pueblo se decía «el retrete», pero mi madre lo llamaba púdicamente «el baño», y los Soley, «el lavabo». La señora Soley frunció el ceño pero no hizo comentarios. En cambio el señor Soley exclamó: «¡Muy bien, muy bien, así me gusta, dile que cague mucho, que así mi cuñado se hace rico!». Yo, que no daba crédito a mis oídos, miré discretamente al cuñado, pero él y los demás siguieron comiendo y charlando como si no le oyeran. Supongo que estaban acostumbrados.

... Sí, sí que se parecía. O al menos tenían un aire de familia, las dos eran altas, morenas y elegantes. Pero los estilos eran muy diferentes. Al lado de su hermana, la señora Soley resultaba moderna, juvenil, con esos collares de bisutería, el pelo corto, faldas flotantes, alpargatas... Su hermana era todo lo contrario: llevaba pendientes de oro y perlas, un anillo con un diamante... Irradiaba aplomo, bienestar, como quien ocupa el lugar que sin discusión posible le corresponde. Rosa, se llamaba, y parecía una rosa florida, lozana, la reina del jardín. No necesitaba hablar, no necesitaba hacer nada. ¿Te has fijado alguna vez, en los restaurantes por ejemplo, que hay gente que se mueve, se agita, llama, gesticula... y los camareros no les hacen caso, ni siquiera les ven, mientras que hay otros que en cuanto entran, con su mera presencia, son el centro de atención? Así era esta: ahí sentada, sin apenas moverse... dando algo de conversación pero sin molestarse mucho... y mirándolo todo con una sonrisita.

Era curioso, ese día la señora Soley no paraba de hablar de sus hijos, de que Marina había terminado el curso con muy buenas notas en todo, aunque lo único que le interesaba era la pintura, que iba a ser pintora como su padre, que ahora iba a estudiar Bellas Artes en el mejor sitio donde se podía estudiar, que Salvador también tenía muy buenas notas, que su inglés era tan bueno que sorprendía a los profesores, que ahora no estaba en La Tramontana porque estaba viajando por Francia, que claro, los jóvenes ya se sabe, quieren viajar, es normal, pero el mes de agosto lo pasará con nosotros, llega la semana que viene.

... Vaya, ahora que me lo preguntas... no se me había ocurrido; no lo sé, pero creo que no, que ellos no tenían hijos.

Estaba un poco rara, la señora Soley. Ya con doña Lucía yo había atisbado una faceta suya que no era la habitual. Si en La Tramontana estaba relajada y un poco distraída, en casa de su suegra la noté más tensa, más formal, y por

debajo de la cortesía, aburrida. Entonces, ¿por qué iba, y todas las tardes, además?

... Claro. No había ninguna duda, y estoy segura de que doña Lucía lo sabía también: no se hacía ilusiones sobre los sentimientos de su nuera, pero no creo que eso fuera una decepción para ella, no; creo que le parecía muy normal, y le gustaba, que el dinero le diese ese poder; lo disfrutaba, me parece a mí. Pero quizá la señora Soley tenía otro motivo para ir a casa de su suegra. Al menos, lo tenía un día por semana... Eso me dio a entender Epi la última noche, el día ese en que pasó todo, el día de vuestra llegada: esa noche estaba furiosa y cantó las cuarenta... ya te lo contaré.

Volviendo a la visita de los cuñados, me hizo descubrir otra manera de ser de la señora Soley. Miraba mucho a Marina, sonriendo, se reía, hablaba de sí misma... Nada especial, pequeñas cosas: que se había ido a nadar a las siete de la mañana —la miré de reojo, recordando que a las nueve estaba todavía en bata, recién levantada—, que en el mercado del pueblo había comprado tales flores e iba a hacer un ramo espectacular, porque ese rincón de la sala estaba pidiendo a gritos un ramo precisamente en tales o cuales tonos... Lo que me llamaba la atención no era lo que contaba, sino el hecho de que lo contase y el tono en que lo hacía. Un tono enfático, incluso un poco estridente... Como si en vez de ser —así me lo había parecido a mí hasta entonces— una mujer tranquila y contenta, sin grandes ambiciones, se hubiese convertido en una actriz que representaba el papel de una mujer tranquila y contenta, sin grandes ambiciones. Una actriz que sobreactuaba un poco... Su hermana, entre tanto, seguía comiendo en silencio, hierática, con sus joyas de oro y su levísima sonrisita.

Luego se pusieron a hablar de cosas que a mí me sonaban a chino: de si «la presión exterior», de si «el apoyo americano», de si cuando muriera Franco el Ejército iba a permitir que hubiera elecciones... de cosas como «tercera vía», de si el *suc* y el *peseí* y el *pesán*, que yo no tenía ni idea de qué eran...

... Partidos políticos clandestinos. Yo ¿cómo lo iba a saber? En los periódicos no salían, claro; y en mi casa no se hablaba nunca de política.

Lo que más me sorprendía era el tono con que el cuñado, sobre todo, abordaba esos temas. Parecía que estaba contando asuntos de familia, o de una empresa de la que él fuera socio, minoritario, pero socio... Para mis padres, y para toda la gente que yo conocía, la política era algo que salía en los periódicos pero en lo que naturalmente no teníamos influencia ninguna, algo así como el parte meteorológico. Claro que en mi familia, en realidad, no

se hablaba de nada. Comíamos en silencio, sin más comentarios que «hay que ver qué pronto ha llegado este año el invierno» o «han salido un poco duras estas peras»... No solo los políticos, sino en general las personas que tenían algún poder, nos resultaban totalmente ajenas: en cierto sentido no eran personas de carne y hueso. Cuando viví en Inglaterra me sorprendió mucho el respeto con que se trata a los de otros partidos, otras iglesias. En España, es como si los del otro bando no fueran del todo humanos. Incluso el jefe de mi padre, «el señorito»... Ahora que lo pienso, mi padre no habría hecho lo que hizo si le hubiera visto como un igual, humanamente hablando, quiero decir... Bueno, esa es otra historia.

Pero espera, espera, verás cómo terminó esa comida. Nos servían Epi y Circun. Epi eficiente y reservada como siempre; Circun en cambio no sabía disimular. Con el delantal torcido, cabizbaja, pesarosa, arrastrando los pies aún más que de costumbre... A los postres, se había hecho un silencio, y cuando la señora Soley la llamó: «¡Circun, ya puedes sacar el brazo de gitano!», su hermana preguntó: «¿Cómo dices? ¿Circun? ¿Y la otra, Epi? ¿De dónde salen esos nombres tan raros?». «De su pueblo, un pueblo...», empezó a decir la señora Soley, encogiéndose de hombros. Supongo que estaba a punto de continuar con algo así como «un pueblo de mala muerte perdido en La Mancha», pero en ese momento se debió de acordar de mi presencia. Se interrumpió bruscamente y con la intención, creo, de ser amable, porque durante toda la comida observé que hablaba a Circun con mucha suavidad — debía de arrepentirse del cachete—, sugirió: «¿Por qué no se lo preguntamos?», y cuando Circun apareció con el brazo de gitano, la señora Soley le dijo: «Me dice mi hermana que ese nombre tuyo, y el de tu hermana, no los conoce, y yo tampoco, ¿son típicos de vuestra región?». Sin darle tiempo a contestar, Epi, contra su costumbre, porque nunca hablaba con los señores si no le dirigían ellos la palabra, irrumpió en la terraza y con una locuacidad insólita, se apresuró a explicar: «Me llaman Epi pero en realidad me llamo Epifanía. Es que allí en el pueblo la costumbre es bautizar a los niños con el nombre del santo del día en que nacen, y yo nací el 6 de enero, que es la Epifanía de los Reyes, también me podían haber puesto Reyes, que es más bonito y sirve tanto para hombres como para mujeres, aunque Epifanía también me gusta», y mientras hablaba iba empujando imperceptiblemente a su hermana hacia la cocina, aunque Circun se veía que no entendía por qué. Yo creo que la señora Soley notó algo raro, y no habría insistido, pero el señor Soley, que también lo debía de haber notado, le preguntó: «¿Y tú, Circun?». Y Circun contestó muy ufana: «Yo me llamo Circuncisión».

Se hizo un silencio de muerte. Circun, encantada de ser por una vez el centro de atención, lo aprovechó para explicar: «Es que nací el 1 de enero, día de la Circuncisión del Señor». La señora Soley tuvo la presencia de ánimo de comentar con naturalidad: «Ah, claro», mientras su hermana, presa de un súbito ataque de tos, hundía la cabeza en el pañuelo y el cuñado, usurpando, en su precipitación, el papel que los buenos modales otorgan en exclusiva al ama de casa, decía muy alto y en un tono risueño, como si la repostería le provocara una incontenible hilaridad: «¿Quién quiere brazo de gitano?»...

... Pues claro que no, ¿tú te crees que las Asunciones, por ejemplo, o las Conchitas o las Inmaculadas, tienen una idea precisa de qué es eso de la ascensión o la inmaculada concepción? ¿O que Epi sabía qué es una epifanía?

Muy diplomática, la señora Soley se apresuró a desviar la conversación preguntándome a mí si yo había nacido el día de santa Áurea, y yo dije que no, que solo era un nombre que le gustaba a mi madre. A quien no le gusta es a mí, eso no se lo dije... No solo no me gustaba, me daba vergüenza esa combinación de nombre y apellido: «Áurea Moreno», me hacía pensar en un pote de barro que mi madre se hubiera empeñado en pintar de purpurina.

Estábamos todavía tomando el café cuando el señor Soley se levantó sin decir nada, se fue a la tumbona, ¿te acuerdas de que en la terraza había una tumbona?, se echó y se quedó dormido. Hasta empezó a roncar.

Después de la sobremesa, la señora Soley le despertó: «*Josep, que ja marxen, i volen veure els quadros!*». Yo no recordaba haberles oído decir que querían ver los cuadros, pero fuimos todos al estudio. La señora Soley hacía de guía. «Tenéis que ver lo último, una serie que se llama *hora baixa*» (quiere decir crepúsculo en catalán). «Hay uno maravilloso, con unas sombras moradas... ah, aquí está, ¿a que es una maravilla?, yo le digo: ponlo muy caro para que no lo vendas, que no lo quiero perder, pide por lo menos...». Dijo una cifra, lanzó una risita... dejó una breve pausa, y continuó: «Este es uno que empezó el año pasado, pero lo dejó porque no sabía dónde poner el árbol, me decía *Hortensieta*, ¿no te parece que este pino tiene demasiado protagonismo?, y al final yo le sugerí que lo descentrara, que lo pusiera ahí, a ese lado, y también que rebajara un poco el verde, que lo hiciera más apagado... ¿verdad que queda bien ahora? Y mirad el que está haciendo estos días, este con el jarrón azul y la hortensia, yo le digo: este azul es nuevo, nunca lo habías usado antes... y el cristal transparente, con lo difícil que es... Yo procuro que no lo acabe, le digo: falta un poco de contraste, por qué no le pones más fucsia aquí... cualquier cosa, porque el día que lo acabe y lo venda me dará un disgusto, es mi favorito», y él le pasaba el brazo por el hombro,

«será como mi amor por ti, no se acabará nunca, *Hortensieta*», y se reían los dos.

Yo creo que ella habría seguido hasta enseñarles todos los cuadros sin dejar uno, pero el cuñado la interrumpió sin muchos miramientos diciendo que se hacía tarde y que él tenía que volver esa misma noche a Barcelona por una reunión importante que tenía al día siguiente. La señora Soley llamó a Marina, que se había escabullido y que apareció con la misma sonrisa profesional que había mantenido durante toda la comida, para que se despidieran de ella.

«¿Cómo? ¿Ya os vais?», decía el señor Soley, como si le sorprendiera mucho que no se quedaran a cenar, a dormir, a vivir, con ellos, y se aferraba a la mano de su cuñado. Hasta que este, palmeándole el hombro mientras procuraba soltarse, le dijo: «¡Aprovecha, aprovecha, Josep: tú sí que vives bien! No como yo, que no puedo disfrutar de lo que tengo, con esta vida estúpida que llevo... Claro que tú tienes otros problemas... ya se sabe: ¡los Sssufrimientos del Arrrtista!». Soltó una carcajada y cogió del brazo a su mujer: «*Anem! Anem!*», vamos, vamos... Como ella seguía despidiéndose de su hermana, le pegó un grito: «¡¡¡Rosa!!!» y ella le dio un par de besos precipitados a la señora Soley y desaparecieron. Apenas se había cerrado la puerta, cuando los tres Soley en conciliábulo ya estaban susurrando: «*T’has fixat?... T’has fixat?*»...

Los tres días siguientes, los que precedieron a vuestra llegada, Marina no estuvo; se había ido a Barcelona. Y yo aproveché, lo confieso, para fisgar en su habitación. No tenía ningún propósito concreto; sabía, además, conociendo a Marina, que no habría dejado allí nada realmente comprometedor... Pero sí pude ver algo que ella no me había enseñado —no sé por qué, si por modestia o, más probablemente, porque mi opinión no le interesaba lo más mínimo y no se molestaba en fingir lo contrario—: sus acuarelas. No me gustaron mucho, la verdad, eran abstractas, simples manchas de color que a mí no me decían nada; me gustaba mucho más la obra de su padre... También estuve curioseando los libros, que estaban todos forrados. La mayoría no me sonaban, o muy vagamente, pero se me quedaron tan grabados en la memoria, que con los años los he ido buscando y leyendo todos: *Buenos días, tristeza* de Françoise Sagan, *La plaza del Diamante* de Mercè Rodoreda, *Cien años de soledad* de García Márquez, *Cuatro ensayos sobre la mujer* de Castilla del Pino... Otros libros, como *La Regenta*, los conocía de oídas, en tanto que clásicos, pero precisamente por eso me extrañaba que Marina los leyera, si yo creía que un clásico era siempre un tostón...

... ¿*Jane Eyre*? Por casualidad, en una colección barata, en la papelería de mi barrio. No tenía ni idea de que fuese un clásico inglés, no sabía nada.

De pronto, mezclado con los demás, para disimular, sin duda, vi un libro que reconocí, por el color del forro. Era el que había estado leyendo cuando su padre le preguntó qué leía y ella contestó que Pía... Lo abrí y leí en la primera página: *El Estado y la revolución*. Y el autor: Vladímir Ilich Lenin.

... Yo también me lo pregunté. Pero pensé que no, que no podía ser, porque... Es que no me hice la pregunta como me la has hecho tú, tan racional, tan neutra: ¿militaba Marina en un partido político?, aunque en cualquier caso eso habría significado que hacía algo ilegal, clandestino, porque todos estaban prohibidos; pero yo lo que me pregunté fue: «¿¡Marina es comunista!?!...». Pero no, imposible. Los comunistas para mí eran una especie de energúmenos, de bandoleros con la pistola al cinto, eran «los rojos», «el contubernio judeo-masónico», «los enemigos de España», de los que hablaba Franco por la televisión, y los enemigos personales de gente como mis padres; los que querían arrebatarnos —por pura envidia y por gandulería, para enriquecerse sin dar un palo al agua— lo que nosotros habíamos conseguido con tanto esfuerzo. Mi padre contaba un chiste en que alguien le pregunta a un comunista: «¿Así que tú estás a favor de que los que tienen fábricas, las regalen al pueblo?». «Sí, claro, porque la propiedad privada...», blablabla. «¿Y que quién tenga una casa, también la tenga que dar al pueblo?». «Por supuesto». «¿Y el que tiene un coche, también lo tiene que ceder?». «Naturalmente». «¿Y si tiene una moto?». «¡Ah, eso no, una moto no, que yo tengo una!... ¿Cómo iba a ser comunista Marina, que tenía casa, coche, fábrica, que lo tenía todo? ¿A quién iba a querer arrebatarle qué? Era inconcebible, era absurdo. Y sin embargo... en ese momento recordé que cuando sus padres y sus tíos hablaban de los partidos políticos clandestinos, Marina había bajado la cabeza, como para disimular algo que habría podido leerse en su expresión. ¿O eran imaginaciones mías...?

Marina, como te digo, se había ido a Barcelona, de manera que cuando yo por primera vez oí hablar de «los señores Williams», no tuve a quién preguntar, porque a los señores Soley no me atrevía, y Circun no sabía nada. Era raro que la señora Soley los llamara «los señores», ella que siempre decía «los Fulano», «los Mengano»... Pero es que «los señores Williams» eran, debían de ser, otra cosa, a juzgar por lo nerviosa que estaba la señora Soley. Yo, sin

necesidad de verla, la oía. Desde el estudio del señor Soley, donde me había refugiado...

... Sí, como no estaba Marina, yo vagaba como un alma en pena por la casa. La señora Soley no se ocupaba ya de mí. Yo creo que me había invitado en parte por amabilidad hacia mi madre, en parte también porque le gustaban las visitas, las invitaciones, le gustaba tener la casa llena de gente... y en otra parte, quizá la principal, me había invitado para que mi presencia la ayudara a controlar a Marina. Mi presencia en Barcelona, por ejemplo, habría evitado que Marina hiciera... no sé muy bien qué, pero la señora Soley sospechaba algo. Y en general, yo creo que la inquietaba el carácter solitario, secreto, de su hija. Pero bastaron un par de escaramuzas para que Marina demostrase con facilidad quién mandaba allí: ella. Y la señora Soley, que lo que más deseaba en esta vida, me parece, era estar tranquila, se dio por vencida y no insistió más. Desde ese momento, yo ya no pintaba nada, era un estorbo. En fin, un estorbo no, porque me las arreglaba para no estorbar, me hacía invisible e inaudible... Y terminé, como te digo, refugiándome en el estudio del señor Soley. Vi que a él no le molestaba mi presencia, es más, de vez en cuando yo le hacía alguna pregunta y noté que le gustaba contestármela, le gustaba explicar lo que hacía, le gustaba la atención con que yo le escuchaba. Y para mí, esos dos días —porque al final, con todo lo que pasó luego, fueron solo dos—, fueron importantísimos.

Nunca había imaginado que pintar fuera tan emocionante. Para empezar, un lienzo blanco. Esa libertad vertiginosa, la posibilidad de crear el mundo, desde cero, de elegir, de hacerte un mundo como tú lo quieres. Claro que esa libertad nunca es total, de hecho lo que descubres enseguida es que tienes muy poca: los colores, las formas, son los que existen, tienes que trabajar con ellos, a partir de ellos... Y el señor Soley no tenía, además, ninguna intención de inventar; lo que él hacía era recrear, interpretando. Ese gesto de formar, con los índices y los pulgares, un rectángulo y ponérselo a la altura de los ojos, le servía para comparar encuadres posibles, como si en la realidad, que es continua, recortara un pedazo. También tenía que elegir qué elementos incluía en el cuadro. Aquel que tenía a medias y del que Marina había dicho que estaba «*massa dit*», lo dejó de lado, y empezó otro nuevo, con el mismo tema. Probó a colocar la maceta en el suelo, a envolverla en papel de plata, a combinarla con diferentes jarrones y manteles... Al final la puso en una esquina de la mesa, y a su lado un jarrón grande, panzudo, de cristal, de un azul intenso, casi marino, pero que no se veía entero ni centrado... A mí me sorprendió que lo que parecía ser el tema del cuadro estuviera en un rincón, y

que el centro lo ocupara algo que estaba incompleto. Pero me daba cuenta de que colocar la hortensia en el centro la habría hecho menos interesante; le habría dado al cuadro una solemnidad, un empaque... lo habría hecho pomposo, obvio: era eso lo que Marina llamaba «*massa dit*».

Desde el estudio del señor Soley yo oía a su mujer moviéndose por la casa, oía el tintineo de sus collares y pulseras, el crujido de la suela de esparto de sus alpargatas, escaleras arriba, escaleras abajo, subiendo a los dormitorios, bajando al armario de la ropa blanca, subiendo al tendedero, bajando al cuarto de la plancha... La casa, que nunca estaba demasiado presentable, porque estaba claro que a la señora Soley ocuparse de la limpieza y el orden, aunque fuera con la ayuda de Circun, la aburría profundamente, esos días quedó desconocida. La señora Soley estaba en todo: los suelos, los cristales, los muebles, hasta a los tiradores de metal de las puertas hacía que Circun les sacara brillo. Por una vez, se parecía a mi madre. Yo la seguía sin verla, como pasa con las ovejas en el campo, que por el sonido de la esquila sabes si están lejos o cerca, adónde van, si están inquietas... e inquieta lo estaba, no me cabía duda. Ahora que lo pienso, en los días de vuestra visita, la única que conservó el aplomo de principio a fin, con todo lo que pasó, y mira que pasaron cosas, fue Marina... Desde mi refugio en el estudio del señor Soley, yo oía los pasos —rápidos, leves, ansiosos— de la señora Soley, seguidos por otros pasos, estos pesados, de mala gana, jadeantes; y sus órdenes, retazos de frases: «¡Circun!..., sábanas en el cuarto de Salvador», «... para que cuando lleguen los señores Williams», «¡Circun, Circun!... servilletas... juego», «... Salvador...», «... a fondo...», «... plancha», «¡no, esas no, mujer, que no ves que...!», «¡Circuuuun!...». «Pero ¿cómo se te ocurre?», «¡Circun!», «¡por faavor!», «... señores Williams»..., «señores Williams», «señores Williams»...

El día que por fin tenían que llegar Salvador y los famosos señores Williams...

... Que no, que no lo sabía. Suponía que eran una especie de familia de acogida, quizá le alquilaban una habitación y había surgido cierta amistad, quizá eran unos amigos de los Soley que aprovechando un viaje de turismo traían con ellos a Salvador... En fin, ese día cuando me levanté el señor Soley estaba recluido en su estudio y Marina, que había llegado la noche anterior de Barcelona, se había ido a dar una vuelta en bicicleta. Yo no quise meterme otra vez en el estudio del señor Soley; para no molestarle, me dije a mí misma, aunque creo que la verdad es que tenía miedo de que Marina se enterase y no le gustara.

... Claro, claro que le tenía miedo a Marina. Y tanto más miedo cuanto que no la entendía y por lo tanto no la podía prever. Así que me senté en un rinconcito a la sombra en la terraza, a leer mi *Jane Eyre*, esperando acontecimientos.

La señora Soley llenaba la casa ella sola, corriendo de un lado a otro, como si la persiguiera el reloj: «¡Las diez y media ya, y lo que falta todavía! ¡Circun, corta los tomates para el gazpacho! ¡Circun!, mira en ese armario, saca los cuencos para el aperitivo, no, esos no, los de cerámica de La Bisbal, sí, mujer, quiero decir esos azules, ponlos ya en la terraza. Las once menos cuarto, *ai mare de Déu!* ¡Circun!, no, antes de poner los cuencos, plancha el mantel, lo planchas en la misma mesa, para que no se arrugue al llevarlo. Las once y media... ¡Circun! Pero ¿no ves que están sucios estos cuencos?, ¡por faavor!, lávalos primero, ¿es que no tienes ojos en la cara? Espabila, espabila. ¡¿Qué haces?! ¡El jamón no, el jamón no lo cortes todavía, que se seca, pon nada más las aceitunas rellenas y las patatas fritas, el jamón lo cortas cuando los oigas llegar!... Las doce ya, y todavía me tengo que vestir. ¿Cómo anda la *vichyssoise*?... Pero ¡cómo que no has empezado a hacer la *vichyssoise*!... Claro que es para esta noche, pero es que la *vichyssoise* tiene que estar doce horas en la nevera... Pues si no hay puerros, me lo dices: señora, no hay puerros. *Mare de Déu Senyor!* ¡Ve a decirle a mi marido que vaya a comprar puerros!... ¡Circun! ¿Dónde te has metido? ¡¡Circuuun!!».

Circun apareció en la terraza, hosca y sin resuello —con su peso, la cansaba mucho subir y bajar las escaleras—, pero justo en el momento en que la señora Soley le iba a dar una nueva orden, asomó la cabeza —solo la cabeza—, con una gran sonrisa triunfal, el señor Soley, y anunció: «*Hortensieta... ¡Una sorpresa!*». A mí me parecía que la señora Soley no estaba para sorpresas, pero el señor Soley no la dejó chistar: «Espera, espera... Circun, ve a buscar una silla». «*Però encara no t'has afaitat?!*», gritó la señora Soley. Y en efecto, estaba sin afeitarse y aún más desastrado que de costumbre, que ya es decir. Pero sin hacer caso a su mujer, salió a la terraza y sobre la silla que Circun acababa de sacar depositó el cuadro de la hortensia y el jarrón azul marino, por fin terminado.

«*Que, Hortensieta? Que et sembla?*». «¡Circun!», chilló la señora Soley, «¡quita de ahí esa silla, que si se ensucia de pintura y mancha a los señores Williams, me da un patatús!». «*No el mires?*», preguntó el señor Soley, ofendido. Ella ni siquiera le contestó. Circun ya estaba quitando la silla, obligando al señor Soley a llevarse su cuadro, mientras su mujer seguía gritándole: «*I tú, Josep, ves a afaitar-te! Ves a vestir-te! Has d'anar a*

comprar porros!» y a Circun: «¡Prepara ya la ensalada! ¡Dale un repaso a las encimeras! ¡Friega esos platos!»...

A la una en punto estábamos todos sentados en la terraza, muy formalitos —la señora Soley, Marina, ambas vestidas y arregladas como cuando iban a ver a doña Lucía; el señor Soley, afeitado y aseado, mohíno y cabizbajo, y yo —, frente a una mesa perfectamente puesta. El mantel era un mantel de hilo bordado que no se había usado nunca desde mi llegada, de lo que deduje que el deseo de quedar bien conmigo y con mi madre (hasta cuando vinieron sus cuñados la señora Soley había usado el mantel de lagarterana, elogiándolo y agradeciéndomelo ante ellos) cedía esta vez ante el de quedar bien con los importantes señores Williams. Sobre el mantel, colocados artísticamente —uno más grande en el centro, los otros rodeándolo—, varios cuencos de cerámica vidriada en un precioso tono azul contenían patatas fritas, aceitunas rellenas, cacahuetes. La una y cuarto... la una y media...

—¿A qué hora dijeron que vendrían? —inquirió tímidamente el señor Soley.

—¡Ay, Josep, qué pesado eres! Dijeron que vendrían a comer. Yo qué sé a qué hora come esta gente. ¡Circun! ¿Te has acordado de repasar las copas? Las coges una por una, pero por el pie, no vayas a dejar marcas de dedos, las miras al trasluz a ver si están limpias, pero con buena luz, en la ventana, que si es con luz artificial no verás bien...

—Sí, señora.

Las dos menos cuarto...

Marina suspiraba. Yo me revolvía en mi asiento.

—*Hortensieta... tinc gana...* —murmuró el señor Soley en tono lastimero —. *No podem...?*

—*Josep, no siguis pesat!*

—Mamá, ¿por qué no...?

—¡Marina, no me des la lata tú también! ¡El padre y la hija, tal para cual! ¿Cómo vamos a empezar a comer sin ellos? ¡Por faavor! ¡Circun! ¿Tienes preparado el caldo para echarlo al arroz en cuanto les oigas llegar por la puerta?

—Sí, señora.

—*Hortensieta...*

—¡¡¡Calla!!! ¿No oís un coche?

Todos aguzamos el oído, la señora Soley hizo ademán de levantarse, el señor Soley aprovechó el descuido de su señora para alargar una mano hacia las aceitunas rellenas, la señora Soley le sorprendió y le dio un cachete en la

mano, vociferando: «¡¡¡Josep!!!», pero Marina ya había ido a la ventana que daba a la calle y anunciaba: «¡Ya están aquí!». La señora Soley dio un brinco y salió corriendo, pero no hacia la calle, sino hacia el interior de la casa. «¿Qué coche tienen?», preguntó a su hija el señor Soley. «Un Jaguar», contestó Marina con naturalidad. «¿Un Jaguar?!», repitió el señor Soley con los ojos muy abiertos, y se fue a asomar a la ventana, mientras la señora Soley volvía del cuarto de baño con la nariz empolvada, los labios repintados en naranja chillón y un rictus crispado. El señor Soley volvió defraudado y sorprendido, diciendo: «¿Por qué dices que es un Jaguar?, si no es un Jaguar, no es nada más que un...». Un Austin era, ¿no? Pero ya la señora Soley estaba bajando la escalera a trompicones, y el señor Soley la siguió. «¿Bajas?», me dijo Marina. No sé por qué, intuí algo... sí, intuí una trampa, te lo aseguro, un instinto me advirtió... Dije, como si fuera por discreción, por no ponerme al mismo nivel que la familia, dije «no, no, yo os espero aquí», y creo que Marina habría insistido, pero su madre la estaba llamando a voces.

Yo me quedé mirando por la ventana. Sonaban las dos en el campanario de la iglesia.

Recuerdo perfectamente los minutos siguientes porque fue uno de esos momentos, sabes... como detenidos, cuando algo está a punto de cambiar. Porque lo cierto es que de pronto, tras las dos semanas que yo llevaba en La Tramontana sin que ocurriera nada, veinticuatro horas más tarde todo eran gritos y llantos y portazos y maletas... Pero todavía no había pasado nada, sonaban los ecos solemnes, graves, pausados de las campanas, el pueblo estaba silencioso y quieto, como un gato dormitando en un día de calor... olía deliciosamente a sofrito... Me fijé en las chumberas que había en la callejuela, con los higos recubiertos de espinas, y pensé con nostalgia en lo bien que se debía de estar en la playa... Cuando volví a mirar abajo, el coche estaba quieto y los Soley esperaban, nerviosos, alineados, en orden, como soldados cuando les va a pasar revista el capitán.

Entonces, en el silencio, en la inmovilidad, se oyó un chasquido. Se abrió una portezuela de las de atrás. Se abrió primero a medias, luego del todo... y de repente, una bola peluda, una centella, salió disparada, se abalanzó ladrando sobre el señor Soley y casi le tiró al suelo. E inmediatamente por la misma puerta salió un chico joven, grandote, con el pelo largo, castaño, ensortijado y despeinado, una camisa demasiado grande y pantalones de campana... riendo a carcajadas, llamando al perrito: «¡Frankie, Frankie!»... La señora Soley, tras un momento de desorientación, decidió tomárselo por el lado cómico, cuando vio que Salvador se estaba riendo empezó a reírse ella

también, se abrazaron los dos muertos de risa mientras el señor Soley buscaba sus gafas por el suelo y de las portezuelas delanteras salían un señor y una señora de mediana edad, rubios, visiblemente extranjeros, vestidos los dos con *shorts*, camiseta y sandalias. En ese momento se abrió tímidamente la otra portezuela trasera...

Entonces lo entendí todo. Me sonrojé violentamente, aunque estaba sola; de pronto lo entendí todo, sí: las descripciones ditirámicas que me hacía Marina de su hermano; el brillo en su mirada cuando me hablaba de él; la sonrisita al ver que yo leía *Jane Eyre*; y hasta eso en lo que yo había reparado alguna vez con extrañeza: el hecho de que nunca me hablara de Salvador en presencia de sus padres. Lo hacía para evitar que ellos te mencionaran... Marina era como su abuela: no quería perderse ni la menor ocasión de hacer rabiar, sufrir, de humillar a alguien.

... ¿Si estoy segura? Pues sí, estoy segura. ¿Por qué lo dices? ¿Tú piensas que eran imaginaciones mías?

... Bueno, en realidad, yo tampoco. La conozco más que tú, desde luego, pero tampoco la conozco mucho.

... No sé... lo tengo que pensar.

¿Y tú? ¿Tú sabías que yo estaba en La Tramontana, Salvador te había dicho algo de mí?

... Es normal, quizá ni siquiera se lo habían dicho. Entonces, ¿qué pensaste al verme?...

... ¡¿Eso pensaste?! ¡Pero si no llevaba bata! Y entonces, cuando aparecieron Epi y Circun, ¿qué creíste, que tenían nada menos que tres?

Por mi gusto, yo me habría metido en mi habitación y no habría salido ni a saludar, me sentía humillada y furiosa; pero no me atreví. O quizá tenía miedo de que no se dieran cuenta y nadie se acordara de llamarme para comer... Total, me fui a la cocina, donde estaba Circun preparando el arroz. Le conté lo del perro, riéndome, pero al ver la avidez vengativa con la que me escuchaba, me callé de golpe, avergonzada de estar riéndome de los Soley, que tan bien se habían portado conmigo. Bueno, no todos... Además, ya estaba llegando la señora Soley, que por encima de un ruido de motor y del de los ladridos, porque tus padres, como recordarás, nos habían dejado al perro, le ordenó secamente a Circun que quitara cuatro cubiertos y nos sirviera el arroz a los demás.

Yo creo, la verdad, que fue Salvador el que la lio, me imagino que su madre le debió de hablar de la invitación y él la oyó como quien oye llover. Tus padres por lo visto entendieron que los Soley los invitaban a cenar, pero

no a comer, y por eso habíais comido antes de llegar, debisteis de comer en Francia, antes de cruzar la frontera, ¿no? Mientras que los Soley, me parece, lo que entendieron es que os invitaban a comer, a cenar, a desayunar, a la playa, en fin, a todo, estilo Soley, vida social intensiva, durante los días que supuestamente ibais a pasar en La Tramontana. Por cierto, ¿cuántos estaban previstos?, ¿tres o cuatro, una semana?...

Pero todas las emociones de esa tarde no fueron nada al lado de lo vuestro con la siesta... Todavía me parece estar viendo a la señora Soley diciéndoos, cuando tus padres se fueron al hotel: «¿Por qué no nos hacéis compañía mientras comemos?». Querían ver a su hijo, que hacía meses que no lo veían, y además tenían mucha curiosidad por ti, claro, apenas habían podido saludarte. Imagínate, conocer a la futura nuera...

... Ya, pero en España en esa época, para alguien de la generación de los Soley, igual que para mis padres, lo normal era casarse con el primer novio, la primera novia, o al menos si le presentabas alguno a tus padres, es que la cosa iba en serio. Yo desde luego a mis padres solo les presenté a David cuando habíamos decidido casarnos. Ya vivíamos juntos, pero eso no se lo dije.

... No te creas. Yo contra ti no tenía nada, solo contra Marina. Aunque es verdad que bien, tampoco. Cuando te vi aparecer con esa falda hasta los pies, los brazaletes de madera, ese toque extranjero que es difícil de definir pero salta a la vista... supongo que me sentí todavía más palurda, en comparación, de lo que ya me sentía al lado de los Soley. Al mismo tiempo, me sorprendió que Salvador se hubiera buscado una novia así, no sé, tan... discreta, con lo expansivo que era él... tú tan baja y delgada y con ese aire intelectual que tenías, las gafas, te acuerdas, unas gafas de montura dorada, redonda, como se llevaban entonces... Lo que me llamó la atención fue tu mirada, tan observadora. Por eso creo yo que me intrigaste, por eso muchas veces me he acordado de ti, por eso en cuanto me llamaron para este congreso en Liverpool estuve pensando si te llamaba o no... Ya ves, al final me decidí. Entre otras cosas porque me estoy instalando en España y si no te visitaba ahora...

... No, yo no creo que les cayeras mal a los Soley... Bueno, bien quizá tampoco. Yo creo que a ellos lo que no les gustaba nada era que fueras inglesa, tenían miedo de que Salvador se quedara a vivir en Inglaterra.

... ¿Tú crees que fue precisamente por eso? ¿Que ante todo él quería casarse con una extranjera?

... ¿Qué quieres decir con lo del escudo?... Sí, es verdad que si hubieras sido catalana, hija de una familia catalana, los Soley se habrían podido aliar

contigo, o al menos con tus padres; en cambio, vosotros... Pero ¿por qué Salvador necesitaba, según tú, un escudo contra sus padres?

... De acuerdo, primero termino yo de contarte cómo viví aquellos días. Y tú me tendrás que contar muchas cosas, porque los Soley para mí son un rompecabezas que llevo años componiendo, y me faltan algunas piezas, pocas —saber algo más de Salvador—, pero me faltan, y esas las tienes tú.

... No era solo la barrera del idioma, es que erais como de otra galaxia. Por la noche, cuando vinieron tus padres a cenar, al ver llegar a tu madre con *shorts*, una camiseta cualquiera, la cara lavada, gruesas sandalias de cuero, las uñas sin pintar... sorprendí a la señora Soley echándole una mirada... Ni siquiera era de reprobación: lo que estaba es estupefacta.

Volviendo a lo de esa tarde, cuando tus padres se fueron al hotel y vosotros os quedasteis y la señora Soley os propuso que nos hicierais compañía mientras comíamos Salvador contestó que gracias, pero que os ibais a su habitación a dormir la siesta... ¿te diste cuenta del efecto que producíais? Nos quedamos todos petrificados. ¿No viste la cara que puso el señor Soley? Estaba lívido. La señora Soley también, pero se repuso enseguida, no hizo comentarios. Allí la única que se indignó abiertamente fue Marina. No sé si la oíste o si os habíais marchado ya cuando dijo: «Papá, mamá, me voy a encerrar en mi cuarto con *Frankie*, por favor, no nos interrumpáis, que vamos a estar ocupados». Y se levantó y se fue. No comió.

... Pues por la diferencia de trato, me imagino; porque a ella no se lo habrían permitido. Yo no sabía dónde meterme; por suerte nadie me hacía el menor caso. La comida transcurrió en un silencio lúgubre.

Cuando nos levantamos y cruzamos el salón, el señor Soley pegó un grito. «*S’ha pixat! S’ha pixat! El gos s’ha pixat!*», gritaba fuera de sí, y en efecto, en medio de la estera que cubría el suelo, había una gran mancha oscura... Por lo visto, tus padres les habían pedido a los Soley que se quedaran a *Frankie*, porque el hotel no admitía animales, y los Soley habrían dicho que sí, naturalmente, faltaría más, pero se habían olvidado de él completamente. Y ahora el señor Soley iba de descubrimiento en descubrimiento: los sofás arañados, sus zapatillas mordisqueadas... Empezó a perseguir al perro, fuera de sí, vociferando, por toda la casa —*Frankie*, como cachorro que era, creyó que era un juego y saltaba a su alrededor moviendo la cola y ladrando alegremente—, sin atreverse a pegarle, pero diciendo que había que devolverlo, que no podía ser... y la señora Soley, que no había para tanto, que qué le importaba más, si su hijo, que por fin estaba en casa, o los sofás, y que cómo íbamos a hacerle ese feo a los Williams... Cómo siguió la cosa, no lo

sé, porque yo me escabullí, me fui a la playa y solo volví para la cena. Que ya sabes cómo fue, ¿no?

... ¡No me digas! ¿Tus padres no te la han contado? Entonces, ¿cómo te explicaron la decisión de marcharos al día siguiente, antes de lo previsto?...

... Bien, de acuerdo, pero me lo contarás todo de principio a fin. Pues... ¿por dónde empezar?... Mira, a mí, desde el primer momento, desde que tus padres llegaron para la cena, ya descansados, más relajados, decididos —me pareció— a borrar la mala impresión que podía haber producido el que no se hubieran quedado a comer... ya en ese momento me sorprendió el cambio de actitud del señor Soley. Una especie de buen humor repentino, después de lo furioso que había estado toda la tarde, entre el perrito y vuestra siesta... Salió a recibir a tus padres con los brazos abiertos exclamando: «¡Venid, venid, futuros consuegros, esta es vuestra casa!»... en español, y se puso a hablarles como si lo entendieran. «*Poc a poc, Josep*», repetía la señora Soley, porque hablaba tan deprisa que a Marina no le daba tiempo a traducir... pero el señor Soley seguía hablando por los codos, en español, sin hacerle caso.

En el salón, mientras tomábamos el aperitivo, la señora Soley se dedicó a dar conversación a tus padres con una especie de... no sé cómo definirlo... profesionalidad. Sacaba temas de conversación que pensaba que podían interesarles, empezando por lo más obvio: el viaje que estaban haciendo por Francia, qué lugares habían visitado y qué tiempo habían tenido, y los hoteles, y la comida... todo muy metódico, y en su francés macarrónico, que le debía de costar un esfuerzo considerable. Se había sentado al lado de su marido, y si él intentaba abrir la boca, ella le hacía callar.

En ese momento aparecisteis Salvador y tú, y a mí me pareció que estabais... no sé, alterados...

... ¡No me digas! ¡Eso sí que no me lo imaginaba!

... De acuerdo, me espero.

Aparecisteis, digo, Salvador y tú, y el señor Soley, ¿no te acuerdas?, gritó: «¡Hombre, aquí llegan los tortolitos! ¿Qué, qué tal habéis...?» y la señora Soley se abalanzó a decir en voz muy alta: «¿Alguien quiere otra cerveza?» o lo que fuera, mientras Marina, en voz muy baja, yo lo oí porque estaba a su lado, Marina, sin cambiar de expresión ni dejar de comer pistachos, completó la frase: «¿... follado?»... Entonces Salvador anunció que os ibais a cenar al pueblo y le pidió a su padre, mejor dicho, no le pidió, se limitó a preguntar dónde estaban las llaves del coche, y una vez más me di cuenta de que el señor Soley estaba furioso, empezó a decir: «Pero ¿cómo? ¿Que no os vais a qued...?» pero no pudo acabar porque la señora Soley, aunque yo había visto

la cara que ponía y me di cuenta de que era una desilusión también para ella, le cortó la palabra a su marido diciendo que las parejas quieren estar solas, ya se sabe, y que para los jóvenes, los viejos son unos carcamales, y «Pues que os divirtáis, hasta luego, que lo paséis bien. Solo te pido, Salva, que pases a saludar a la abuela, que tiene muchas ganas de verte», y volviéndose a tus padres, haciendo como que no oía al señor Soley que estaba diciendo algo así como que él también quería estar solo con su pareja y que por qué no nos vamos a cenar tú y yo solitos, *Hortensieta*, y se puso a darle besos llamándola «*rateta, ratolineta...* muá, muá», mientras ella fingía reírse y murmuraba entre dientes «*prou, Josep, prou*», que quiere decir basta, hasta que consiguió desembarazarse de él y dijo: «¿Pasamos a la mesa?» y salimos a la terraza. La señora Soley le dijo a Epi que quitara dos cubiertos —Epi había venido a ayudar a su hermana, con consecuencias catastróficas, como verás— y nos sentamos.

Al principio todo iba bien: Epi, muy correcta, con su uniforme, salió con una gran sopera, Circun estaba en la cocina, la señora Soley seguía sacando aplicadamente temas de conversación, tus padres respondían, cuando el francés de unos y otros no bastaba Marina traducía... solo el señor Soley estaba callado, como ausente, pero yo creo que la señora Soley se daba con un canto en los pechos, no es que fuera muy educado ese silencio, pero era un mal menor... Hasta que empezaron a hablar tus padres *motu proprio*. Y ¿sabes de qué se pusieron a hablar? Del perro.

Para alguien español, en esa época, en que ni siquiera se había inventado aún la palabra «mascota» como traducción de *pet* —no había traducción, porque no se necesitaba—, para alguien español y, por si fuera poco, de pueblo, como era yo —en fin, de Madrid, pero de pueblo, ya me entiendes—, la manera como tus padres se referían al perro era... inverosímil. Empezaron disculpándose, una vez más, se habían disculpado ya veinte veces, cincuenta veces, pero se volvieron a disculpar por cómo se había abalanzado sobre el señor Soley, pero lo que me llamaba la atención era el tono en el que hablaban del perro, dando todo tipo de explicaciones psicológicas: que si aguantaba mal los viajes en coche, que si era un poquitín claustrofóbico, que ya de pequeño no soportaba que le encerraran no sé dónde... como si hablaran de una tía excéntrica o de un niño difícil, y llamándole «*Frankie*» todo el rato... Marina —con una expresión neutra, una especie de sonrisa profesional— traducía, y yo no me creía lo que estaba oyendo... Y después cambiaron de tema sin cambiar de tema, pasaron de pedir perdón a dar las gracias a los Soley por haber aceptado quedarse con él durante su estancia en

La Tramontana, y de ahí a expresar su sorpresa por el hecho de que en el hotel donde estaban, el único de La Tramontana, no aceptaran animales. La frase que dijo tu madre la entendí antes de que Marina la tradujera porque era la misma palabra que en español: «*Isn't it peculiar?*»... dicho con un gesto como de inocente sorpresa... y preguntó si lo de no admitir animales de compañía era una política general en los hoteles españoles. Entonces tu padre intervino para decir que el año pasado habían estado en Barcelona y en las Ramblas habían visto pájaros, tortugas y hámsteres en jaulas, y la señora Soley replicó con mucho entusiasmo que efectivamente las Ramblas eran un sitio precioso que le encantaba a los turistas, con tantos quioscos que vendían flores y animales exóticos, todo tan alegre, y tu padre dijo que alegre... para los paseantes, a lo mejor, pero que para los animales que estaban enjaulados no era muy alegre que digamos. Marina traducía sin comentarios y yo estaba alucinada, porque en el pueblo los niños, igual que los mayores, ahogábamos perros, retorcíamos el pescuezo a los conejos y hacíamos la matanza del cerdo... Me estaba imaginando que iba a ver a la tía Zambomba a predicarle el respeto a los derechos de los animales... vamos, como si le contara que un día habría obispas lesbianas. Y la señora Soley también estaba completamente desconcertada, ni su buena educación ni su mucho mundo le bastaban para poder reaccionar ante la idea estrambótica de que hay algo malo en meter a un hámster en una jaula.

Y en ese momento, como si supiera que estábamos hablando de él, salido de no sé dónde, hizo su aparición estelar... *Frankie*. Antes de que nadie hubiera podido reaccionar, el señor Soley, que hasta entonces había estado callado, comiendo como si todo aquello no fuera con él, levantó la cabeza y exclamó a gritos: «¡Ven aquí, amor mío, chucho de mi alma, compañero!», abriendo los brazos, «esta es tu casa, ¿no eres de la familia?, pues claro que sí», y le abrazó, y la señora Soley murmuró en voz baja, furiosa: «¡Josep!» pero él sin hacerle el menor caso se sentó al perro en el regazo y le cogía una pata y a la vez la cuchara diciendo: «*Frankie* es nuestro invitado de honor, espero, *Frankie*, que te guste la *vichyssoise*, porque la hemos hecho especialmente para ti, con lo caros que están los puerros», y le metía una cucharada de sopa en la boca, entonces la señora Soley, roja como un tomate, clavó los ojos en tu madre a fin de que tu madre no pudiera apartar la vista y ver lo que estaba haciendo el señor Soley y le preguntó si quería más *vichyssoise*, tu madre muy educadamente contestó que «*no thanks*» pero la señora Soley estaba tan aturrullada que le dijo a Epi que le sirviera más sopa a la señora Williams, y mientras Epi servía a tu madre que no se atrevió a

repetir que no gracias, la señora Soley murmuró entre dientes en dirección a su marido: «¡¡¡¡Josep!!!! ¡¡¡Baixa aquest gos ara mateix!!!!», baja ahora mismo este perro, pero el señor Soley seguía hablándole y dándole cucharadas de sopa y entonces la señora Soley empezó a tocar furiosamente la campanilla, ¡qué cara pusieron tus padres! ¡Cómo se miraron! No sabían, creo yo, de qué horrorizarse más, si de lo del señor Soley con el perro o del detalle de la campanilla. Vino Circun, y la señora Soley le ordenó, disimulando, sin alzar la voz, todo en el mismo tono y como en la misma frase, que se llevara la *vichyssoise* y el perro y lo encerrara en el cuarto de la plancha, y mientras Circun cogía al perro por las patas delanteras y el señor Soley lo aferraba por las traseras diciendo «¡Frankie, amor mío, que nos quieren separar, que te quieren hacer comer con las criadas en la cocina...!», Marina le dijo a Circun que sobre todo cerrara bien el cuarto de la plancha para que no se escapara la *vichyssoise*. A tu madre se le había helado la sonrisa, la pobre no sabía cómo reaccionar, miraba de reojo a tu padre como pidiendo ayuda, y tu padre tampoco entendía nada pero no es tan educado como tu madre, ¿no?, es más espontáneo, y a mí me pareció que iba a tirar la servilleta y levantarse de la mesa, pero por suerte el señor Soley volvía a comer como si nada, la señora Soley, sudando, se había puesto a hablar muy alto de no recuerdo qué, ah sí, de ti me parece, de tus estudios, tu madre reaccionó y contestó, Marina traducía, parecía que la situación se había salvado, y así estuvimos un rato. Terminamos el segundo plato, Epi trajo el postre, que era una *mousse* de chocolate blanco que la señora Soley se había pasado toda la tarde del día anterior haciendo, acompañada por unas galletas que se había ido expresamente a comprar a otro pueblo, estaba todo exquisito, por cierto, en fin, todo iba bien, un poco aburrido porque en realidad tus padres y los Soley tenían muy poco de que hablar, pero se mantenían las apariencias... y la señora Soley empezó a tocar la campanilla. Y tus padres, la señora Soley no lo notaba pero yo sí, porque a mí también desde el primer día me había incomodado el detalle de la campanilla, tus padres se estaban poniendo tensos, yo sorprendí una mirada entre ellos, y lo que vino después me hace pensar que el señor Soley también se dio cuenta.

Pero aun así Epi no venía, y la señora Soley se puso a llamarla, y al ver que no contestaba, llamó a Circun. Daba la casualidad de que nadie hablaba en ese momento, o no tan casualidad porque de hecho la única que se estaba esforzando en dar conversación era la señora Soley, de modo que solo se oía: «¡Epi, Circun, Epi, Circun!...», y en ese momento el señor Soley alzó la cabeza del plato y dijo muy serio: «Pero qué falta de respeto, Hortensia,

primero llamas a esas señoritas con una campanilla, como si fueran el perro de Pavlov, y después no se te ocurre otra cosa —¡qué pensarán nuestros invitados!— que usar un vulgar diminutivo», y dirigiéndose a tus padres: «No recuerdo su nombre completo pero intentaré encontrarlo, pondré todo de mi parte, van a ver», y con los ojos brillantes, se puso las manos junto a la boca en forma de bocina y empezó a gritar: «¡Circunstancia!... ¡Circunvalación!... ¡Circunferencia! ¡Circunscripción! ¡Circunflejo! ¡Circunloquio!»... y se tronchaba de risa. Tus padres se estaban mirando y la cara que ponían no presagiaba nada bueno, pero en ese momento oímos un estrépito en la cocina. El señor Soley seguía riendo a carcajadas y ahora decía: «Nada, no hay manera, habrá que probar entonces con la hermana. ¡Episodio!... ¡Epilepsia!... ¡Epigrama!...», entonces apareció Epi en la terraza, no había mucha luz, pero yo la vi cuando pasó debajo del farol, estaba alterada, respirando muy fuerte, temblando, y detrás oí llorar a Circun, implorando: «No, Epi, no, ¡qué va a decir madre!», pero Epi sin hacerle caso alzó la voz y gritó: «Mire, señor Soley, ¿sabe qué le digo?...», pero la señora Soley se había levantado para interrumpirla, tus padres también se levantaron, el señor Soley seguía riendo a carcajadas y hablando solo: «¡Tráenos el postre, Epitafio!...», y fue por eso que no oímos el coche, ni os oímos subir, y Salvador a su vez estaba tan alterado que no se fijó en nada, subía los escalones de tres en tres, irrumpió en la terraza... El resto ya lo sabes.

Tres

Después de ese verano, y eso ha sido lo extraordinario de mi relación con ellos, lo que la hace tan excepcional, a los Soley solo les he visto, o he tenido noticias suyas, tres veces. Tres veces a lo largo de treinta años... Cuando ves constantemente a alguien o algo no te das cuenta de los cambios; se produce una ilusión de continuidad, una ilusión óptica. Tiene que ocurrir algo imprevisto, o tiene que venir alguien de fuera, o marcharte tú y volver, tiene que pasar algo que te ayude a abrir los ojos y ver, con una mirada nueva..., como a mí me pasó cuando fui a Barcelona hace tres años y al volver, vi Inglaterra, vi a David, vi la vida que yo misma llevaba..., como si lo viera todo por vez primera. Pero con los Soley ha habido algo insólito: esos largos trechos de oscuridad. Cada vez que les vi, todo era diferente. Como una obra de teatro que se desarrollase detrás de un telón, y el telón se levantara al azar, en distintos momentos, y solo unos segundos cada vez.

Después de mi regreso, tan brusco, de La Tramontana, en el verano del 71...

... No por nada en particular sino porque todo aquello se estaba volviendo excesivo para mí, angustioso, como estar en un edificio que se desmoronaba, tenía que escapar, volver a Madrid, aunque luego resultó que mi mundo de Madrid también se estaba derrumbando.

... No, lo de mi padre no lo supe hasta bastante más tarde, mi madre me lo fue contando poco a poco, otras cosas las fui deduciendo, aunque hay un algo que nunca he puesto en claro. Quizá prefiero no saberlo... Ese verano, cuando llamé a casa para anunciar que había muerto doña Lucía, solo hablé con mi madre, pero eso no tenía nada de extraordinario. La noté agitada, enseguida me dijo que no estaba mi padre, que estaba de viaje, que había tenido que volver a Bilbao. A mí me tenía que haber extrañado que justificase la ausencia de mi padre, porque era lo normal, que no estuviese en casa a esa hora... Le dije a mi madre que quería volver ya, antes de lo previsto, y ella se resistió; en realidad no quería que volviera para no tener que explicarme lo que había pasado con mi padre, pero yo creí que el motivo era otro, que mi

vuelta anticipada era un fracaso para ella, equivalía a reconocer que yo en casa de los Soley era un estorbo. Le pregunté cuándo íbamos al pueblo: lo estaba deseando, la verdad, después de tantas emociones y de lo humillada que me sentía en La Tramontana desde que llegasteis; pero mi madre dijo que no sabía, que dependía de cuándo volviera mi padre de Bilbao, que no tenía fecha. Me tenía que haber sonado raro, una vez más, porque el viaje anterior de mi padre, el que hizo (supuestamente) a Bilbao antes de mi partida, había durado treinta y seis horas, y era extraño que ahora se fuese por tiempo indefinido..., pero yo misma estaba demasiado nerviosa para reparar en esos detalles. Como te digo, el ambiente en casa de los Soley se había enrarecido de un día para otro, fueron muchas cosas juntas: la cena con tus padres, la muerte de doña Lucía, luego el entierro, que también fue sonado...

Yo me quedé muy sorprendida de que os fuerais así de pronto, al menos tú podrías haberte quedado unos días más con Salvador, claro que no tenía la menor idea de esto que me has dicho... ¿Fue por eso, entonces, que os marchasteis todos?

Pero al margen de lo que hubiera pasado entre vosotros, la actitud de tus padres... A mí me chocó mucho. De hecho ya me sorprendió, esa noche, cuando volvisteis Salvador y tú diciendo que habíais encontrado a doña Lucía muerta... Ahora que lo pienso, ¿no habíais pasado a verla antes de cenar?... ¿Y estaba perfectamente?... Pero ¿por qué volvisteis después?

... Muy nerviosa debías de estar para olvidarte el bolso en su casa... Pero si Epi estaba en casa de los Soley, ¿quién os abrió?

... ¡Anda! ¿Y no era un poco imprudente?, trepar al tejado, y además de noche... Si se llega a caer...

... Sí, pero una cosa es hacerlo de pequeño y otra, de mayor. Aunque solo sea un piso, son tres o cuatro metros... En fin, qué más da. Pues cuando Marina y la señora Soley se precipitaron a ir con vosotros a casa de doña Lucía, me extrañó que tus padres no se ofrecieran a acompañaros, no preguntaran si podían ser útiles, no esperaran siquiera a que volvierais... Que se fueran al hotel como si nada. Claro que aún me chocó más que no fuera el señor Soley, pero eso es harina de otro costal... Y ¿te acuerdas de la pequeña escena en la terraza, la mañana siguiente, con tus padres?... Ah, claro, es verdad, tú estabas con Salvador en ese momento... ¿Cómo estaba? A mí, Circun, me dijo que muy mal, que estaba a oscuras, fumando, llorando a ratos..., qué contraste con su padre, que se paseaba por la casa canturreando... Me contó que una vez ella, cuando tú ya te habías marchado con tus padres, entró y le preguntó si necesitaba algo y él ni siquiera contestó.

Yo no me pude despedir de él: cuando me marché seguía encerrado en su cuarto.

Lo que te contaba de esa mañana en la terraza: cuando aparecieron tus padres, el señor Soley se abalanzó hacia ellos saludándoles a gritos y abriendo los brazos..., y ellos..., ¡la cara que puso tu madre!, hasta dio un paso atrás, de veras, no creo ni que se diera cuenta pero lo dio, y tu padre se quedó clavado en el sitio y alargó un brazo urgentemente, me dio la impresión de un brazo largo, largo, telescópico... como si lo proyectara fuera de su cuerpo, como un arma para alejar al señor Soley..., farfulló algo, supongo que un pésame, y pasó inmediatamente a explicarle a Marina, para que ella lo tradujera, que dadas las circunstancias..., que acababan de dejar el hotel... Marina iba traduciendo y el señor Soley contestaba que claro, por supuesto, que se alojaran en casa, que ya nos apretaríamos, que claro está que tenían que quedarse unos días más..., y fue Marina la que le tuvo que explicar: que no, papá, que no es eso lo que te está diciendo, sino todo lo contrario, se vuelven a Liverpool, se van ahora mismo, el señor Soley se había quedado mudo..., ¡qué se marchan, papá!, decía Marina, que ya tienen las maletas en el coche..., y antes de que él pudiera reaccionar, tus padres, murmurando «nos despedirá usted de su esposa», ya se habían esfumado.

Durante años me he acordado de esa escena... Pues porque no sabía qué pensar. Porque yo estaba acostumbrada a otra cosa, a los entierros en La Era, a los que asistía todo el pueblo, y la viuda abrazada al ataúd, llorando a gritos... aunque una hora antes o una hora después podía estar recibiendo a la gente, sirviéndoles café y pastas y contando que aún guardaba ropa de luto de cuando murió su padre pero que como había engordado tenía que deshacer las costuras de la falda y volverla a coser... Por eso, a mí, la actitud de tus padres me dejó estupefacta. ¿Tú qué opinas?

... ¿Adónde ibais a ir después?

... Ah, fíjate, vosotros solos. ¡Qué envidia me habría dado, de haberlo sabido entonces!

... ¿Yo? ¿Estás de broma? Para irme, no ya a las islas griegas, sino de fin de semana con un novio, habría tenido que pasar por encima del cadáver de mi madre.

... Claro que lo hice, pero mintiendo.

Yo en ese momento la marcha de tus padres la encontré incomprensible, y la única explicación que se me ocurrió fue que estaban ofendidos por el comportamiento del señor Soley la noche anterior. Jamás se me habría

ocurrido que el motivo era que Salvador y tú acababais de romper. Luego me cuentas por qué, me lo cuentas todo.

... Sí, era un hombre extraño, yo creo que lo único de él que he llegado a entender es su actitud frente a la pintura, y aun así no estoy segura de que esa actitud sea la suya, quiero decir, quizá es la mía que yo ahora le atribuyo retrospectivamente a él... A veces me he preguntado si bebía, si su comportamiento la noche de la cena con tus padres puede explicarse por eso. Una vez en casa de los Soley observé que la botella de *whisky* tenía una marca, como si alguien, supongo que la señora Soley, vigilase... Pero quizá era para evitar que bebiesen a escondidas las criadas. Volviendo al señor Soley, hay muchas cosas de él que me intrigan. Por ejemplo que no fuera nunca a casa de su madre, ni siquiera esa noche con vosotros. Se metió en su habitación, como si aquello no fuera con él.

... ¿Yo? Yo me quedé esperándoos, y como tardabais en volver, se me ocurrió meterme en la cocina para charlar amigablemente con Epi y Circun. ¡Qué ingenuidad la mía! Poco me imaginaba cómo me iban a recibir: Epi estaba hecha una furia y desembuchó, me dijo horrores de doña Lucía, de los Soley, de mi familia... Pero esa es otra historia, después te la cuento. Lo que te quería contar ahora es la escena que hubo cuando volvió la señora Soley, con Marina y Salvador, después de haberte dejado a ti en el hotel.

Para mí fue un alivio que llegaran, porque Epi y Circun me las estaban haciendo pasar canutas. Al oír el coche salimos las tres, bajamos a recibirles —el señor Soley no dio señales de vida—, y apenas tuvimos tiempo ni de saludar, porque la señora Soley, que estaba muy nerviosa, nada más vernos empezó a decir que había algo raro en todo aquello, que de acuerdo, debía de haber sido un infarto porque ya había tenido varios, ella no acusaba a nadie de nada, pero la llave de la caja fuerte no estaba en su sitio, y a saber si estaba sola cuando murió, porque lo cierto es que la llave de la caja fuerte no aparecía por ninguna parte; que su suegra confiaba mucho en ella y le había dicho dónde guardaba la llave de la caja fuerte, y que el salón, donde habían encontrado muerta a doña Lucía, apestaba a tabaco negro, y ella no estaba acusando a nadie, ¿eh?, no estaba acusando a nadie de nada, pero que por lo visto el *paleta* se pasaba el santo día en esa casa, a saber para qué; y que ella no acusaba a nadie, pero el *paleta* conocía muy bien la casa, y el tabaco negro y la llave de la caja fuerte... Al final, cuando hubo dicho las mismas cosas cuatro o cinco veces, sin hacer caso a Marina que repetía «Cálmate, mamá, cálmate». —Salvador se había escabullido discretamente—, cuando al final se calló, entonces Epi, que había estado guardando un respetuoso silencio, dio

un paso adelante —a la señora Soley se le pintó la sorpresa en la cara—, murmuró: «¿Me permite, señora Soley?» y como la señora Soley farfulló que sí, claro, que adelante, tomó la palabra y dijo, muy seria, como ante un tribunal, en voz alta y clara: «Yo sé dónde está la llave de la caja fuerte». La señora Soley estaba demasiado estupefacta para decir nada. «Su señora suegra», prosiguió Epi, «ya sabe usted, era muy desconfiada, y para que yo no encontrase la llave, la iba cambiando de sitio. Pero por casualidad la vi hace unos días, cuando limpiaba». A mí, entre paréntesis, me dejó admirada la diplomacia de Epi; era evidente que doña Lucía no quería esconder la llave solo de ella, sino de su nuera, y era evidente también, aunque Epi lo disfrazara de casualidad, que doña Lucía y ella se estaban peleando en silencio, a ver quién era la más lista, y Epi había demostrado que ella era la más lista.

«Cuando quiera, señora Soley, ahora mismo si quiere, podemos ir a casa de su suegra y se lo enseño», concluyó Epi, en un tono marcadamente modesto.

... Estuvo a punto. «De acuerdo, vamos y me lo enseñas», le dijo a Epi en un primer momento, pero yo creo que luego le dio vergüenza, miedo a que se supiera, se comentara, a que corriera la voz: «Tanto ir a ver a su suegra todos los días, tanto llamarla “mamá”, tanto hacerle la pelota, y en cuanto la suegra va y se muere, ¿sabes qué hizo?, perdiendo el culo, allá que se fue, a su casa, como una loca a buscar la llave de la caja fuerte y abrirla a ver qué había». De modo que cambió de idea y le dijo a Epi que fuera a buscar un colchón no sé dónde, que se hiciera la cama en el cuarto de su hermana y que mañana sería otro día.

Y sí, fue otro día, todo tan distinto, vosotros esfumados, Salvador refugiado en su habitación como en una madriguera, la señora Soley haciendo mil cosas, ocupándose de las tarjetas, de las flores, de hablar con el cura, de telefonar a su hermana, de no sé cuántas cosas más, con un aire eufórico que no podía disimular, y Marina ayudando a su madre, haciendo todo lo que se esperaba que hiciese, pero con su habitual expresión impenetrable.

... Sí, te lo aseguro. Yo creo que ella intentaba mantener las formas, pero era tanta su alegría, que no conseguía esconderla. Y me parece que ni siquiera lo encontraba de mal gusto, le parecía algo tan comprensible, tan natural...

... Claro, por eso. Lo que yo no sabía, y supe mucho después, era hasta qué punto necesitaban esa herencia. Y el chasco que se llevaron.

En cuanto al señor Soley... Seguía haciendo su vida, seguía pintando, como si nada. No era indiferencia, era otra cosa. Otra cosa peor, quiero decir. Yo no me atrevía a comentar, a preguntar nada, pero al final no pude

contenerme y le dije algo a Marina, algo así como «tu padre es como si no se lo pudiera creer, todavía no ha reaccionado», y ella contestò: «Ya sabes lo del plato que se come frío, pero ya ves, de tanto enfriarse durante años, está congelado y no sabe a nada».

... Sí, mujer, por el refrán... ¿no lo conoces? «La venganza es un plato que se come frío.»... Del porqué, Epi me había dado alguna pista, la noche anterior, cuando soltó sapos y culebras. Pero en cualquier caso, eso me obligó a hacerme una pregunta, una más, que no me había hecho nunca —decididamente, ¡cuánto aprendí yo en casa de los Soley!—, la pregunta: ¿tenemos el deber de amar? Hay una primera respuesta que ahora —entonces no alcancé más que a formularme la pregunta; ya el simple hecho de formularla, fríamente, me parecía un sacrilegio, era meterse en un terreno sagrado... o minado—, hay una primera respuesta que ahora me parece obvia: de amar, no, el amor nunca puede ser un deber, porque no se gobierna con la voluntad; pero ¿tenemos el deber de visitar y cuidar a nuestros padres, de comportarnos, materialmente al menos, como si les amáramos, sean cuales sean nuestros sentimientos y sea cual sea la conducta que ellos han tenido con nosotros?

El señor Soley estaba muy extraño, a veces parecía furioso con su mujer y ella con él, se peleaban en susurros —yo no tenía la menor idea de por qué—; otras veces estaba ensimismado, ceñudo, en un rincón... y en otros momentos, se reía abiertamente, hacía chistes, decía que su madre había muerto envenenada porque se había mordido la lengua, y cosas así.

El día del entierro, estábamos en la puerta de la casa, todos vestidos de oscuro —yo con ropa que me había prestado Marina—, la señora Soley, Marina, Epi y Circun, y también la hermana y el cuñado, que habían venido expresamente de Barcelona, y esperábamos. La señora Soley agitadísima pero disimulando, cada dos minutos llamaba por la escalera, esforzándose visiblemente en no alzar demasiado la voz, en mantener un tono tranquilo, jovial, hasta con escalas musicales: «Josep... Joseep! Josep?... Joseeep, que t'estem esperaaaant...». «¿Y Salvador?», preguntó el cuñado, y la señora Soley explicó que Salvador estaba muy deprimido. El cuñado torció el gesto, no dijo nada, pero a la siguiente vez que la señora Soley —medio minuto después— llamó con esa voz melosa: «Jose-e-p!», él bruscamente entró en la casa. Pensé que iba a buscar al señor Soley para traerle a rastras... Pero en ese momento apareció. ¡Con una facha! Vestido con la ropa que se ponía para pintar, ropa vieja, alpargatas, hasta parecía que la había ensuciado un poco más, aposta, llevaba chafarrinones de pintura... y una semisonrisita

desafiante. La señora Soley se puso roja, roja... Y el cuñado... tuvo un momento de vacilación, como si estuviera a punto de pegarle y se contuviera, y solo le dijo, pero en un tono que no admitía réplica: «*Ves a vestir-te*». «¿Y Salvador?», preguntó el señor Soley en un tono reivindicativo, y su mujer le contestó en un tono, a su vez, defensivo, diciendo que Salvador estaba deprimido y «ya sabes que no hay que forzarle», a lo cual el señor Soley respondió que por qué él en cambio se tenía que forzar. «*Prou!*», «¡basta!», exclamó en ese momento el cuñado, y su mujer, que hasta entonces se había mantenido distante, displicente, como si todo aquello no fuera con ella, pero en ese momento justo se le agotase la paciencia, le dijo a su marido: «*Marxem?*», «¿nos vamos?»... La señora Soley palideció, y el señor Soley se metió inmediatamente en la casa a cambiarse de ropa. Todos estábamos incómodos, sin mirarnos unos a otros, yo preguntándome por qué tanta insistencia de todos en que el señor Soley fuera a la iglesia. ¿Es que les parecía inmoral que un hombre no asistiera al entierro de su madre, aunque la odiase? ¿Es que no podían soportar el espectáculo de ese odio, era demasiado doloroso? ¿O lo que realmente no podía soportar la señora Soley era que los demás sospecharan que su familia no era tan perfecta, tan feliz, como quería hacer creer?

La iglesia estaba llena, los Soley eran muy conocidos en el pueblo. Por cierto que entre quienes se acercaron a saludar a la familia, estaba, muy peinadito y aseado, aunque con su inconfundible olor a tabaco negro, el albañil. La señora Soley aceptó su apretón de manos, pero con mucha sequedad, me pareció. No le tenía ninguna simpatía. Lo que dice mucho a favor de su intuición, como luego verás.

El señor Soley, pues, ya vestido como Dios manda —aunque más bien parecía disfrazado, y actuaba como si lo estuviera, como si estuviera haciendo comedia y quisiera subrayarlo—, estaba en la iglesia, con los demás..., cuando de pronto, cuando el cura empezó el sermón, hablando de «nuestra hermana Lucía»..., de pronto, el señor Soley se echó a llorar. Pero no a llorar bajito, no es que se le escaparan las lágrimas, no: lloraba a gritos, a borbotones, y no podía parar... Yo estaba acostumbrada, ya te digo, a ver a la gente llorar en los entierros en el pueblo, pero esto era distinto. Era un llanto, el del pueblo, en el que había cierto consuelo, una naturalidad, por parte de quien lloraba y por parte de todos... tenía un punto teatral y era auténtico a la vez, no sé explicarte... y aquí no, el llanto del señor Soley era algo solitario, terrible, un aullido de perro abandonado... era sobrecogedor, pero a la vez resultaba embarazoso por la actitud de los demás, que fingían no oír, bajaban

la cabeza, apartaban la vista... y el cura seguía hablando, crispado, alzando un poco más la voz.

Cogimos juntas el tren las tres, Epi, Circun y yo. Epi me contó que la señora Soley le había propuesto que se quedara a trabajar con ellos y que su hermana se volviera al pueblo. Supongo que desde el primer día, la señora Soley estaba buscando la manera de desembarazarse de Circun sin quedar mal con mi madre. Pero a Epi, la propuesta la ofendió, «se habrá creído que me puede heredar, como si fuera un mueble», nos dijo en el tren. Yo pensé que si no se quería quedar era sobre todo por lo de la cena, por las bromas del señor Soley sobre sus nombres, y que no nos comentaba nada de eso para no herir aún más a su hermana, que se había enterado solo a medias. Pero me equivocaba. Epi se traía otra cosa entre manos. Hizo perfectamente la comedia: no nos dijo ni una palabra durante el trayecto hasta Barcelona. Allí teníamos que cambiar de tren. Bajamos al andén, nos enteramos de en qué vía estaría el tren que iba a Madrid, vimos que nos daba tiempo a comer algo, fuimos a tomar un café y un bocadillo a la cafetería de la estación... Llegó la hora de bajar al andén, bajamos, el tren ya estaba allí, íbamos a subir..., y en ese momento, ¡sorpresa!: Epi nos anunció que ella no seguía. Que había decidido quedarse en Barcelona, buscar trabajo, probar suerte. Eso dijo.

Circun se puso pálida, le empezó a decir que cómo podía hacerle eso, que qué le iba a decir ella a «madre»... Pero Epi estaba imperturbable. Desde el día siguiente a la muerte de doña Lucía había adoptado una actitud hierática, como una estatua, o un maniquí de cera, que daba casi miedo, porque no tenías la menor idea de lo que estaba pensando. Y eligió bien el momento: faltaban unos minutos para la salida, de modo que Circun se tuvo que tragar el sapo y subir conmigo al tren.

... Claro que escondía algo. Lo que escondía es que había alguien esperándola en Barcelona. Pero, repito, eso te lo contaré más adelante, según me fui enterando yo.

Y a partir de ahí, durante años, no supe nada más de los Soley. Yo hasta entonces, en realidad, nunca me había hecho la pregunta de quién mantenía la relación entre ellos y nosotros. Mi madre me había hecho o me había dejado creer, a mí y a todos, que había una simpatía, un interés, recíprocos, pero lo cierto es que al dejar nosotros de escribirles, ellos no hicieron el menor intento de tener noticias nuestras, de modo que la relación murió —o habría muerto, si no fuera por el viaje a Barcelona que hicimos mi madre y yo tres años después—, no sé si decir de muerte natural o traumática. No se habló más de los primos catalanes.

Pero yo no los olvidé, claro. Representaban algo diferente, otra manera de vivir, otras aspiraciones... la única alternativa posible a mi pequeño mundo: mis padres, la casa en que vivíamos, el pueblo... Cuando en ese mes de agosto del 71 llegué a casa de mis padres, procedente de La Tramontana, Marina entró conmigo. Lo vi todo a través de sus ojos, como si lo viese por primera vez. La «biblioteca»... así la llamaba mi madre. ¿Biblioteca? Qué risa. Libros no tenía, nada más que la enciclopedia, intacta, solo la tocaba mi madre, para limpiarle el polvo. Lo podíamos haber llamado simplemente «estantería», pero a mi madre le gustaba usar palabras que no se usaban en el pueblo, decir «la biblioteca», «el mueble-bar», entrar en una cafetería y pedir «un sándwich y una coca-cola», ella que cuando llegó a Madrid lo que pedía era un bocadillo y una gaseosa... La «biblioteca», la mesa de madera barnizada, barnizadísima, con las seis sillas a juego, el frutero con la fruta de porcelana, el cuadro que representaba la Plaza Mayor del pueblo... Y a mi madre, ahora que podía compararla con la señora Soley, ahora de pronto la veía como lo que ella, pobre mamá, menos quería ser, lo que había dedicado media vida a no ser o al menos no parecer: una mujer de pueblo. Sí, por más que viviera en Madrid y llevase el pelo rubio platino... La sensación que tuve al volver a Madrid desde La Tramontana era una sensación de extrañamiento: descubrí por primera vez que las cosas no tienen por qué ser como las has conocido siempre, sino que pueden ser de otra manera. Una sensación inquietante y deliciosa, que volví a buscar luego yéndome a vivir a Inglaterra.

Volví, pues, a Madrid, y reanudé una vida que parecía la de antes, con dos grandes diferencias, dos desapariciones: la de mi padre y la del pueblo. La segunda, consecuencia de la primera: mi madre cortó los puentes con el pueblo porque estaba avergonzada de la deserción de mi padre. Cómo iba a presentarse ella delante de su familia, de la gente del pueblo, sin su marido... Se inventó no sé qué excusa para no ir, y se acabaron los veraneos.

Lo que no impide que mi madre siguiera viviendo, mentalmente, en el pueblo más que en ningún otro sitio. Se enteraba de todo lo que pasaba allí, y aunque yo no le prestaba demasiada atención —porque yo lo que echaba de menos del pueblo era el lugar, el paisaje, pero no tanto las personas—, me lo contaba todo, todas las noticias, con fruición, con detalle...

... Por las cartas de sus hermanos.

... No, no te creas, habría sido lógico quizá, pero no, los que habían emigrado del pueblo no habían ido a Madrid, sino unos a Albacete, otros a Valencia, alguno a Francia o Alemania... En Madrid solo había dos, y no los tratábamos, porque los principios morales de mi madre se lo prohibían.

... Sí, sí, sus principios morales. Verás: uno del pueblo, Gumersindo, el Gúmer, se había ido a vivir a Madrid, y poco después de llegar fue, claro está, a visitar a mis padres. Por entonces mi padre acababa de entrar a trabajar con don Jaime; era la época en que don Jaime estaba en plena expansión, acababa de abrir la autoescuela y, casi a la vez, un taller de reparación de coches. Y mi padre había recomendado a Gúmer, que era un chico muy despierto y trabajador, aunque sin estudios, y don Jaime le había empleado como mecánico. Mi padre, por supuesto, estaba muy ufano, por una vez en la vida se sentía alguien, y mi madre estaba encantada también: se aseguró, naturalmente, de que todo el pueblo se enterase de que su marido tenía tanta influencia en Madrid, que nada más llegar a Madrid uno del pueblo, él, su marido, le había conseguido empleo; y el tal Gúmer estaba agradecido, y como estaba solo en Madrid, pobrecito, pues alguna vez se veía con mis padres. Hasta que de pronto, mis padres se enteraron de que una chica del pueblo, Eduvina, la Edu, que estaba casada, pero cuyo marido había emigrado a Suiza, creo, y al parecer había dejado de dar noticias, no tenía intención de volver, en fin, no sé los detalles, pero en todo caso legalmente estaba casada, pues mis padres se enteraron de que se había ido a Madrid a vivir con el Gúmer. Y mi madre montó en cólera. Pero no dijo nada inmediatamente. Esperó a quedar con él, como siempre quedaban, mi padre y ella, en una cafetería, como si nada, y una vez que estuvieron allí los tres, mi madre le hizo al Gúmer una escena por todo lo alto. Le echó un sermón, le llamó inmoral, le dijo que cómo se atrevía, que así les pagaba lo que habían hecho por él, ellos, que le habían abierto los brazos y dejado entrar en su casa como a un hijo, sin sospechar qué víbora estaban acogiendo en su seno —sí, sí, con estas palabras, mi madre es un gran predicador desaprovechado, la Iglesia no sabe lo que se ha perdido—; y que estaba muy equivocado si pensaba que ella se iba a morder la lengua y no iba a decirlo en el pueblo, o que mi padre se lo iba a ocultar a don Jaime, convirtiéndose así en su cómplice en la infamia, ¡mi padre!, que era como un hijo para don Jaime, criado a sus pechos, ¿cómo iba a ocultarle esa deshonra para su empresa?, mi padre con don Jaime no tenía secretos, ni don Jaime con él, y bueno era don Jaime para tolerar una indecencia así, como quien dice bajo su techo; ¡que se fuera a engañar a otros!, a personas decentes, en Madrid, que les tratarían y hasta les acogerían en su casa, sin saber que estaban metiendo, en la santidad de su hogar, a una lagarta, una mujer pública, una barragana —mi madre debía de estar disfrutando de lo lindo—, a un par de sabandijas que estaban viviendo ¡arrejuntados!, ¡amancebados! —hablaba cada vez más alto—, ¡amontonados!

—esto lo decía como escupiendo, como si se hubiera visto obligada contra su voluntad a usar un término tan grosero, indigno de una señora como ella, que le ensuciaba la boca—, ¡sí, señor!, ¡¡en concubinato!!, ¡¡¡en pecado mortal!!!... Daba tales voces que la gente en el café volvía la cabeza.

... ¿Que cómo lo sé? Pues porque mi madre durante años se lo contó, en el pueblo —pobre mamá, cómo debe de haberse arrepentido luego—, a todo el que quería oírlo. Incluido el detalle de que la gente se volvía a mirarlos: ella cree que se volvían para avergonzarle *a él*.

Y si ese fue un escándalo en el pueblo, hubo otro, y ¿sabes quién lo protagonizó? Epi. Aunque en realidad, más que un escándalo, lo de Epi era un misterio. Se había casado con un señor de Barcelona. Era todo muy raro, muy precipitado: se había casado ese mismo verano, el del 71, nada más dejar La Tramontana, y ni siquiera sus padres o sus hermanos habían ido a la ceremonia; y después se supo que había tenido un niño. Mi madre se mordía las uñas de curiosidad, no entendía de dónde podía haber sacado Epi un novio en Barcelona, si había pasado dos años encerrada en La Tramontana con doña Lucía, y menos un novio rico, «un hombre de negocios», decía la tía Zambomba, aunque vete a saber, decía mi madre, qué entendía por «hombre de negocios» una mujer como la tía Zambomba, que todo lo que conocía del mundo era el establo y la taberna de su pueblo...

Aunque mi madre hizo todo lo posible y lo imposible para averiguar *exactamente* cuándo se había casado Epi y cuándo había nacido el niño, no consiguió saberlo, quizá —eso era lo que ella sospechaba— porque la tía Zambomba, muerta de vergüenza, escurría el bulto, o hasta mentía: con lo lejos que estaba Barcelona, ¿quién iba a poder comprobar...? Pero a mi madre nadie le podía quitar de la cabeza que Epi se había casado embarazada, y una vez y otra murmuraba: «¡Epi! ¡Quién me lo iba a decir! ¡Con esa cara de mosquita muerta! ¡Y pensar que yo la había recomendado! ¡Suerte que la pobre doña Lucía se murió sin saber qué lagarta se había metido en casa!». Y se quedaba en silencio, mirándome... y yo adivinaba lo que le estaba pasando por la cabeza: la imagen de su hija, con velo y vestido blanco... ¡No, no, su hija tenía principios, ella había educado a su hija como Dios manda, ella siempre podría hablar de su hija con la cabeza muy alta!... pero se le insinuaba, a pesar de todo, en la imaginación, pobre mamá, yo se lo veía en los ojos, la estampa de su hija, con velo y vestido blanco... Solo con que ella hubiera tenido un poquitín menos de principios, hubiera sabido darme a entender que principios sí, claro, pero sin exagerar, a Dios rogando y con el mazo dando... un vestido blanco de seda, no, blanco no, color marfil, que es

más elegante..., y más apropiado en según qué ocasiones, tú ya me entiendes... y ella con un modelito monísimo, de seda también, color albaricoque, que era el que mejor le sentaba, un modelito que no desmerecería al lado de la señora Soley (la cual estaría lívida, qué se le va a hacer, guapa, haber vigilado mejor a tu hijo)... un vestido de seda color marfil, elegantísimo... un vestido de seda color marfil un poco redondeado, es cierto, para quien se fijara bien, a la altura del estómago... pero tú, hija, ni caso, a ti qué más te da, que digan lo que quieran, si la envidia fuera tiña, ande yo caliente y ríase la gente... entrando en una iglesia, a los sonos de la *Marcha nupcial*... Pobre mamá: seguía repitiendo, como una letanía, lo de los Principios y la Educación que te hemos dado en Esta Casa, No Como esa Lagarta... pero creo que ya no estaba tan segura.

No supe nada de los Soley, te decía, hasta que en la primavera de 1974 dio la casualidad de que fuimos a Barcelona. Mi madre estaba notando en los ojos unos síntomas que la alarmaban, y aunque en Madrid había visitado a dos oftalmólogos y los dos la habían tranquilizado, ella tenía mucho miedo. Su padre había tenido un desprendimiento de retina y terminó quedándose ciego. De modo que ella quería que la vieran los mejores especialistas, y en Barcelona había una clínica que pasaba por ser la mejor del país en oftalmología.

En el mundo de mi madre, eso, el «ir de médicos», era yo creo que el único motivo legítimo para viajar. Ese, y el de visitar a los parientes, ir a conocer a un nieto por ejemplo: con ese motivo hizo mi madre su primer viaje al extranjero, a Londres, a conocer a Nico recién nacido, en 1990. Luego, con los años, ha empezado a apuntarse a viajes organizados y le encanta... La gente del pueblo no viajaba, es más, no sabía qué quería decir eso. La idea de coger un tren, llegar a una ciudad, instalarse en un hotel y dedicarse a visitar... No es que fuera cosa de millonarios, que también, sino que era inimaginable. ¿Gastar ese dineral para qué? ¿Visitar qué? ¿Y qué es eso de visitar, cómo se hace...?

Llegamos pues a Barcelona en la primavera del 74, para dos días. A mi madre ni se le ocurrió, por eso que te digo, que pudiéramos aprovechar el viaje, quedarnos un poco más y hacer turismo. Bien es verdad que no estaba de humor.

Mi madre estaba intratable aquellos días. Todo lo que yo hacía la molestaba, todo le parecía mal... o le parecía poco. Claro que yo me interesaba por lo que le decían los médicos, me ofrecía a ayudarla si no veía bien, pero... faltaba algo, ella se daba cuenta y yo también de que faltaba

algo. Faltaba lo fundamental. Ella me pedía más y más: que hiciera yo la compra, que no saliera el fin de semana, que me quedara a hacerle compañía, me despertaba por la noche para pedirme un vaso de agua... Yo le decía a todo que sí, la obedecía... pero no bastaba. Nada bastaba. Era como si intentara pillarme en falta, como si estuviera buscando que yo, por fin, le dijera que no, para entonces poder abrir las compuertas, dejar que salieran, que se desbordaran, los reproches.

... ¡Y yo qué sé! Yo creo que le costaba mucho digerir que yo fuese joven y libre, «con toda la vida por delante», como ella decía... ¡Con el miedo que me daba a mí esa inmensidad vacía!, que yo sola tenía que poblar, con estudios, con empleos, con una casa, con personas, con fechas señaladas... Un territorio amplio e indeterminado, en lugar del estrecho camino, marcado de antemano, que había sido la vida de mis padres, con solo dos o tres bifurcaciones: quedarse en el pueblo o irse a la ciudad, ser toda la vida electricista o estudiar de noche para llegar a ser contable, casarse con una persona u otra... Yo veía mi libertad y lo que sentía era vértigo. Mi madre, en cambio, lo único que veía era una vida mucho más fácil, un futuro mucho más halagüeño, una España más próspera. Me recordaba constantemente que a mi edad, ella llevaba la casa, limpiaba, guisaba... Que yo, mucho estudiar, pero no sabía hacer un gazpacho ni una tortilla de patatas... Que yo llegaba y me encontraba la comida preparada y la mesa puesta, la ropa limpia y planchada en los armarios...

... No sé, nunca me hice la pregunta así, en estos términos: ¿qué quería de mí mi madre?

... Sí, supongo que era eso: que yo valorase lo que ella hacía, lo que había sido su vida, es verdad que siempre estaba intentando enseñarme a hacer esto o aquello: «Ven, que te enseñaré a hacer las migas de pastor; mira, el día que tengas tu casa y tu marido, tienes que saber cómo se plancha una camisa; a ver, haz tú este respunte, que yo vea cómo lo haces...» y yo la miraba pensando: ¿de veras crees que yo el día que tenga mi casa voy a guisarle a mi maridito unas migas de pastor o a plancharle las camisas?... Yo creo que me casé con un inglés, entre otras cosas, por miedo a que un marido español esperase de mí que le hiciera la comida y le lavara la ropa. Pero además, si yo aceptaba, porque aceptaba alguna vez, si le decía: «Mamá, el domingo si quieres me enseñas a hacer tal o cual cosa»... pues siempre salía mal. Yo lo hacía sin ganas y se notaba; y ella, por su parte, estaba también muy irritable, enseguida empezaba a decirme: «Deja, deja... que ya veo que no sabes ni enhebrar una aguja... Pero Áurea, por el amor de Dios, ¿cómo se te ocurre

usar este hilo tan fino?», o tan grueso, o lo que fuera. Pero ¿es que para demostrar que la quería, que la respetaba, tendría que haber llevado la misma vida que ella?

Mi madre tenía ese temor de tanta gente a que el amor no baste, por eso tienen que recurrir al dinero, o al sentido del deber: porque temen que si sus hijos fueran libres, o su marido o su mujer... Si fueran libres, ¿qué? Quizá entonces podría florecer ese cariño como florecen cuando las dejas tranquilas esas plantas demasiado cuidadas, con demasiado riego, demasiados pesticidas. Pero mi madre no quería arriesgarse. Y exigía, me reñía, me trataba mal, me echaba la culpa de que no nos lleváramos bien... sin darse cuenta de algo evidente: ¿cómo se puede —aun suponiendo que se deba— ser cariñoso con quien nos maltrata?

... Sí, como tú dices, ¿por qué tenía que ser culpa de alguien?... ¿No era más bien un fracaso de ambas, de ella y mío?... Pero para mi madre, estaba claro que era todo culpa mía, que yo era una mala hija. Ella había echado mucho de menos una madre. La tía, por lo que ella cuenta —yo no la conocí—, pretendía hacer de ella una niña modelo, bien educada, bien vestida, obediente... ¿Te he contado que la vestía de punta en blanco y la hacía pasear por la calle para que sus hermanos la vieran? «Mi tía no quería una hija, quería una muñeca», decía mi madre con amargura. La versión de la tía, parece ser, era que la niña le había salido rebelde y desagradecida. Total, que a los quince años, se pelearon y la devolvió. E imagínate cómo la recibieron su madre y sus hermanos... No me extraña que la trataran como a una Cenicienta, ni me extraña que mi madre saliera huyendo, que a la primera ocasión se fuera a Madrid a buscarse la vida.

Pero yo también quería buscarme la vida, yo también quería vivir, y no quedarme toda la vida al lado de mi madre dándole el cariño que de pequeña no tuvo. Y justo en ese momento, cuando yo empezaba a abrir las alas, mi madre tiene ese problema con los ojos.

Yo estaba dispuesta a ayudarla, sí... pero desde fuera. Desde mi propia vida, no amalgamada con la suya. Y esa vida propia, aún no la tenía. La perspectiva de no llegar a tenerla me aterrorizaba. Me aterrorizaba la idea de pasar el resto de mis días cuidando a una inválida, sirviéndole de lazarillo a mi madre. Por eso tenía tantas ganas... no: más que ganas, una verdadera, imperiosa, acuciante necesidad, esos días en Barcelona, de escaparme. De estar sola, de salir, aunque fuese solo unas horas; Marina era un pretexto. Pero tenía que decírselo a mi madre. Y no me atrevía.

Yo había conseguido, a escondidas, las señas de Marina en Barcelona. En Información obtuve el número de los Soley en Gerona, les llamé, venciendo la timidez... Su madre me dio la dirección; teléfono me dijo que no tenía. Nosotras estábamos alojadas en una pensión cerca de las Ramblas, en la calle Puertaferri, y a mí lo poco que vi de Barcelona me encantó, supongo que me habría encantado cualquier sitio porque yo, aparte del pueblo, Madrid y La Tramontana, no conocía nada de nada... y estaba ansiosa por conocer más, por repetir la experiencia de La Tramontana, que se me había quedado como una visión casi sobrenatural, algo tan fuera de la realidad, de mi realidad cotidiana... ni siquiera tenía una idea clara de dónde estaba, y sospechaba que nunca volvería, como así ha sido.

Habíamos llegado pues a Barcelona la víspera, ese día por la mañana mi madre se había hecho un montón de pruebas, al día siguiente tenía ya la última visita y nos marchábamos, de modo que si quería ir a ver a Marina, tenía que ser esa tarde. Pero ¿cómo explicarle a mi madre que quería salir?

... No, ya sé que era lo más sencillo, pero no quería decírselo.

... No sé muy bien... Desde luego mi madre me habría reprochado, en cualquier caso, que yo saliera. No porque me necesitara para nada especial, sino porque le habría parecido tan frívolo, tan egoísta, que yo tuviera la cabeza en otra parte, que pensara en hacer turismo o visitar a una amiga, mientras ella esperaba el diagnóstico... Pero además creo que le habría disgustado particularmente que yo estableciera contacto con alguien de la familia Soley.

... Sí, eso es, los Soley eran «suyos». Pero no solo era eso. Es que mi madre no quería que los Soley supieran que ella se había separado. Era un fracaso para ella, una vergüenza. Y a mi madre, creo que no hay nada que le importe más en el mundo que lo que los demás piensen de ella. Aunque quizá debería hablar en pasado; mi madre ha cambiado mucho estos últimos años.

Eran las seis y ella acababa de echarse. Mi madre dormía largas siestas, tenía un sueño muy profundo. En el pueblo yo muchas veces me escapaba: mientras ella dormía, yo estaba obligada a echarme la siesta también pero saltaba por la ventana y volvía antes de que se despertase. Era un truco que nunca me había fallado, y decidí emplearlo otra vez. Podía ser terrible la escena que me haría si se despertaba antes de que yo volviera, pero decidí arriesgarme. Solo que previamente me tenía que asegurar de que ya se había dormido.

Me acuerdo tan bien de ese momento... Me recuerdo subiendo la escalera hasta un rellano en el que había una consola con un ramo de flores de

plástico, y allí empezaba un pasillo, muy oscuro, sin ventanas, como en las pirámides... se hacía raro, con el sol espléndido de fuera, ese pasillo lúgubre con luz artificial... y terminaba en una puerta que era la de nuestro cuarto.

No me atrevía a entrar.

Al lado de la puerta había una acuarela que representaba la plaza del pueblo. Sí, de La Era; es que los dueños de la pensión eran del pueblo, por eso habíamos ido a parar allí. No era igual, pero sí muy parecida al cuadro que había en casa de mis padres; debían de ser los dos del mismo pintor local. Yo echaba mucho de menos el pueblo, porque como te digo, desde el 70 no habíamos vuelto. La plaza no es particularmente bonita, ni siquiera es una plaza propiamente, solo una calle que se ensancha al confluir con otras. Está la casa de los Medina, la iglesia, que debe de ser del siglo XVIII, bordeada por una fuente y unas escaleras, la «Papelería-Estanco-Taxi», y el edificio del Ayuntamiento, que es moderno y muy soso, de ladrillo, con la bandera; y en medio de todo eso una farola sin gracia rodeada por un parterre con rosas... Esa plaza en verano, a la hora de la siesta, con todo cerrado: las puertas, las ventanas, y el sol estallando en las paredes blancas... y el calor insoportable, y el silencio total, el pueblo dormido... me daba una sensación de: ¿y ahora qué?... ¡Ay!, no te lo sé explicar, Claire, pero a mí esa plaza siempre me produjo un efecto extraño. Esa inmovilidad, ese espacio vacío, sin una idea que lo presida, una estética que lo unifique... es como un escenario a la espera de algo. A la espera de que tú inventes la obra, o sea tu vida... Pero en el cuadro, el pintor había hecho unos retoques sutiles. Se había situado con el Ayuntamiento a sus espaldas, para que no apareciese; había puesto bien en el centro las rosas, perfectas, como de cera, y de un rosa mucho más vivo que el que tenían en la realidad; había eliminado el cartel de la tienda... y el resultado era un simple, inofensivo y previsible «pueblecito pintoresco».

Por fin abrí la puerta... y me encontré casi a oscuras. La habitación estaba en penumbra salvo, en el centro, la ventana, cubierta por una cortina estampada que coloreaba la escasa luz, como el rosetón de una catedral. Y entre la puerta y la ventana, un bulto oscuro: el cuerpo de mi madre.

Di media vuelta, cerré la puerta y salí casi corriendo. No te podría explicar por qué. Hasta que salí a la calle no me tranquilicé, no me convencí de que mi madre simplemente se había tumbado en la cama y se había quedado dormida.

... Sí, no me extraña que te cueste entenderlo. Porque, a la vez, yo me había hecho muy adulta en esos tres años, había adquirido autoridad respecto a mi madre. No por la edad, a los diecisiete puedes ser, o te pueden considerar, una adulta o una niña, según las circunstancias; sino por el papel

que me tocaba desempeñar. Me había tocado, por así decirlo, ya sé que suena raro, pero para que me entiendas, me había tocado ser el hombre de la casa. No por el dinero, o no por el dinero en sí: mi padre nos pasaba algo y mi madre había empezado a coser para las vecinas y conocidas, a hacer de modista, algo que había hecho más o menos siempre, pero ahora, aunque le daba mucha vergüenza, empezó a hacerlo cobrando. Pero lo que ella necesitaba no era solo dinero, sino sobre todo protección. El Madrid alegre, fácil y dicharachero que fue el suyo cuando era un ama de casa que iba a la compra por el barrio, una señora que salía con su marido de tapas por la Gran Vía, ese Madrid había desaparecido, se había convertido en «la jungla de asfalto» —creo que es el título de una película, mi madre lo habría oído alguna vez y no se le había olvidado, hablaba mucho de la «jungla de asfalto» en esos días—, una selva llena de fieras llamadas Bancos, compañía del gas, Hacienda... todos al acecho, conchabados entre sí, para atacar a la víctima indefensa, chuparle la sangre, asfixiarla a impuestos, sisarla, engañarla a base de jerga administrativa y letra pequeña, «hacerle las cuentas del Gran Capitán», ella que no tenía quien la defendiera, y ya se sabe que «al que no tiene padrino no le bautizan»... Le salían todos los refranes, una especie de sabiduría popular amarga y además inútil, equivocada, como la de sus hermanos, que si alguna vez nos escribían, lo hacían usando sellos de nuestras propias cartas, que despegaban, cuidadosa y trabajosamente, reblandeciéndolos con agua, supongo, y volvían a pegar con pegamento, sin darse cuenta de que el matasellos los inutilizaba, de modo que mi madre — que en eso hay que reconocerle la delicadeza: nunca les hizo ningún comentario, supongo que por la vergüenza ajena que le daba— tenía que ir cada vez a Correos a buscar las cartas y pagar el franqueo... Y yo, mal que bien, hice lo que pude. Me enteré de cómo estaban las cuentas, protesté una vez que la compañía de la luz nos había cobrado de más, me dieron la razón y me lo devolvieron, cosa que dejó muy impresionada a mi madre... Ahora lo agradezco, me sirvió para hacerme mayor. Cuando me fui de casa a los veintiún años me las supe arreglar sola perfectamente. Pero entonces sentía que me habían estafado. Que mis padres me habían robado algo, me habían confiscado, para sus propios fines, los años de infancia que todavía me quedaban.

Y al mismo tiempo que yo protegía y tranquilizaba a mi madre, al mismo tiempo, lo confieso, por incomprensible que parezca, tienes razón: le tenía miedo. Y es que mi madre, ahora retrospectivamente lo veo por fin claro, mi madre simplemente no era lo que a mi padre y a mí nos había hecho creer que

era, lo que ella misma estaba convencida de ser: «buena como el pan», «con más paciencia que un santo»... La que daría la vida por su hija, la que adora a su marido, la que hace siempre las cosas como a él le gustan —el bistec muy hecho, el café sin azúcar—, la que pone voz de niña para preguntar: «¿De veras, Roberto?» alzando los ojos por encima de las gafas de costura... Porque mi madre era todo eso, sí, pero también era otras cosas, y no se daba cuenta; es más, nos había hipnotizado, a mi padre y a mí, para que no nos diéramos cuenta tampoco, para que no pudiéramos entender, mucho menos justificar, por qué no la adorábamos tanto como deberíamos, por qué, a la hora de la verdad, no queríamos pasar nuestra vida a su lado, por qué, incluso, más de una vez, nos sacaba de nuestras casillas... Y es que ella era también la que viéndome estudiar a todas horas, murmuraba con desprecio: «¿Quién se va a querer casar con una mujer que está más pendiente de los libros que de su marido?»; o si me vestía o me peinaba de una manera que a ella no le gustaba, me decía secamente: «Das risa»... La que gritaba con una voz dura, militar: «¡¡Rober— Tó!!». «¿Qué?», decía mi padre, pero ella no explicaba nada, no pronunciaba ninguna otra palabra, no se movía del sitio, solo esperaba y si él no venía, repetía «¡¡Rober-Tó!!», con la misma voz impersonal, imperiosa... Él acudía entonces, manso, cabizbajo, y sin necesidad de que ella dijera nada, él mismo veía la ceniza en la alfombra, o los pelos en la bañera, y empezaba a farfullar excusas, a decir que ahora mismo iba a limpiarlo... pero mi madre ya se estaba poniendo de rodillas para ofrecerle el espectáculo de cómo ella, la esposa abnegada, limpiaba la alfombra o la bañera que el puerco de su marido... etcétera, etcétera.

Era muy complicado separarse de mi madre, muy difícil... Por eso mi padre se marchó de casa tan mal. No porque no estuviera cómodo en casa, estaba comodísimo, pero ya no sabía quién era él, no sabía qué quería, todo iba rodado, funcionaba solo, por inercia. Todos los días se tomaba un carajillo y un pincho de tortilla a media mañana en el mismo bar, todos los meses de agosto iba a La Era, donde mi madre y yo ya estábamos desde que se acababa el colegio... Tenía la comida a punto, la cama hecha, la ropa lavada y planchada... Una vida sobre raíles. ¿Qué le faltaba?... Cuántas veces, después de que se marchó, oí a mi madre hacerse esa pregunta, llorando. «¿Qué le faltaba? ¡Si no le faltaba de nada!»... Buena pregunta. Algo le debía de faltar, si se fue a buscarlo a otra parte... Pues mira, ahora que me lo preguntas... yo creo que lo que le faltaba era poderse preguntar qué le faltaba. Barajar y volver a repartir las cartas. ¿Tú nunca has tenido, Claire, esa sensación de que te falta algo, pero no sabes qué? Y como no sabes qué es, no

puedes perseguirlo... Yo la tuve los últimos años con David. Es exasperante: sientes esa falta, tu vida te suena a hueco, por colorida que sea la cáscara, y no sabes cómo llenarla; yo recuerdo cómo me agobiaba volver a casa, después de la animación de mi trabajo... recogía a Nicolás en la guardería, llegaba a casa... y había algo, en ese suelo enmoquetado, en esas paredes empapeladas, en ese silencio alrededor, ese cielo bajo, gris... algo en esa familia que formábamos y que parecía, no sé, falsa, como si estuviéramos posando para una foto, pero todos distraídos... algo que me daba ganas de gritar, pero no sabía qué era. Entonces fue cuando entendí a mi padre, y dejé de compartir el resentimiento de mi madre hacia él. Mi padre no se fue buscando nada concreto; no tenía ningún plan; simplemente surgió una oportunidad y la agarró al vuelo. Para recuperar la libertad, aunque no supiera qué contenido iba a darle.

Mi padre había tenido una vida muy dura, a los catorce años ya trabajaba, como electricista; bueno, aprendiz. Ya te dije que su padre había muerto siendo él muy pequeño.

... Ah, pues esa curiosidad tan simple: de qué, no me fue nada fácil satisfacerla. Recuerdo muy bien las poquísimas veces que se habló de él en mi casa, y se habló porque yo pregunté. Un día por ejemplo que mi abuela me llevó al parque, viendo que otros niños iban con sus abuelos, yo quise saber por qué yo no tenía y me contestó que se había matado cayéndose de un andamio. Pero me lo dijo en un tono... extraño, muy seco, como de querer dar el tema por zanjado. Otra vez, con mi madre, me interesé por la fecha de su muerte. «Cuando tu padre tenía cuatro años», contestó ella. Eso significaba 1936, pero me llamó la atención que no mencionara el año, ni el mes. Digo lo del mes porque ese año es totalmente distinto según se trate de antes o después del 18 de julio. En otra ocasión, una vez que fui con mi padre a visitar la tumba de mi abuela quise saber dónde estaba enterrado el abuelo. Mi padre me dijo que en su pueblo —San Roque, en Andalucía—, porque había muerto allí. A mí me extrañó, porque si estaba allí sería de vacaciones, y eso no casaba con lo del andamio... Prometido, es que es una historia muy larga y no quiero perder el hilo ahora.

Mi abuela se puso de cocinera en un bar. ¿Qué otra cosa podía hacer? No sabía hacer nada más que limpiar y guisar. ¡Qué vida!, todo el día metida en un cuchitril, con luz eléctrica y el rugido del extractor, la cara encima del aceite hirviendo... Se llevaba al niño, de eso le viene a mi padre la afición a los bares, se encuentra como en casa. Más tarde se colocó de portera en la calle Ferraz. Vivía en la parte trasera de la portería: un chiscón sin ventanas,

con un fluorescente en el techo, siempre encendido, como en las granjas industriales, y la radio también; una mesa cubierta por un mantel de hule, una silla, olor a coliflor hervida y a meados de gato —tenía un gato que dormía en su cama, y al que a las horas de comer sentaba en su regazo y le metía en la boca con los dedos trozos de comida que sacaba de su plato—, y a todas horas se oía, como si estuviera dentro de la casa, el chirrido del ascensor —un ascensor antiguo, lento, en una jaula de hierro—, y de vez en cuando una voz desde arriba: «¡Ascensoooooor!» cuando una puerta se había quedado abierta... Y así un día y otro día, un año y otro año, como si ella y media España estuvieran purgando, interminablemente, los pecados de su breve juventud, los años locos de la República, de la que no hablaba nunca.

... No, no por eso, no le habría pasado nada por decir lo que pensaba, a quién le podía importar lo que opinara un cero a la izquierda como mi abuela... pero es que no pensaba nada. O sí, pero no eran opiniones políticas. Mira, me acuerdo de una vez con ella, no recuerdo adónde íbamos, que subimos a una casa de varios pisos, antigua, muy elegante: escalera de madera, vidrieras de colores..., en la que se había estropeado el ascensor. Mi abuela estaba muy gorda, andaba con dificultad y se tenía que sentar en unas banquetas que había en cada rellano. Hasta el tercero. Después, era todo menos elegante, ya no eran dos puertas por rellano sino cuatro, y no había banquetas. Yo ni me había fijado, pero ella murmuró entre dientes: «Claro, los pobres, ¡qué se jodan!».

... Diez años. Y ella, aunque a mí me parecía una vieja, no tendría muchos más de sesenta. Estaba muy estropeada. Y muy gorda, ya te digo. No salía nunca, más que a la tienda de ultramarinos que estaba en la misma calle, y una vez al año, a una calle que está un poco más lejos, la calle Hortaleza. Llevaba a bendecir al gato.

... Sí, a bendecir al gato, ya entiendo que a una mentalidad protestante la idea le resulte insólita, por lo menos. Es que en una iglesia de Madrid, San Antón, en la calle Hortaleza, cada año hay una ceremonia de bendición de animales y allí va mucha gente con sus perros, sus gatos, sus loros y periquitos... Yo la acompañaba siempre y ella creía que me estaba educando en la piedad, yo hacía como ella, que entraba en la iglesia y hacía una genuflexión ante el altar y se santiguaba... Lo que ella no sabía es que mi verdadero motivo es que después, por única vez en el año —mi abuela era muy pobre, pero además, era roñosa—, me invitaba a comer tortitas con nata en una cafetería.

... Claro que sí. Las tortitas no le gustaban mucho, pero la nata le encantaba. Sacaba esa lengüecita rosa y rasposa que tienen, y se lamía los bigotes.

Con esa historia, mi padre es como si hubiera crecido metido en un pozo: solo sabía que la luz estaba arriba. Tenía que subir como fuera, y subir quería decir trabajar, ganar dinero, estudiar para ganar más, hizo el bachillerato nocturno... comprarse primero una Vespa, luego una moto con sidecar, luego un coche —un seiscientos—, finalmente un piso... Primero tener novia, después casarse, después tener hijos... Un camino perfectamente trazado, con sus etapas en un determinado orden. Y claro, él tenía la sensación de que no había podido escoger.

... Tienes razón, ella tampoco, pero es que ella no había estudiado, apenas sabía leer, no leía nada más que fotonovelas y revistas de moda y cotilleos, y veía la televisión, la de aquellos años, que no es la de ahora. No imaginaba otras vidas posibles, como no fuera la inalcanzable, mitológica, de los millonarios.

Mi padre, esa sensación de error, de haber sido «estafado» como me dijo una vez... no, por nadie en particular: por las circunstancias, por la historia... esa sensación la tuvo tarde, cuando ya había alcanzado todas las metas, esas metas que a nuestra generación le parecen muy modestas, para nosotros ni siquiera son metas sino puntos de partida. Durante muchos años él estuvo satisfecho. Se veía con los ojos de su madre. Me acuerdo de esa mirada de mi abuela... Ella gorda, como un saco, toda bultos y jorobas: los grandes pechos caídos, la barriga... encorvada, arrastrando las zapatillas... y él alto, apuesto, tan guapo, con estudios, un buen sueldo, coche... Ella le miraba con arrobos, se empeñaba en presentarlo a todo el mundo —«todo el mundo» para ella eran los vecinos de la finca, el dueño de la tienda, el administrador, si pasaba por allí— y cuando decía: «Mi hijo», se le encendían los ojos. Las preguntas que nos hacemos ahora, las aspiraciones que tenemos, serían como querer champán, cuando ellos lo que estaban era muriéndose de sed. ¿Quién era ese escritor del siglo XVIII que decía que «la felicidad es una idea nueva en Europa»? pues habría aparecido en el XVIII, sí, en los salones, pero iba a tardar sus buenos dos siglos en alcanzar las porterías.

Con el tiempo, cuando ya tuvo el piso y el seiscientos y el televisor, sospecho que mi padre empezó a anhelar otra cosa, confusamente. Lo tenía muy difícil. ¿Irse? ¿Adónde, por qué, para qué, con qué pretexto?... Y ¿cómo separarse de mi madre sin que fuera alta traición? En los años que vivimos los tres juntos, estábamos como pegados con cola. No podía uno irse por las

buenas: había que arrancarse. Por eso mi padre se marchó, como te digo, de mala manera: mintiendo, huyendo, con el rabo entre las piernas... Y yo me preparaba a marcharme también mal. Veía que mi madre daba por supuesto que cuando terminara los estudios...

... ¿No te lo he dicho? Secretariado. Pero antes de terminarlo ya trabajaba por las tardes con mi padre. Mi madre, te decía, daba por descontado que yo iba a seguir viviendo con ella hasta que me casara. O siempre, si me quedaba soltera.

... Claro, en teoría; pero en la práctica, no creo que le hubiera disgustado. Piensa que no tenía a nadie más que a mí... Y yo me temía que me marchara cuando me marchase, para ella siempre sería una sorpresa, dolorosísima, como una amputación... Luego resultó que no, que después del viaje a Barcelona, la separación fue más fácil de lo que había previsto. Pero te estaba contando lo de mi padre.

... No, claro que ella no lo sabía, la tomó tan desprevenida como a mí. Mi madre confiaba ciegamente en su marido, ponía en sus manos todas las decisiones. Mira, me acuerdo de una vez que llamaron a la puerta y era una chica que vendía un método de inglés para niños. Que si tiene usted hijos, que si en el colegio le enseñan inglés, que si está demostrado que quienes saben inglés ganan no sé cuánto más que los que no... Ya ves, con lo bien que me habría ido a mí aprender inglés de pequeña...

... No, no es lo mismo, nunca he tenido buen acento, y ahora que he vuelto a España, fíjate que no hace ni un año, ya noto que empiezo a olvidarlo.

Desde que la pobre chica abrió la boca, mi madre no hacía más que repetir: «Es que no está mi marido», yo veía a la estudiante aquella —debía de ser una estudiante— ponerse cada vez más nerviosa, se debía de estar mordiendo la lengua para no contestar: «Pero señora, ¿es que para decirme si su hija aprende inglés en el colegio necesita que esté su marido...?». Sí, mi madre estaba encantada, feliz, era un alivio para ella no tener que tomar ninguna decisión, no entender de nada más que de pollo al chilindrón y de tener la casa «como una patena», poder decir: «yo no sé», «yo de eso no entiendo», «lo que diga mi marido...». Para ella él era perfecto: tan listo, tan trabajador, tan apuesto también: cuando iba a la peluquería, le pedía que la fuera a buscar, para que lo vieran las otras señoras y las peluqueras. Y por supuesto honrado, vamos, eso mi madre jamás lo puso en duda.

Pero por esa época, mi padre parecía haberse estancado en su carrera. Era un hombre inteligente y trabajador, que había pasado, a base de estudiar de

noche, de electricista a contable; y cuando don Jaime Usandizaga, «el señorito» como le llamábamos en mi casa, le contrató en la autoescuela, mi padre le estuvo muy agradecido y mi madre también. Esos primeros años, mi madre hablaba de don Jaime como de los Soley; con unción y una especie de... de orgullo, de orgullo contenido, como si tuviera con ellos una relación especial, privilegiada, y en cierto modo íntima; el mismo tono, ahora que lo pienso, con que mi abuela hablaba de san Antón.

Don Jaime, pues, era como un santo protector de mi familia, y más aún desde el día en que se había dignado subir a nuestra casa y le había presentado a mi madre «sus respetos». Pero con los años... Yo creo que mi madre había creído que el empleo de contable no era más que un primer paso. Y es verdad que mi padre había ido ascendiendo, no oficialmente, pero sí en la práctica; más o menos llevaba él la autoescuela. Pero de ahí no había pasado. Mi madre esperaba algo más: sospecho que en el fondo soñaba con que don Jaime le hiciera socio. Ya se veía invitada a comer —perdón: a «almorzar», como decía ella— en casa de don Jaime, en el barrio de Salamanca, haciéndose ropa para no desmerecer al lado de la señora Usandizaga, invitada incluso a la finca que don Jaime y su señora tenían en el campo... Pero pasaba el tiempo, y nada. Y los del tercero que reformaban la cocina, y los del primero que cambiaban los muebles del dormitorio... Si antes mi madre estaba agradecida del empleo y el sueldo que don Jaime había dado a mi padre, ahora empezaba a murmurar que era un buen sueldo, sí, para alguien que empezaba, alguien sin experiencia, pero que ahora mi padre ya la tenía, bien barato que le salía a don Jaime, cómo se estaba cobrando el favor que le hizo, suponiendo que fuera un favor, al contratarle. Si la primera vez que don Jaime nos hizo llegar una cesta de Navidad mi madre parecía un niño ante los regalos de los Reyes Magos, abriendo el turrón, el vino, los polvorones... ni siquiera quiso tirar el lazo dorado, lo guardó en un armario... ahora en cambio lo abría con amargura. ¡Vino espumoso! Seguro que don Jaime bebía champán francés. ¡Chorizo! A que en casa de don Jaime se come jamón de bellota. ¡Turrón de chocolate! A que ellos lo toman de Jijona; debe de pensar que no vemos la diferencia, que regalarnos jamón y turrón bueno es echarle margaritas a los cerdos...

Por lo menos, empezó a decir mi madre, un aumento de sueldo. No el aumentito de cada año, el de todos los empleados, no; un aumento de verdad, que reflejase la responsabilidad de mi padre en la autoescuela. Por eso, decía mi madre, don Jaime no le nombraba director, que es lo que realmente era: para ahorrarse el aumento. Pero ese aumento de sueldo, mi padre se lo

merecía. Se lo merecía y lo necesitaba, el aumento de sueldo, con lo cara que estaba la vida. No podíamos pasar sin un aumento de sueldo. Lo menos que don Jaime le debía a mi padre era un aumento de sueldo. Qué esperaba mi padre para pedir un aumento de sueldo... Cuando a mi madre se le metía algo en la cabeza... Y mi padre estaba cada vez más nervioso. No era solo la insistencia de mi madre, eran otras cosas que casualmente ocurrieron en el mismo momento, poco antes de mi viaje a La Tramontana. De repente mi padre llegó una tarde a casa pidiéndole a mi madre que le preparase la maleta porque se iba a Bilbao esa misma noche. No había dicho nada, explicó, porque era un proyecto que estaba muy verde todavía: resulta que don Jaime estaba pensando en abrir una nueva autoescuela, en Bilbao, e iba a ir él mismo, don Jaime, a buscar local, ya tenía el billete de tren, pero esa mañana había tenido una arritmia, no parecía nada grave, pero era mejor que anulase el viaje, y, en fin, que iba a ser mi padre quien tuviese que viajar a Bilbao esa misma noche; un viaje relámpago: volvería en el tren de la noche siguiente. Mi madre no dijo nada, pero yo vi en su expresión, como una película, todo lo que iba pensando: primero estaba simplemente sorprendida; luego, indignada de que don Jaime, que por lo visto no tenía dinero para pagarle a mi padre un sueldo decente, sí lo tuviera en cambio para ampliar la empresa; por último, vi que se le iluminaban los ojos. Y es que se le debía de haber ocurrido —pobre mamá, qué mal disimulaba— que don Jaime le había ofrecido a mi padre la dirección de la futura autoescuela y que mi padre no le había dicho nada aún porque quería darle una sorpresa. Ya se veía eligiendo piso en Bilbao, comprándose buena ropa, siendo la esposa del señor director, cambiando de coche —¡por fin podríamos sustituir el Seat 600 por un Seat 1500!— y hasta a la larga, ¿por qué no?, cumpliendo su sueño de comprarnos un apartamento en Benidorm o en Gandía... Pero mi padre volvió de viaje y no contó más que vaguedades, y mi madre, pensando que no habría nada seguro todavía, no queriendo atosigarle, no insistió. Esperaba...

Un par de semanas más tarde, un domingo, mientras yo estaba en La Tramontana, mis padres habían ido al cine. Volvieron a casa cuando ya era de noche, y de pronto, al abrir el portal, alguien que estaba escondido en las sombras empezó a darle bastonazos a mi padre. No dijo una palabra y se fue enseguida, pero mi madre le reconoció: alto, delgado, oliendo a *aftershave*... Era don Jaime.

La historia, según he ido sabiendo, empieza un poco más atrás, unos meses antes. En la autoescuela, don Jaime tenía socios, pero socios que solo habían invertido, no se ocupaban de la empresa; y mi padre asegura haber descubierto que por muy señorito y de buena familia que fuese, don Jaime hacía alguna que otra trampa: había comprado un coche, por ejemplo, con dinero de la autoescuela, pero lo usaba él, hacía obras en su casa y las cargaba a la empresa... Lo más grave es que había necesitado dinero para atender un pago de otro de sus negocios, y le había pedido a mi padre, cuya firma era necesaria en tanto que contable, que le «prestara» una cantidad importante sacándola de la autoescuela. Mi padre accedió, confiando en que don Jaime devolviera pronto el dinero. Pero pasaban los meses, y don Jaime le daba largas.

Don Jaime tenía una cuenta en Suiza, y de vez en cuando, una o dos veces al año, iba allí a meter o a sacar dinero... Sí, claro que era ilegal. Dinero negro. Don Jaime pasaba la frontera con el dinero metido dentro del forro de un chaquetón... Sí, mi padre no solo lo sabía, sino que le había acompañado dos o tres veces. Era un secreto, ni siquiera se lo había dicho a mi madre — iba en julio, mientras nosotras estábamos en La Era—; a mí me lo contó mucho más tarde.

Mi padre azuzaba a don Jaime para que fuera a Suiza y sacara el dinero suficiente para tapar el agujero antes de que los socios se dieran cuenta. Pero claro, su posición, la de mi padre, era difícil, porque estaba entre dos fuegos. Si los socios se enteraban, podían pasar muchas cosas, pero de un modo u otro mi padre saldría perdiendo: los socios exigirían que se le despidiera, o incluso, en sus peores pesadillas, mi padre temía que el papel que le había firmado don Jaime no fuera suficiente, que don Jaime no reconociese su firma y dijese que era él, mi padre, quien sin su conocimiento había sacado el dinero y se lo había quedado, y que terminase en la cárcel. Pero si tomaba la iniciativa de hablar con los socios y estos hablaban a su vez con don Jaime, podía ser que la cosa se arreglase entre ellos, o no, pero de lo que no cabía duda es de que don Jaime despediría *ipso facto* a mi padre.

En estas estaba, cuando pasó algo que mi padre me ha contado pidiéndome que no se lo dijera a mi madre, y que explica la decisión que finalmente tomó. Y es que mi padre tenía noticias sobre la marcha de la empresa a través —y por eso no quería que mi madre lo supiera— de aquel vecino del pueblo, Gumersindo, el Gúmer, al que mi madre había echado una bronca, ¿te acuerdas?, por vivir con una mujer con la que no estaba casado.

El Gúmer, como te dije, trabajaba con don Jaime, por recomendación de mi padre. Y había progresado mucho, mucho más que mi padre. No sé por qué, si a fin de cuentas eran del mismo pueblo, tenían la misma edad, y los dos habían hecho lo mismo: sacarse el título de contable y trabajar diez horas al día para don Jaime; puede ser que él fuese más inteligente que mi padre, o puede haber otros motivos, que luego te contaré... Lo cierto es que se había convertido, él sí, en la mano derecha del «señorito». Supongo, entre nosotras, que esto a mi padre le sabía a cuerno quemado, pero estaba claro que le interesaba mucho más ser amigo suyo que enemigo. Por supuesto (esto no me lo ha dicho pero me lo imagino, aunque él a mi madre le asegurase lo contrario), nunca le dijo una palabra a don Jaime de la vida privada de su empleado; y reanudó la relación con él a espaldas de mi madre. De vez en cuando se iban a tomar unas cañas. Pues bien, en ese fatídico verano de 1971, el Gúmer, muy compungido y preocupado, le confesó a mi padre que los negocios de don Jaime iban mal, tan mal, que no cabía descartar una suspensión de pagos. Todo esto era secreto, claro, don Jaime le mataría si supiera que se lo había dicho a mi padre; pero como viejos amigos que eran, y por lo agradecido que le estaba por haberle colocado, él, Gúmer, le daba confidencialmente un consejo a mi padre: que hiciera lo mismo que estaba haciendo él, buscarse otro empleo cuanto antes... Alarmadísimo, nerviosísimo (mientras mi madre le daba la lata cada día con que si había pedido por fin el aumento de sueldo), mi padre le dijo a don Jaime que no podía esperar más, que los socios se podían dar cuenta en cualquier momento de que habían sacado dinero de la empresa, que él no dormía por las noches, y en fin, que fuera a Suiza de una vez. Y don Jaime, aunque quitándole importancia al asunto e intentando tranquilizar a mi padre, terminó por aceptar.

Pero el día que iba a viajar a Suiza, por la mañana, llamó a mi padre a su despacho, le contó que le estaba palpitando muy fuerte el corazón, que podía ser algo grave, y que era mejor que anulase el viaje.

Mi padre debió de ponerse frenético. Todavía lo estaba cuando vino a casa esa tarde, me acuerdo muy bien, anunciando que se iba a Bilbao (lo de Bilbao se le ocurrió sobre la marcha): fuera de sí, congestionado; parecía que era él y no don Jaime el que estaba al borde de un infarto. Creyó que don Jaime mentía, que estaba intentando ganar tiempo, llegar al uno de agosto, cuando la autoescuela cerraba por vacaciones, y que al volver del verano se encontraría con la suspensión de pagos, o sea, sin empleo, sin indemnización y con un agujero en las cuentas que tendría que justificar él ante los socios. No se

atrevió a decirle a don Jaime que no le creía, pero le dijo que si estaba enfermo, la solución era muy fácil: que le diera a él el billete de tren, le hiciera una autorización, llamara al banco de Suiza —donde ya conocían a mi padre— para avisarles, e iría él en su lugar. Yo creo que fue un farol, que mi padre lo dijo para obligar a don Jaime a confesar que no tenía el billete, que nunca había tenido la intención de hacer tal viaje. Pero don Jaime, picado en su orgullo, sacó allí mismo el billete de tren y le dijo que adelante; hasta le entregó el chaquetón con la bolsa para el dinero cosida dentro del forro. Quizá él a su vez pensaba que mi padre, que no viajaba nunca, que las únicas veces que había salido de España había sido pegado a las faldas de don Jaime, que no sabía palabra de francés ni de nada, se iba a arrugar. Pero mi padre, no por orgullo, que no lo tiene, ni por espíritu de aventura, que tiene todavía menos, sino aterrorizado ante la idea de la suspensión de pagos, aceptó, y esa misma noche estaba en el *wagon-lit* hacia Ginebra.

Según mi padre, en cuanto volvió fue inmediatamente a ver a don Jaime y le dio el chaquetón tal cual, sin sacar siquiera el dinero del forro. Quedaron en que ese mismo día don Jaime devolvería el dinero a la cuenta de la autoescuela. Pero al día siguiente —cuenta mi padre— no lo había hecho, ni al otro, ni al otro... Daba largas, metía si acaso alguna pequeña cantidad, explicaba que si lo metía todo de golpe Hacienda vería algo raro y les haría una inspección... Y mi padre, pensando que si no hacía nada iba derecho al precipicio, creyendo que iba a perder el empleo, a quedarse sin indemnización y encima ser acusado de desfalco, tomó por fin la decisión: fue a ver a los socios y se lo contó todo.

Ya no volvió a la oficina. Salía de casa a la hora de costumbre y volvía también a la de siempre, pero lo que hacía entre tanto era irse a un café y mirar, dice, los anuncios por palabras que pidieran un contable. Eso duró una semana o diez días; luego pasó lo del bastón.

... No volvió a casa, no. Le contó a mi madre lo que había pasado —maquillándolo un poco, sin hablarle del Gúmer, ni de la cuenta en Suiza; solo le explicó lo del dinero «prestado» y que tuvo que hablar con los socios porque don Jaime no lo devolvía— y le dijo que se escondería durante una o dos semanas, esperando que se calmasen los ánimos, que don Jaime se diera cuenta de que por ese camino no iba a ninguna parte. Luego, dijo, volvería a casa, y mientras tanto buscaría empleo en otra empresa. Pero pasó una semana, y luego otra... volví yo de La Tramontana... y mi madre tuvo que empezar, poco a poco, a explicarme lo que había ocurrido.

... Pues mira, no creo que fuera eso. Mujer encontró, sí, pero más tarde. No, yo creo que le tomó gusto a estar solo. Me imagino lo aturdido que estaba, me lo imagino en un cuartucho sin ventanas de alguna pensión, en agosto, con lo que es Madrid en agosto, tú que has vivido allí lo sabes. Con el agravante de que en esa época no había aire acondicionado casi en ningún sitio. Me imagino a mi padre dando vueltas en la cama, sin poder dormir, por el calor y la ansiedad, fumando hasta altas horas de la madrugada... En realidad no lo sé, de lo que pasó ese verano en mi familia no se habla, pero pienso que sería en la Gran Vía o alrededores, donde hay tantas pensiones baratas. Debía de pasarse las horas muertas bebiendo café, fumando sus Celtas sin filtro y picoteando tapas en cualquiera de esos bares con frigoríficos-escaparates en los que se amontonan centollos, pulpos, tetilla gallega... Por las tardes, para no pasar calor, se debía de ir al cine, ¿te acuerdas de los cines de la Gran Vía, con vestíbulos que parecen una copia provinciana, venida a menos, del palacio de Versalles?... Pues bien, ¿sabes qué pienso? Que con todo y con la angustia de haberse quedado sin trabajo, sin familia... con todo, sospecho que en esa época fue feliz como nunca lo había sido. Debía de estar experimentando por primera vez eso tan reconfortante y enigmático de las grandes ciudades que es el anonimato, la soledad entre la muchedumbre. Aunque en realidad, ahora que lo pienso, quizá lo que estoy es trasladando a mi padre mi propio descubrimiento, que hice precisamente esa tarde de primavera de 1974 que te estoy contando en Barcelona.

Vosotros la debisteis de visitar en el 71, ¿no?... Sí, a mí también me gusta mucho. Pero esa primera vez fue más que gustar, fue un deslumbramiento. Sobre todo la luz. La luz, los colores... es lo primero que noto en un lugar nuevo. Hoy cuando ha salido el sol después de la lluvia, cuando he mirado por la ventana, he recobrado esa sorpresa que me producía la luz del verano en Inglaterra, cuando vine en el 82 —creyendo que iba a pasar unos meses cuidando niños y aprendiendo inglés, y ya ves, he pasado aquí casi veinte años—: esa luz un poco melancólica, que parece que barniza el paisaje, las casas... que puede dar un gran brillo a los árboles o a los prados, unos verdes esmeralda espléndidos, como si estuvieran iluminados por dentro; pero que nunca desdibuja nada: todo es preciso, contenido, como pintado al temple. En cambio en Barcelona la luz es difusa, blanca, reverberante, como reflejada por espejos.

Recuerdo el placer con que esa tarde en Barcelona me eché a la calle, me sumergí en la ciudad, en la multitud... Había visto en el plano que el barrio

donde vivía Marina, la Barceloneta, estaba lo bastante cerca como para ir a pie desde la calle Puertaferri: tenía que bajar las Ramblas hasta abajo y luego girar a la izquierda, siguiendo el mar. ¡Y qué bonitas me parecieron las Ramblas, con los quioscos de flores y pájaros, la estatua de Colón, el mar al fondo! Y la plaza que crucé después, la del Duque de Medinaceli, con una fuente, y palmeras... Todo tan colorido, tan sensual y mediterráneo, acogedor... Pero al llegar a la Barceloneta, qué diferencia. Era mucho más pobre; con paredes desconchadas, ropa tendida, y el mar sucio, oleoso, lleno de desperdicios... ¿Qué hacía Marina viviendo allí?

... Justamente, era eso lo que no sabía. Sabía el nombre de la calle, Atlántida, y en el plano había visto que no estaba en un barrio alto, sino bajo, junto al puerto; sabía en consecuencia que Marina se había salido con la suya, no había ido a vivir al piso de su abuela; pero no sabía qué tipo de vivienda ocupaba: ¿una residencia de estudiantes?, ¿un apartamento para ella sola?, ¿un piso compartido con amigas?... En cualquier caso, que viviera en ese barrio me dejaba perpleja. Marina, hija de una familia rica...

... Sí, de acuerdo, bohemia, un tipo de ricos que no eran los que imaginaba mi madre, pero ese barrio no les cuadraba. Aquel era un barrio pobre de verdad. Hasta olía mal. A pescado no muy fresco, a cañerías, a basura.

Encontré la calle y el número. No era, desde luego, ninguna residencia. Era una casa de pisos vulgar y corriente, vieja sin ser antigua, fea. El portal era estrecho, oscuro. No había ascensor; subí a pie. Los tabiques debían de ser tan finos, que se oía todo: llantos de niños, radios. Y olía, cada planta tenía un olor, a cuál más fuerte: en la portería, olía a un producto de limpieza con lejía y amoníaco; en el primero, a berenjenas fritas, y en el segundo, donde vivía Marina, había un olor como a tabaco de pipa.

Llamé al timbre. Y en cuanto hube llamado me arrepentí, habría salido corriendo, me daba tanta vergüenza... Hasta entonces lo que había hecho era huir, solo quería llegar hasta allí, hasta ese botón, y ahora que había llegado y lo había apretado, de repente se me ocurría preguntarme qué le parecería a Marina mi visita. ¿Y si en vez de una agradable sorpresa, era para ella —me imaginaba adivinándolo yo en su cara, cuando abriese la puerta y me viera— un fastidio, una situación embarazosa para ambas...? Porque ahora que lo pensaba, demasiado tarde, me daba cuenta de que yo no sabía..., no tenía ni idea de lo que era yo para Marina. Lo más probable, me parecía, era que simplemente nunca pensara en mí. Yo, en cambio, llevaba cuatro años pensando en ella.

... A mí también me sorprende, sí. Pero es que los Soley, ya te lo he dicho, eran las personas más interesantes, más originales que yo había conocido nunca. Y Marina, especialmente. Marina, en mi imaginación, me miraba a mí como yo miraba ahora a mi madre: desde fuera, desde arriba. Y la única aprobación que contaba para mí era la suya.

... ¿Cómo dices? ¿Precisamente porque me la negaba?

... No lo había visto así. Yo pensaba, más bien, que tenía a Marina en un pedestal porque... Porque ella tenía cualidades que yo admiraba rendidamente. Es verdad que entre ellas no figuraba la compasión —conmigo había demostrado lo sutilmente cruel que podía ser—, pero sí otras: la inteligencia, el sentido del humor, la valentía...

... Bueno, ya verás cómo he ido conociéndola mejor a lo largo de los años.

Llamé al timbre, pues. Oí pasos. Se abrió la puerta y apareció...

Un chico. Un chico joven, guapito, con vaqueros, con pinta de estudiante... ¿Me habría equivocado de puerta?

—¿Está Marina? —pregunté sonrojándome.

—No, no está, pero pasa —me dijo él.

¡Vivía con un chico! ¡Marina vivía con un chico, sin estar casada!

... Pero es que una cosa era Inglaterra en 1974 y otra muy diferente España en 1974, especialmente España vista desde mi madre, desde un colegio de monjas y desde un pueblo de La Mancha. Si mi madre hubiera sabido que alguna conocida mía vivía «amontonada», como decía ella, me habría prohibido *ipso facto* que la siguiera tratando. Y lo cierto es que yo, en esa época, no conocía a nadie en esa situación. Ni viviendo por cuenta propia. Mis amigas y conocidas o vivían con los padres o estaban casadas.

... Sí, pero eso mi madre no lo sabía, y yo por entonces tampoco. Mi padre me presentó a Sagrario —Sagrario se llama su mujer actual— mucho más tarde, cuando ya llevaban años viviendo juntos.

... No tenía unos principios tan estrictos como mi madre, desde luego. Además, aunque hubiera querido casarse con Sagrario, no habría podido, porque no existía el divorcio.

De modo que ahí estaba el novio de Marina... ¡Qué decepción! Parecía tan poca cosa... Muy mono, rubito, sonriente, pero tan aniñado... Le seguí por el pasillo, cruzamos un salón... ¡Qué piso, Dios mío! A mi madre le habría dado un soponcio. Allí no había entrado una escoba en años. Por todas partes, por los sofás, por las mesas, por el suelo, había ropa sucia, ceniceros llenos, vasos vacíos, toallas, libros, periódicos, revoltijos de sábanas y

almohadas... Y olores. Olía a viejo, a polvo, a cañerías. Olía a lo mismo que el rellano, como tabaco de pipa pero más dulzón, un punto exótico. Y de pronto percibí otro olor que reconocí inmediatamente: era el mismo que flotaba en La Tramontana. De una pregunta, al menos, ya tenía la respuesta: Marina seguía pintando.

Llegamos a una cocina tan desordenada y sucia como todo lo demás. El chico me indicó una silla. Me senté; él sacó dos cervezas de la nevera, murmurando distraídamente «¿Quieres?», me alargó una —sin vaso—, bebió, a morro, un buen trago de la otra, se sentó... ¿Y ahora qué?, me pregunté. En la mesa había un plato, un cuchillo y un montón de patatas a medio pelar. El chico se sentó y se puso a pelar patatas, como si yo no estuviera.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté al cabo de un rato.

—Sergio.

Nuevo silencio. Seguía pelando patatas. Lo hacía con una concentración maniática. No paraba hasta dejarlas perfectas.

—¿Siempre cocinas tú?

Se encogió de hombros:

—Cocina el que llega primero.

—¿Ya qué hora llega Marina?

—Tarde.

—¿Terminan tarde las clases?

—No, sale del despacho.

—¿No estudia Bellas Artes?

—Está matriculada —el chico bostezó y se desperezó; de pronto parecía tener mucho sueño—, pero solo va a la *Facu* para los exámenes.

—Entonces, ¿trabaja?

—Sí, claro.

—¿En qué?

—En un despacho de abogados laboristas.

Se quedó otra vez callado y como distraído. Qué chico tan raro; ¿le pasaba algo?... Era irritante, y a la vez, yo sentía un bienestar extraño. No era el chico, no era la casa, era... Lo comprendí más tarde. En ese momento lo que notaba era solo una sensación de placidez, de serenidad... Se oían vagamente, por el patio, radios, el trino de algún canario... Por la ventana de la cocina entraba una luz dorada, como de Anunciación gótica. Se estaba poniendo el sol, se hacía tarde, me habría tenido que marchar... Pero estaba tan bien...

Me tenía que marchar, me tenía que marchar... Me levanté, pero cuando ya iba a despedirme, tuve una idea:

—¿Puedo ir al lavabo?

Era el truco que se me había ocurrido para curiosear un poco más.

—Sí, está allá al fondo.

De camino al lavabo vi una puerta entreabierta. La abrí sin hacer ruido. Era una habitación con el mismo revoltijo que las demás —una cama deshecha, ropa tirada, libros por el suelo—, pero además, un caballete y unos lienzos contra la pared. Entré rápidamente; les di la vuelta. Eran abstractos, como los que hacía Marina en La Tramontana, pero no eran acuarelas sino óleos. Pintados a brochazos, con colores chillones. Salí rápidamente, me metí en el lavabo, tiré de la cadena, salí y volví a la cocina.

—Me tengo que ir —le dije al chico—. ¿Podrás darle un recado a Marina, decirle que ha venido a verla? Áurea, su amiga de Madrid, ¿te acordarás?

—¿Ya te vas? —dijo él. Ahora sí me miró. Estaba arrellanado en la silla, con aspecto feliz y como de estar en otro mundo, comiéndose a cucharadas un bote de mayonesa.

—Sí, lo siento, se me está haciendo tarde, y como no sé a qué hora llegará Marina...

—¿Qué día es hoy?

—Martes.

—Los martes Marina tiene reunión del Partido. Llegará tarde, ya habrá cenado... —Ahora me miraba con verdadera fijeza, aunque me daba la impresión de que no era a mí a quien miraba, de que no me veía. Sin apartar los ojos de los míos, sonriendo, sacó delicadamente la punta de la lengua y lamió, despacio, la cuchara—. Iba a hacer una tortilla de patatas —añadió despreocupadamente—. ¿Por qué no te quedas?

—No, gracias —contesté, incómoda—, mi madre me está esperando. Bueno, dale ese recado a Marina, ¿te acordarás? Adiós —y me fui. Él bajó la cabeza y se enfrascó en la mayonesa, rebañando con ahínco la que quedaba en el fondo. No me dijo ni adiós.

Mientras caminaba deprisa por las calles malolientes y ya oscuras de la Barceloneta, pensaba cien cosas a la vez. Marina vivía con un chico, Marina seguía pintando, Marina militaba en un partido, Marina trabajaba para ganarse la vida, Marina rechazaba el dinero de sus padres... ¿Por qué vivía en ese barrio deprimente? ¿Por elección deliberada, para darle la espalda a la clase de sus padres, de su abuela? ¿Qué sabía su madre de su vida? ¿Su novio se me había intentado ligar o eran imaginaciones mías? ¿Por qué me había parecido tan raro ese chico, qué tenía de raro, exactamente?... ¿Cómo había evolucionado la pintura de Marina? Más enérgica, más agresiva, que la que

hacía en La Tramontana. A mí no me gustaba, pero yo, claro, no entendía... ¿Vivía en ese barrio porque con el dinero que ganaba no podía vivir en otro sitio?... Crucé la plaza del Duque de Medinaceli, enfilé las Ramblas... ¡Qué valor, el suyo, rechazar la vida tan cómoda que habría podido llevar, en el piso que había sido de su abuela, con el dinero de sus padres, y en vez de eso, vivir en esa leonera, ese cuchitril, en ese barrio feo y sucio...! ¿Por qué me había sentido yo tan bien, a pesar de todo, en esa casa?... Vivía con un chico, por las noches se encontraban en la cama, se contaban cosas en voz baja, hacían el amor... Se despertaban abrazados, eran compañeros... No, claro que no se me había intentado ligar, solo pretendía que una amiga de su novia que estaba allí por casualidad le hiciese compañía, charlar, en vez de cenar solo... esperar juntos a que llegase Marina... Caminaba rápido, era ya de noche, los quioscos de flores y pájaros estaban cerrados... Ahora entendía de qué tenía miedo la señora Soley, por qué quería que acompañase a Marina aquella vez que fue a Barcelona: no sabía muy bien qué se traía entre manos su hija, tenía miedo de que si nadie la vigilaba cometiera alguna imprudencia, se quedase embarazada, acabase en la cárcel... ¿Había elegido ese barrio porque tenía mar?... ¿De qué debía conocer a ese chico, que por cierto, no tenía acento catalán, sino andaluz?... ¿No era raro que la señora Soley me hubiese dado con tanta naturalidad las señas de Marina? Si yo viviera en un barrio como ese, y sobre todo, con un chico, mi madre no le daría mis señas a nadie... ¿Habría sido lo mismo si lo hubiera hecho en Gerona, donde los Soley eran conocidos? ¿Lo aceptaba porque era en Barcelona y «ojos que no ven...»? ¿O porque no le quedaba más remedio? ¿O me había dado las señas a mí porque yo no contaba, yo no conocía a sus amigos, lo que yo opinase no tenía importancia, yo era un cero a la izquierda?... ¿Sería yo capaz, llegado el momento, de ganarme la vida, de rechazar firmemente la ayuda de mis padres?... Ya había llegado a la calle Puertaferri. De pronto, Claire, te lo confieso, me sentí muerta de miedo. Mi madre estaría despierta ya sin duda, mi madre se habría dado cuenta de que yo había salido sin decirle nada, de que me había escapado... Temblaba de pensar en la escena que me iba a hacer, de gritos y acusaciones, o de reproches y lágrimas, no sabía cuál era peor...

Subí la escalera hasta su cuarto... Llamé... No hubo respuesta. Entré.

Al principio, no la vi: no había encendido la luz, la habitación estaba a oscuras, salvo la escasísima claridad que entraba por la ventana. Luego distinguí, en la cama, un bulto. Pero no echado, sino recostado. Casi grité al ver brillar en la oscuridad los ojos abiertos de mi madre. Estaba en la cama,

sentada, con la espalda contra la almohada. Dios sabe cuánto tiempo llevaba así, sin levantarse, sin vestirse, sin salir, sin leer, sin escuchar la radio, esperando, perfectamente inmóvil, a que yo llegara... ¿Para qué? Me acerqué a ella con precaución, murmurando explicaciones, disculpas, esperando que se desatara la tormenta... Pero mi madre no dijo nada. Ni una palabra. Volvió la cara hacia la pared, en silencio.

A mí se me subió la sangre a la cabeza. Salir, dar un portazo... Salir, coger el tren hacia Madrid esa misma noche... hacer la maleta, no, en su presencia no, no con ella mirándome, entonces sí que se pondría a gritar, a llorar... salir tal cual, con lo puesto... ¿A qué hora saldría el tren? ¿Habría plazas? Pero entonces, ¿qué?, si un día más tarde ella volvería... ¿Irme a vivir a una pensión? ¿Con qué dinero, si solo tenía el modestísimo sueldo que me pagaba mi padre por trabajar en su gestoría por las tardes? ¿Buscar otro trabajo, para por las mañanas? Si ni siquiera había terminado mis estudios de secretariado... ¿Hacerme camarera, vendedora...? ¿Tener dos trabajos, vivir en una pensión, sin hablarme con mi madre, y con un padre que no sabe, no contesta?... Me escocían las lágrimas en los ojos: no, no iba a poder irme de casa, no tenía suficiente valor. Iba a tener que seguir, aguantar, soportar sus escenas... suplicarle que se dignara hablarme, que me perdonara... ¿el qué, si yo no consideraba que hubiese cometido ninguna ofensa?... Todo eso duró un segundo. El ejemplo de Marina me parecía brillar en la oscuridad, señalarme el camino. Si Marina lo había conseguido, yo lo conseguiría también.

¿Sabes qué hice? Di media vuelta y sin decir nada, sin portazo, tranquilamente —en apariencia—, salí. Me parecía que iba a estallar... Me fui a caminar sin rumbo, Ramblas abajo, para tranquilizarme. «No te importa nada lo que me pase, ¿verdad?», me decía su imagen dentro de mí, como en la realidad me lo había dicho ella más de una vez en voz alta. Me lo espetó alguna vez: «Te da lo mismo, ¿verdad?, que yo me quede ciega». Y yo debo confesar que en cierto modo era cierto. Es decir, yo prefería, naturalmente, que ella estuviera en buena salud, que fuera feliz... Por ella, porque yo no le deseaba ningún mal, y por mí, porque eso me haría a mí la vida más fácil. Para que pudiera hacer su vida y me dejara hacer la mía. Pero tal vez era eso lo que ella no quería: hacer su vida. ¿Qué vida?, si no tenía otra que dedicarse a su marido y su hija... A mí, su salud, su felicidad, me importaban solo con la razón. No conseguía sentir nada, sentir verdadera piedad, verdadero cariño. Porque había, para eso, una condición previa que no se cumplía, la condición de que yo fuera libre, que pudiera preguntarme, sí, con toda libertad qué sentía yo por ella. En vez de eso, me sentía observada, juzgada, examinada,

mi madre estaba al acecho de la mínima desviación por mi parte de ese camino de amor, de gratitud, de sumisión, trazado de antemano para mí, el único camino aceptable... Yo, en ese momento, lo único que veía en su enfermedad era una cuerda con la que mi madre, aterrorizada ante la idea de que después de haberse marchado su marido se iba a marchar también su única hija, estaba intentando atarme.

Y de pronto tuve un recuerdo curioso, que no parecía venir a cuento. Un recuerdo muy antiguo, de infancia. Me acordé de un día en que mi madre estaba gritándole a mi padre: «¡Rober-Tó! ¡¡Rober-Tó!!...» y yo me escabullí, me metí en mi cuarto; en momentos como ese era mejor no encontrarse en su camino. Me puse a leer un tebeo, a descifrarlo trabajosamente. Era un tebeo muy popular entonces, *Roberto Alcázar y Pedrín*, se llamaba, y el protagonista, «intrépido aventurero español» —alto, apuesto, siempre con traje y corbata, con el pelo engominado—, liquidaba con un par de puñetazos, sin arrugarse el traje, a cualquier maleante, pirata o fantasma que se interpusiera en su camino... Hasta que me llamaron para comer y me olvidé del tebeo. Solo mucho después lo encontré, tirado en un rincón. Y me di cuenta, con enorme sorpresa, de que por muy intrépido, aventurero y español que fuera, el gran Roberto Alcázar no podía vivir si yo no lo leía. Y entonces, recordando aquello, me serené. Porque comprendí que por más preparado que se tuviese mi madre su despliegue melodramático, si no tenía público —si yo no me prestaba a servirle de público—, no podría actuar.

Cené en una cafetería. Yo sola elegí la cafetería, me senté donde quise, miré la carta, elegí un plato combinado, que estaba bastante bueno, saqué el dinero, el poco dinero que tenía, porque ganaba poco y se lo daba casi todo a mi madre para los gastos de la casa, pero algo tenía, pagué... Aunque la cafetería era modesta, no muy nueva, no muy bonita, no muy limpia —había papeles y colillas por el suelo, olía a aceite frito—, me sentía tan bien... Tan bien como me había sentido en casa de Marina, sin ningún motivo especial. Simplemente estando en un lugar —ahora lo entendía— donde no había nadie decidiendo por mí, vigilándome, diciéndome a cada rato: haz esto, haz aquello...

Me esperé a las doce pasadas para volver a la pensión, con la esperanza de que mi madre se hubiera dormido. Y así fue: si no dormía, lo fingió. Yo dormí mal, temiendo lo que ocurriría por la mañana. Pero la perspectiva de una escena por todo lo alto ya no era algo insoportable, tremendo, como había sido hasta entonces. Era simplemente un engorro. Algo que me afectaba por fuera, pero apenas por dentro. Porque yo ya no estaba vacía por dentro. Tenía

un refugio: la escena de la cocina y la luz dorada, el patio, la ventana abierta, la placidez y la libertad de una casa sin adultos; y la promesa de conseguir yo también mi casa, mi libertad, algún día.

... Ah, pues nada. Al día siguiente mi madre se portó como si no hubiera pasado nada. Nos levantamos, desayunamos, no me preguntó dónde había estado, fuimos al oftalmólogo...

... Nada; una falsa alarma, como ya me parecía.

Mi madre debió de reflexionar esa noche, casi te diría, aunque suene presuntuoso, que mi madre maduró mucho en ese viaje. Maduramos las dos. Debió de darse cuenta, como me la había dado yo, de que nos necesitábamos: yo no tenía otro sitio a dónde ir y ella no tenía a otra persona para acompañarla. Y las dos, sin decírnoslo, claro, quizá incluso ella sin darse mucha cuenta, las dos empezamos a preparar lo que vendría después: yo a buscarme otro sitio, otra casa, otra familia, otra vida —en otro país, para más seguridad—, y ella a buscarse también otro modo de vida, otras personas, otra ocupación que estar pendiente de lo que yo hacía o dejaba de hacer... Ahí, ese día de primavera de 1974 en Barcelona, empezaron a bifurcarse nuestros caminos, empezamos a alejarnos. Y precisamente por eso, porque ya no estábamos amalgamadas, precisamente porque ella empezó a estar fuera de mí y no dentro, y supongo que yo también para ella, justamente por eso, empezamos, aunque el camino sería muy largo todavía, empezamos a querernos.

Cuatro

La siguiente noticia que tuve de Marina fue diez años después en la Embajada de España en Londres. No, no, en realidad, noticia la tuve un poco antes, unos meses antes, en un avión. Habíamos aterrizado, estábamos de pie en el pasillo esperando a que nos dejaran salir, a mi lado había alguien que se había quedado en el asiento y estaba hojeando una revista, yo le eché un vistazo distraído... y de pronto, veo una foto de Marina. Una gran foto en color. Marina estaba arrodillada encima de lo que parecía un cartón de embalaje, lo estaba embadurnando de pintura con las manos, iba vestida con un mono muy sucio, y alzaba la cabeza hacia la cámara como si el fotógrafo la hubiera sorprendido... pero era obvio que era una foto preparada, de estudio: llevaba el pelo recogido con una cinta que hacía juego con el color del mono, las mechas le caían en un desorden estudiado, iba discretamente maquillada... Me puse a leer con avidez por encima del hombro del pasajero. La entradilla anunciaba que el periódico inauguraba ese día un suplemento dominical renovado que incluiría ilustraciones originales de artistas, y que empezaban con Marina Soley, joven pintora catalana afincada en Madrid, ganadora de tal premio de pintura joven, y de la que la crítica había dicho tal y cual cosa... Me impresionaron tanto las frases que citaban que incluso recuerdo una, una que me resultó particularmente incomprensible: hablaba de la «decantación emblemática del tema»... Marina en cambio parecía manejar esa jerga con la mayor soltura, porque citaban declaraciones suyas donde decía no sé qué de la transvanguardia y de la nueva figuración, términos que yo no había oído en mi vida; recuerdo que decía: «Pero ¿alguien cree que la figuración todavía puede inventar algo? A mí la nueva figuración me parece viejísima»... Se veían varios de sus cuadros, todo en grises y negros, muy tenebroso... abstracto, claro... y más declaraciones suyas, algunas que no tenían que ver con la pintura: «Me visto en el Rastro», «La felicidad es *kitsch*»... Pero en ese momento abrieron las puertas, la cola se puso en marcha, y eso fue todo.

... No lo sé. Vamos, ahora sí, pero en ese momento no lo sabía. Como no vivía en España no podía saber si era un hecho aislado o si es que era famosa.

A mí, en todo caso, lo que había visto me bastaba para imaginarme la vida de Marina como... como en el fondo siempre había pensado que sería, por una especie de predestinación. Hasta el ser rubia, algo tan raro en España, tan excepcional, rubia y de ojos claros, con esa piel que de tan blanca y fina parecía transparente, hasta eso encajaba con todo lo demás: el que su padre fuera pintor, la casa en La Tramontana... el dinero, del que nunca hablaban... La doctrina de la predestinación dice que hay quien nace para salvarse y otros para condenarse, y que eso no es más injusto que nacer hormiga o nacer caballo. Los Soley eran caballos y nosotros hormigas, mala suerte. Marina me recordaba esos personajes de Henry James, o de Proust, ocupados exclusivamente en intentar averiguar si su amante es infiel, o en escribir sobre Vermeer o en buscar un palacio en Venecia para pasar el verano... sin que nadie aluda siquiera a eso que una, sonrojándose, sintiéndose irremediamente paleta, no puede dejar de preguntarse: ¿de qué viven?, ¿de dónde sacan el dinero?... Ese dinero que a mí, para conseguirlo en cantidades modestísimas, me obligaba en esa época a pasarme ocho horas cada día cogiendo el teléfono en la Embajada de España.

... Para aprender inglés.

... Sí, claro que existen métodos menos traumáticos, como tú dices.

... Es verdad, debería preguntármelo: ¿Por qué vine a Inglaterra? ¿Por qué he pasado veinte años de mi vida en un país extranjero?

... Pues es que cuando murió Franco en el 75, me quedé, yo creo que nos quedamos todos, como desorientados. Hasta entonces, igual que cuando eres pequeña no hace falta que te fijes objetivos, el objetivo está dado, es obvio: hacerte mayor... pues tampoco veíamos más allá del fin de la dictadura. Había un futuro, un futuro por el que valía la pena hacer sacrificios. Pero un día me encontré con que me había hecho mayor y la dictadura había acabado, y yo creo que en ese momento —aunque de eso me doy cuenta solo ahora, al mirar atrás—, en ese momento me pregunté, nos preguntamos un poco todos: ¿y ahora qué?

Pero hay algo más, ahora que lo pienso, sí, ahora que lo dices. Una idea... idea no es la palabra... una oscura convicción que quizá tenemos todos en el fondo, porque parece lógica, y es la certeza de que los sacrificios serán recompensados.

Es curioso que lo sigamos pensando, o actuando como si así fuera, cuando lo cierto es que los hechos la desmienten constantemente. Mira, me estoy acordando por ejemplo de que hace dos años, cuando ya tenía decidido separarme pero aún no sabía si me iba a quedar en Londres o iba a volver a

España, durante las vacaciones de verano visité algunos pisos en Madrid, para hacerme una idea, y vi uno que me gustó mucho, en la calle Corredera Baja de San Pablo.

... Efectivamente. Y espero que lo conozcas pronto. Pero lo que te contaba es que lo vi por primera vez hace ahora dos años, y aunque ya me gustó mucho: el edificio, alto, oscuro, con una escalera empinada, barnizada, que crujía... y el piso en sí: la chimenea de mármol, las baldosas antiguas — en el salón tienen un dibujo, un dibujo geométrico en rojo y gris, en las habitaciones son más sencillas, sin dibujo, de un rojizo desteñido que le da un aire rural, en pleno Madrid—... y ese pasillo profundo que lleva del salón a los dormitorios tiene algo de cueva... aunque me gustó mucho, el precio me pareció desorbitado. Figúrate mi sorpresa cuando decidida ya a comprar un piso, en enero pasado, me encuentro con que estaba en venta este... y mucho más barato. Y lo que quería contarte es que en agosto del 98, cuando me lo enseñó la dueña, que acababa de ponerlo en venta, insistió mucho en explicarme lo cara que había sido la reforma, los sacrificios económicos que les había exigido... como si eso justificara el precio, en el sentido de darle derecho moral a una compensación. Y me llamó la atención una palabra que usó. Me dijo: «Hay que estar muy concienciado para pagar tanto cada mes». Me llamó la atención porque esa palabra, «concienciado», veinticinco años atrás solo se usaba para referirse a la conciencia política.

E igual que esta señora creía que su sacrificio económico iba a ser recompensado, y se equivocó, yo creía que si me iba a vivir a otro país, con lo que eso me costaba, por fuerza tenía que ganar mucho a cambio, aunque no supiera muy bien qué. Ni siquiera era un cálculo, era más bien un deseo de hacer —de demostrarme a mí misma que podía hacer— algo difícil, duro... casi diría heroico, aunque el adjetivo le quede grande.

... Sí, es verdad. Algo comparable a lo que ella había hecho renunciando al dinero de sus padres, viviendo en la Barceloneta, trabajando para ganarse la vida... Quería estar a su altura.

Y había otra cosa aún. Otra cosa que tenía que ver, ¿sabes con quién? Con tus padres. Es decir, indirectamente, con los míos. Con el contraste entre unos y otros. Lo he comprendido mucho más tarde. Aquellos años, todo lo que pasó en mi familia a partir del 71... a mí me resultaba insoportable. Volver a casa y encontrarme a mi madre llorando...

... ¡Qué se iba a encerrar en su habitación! Bueno, al principio sí, pero lloraba tan fuerte que yo terminaba llamando a su puerta... Luego ya lo dejé de hacer, y entonces lloraba en el salón, a la hora en que yo llegaba. Era como

una obra de teatro de la que ella hubiera escrito el guión, se hubiera adjudicado el papel principal: «¡Yo, que se lo di todo!... ¡Los mejores años de mi vida!...» y a mí me tocaba dar la réplica.

... Soy cruel, sí, es verdad que ella estaba sufriendo, pero... «Bueno, mamá, tienes toda la razón», le decía yo por ejemplo, «pero por qué no haces algo..., por qué no buscas...», y ella: «¡Claro, tú lo que quieres es que te deje en paz! ¡Te da igual que me ponga a trabajar fregando suelos, o que me tire por el balcón!... O: «Ya, ya sé que lo único que estás esperando es a ver si termino de una vez y te puedes ir a tu habitación... ¡Pues vete! ¡Anda, vete, vete de una vez!...». Y me acordé mucho de tus padres. De su reacción inmediata, tajante, sin medias tintas, cuando pasó todo aquello en casa de los Soley. Marcharse, volverse a Inglaterra. ¡Ah, qué alivio, poder coger el portante! Sin dudarlo ni un momento, sin pedir perdón... Eso era para mí Inglaterra: gente respetuosa, que no le pone a los demás en el pecho la pistola de sus lágrimas. Personas educadas que no lloran en público, ni se ríen demasiado alto, ni hacen preguntas personales. Como si los sentimientos fueran una enfermedad e Inglaterra hubiera conseguido erradicarla.

En fin, esa tarde, en Londres... Eran los últimos días del año. Yo estaba muy deprimida, muy sola. Acababa de pasar la Navidad en Madrid con mi padre y su mujer por un lado y mi madre por otro, me había ido alejando de mis amigos de Madrid, con los que ya no tenía mucho en común, y en Inglaterra todavía no me había hecho amigos, ni siquiera tenía con quien pasar el fin de año... De manera que muchos días, al terminar el trabajo, me quedaba en la Embajada, por poco que hubiera cualquier cosa, una conferencia, una sesión de cine... con tal de retrasar el momento de coger el metro. Que era como partir, cada noche, al exilio. No quería volver a casa, daba un paseo por Londres, iba a Charing Cross, a Piccadilly... y era casi peor, porque eso acentuaba el contraste con mi barrio. Del centro de la ciudad: los *pubs* mullidos, la incitante penumbra, alfombras espesas como las de los palacios, grifos dorados de los que mana cerveza... De los teatros, con esos carteles que recogen frases de la crítica: «¡Brillante!... ¡Inolvidable!... ¡Divertidísimo!»... Del colorido, ese colorido inglés majestuoso, rojo oscuro, dorado, negro, púrpura... De la efervescencia, la gente en tropel, alegre, como invitados a un baile... De todo eso, cada noche al volver a casa me iba alejando, lo iba dejando atrás... Menos calles, menos luces, menos animación, menos casas... las estaciones cada vez más solitarias, cruzadas por rachas de viento... menos conversaciones en el vagón, menos viajeros leyendo... el silencio pesado, los ojos que se cierran... el *fish and chips* que

compraba al salir de la estación, muchas veces, como cena... en aquella época te lo daban envuelto en un papel de periódico... y aquel *bedsit*, Dios mío, con la estufa que funcionaba con monedas, y las bragas colgadas encima del lavabo...

Fue así como un día, después de trabajar hasta tarde, me metí en un cóctel que daban en la Embajada. Antes había habido un acto al que no asistí, y en el que habían participado, junto con directores de periódicos ingleses, dos directores de periódicos españoles. De dos periódicos muy diferentes. Uno, un diario antiguo, sólido, venerable, de derechas...

... Sí, ese es. El otro no sé si lo conocerás, salió cuando tú ya no vivías en España. Era un periódico nuevo, que estaba teniendo un éxito inesperado, y comiéndole el terreno al de toda la vida. De derechas también, en el fondo, pero disfrazado de moderno, salpimentado con mucha foto a color, unos cuantos jovencitos y jovencitas deslenguados, entrevistas con personajes pintorescos... Muchos nombres propios, muchas negritas, cada columnista con su foto. Diseño ágil, lenguaje agresivo, titulares sensacionalistas... periodismo supuestamente de investigación, de ese que destapa un escándalo y se inventa otros diez...

En cuanto entré, vi que había dos corrillos. Era como cuando hay un ministro, ¿lo has visto alguna vez? Yo sí, entonces no había visto ninguno pero cuando empecé a trabajar como intérprete, unos años más tarde, muchas veces, acompañando al embajador o a quien fuera, esperé a alguno, en la sala de autoridades del aeropuerto. No se ve llegar a una persona: se ve aparecer una especie de nube en movimiento. Los que van en cabeza van andando hacia atrás, con la cámara o el micrófono en ristre; luego hay otros, un grupo compacto, avanzando con paso firme, abriendo paso, echando miradas amenazadoras a los lados... y en medio hay que suponer que está el gran personaje. Suponerlo, porque apenas se le ve... Primero me acerqué a uno de los corrillos, y estuve observando al hombre que era el centro de atención. Rechoncho, de mediana estatura, muy peinado... hablaba alto, se reía mucho, fumaba, gesticulaba... una actitud como de estar de vuelta de todo, con una especie de condescendencia, de benevolencia risueña... solo que ese despliegue de naturalidad tenía un punto excesivo, como si todo eso se hiciera para alguien, para un espectador, un espectador invisible.

En el extremo opuesto del salón estaba el otro corrillo. Me acerqué y vi un cogote. Saliendo de un traje de muy buena calidad, un cogote áspero, rojizo... Era el de un hombre al que todos hablaban, y que hablaba muy poco.

... Sí, claro, lo has adivinado. Yo también adiviné inmediatamente qué periódico dirigía cada uno. Y cuando a este le pude ver de cara, le reconocí, porque le había visto fotografiado. En los periódicos, pero también a veces en revistas de sociedad, asistiendo a alguna fiesta, a alguna boda, con su mujer, que es de una familia de banqueros, una de las grandes fortunas del país. Muy bajito, enclenque, con una sonrisa tímida y astuta... pero lo que más me llamó la atención fue el cogote. Porque él iba muy bien vestido, como te digo, pero ese cogote me lo hacía imaginar agachado en el campo, haciendo la vendimia... o recibiendo pescozones, en el colegio, quién sabe si en el seminario... en un aula helada, con una estufa de hierro, y afuera, por las ventanas, el páramo leonés o soriano... No, en realidad no lo sé, son imaginaciones mías.

Había decidido marcharme, porque, como de costumbre, no conseguía integrarme en ningún grupo. De camino hacia la puerta me acerqué discretamente a la mesa en la que estaban los canapés. Estaba alargando la mano... cuando de pronto... una silueta alta y rubia, un cuerpo, como suele decirse, «escultural», con un maillot y unos *leggings* color lila, muy ceñido todo, y por encima una chaqueta negra de punto y calentadores de lana, de rayas lilas y negras... Me encontré cara a cara con Marina.

No me reconoció. Yo a ella sí, claro, es tan espectacular... y vestida de esa manera, tan a la moda, aunque un poco, no sé, payasa... Me la quedé mirando. Me la quedé mirando un segundo de más... Sí, porque estaba a punto de dar media vuelta. De hacerme la despistada, de evaporarme antes de que ella pudiera recordar de qué le sonaba esa cara... Pero en ese momento ella exclamó: «¡Hostia, tú por aquí!»... No dijo mi nombre, tal vez no lo recordaba.

«Hola, qué sorpresa... Yo es que trabajo aquí», le dije, «en la Embajada. Y tú, ¿qué haces aquí?». «Estoy pasando unos días en Londres», contestó ella vagamente. Yo acababa de decidir sobre la marcha que cuando me preguntara: ¿haciendo qué? Le contestaría, sin pestañear: en el servicio cultural. Pero no me preguntó. Y eso, en vez de ser un alivio, me mortificó todavía más: como si ella hubiera evitado hacer la pregunta por delicadeza, como si estuviera segura de que la respuesta me resultaría embarazosa. Como si le hubiera bastado verme para... Para reconocirme: ah, sí, una hormiga. Ella entre tanto, pero de una manera un poco extraña, como si se le acabara de ocurrir, me explicaba: «A Londres hay que ir viniendo, para ver galerías». ¿Y qué tenían que ver las galerías con un coloquio de directores de periódicos?

No me atreví a preguntárselo. Además, quería aprovechar que estábamos ahí, frente a frente, y no teníamos mucho tiempo, para...

... No, imposible. No ya cenar juntas, sino ni siquiera ir al *pub* de la esquina a tomar una cerveza. Pues porque yo no era nadie para ella, no iba a perder el tiempo conmigo... No, en realidad ni siquiera pensé eso; era algo más inmediato: noté que ella tenía prisa. O no estaba cómoda. No sé, había algo que saltaba a la vista, y que sin embargo no intenté entender, no me pregunté el motivo, fue después cuando até cabos. En ese momento lo único que me preocupaba era saber, saber... Era como si de alguien que desapareció hace mucho tiempo, de pronto, cuando ya te resignaste, ya lo das por muerto... te enteras de que está vivo. De pronto lo quería saber todo: qué se había hecho de ella, en esos años, qué había sido de su vida, y también de sus padres, de Salvador, de ti... Sentía una urgencia, una avidez de noticias de todas las personas que yo había conocido a través de ella, hasta de aquel chico que estaba en su casa de Barcelona el día que fui a visitarla y no la encontré. Y lo que ella me contestó, en realidad, fue muy poco, pero a ese poco le estuve dando vueltas durante años.

Siempre me ha pasado eso con los Soley. Recuerdo por ejemplo una cosa que murmuró el señor Soley una noche: «¡Qué día tan prosaico he pasado hoy!»... Ahora intento, deliberadamente, encontrar en mis días algo que no sea prosaico, algo que atesorar, cuando me acuesto y repaso el día. Ayer por ejemplo fue la visión del centro de Liverpool. Todo tan anticuado, ese hotel con dorados y arañas de cristal... sí, eso, el Adelphi, como una vieja postal descolorida; y también la torre de cemento con esa construcción circular encima que parece un platillo volante y pone Radio City... me hacía pensar en las fotografías de los países del Este en los años cincuenta. Eso, y la visión de los edificios del puerto, decrépitos pero imponentes, con las columnas jónicas, cúpulas, frontones... cara a cara con el mar, como si se estuvieran enfrentando desde hace un siglo, en una batalla de resultado aún indeciso... De esas imágenes se alimentan los cuadros.

Y otra frase que he recordado innumerables veces, intentando situarme respecto a ella, es esa que te cité del cuñado, cuando le dijo al señor Soley: «¡Tú sí que vives bien! No como yo, que no puedo disfrutar de lo que tengo, con esta vida estúpida que llevo». ¿Realmente lo pensaba, realmente la vida que llevaba le parecía estúpida? Porque, sí, ¿a quién no le ocurre eso?: el irse dejando llevar por la corriente, por la facilidad, por la cobardía; ¿quién tiene el valor de hacer tabla rasa, de volver a empezar, a barajar las cartas?

... Muchas gracias. Es verdad que yo no tuve, como mi padre, un pretexto para irme de casa, para separarme. La mía fue una decisión en frío. No es que pasara nada terrible, simplemente había acabado por darme cuenta de que yo no era yo. Esa mujer de mediana edad que hacía como un autómatas todo lo que tenía que hacer: conducir el coche, comprar en el supermercado, poner la ropa sucia en la lavadora y la vajilla sucia en el lavavajillas, por Navidad comprar un árbol de Navidad, para los cumpleaños del niño organizar fiestas de cumpleaños... no era yo, era alguien estándar, no sé cómo decirte; tenía la impresión de avanzar sobre raíles, como si la única decisión que yo hubiera tomado en todo eso, tanto tiempo atrás que apenas lo recordaba, era en qué raíles me metía.

Volviendo al cuñado: ¿era sincero, o mentía deliberadamente para protegerse de la envidia de sus cuñados, como un amuleto contra el mal de ojo?

... Sí, todo depende de eso...

... Claro, es muy fácil de decir, pero es muy difícil saberlo, saber qué quieres, qué quieres tú, qué te va a hacer feliz.

... Es verdad, la envidia ajena les sirve de patrón oro, de guía, como quien no estando muy seguro de su buen gusto, elige un regalo por el precio.

Yo tenía enfrente a la señora Soley, cuando su cuñado dijo eso de la vida estúpida, y me pareció que estaba halagada, que le gustaba oír eso, pero no estoy segura de que se lo creyese. Ese día, ya te lo he dicho, vi a la señora Soley bajo una nueva luz. Cómo vigilaba a su hija, por ejemplo, con una mirada inquieta... el gesto discreto, pero crispado, con el que le indicó que se bajara la falda, que se le había subido un poco, mientras estábamos sentados en la terraza tomando el aperitivo... o cuando al probar la comida se apresuró a exclamar: «¡Le falta sal!», como apresurándose a decirlo ella antes de que su hermana le echara a su marido una miradita disimulada como las que observé que le lanzaba de vez en cuando, una miradita que era como un codazo.

Y esa actitud tensa de la señora Soley, que a Marina visiblemente la irritaba, a mí en cambio me produjo una especie de ternura. La vi vulnerable, y en comparación con su hermana, me di cuenta de que era una mujer cordial, acogedora... humana.

... Sí, tienes razón... Sí... Bueno, decir que a Marina no la veo como humana es un poco exagerado...

... No, yo no estaba acostumbrada... es que en mi familia no hay hermanos ni cuñados, yo soy hija única, mi padre también, y mi madre, como

si lo fuera. En esto, como en tantas cosas, los Soley me tomaron desprevenida. No conseguí entender qué sentían realmente unos por otros... aunque a dos de esos cuatro cuñados les volví a ver, ya te lo contaré, vaya sorpresa...

Esa tarde en la Embajada española, le dije a Marina que había visto su foto «en una revista, no sé cuál»... y ella no me disipó la duda, lo cual me sorprendió. Lo atribuí a que salía en tantas revistas que no debía de saber de cuál le estaba hablando.

... Sí, claro que era ingenuo por mi parte: ya verás que el motivo era otro, muy distinto.

Pero deja que te cuente lo que hablamos. Empecé preguntándole si sabía que había ido a verla a su casa, y no la había encontrado, en la primavera de 1974.

—Ah... sí... —me dijo vagamente, tan vagamente que no supe si era verdad.

—Le pedí a tu novio que te lo dijera.

—¿Mi novio? ¿Qué novio?

—Sergio. ¿No era tu novio?

—¿Sergio?

Ahora la sorprendida era yo. ¿Podía ser que no se acordara del chico con el que vivía?... Se lo describí:

—Un chico rubio, de tu edad o algo más joven...

—No sé —dijo ella—, pasaba tanta gente por esa casa... En principio éramos cuatro, los que pagábamos el alquiler, tres chicos y yo, pero a cualquier amigo, cualquiera del Partido que no tuviese donde dormir, le decíamos que se quedara; yo cuando me levantaba nunca sabía a quién, ni a cuántos, me iba a encontrar durmiendo en los sofás o por el suelo...

—Por cierto, ¿tu madre lo sabía?

Marina sonrió:

—Qué va. Yo le había dicho que vivía con unas amigas. Una vez que ella y papá vinieron a visitarme, les dije a los chicos que se fueran a dar una vuelta y no volvieran hasta las once o las doce. Limpié y ordené toda la casa, y les pedí a unas compañeras del Partido que vinieran, que se pusieran muy monas y arregladas, con falda y zapatos de tacón, y vinieran a hacer ver que vivían allí conmigo. —Se reía, con una risa que me pareció algo nostálgica—. Qué críos éramos... De pronto suena el interfono y era un amigo, impresentable, bueno, casi todos lo eran por un motivo u otro, pero este todavía más, este llevaba el mismo jersey desde que lo conocí cuatro o cinco años antes, y una

barba que hasta olía mal, yo creo que no se lavaba... Ya ves, si subía, qué efecto les habría hecho a mis padres... y como se le ocurriera preguntar por mis compañeros de piso delante de ellos, me dejaba con el culo al aire. O sea que hice ver que no le conocía, que se equivocaba... El pobre no entendía nada.

... Sí... claro, tienes razón... muy típico de Marina, al menos de su relación conmigo... Pero a mí en ese momento no me importaba que ella se pusiera a contarme su vida sin hacerme una sola pregunta sobre la mía, de hecho casi mejor que no lo hiciera, porque yo no tenía ganas de contarle nada y en cambio tenía mucho interés en aprovechar el tiempo que nos quedaba — y que no sabía cuánto era, porque ni había entendido qué hacía ella allí, ni tenía la menor idea de cuándo se iba a marchar— para saber algunas cosas. Seguí con lo del novio:

—Pues este que me recibió te conocía muy bien, me dijo que ibas a Bellas Artes solo a los exámenes, que trabajabas con unos abogados laboristas... Y se llamaba Sergio, seguro, me acuerdo perfectamente.

—¡Ah, Sergio! —exclamó por fin Marina—. Te dio el nombre de guerra. En realidad se llamaba Juan. Ya, ya me acuerdo, pasó unos meses con nosotros. Era hijo de un guardia civil al que habían destinado a Monteada i Reixach...

... Yo tampoco lo sabía, luego lo busqué. Es un suburbio industrial de Barcelona.

—... y estaba muy orgulloso el hombre de que su hijo iba a ir a la Universidad, se matriculó en Derecho, creo, y a los pocos meses, su padre le descubre en la habitación un montón de panfletos del Partido. Allí mismo, sobre la marcha, con lo puesto, le echó de casa. Y le acogimos nosotros. El pobre no conocía a mucha gente en Barcelona, no tenía donde caerse muerto. Estuvo unos meses, quizá menos, unas semanas. Le tuvimos que pedir que se fuera porque se pasaba el día emporrado. —Marina se echó a reír otra vez. Me pareció que hablaba sola, que se contaba sus recuerdos a sí misma—. Todos fumábamos un poco en esa época, pero él se pasaba, olía a hierba hasta el portal, cualquier día los vecinos nos iban a denunciar, e imagínate: viene la policía buscando marihuana, encuentran todo lo del Partido... Habría caído toda la célula, o hasta más gente.

—¿Y qué tal tu familia?

Marina, antes de contestarme, giró muy levemente la cabeza y echó un vistazo a la sala. No sé qué quería saber —bueno, ahora sí lo sé—, la cuestión

es que se volvió hacia mí relajada, sin prisa. Y cambió completamente de tono:

—¿Mi familia?... ¿Por dónde empiezo, por cuál de los desastres? Mi hermano muy bien, gracias, cuando murió mi abuela se hizo cargo de la fábrica, la hundió sin ninguna dificultad, un par de años le bastaron para que se fuera a tomar por culo; bien es verdad que el gerente que tenía ahí mi abuela había hecho un buen trabajo. Mi abuela es que tenía muy buen ojo para escoger chupópteros... A mi hermano le bastó con rematar la faena que había empezado el otro, con la diferencia de que él, el gerente, al menos ganó dinero.

... Quiere decir parásito. Es una palabra muy vulgar, una palabra que me sorprendió, me pareció impropia de Marina. Y también me sorprendía el tono: era el viejo tonillo sarcástico que yo le había conocido en La Tramontana, pero no como entonces, no desdeñoso pero alegre, sino mucho más agresivo. Amargo... Aunque en ese momento lo que más me sorprendió fue lo de la fábrica. Tú lo debías de saber, ¿no? Yo no. ¿Qué era lo que fabricaban?

... No, no lo sabía. Luego me acordé de que alguna vez le había oído mencionar a Marina, de pasada, en La Tramontana, algo de una fábrica, y que mi madre también me había dicho algo alguna vez, pero como algo antiguo, de la generación de los abuelos.

... Pues de lo que ganaba el señor Soley con sus cuadros. Eso era lo que creía mi madre, y a mí jamás se me había ocurrido ponerlo en duda.

... Entonces, ¿era de eso de lo que huía Salvador, por eso se fue a Inglaterra?

... ¿Y por qué no podían seguir como hasta entonces, con un gerente, y si pensaban que el gerente no lo hacía bien, poner a otro?

... Como dice el refrán, un refrán que alguna vez me citó Marina, por cierto: «El ojo del amo engorda al caballo».

... Pero si la señora Soley quería tanto a su hijo, ¿por qué no dejaba que hiciera lo que quisiese con su vida?

... Pues si contaba con las dotes de Salvador como economista, como gerente, para asegurarse ella su vejez...

... Ya, supongo que es difícil no pensar que tú, como adulto, sabes mejor lo que le conviene a tu hijo. Y más tratándose de alguien como Salvador, que por lo que cuentas, no era muy realista, todo eso de irse a Londres en autoestop, con una guitarra, sin un duro...

... ¿Ah, sí? ¿Doña Lucía? ¿A escondidas de sus padres? Pero ¿por qué? ¿Ella no quería que Salvador se hiciera cargo de la fábrica?

... ¿Debilidad por su nieto? Luego te diré lo que me contó Epi, cómo hablaba doña Lucía de su nieto... Yo sospecho que lo que quería era fastidiar a su nuera, boicotear sus planes, sus esfuerzos. ¿Conque tú quieres presionar a tu hijo, conducirlo al camino que has elegido para él, a base de cortar los víveres?, pues yo le mando dinero a escondidas para que siga haciendo de *hippy*... ¿Y la señora Soley de qué creía que vivía Salvador? ¿De lo que conseguía cantando en el metro?

Aunque finalmente todos se pusieron de acuerdo, ¿no?, Salvador, su madre, su abuela, en que hiciera Económicas en Liverpool. Por cierto, ¿por qué en Liverpool?

... O sea que mientras él venía aquí en peregrinación a ver la ciudad de los Beatles, su madre removía Roma con Santiago para que se matriculara en Económicas, en Liverpool o donde fuera.

... Claro... un compromiso entre seguir dando tumbos, sin ir a ninguna parte, o volver a casa de sus padres con el rabo entre las piernas, perdiendo la cara.

Y el señor Soley, ¿qué opinaba? ¿Qué quería para su hijo?

... Qué curioso, ¿no? ¿Eso quiere decir que se consideraba en cierto modo fracasado, por eso no quería que su hijo le imitase? ¿O tenía miedo de que si Salvador se dedicaba a pintar, tuviese más éxito que él?... Sin embargo, sí le gustaba que Marina pintase.

... Desde luego, eran muy tradicionales en eso. A Marina nunca le propusieron que se ocupara de la fábrica, ¿no?... Y, sí, el señor Soley se había apartado de la norma, pero lo había hecho creyendo que iba a ganar dinero, y le había salido mal. Yo creo, de todas maneras, que el señor Soley era feliz con su pintura. Yo le veía feliz, sí, muy feliz cuando se encerraba a pintar en su estudio. Ahí el único éxito o fracaso era conseguir o no pintar el cuadro que quería; ahí se trataba de él y su pintura, y nada más, nadie más. Fuera de su estudio era otra cosa. Otras personas podían pensar que su vida era un fracaso... ¿Qué pensaba Salvador?

... No, no sabía que lo de irse a Londres había sido a raíz de una pelea con su padre. Nadie me lo había contado. Razón de más, entonces, para que doña Lucía le mandara dinero en secreto.

... ¿Marina? En La Tramontana, si alguna vez me habló de su padre como pintor, lo hizo con respeto, o quizá ocultaba su verdadera opinión. Esta vez, en cambio, en Londres, con desapego, como si no fuera con ella, como si hablara de unos vagos conocidos, mientras picaba unas olivas y unos cacahuetes, me dijo: «En cuanto a mi padre, sigue igual. Bueno, no, no quiero

ser injusta; ha progresado: cuando tú le conociste pintaba como en 1870, más o menos, y ahora debe de andar por 1890, quizá 1900, no sé, hace tiempo que no les voy a ver. Pero igual en cuanto a que sigue esperando que la montaña vaya hacia él, no querrás que se rebaje a ir él a la montaña... Se ha puesto una cama en su estudio, yo creo que el próximo paso será ponerse la cama dentro del cuadro. Sigue pintando siempre lo mismo, me cuenta mi madre: el mar, las hortensias... Ya nadie se acuerda de su última exposición, hace tanto tiempo... Y nadie le compra, porque la que se ocupaba era mi madre, de dar la lata a los amigos, y se ha hartado, hace huelga de amigos caídos. Solo tiene un comprador, por suerte un comprador con mucho dinero: mi tío. No sé si por caridad o como inversión, aunque conociendo a mi tío, debe de ser como inversión... Es que mi tío tiene mucha pela...»

... Quiere decir pesetas, dinero.

... mucha pela, e invertir es lo que más le divierte. Todo viene de la familia de él, ¿eh?, la de mi madre era gente bien, pero ni un duro, ahora cuando se murió mi tía...

—¿Se ha muerto tu tía? —dije yo—. Si la conocí, me acuerdo muy bien, qué pena, no era tan mayor, ¿de qué ha muerto?

—Cáncer de páncreas, fulminante. Pobre, no tenía ni sesenta años. Pues los cuadros que eran de ella, cuadros de mi padre que había comprado mi tío y los había puesto a su nombre, los ha heredado él, claro, como no tienen hijos..., o sea que mi tío tiene un montón de cuadros de mi padre y aun así sigue comprando. Mi padre le tendría que estar agradecido, pero como le odia, por envidia, claro, nunca le da las gracias, la única que se las da y cultiva la relación es mi madre...

¿Por qué estaba tan locuaz? Me sorprendía mucho. No solo no parecía tener ninguna prisa por irse, sino que parecía encantada de haberme encontrado y tener a alguien con quien hablar; pero si no conocía a nadie, ¿qué hacía allí, y por qué no se había marchado con el resto del público?

... A su debido tiempo.

... Sí, en cuanto a su padre, Marina por lo visto compartía —no sé si siempre pensó así o era solo en esa etapa de su vida— la opinión de aquel crítico que le hundió moralmente, esa idea de que solo por hacer pintura impresionista, un siglo después de los impresionistas, ya estaba descalificado. Está claro que ella estaba decidida a no cometer el mismo error, ella iba a ser moderna. Y a tener éxito. Ya lo tenía. ¿Gracias a qué? Yo en ese momento creí que gracias a su talento, un doble talento, como pintora —aunque a mí no me gustara lo que hacía estaba claro que a otras personas sí, a personas con

criterio, con poder...— y como vendedora de sí misma. Sí, no sabía yo hasta qué punto... Diez minutos más tarde lo entendí todo... pero espera, espera.

De sus palabras deduje que el señor Soley había pasado de hacer un tipo de pintura impresionista a un estilo más bien postimpresionista. Pero no es verdad, en la exposición suya que vi en Barcelona en el 97 yo diría que siempre tuvo los mismos modelos: Bonnard, Odilon Redon —los azules, los increíbles azules de Redon—, pero también otros, muchos otros, aunque se noten menos, desde Vermeer hasta Rothko. Y hay una evolución que no sabría cómo definir, pero no es tan simple como Marina me dio a entender. Digamos que su pintura con los años se hace más interior. Menos atenta a lo anecdótico, más a la emoción, a la atmósfera.

... No, yo en esa época todavía no. Es decir, sí y no... porque no te he contado, ¿o sí?, ya no me acuerdo, que viéndome tan interesada por cómo pintaba, el señor Soley me dijo que si quería, podía probar yo también a pintar algo. Me regaló una tela en blanco, me prestó pinceles, paleta... Yo le hacía gracia: le hacía gracia con qué apasionada atención, en qué absoluto, respetuoso silencio, le miraba hacer. Observaba cómo empezaba por las líneas maestras del cuadro —diluyendo mucho la pintura trazaba unos ejes, algo muy esquemático, líneas, siluetas—, y luego rellenaba campos de color, todo leve, aproximado; después, a partir de ahí, iba trabajando el cuadro en el sentido de precisarlo.

En algún momento me atreví a hacerle alguna pregunta. Por ejemplo, si no se cansaba de pintar siempre lo mismo. Y él me contestó contándome una anécdota de Monet: cuando alguien le preguntó si no se aburría de retratar una y otra vez el estanque con nenúfares de su jardín, respondió que al contrario, la vida era tan corta que no tendría tiempo de explorar a fondo un tema tan vasto... Pero volviendo a esa frase de Marina, y el tonillo con que la dijo... fue como la hoja de la guillotina. Yo sabía, en mi fuero interno, que yo no estaba de acuerdo: a mí sí me gustaba la pintura del señor Soley, yo sí la respetaba, y en cambio lo poco que había entrevisto de la de ella, la de Marina, no me gustaba nada. Pero me sentía tan ignorante... una boba pueblerina que todo lo que sabe decir es: «esto me gusta, esto no me gusta»... mientras Marina disertaba sobre la transvanguardia.

... Sí, puedo intentar explicarlo, pero es un poco largo... Bien, pues si de verdad no te aburro... con esta lluvia, además, se está tan bien aquí charlando... Eso me gustaba de Inglaterra, y ahora en Madrid lo echo de menos: el estar en casa mientras afuera llueve... Me he quedado dando vueltas a eso que me preguntaste antes, por qué tomé esa enorme decisión de

venir a Inglaterra, o de quedarme... y pienso que entre otras cosas, me vine para reflexionar. Para dar un paso atrás, retirarme, pasar una temporada en un castillo interior, en un cuartel de invierno. Para saber quién soy y qué quiero, y una vez entendido —me ha tomado casi veinte años—, salir otra vez al mundo.

Ya te dije que durante años, para mí, la pintura por antonomasia era la del señor Soley, es decir, no solo pintura de paisaje, sino precisamente de un paisaje como el de La Tramontana. Que sus cuadros fueran buenos y en cambio, los del pintor local de La Era tan malos que hasta yo me daba cuenta, eso, para mí, era algo que tenía que ver no solo con uno y otro pintor, sino con La Era *versus* La Tramontana. Pero un día, años después, cuando vivía en Londres, y no recuerdo dónde, no sé si fue un cartel, la ilustración de la portada de un libro... porque yo no iba a exposiciones ni a museos, ahora me parece increíble, me da tanta rabia pensar que tenía al alcance de la mano los Turner, los Gainsborough, los Reynolds, los nenúfares de Monet y tantos otros, desde Canaletto hasta Bacon... y tardé años en ir a verlos... Yo había renunciado a la pintura, mejor dicho, sentía que la pintura no me aceptaba. Reservado el derecho de admisión, como un club selecto en que al portero le basta echarte un vistazo para saber que tú no eres uno de ellos. Ya puedes enseñar la tarjeta de crédito, ya te puedes vestir con la ropa más cara: se te ve el plumero, hay algo en ti que no puedes ocultar, y lo peor es que no sabes muy bien en qué consiste. Por eso yo no quería ver arte, me dolía demasiado.

Pero como te digo, a pesar de todo, un día vi fotografiado en algún sitio un cuadro que me impresionó. Me abrió los ojos. Un cuadro muy modesto, sin ningún alarde técnico, ninguna originalidad a primera vista: pintado al óleo, figurativo... y que además, esto fue quizá lo más importante para mí, representaba algo que yo identifiqué como un bar madrileño.

... No, no lo era. Bar sí, pero no madrileño. Pero a pesar de todo, tenía algo en común con Madrid, con la visión de Madrid que yo tenía desde que volví de La Tramontana: algo pasado de moda, rancio... ese mal gusto tristón de los años cincuenta, la madera barnizada, el falso cuero acolchado color burdeos, en los bares con pretensiones, o *pubs*, salones de té... Y ese cuadro, con un hombre y una mujer acodados en la barra, y un camarero de chaquetilla blanca, ese cuadro expresaba algo que yo había sentido siempre: la sensación de que también en lo feo, en lo desangelado, hay algo. Algo más de lo que se ve; algo indefinido, indeciso, pero que está ahí. Lo había sentido siempre, pero no había podido expresarlo. No sabía que el arte podía expresar eso. Esa era la revelación: que una cafetería, o una oficina, o una habitación

en la que una mujer lee sentada en la cama, con los zapatos tirados por el suelo... o una casa o un pueblo del montón, ni bonito ni feo... que con eso se podía hacer arte.

... Sí, ese es. A mí el nombre no me decía nada, no solo porque yo no frecuentaba los museos, sino porque en esa época no era tan conocido como ahora. Luego he ido descubriendo otros cuadros suyos. Esa acomodadora en un cine, por ejemplo, sola, dubitativa, retraída... Es una chica alta, rubia oxigenada, vestida con una pretensión de elegancia que resulta vulgar. Vestido largo, negro, sandalias negras de tacón muy alto... Tan ajena a su papel, tan incongruente su apariencia con las emociones que afloran en su cara, en cómo se muerde las uñas... mientras muy cerca de ella, pero del otro lado de un tabique, los espectadores miran la película, dándole la espalda... Esa acomodadora soy yo durante mis primeros años en Londres. O el cuadro *Nighthawf^s*, el del bar: me hace pensar en Argüelles, un barrio al que antes no iba nunca y ahora conozco bien porque allí vive ahora mi padre, muy años 50, con comercios modestos, bares, corseterías, papelerías, mercerías, tiendas de ultramarinos, con los productos alineaditos en los escaparates, como si fueran de juguete... Un plano cuadriculado, calles bordeadas de acacias, casas de cuatro o cinco pisos, ocres, rojizas, con balcones... Es un barrio anticuado y casero, pobretón y limpito, apacible, populoso... y al caer la tarde, a las siete o las ocho, cuando se empiezan a encender los fluorescentes en los comercios, y en el cielo se despliega un crepúsculo grandioso, en rojizos dramáticos, anaranjados, grises, amarillos..., se vuelve acogedor y melancólico.

A eso, a esas agarraderas, es a lo que hay que renunciar para entrar en la abstracción. Un ejercicio de ascetismo. Pero yo quiero salvar lo que amo. Me importa lo que dicen los letreros de mi pueblo: «Hostal Don Quijote», «Calle de la Amargura», «Cooperativa Agrícola La Humildad», «Papelería-Estanco-Taxi»... No son solo formas y colores. Me importa que ese brochazo de blanco entre los marrones, verdes, amarillos pálidos, cenicientos, rojizos, de la meseta, sea la tapia de un cementerio, y no simplificaré los trazos verde oscuro que sobresalen de ella hasta el punto de que no se vea que son cipreses... Al fin y al cabo, yo pinto por amor a la pintura, pero también por amor a La Mancha.

Volviendo a Marina, le di el pésame por la muerte de su tía y le pregunté cómo estaba su madre por lo demás. Marina, antes de contestarme, echó una ojeada con disimulo hacia atrás, hacia lo que pasaba en el salón; yo no sabía qué es lo que estaba esperando, pero lo que fuera no se producía, de modo que

siguió hablando conmigo. Y entonces me contó lo de la herencia de doña Lucía. Agárrate.

—¿Mi madre? Pobre mamá, tantos años aguantando a mi abuela con la esperanza de que nos lo dejara todo, y no solo la legítima, para encontrarse con que sí, mi abuela lo dejó todo a mi padre, pero ese todo era ya casi nada. Todavía hoy no sé si le tomaban el pelo, ya ves, una viejecita, mandona como ella sola, pero tonta, tonta del culo... y claro, habían aparecido unos cuantos chupópteros, uno el gerente, que dejó la fábrica en los huesos; un ladrón, de esos que en los tebeos aparecen con un antifaz y una pistola, aunque él no necesitó ni la pistola ni el antifaz, solo lamerle el culo a mi abuela; y por si el gerente fuera poco, va mi abuela y se hace *cul i merda*, como decimos en catalán, con el *paleta* del pueblo.

... Quiere decir «ser uña y carne».

—Un muerto de hambre —seguía Marina, tensa, por debajo de su tonillo desapegado, de su sonrisa que más parecía una mueca, con los labios curvados hacia abajo; hablaba atropelladamente—, un tipejo que había llegado al pueblo de no sé dónde, con una mano delante y otra detrás, pero un tío con vista, un listillo, que le gustaban los negocios; había puesto un bar en el pueblo, el primer bar que hubo, y cuando conoció a mi abuela lo tuvo clarísimo, debió de pensar: Esta es la mía; enseguida vio de qué pie cojeaba la vieja: que había que seguirle la corriente, decirle a todo que sí, reírle las gracias, mi abuela además siempre ha tenido debilidad por los chicos jóvenes y guapos... Total, ¿sabes lo que hizo? Mi abuela tenía una casa en Barcelona, una casa de pisos, en un barrio buenísimo...

Debía de haberse olvidado de que yo conocía al albañil, el *paleta* como decía ella: era aquel chico con el pelo negro y enhiesto como púas de erizo que estuvo en casa de doña Lucía la tarde en que estaba ahí yo también, y al que volvimos a ver Marina y yo el día que fuimos al bar del pueblo supuestamente a llamar a mi madre; y tampoco debía de acordarse de que me había hablado ya de esa casa de su abuela, cuando me explicó que su madre quería que ella, al irse a vivir a Barcelona, ocupara uno de los pisos, que había quedado libre. ¿Y recuerdas que te conté que su abuela, cuando se hablaba de eso, escurría el bulto? Ahora verás por qué.

—... y necesitaba dinero. Eso nosotros no lo sabíamos, creíamos que la fábrica daba unos buenos beneficios, pero qué va, el gerente le debía de hacer a mi abuela las cuentas del Gran Capitán, de modo que mi abuela, cuando necesitó dinero, que ya me dirás para qué necesitaría ella dinero; pues para nada, ya ves, para mandar, para hacer obras en casa y en el jardín, para

entretenerse, para tener ahí a un batallón de pobres diablos a los que daba órdenes, que si *paletas*, que si jardineros, que si esto y que si lo otro, pero claro, para todo eso hace falta dinero, y mi abuela lo que tenía eran propiedades, no dinero contante y sonante.

Pero, ah, *el paleta* tenía soluciones para todo. Haciéndose el simpático, charlando con mi abuela, jugando con ella al mus, o lo que hiciera falta, había conseguido que mi abuela le contara su situación económica al detalle, y un día, le presentó la solución. ¡La solución! ¡Menuda broma! Figúrate que le dijo que le había conseguido un comprador para la finca de Barcelona. La fueron a ver, el comprador en cuestión hizo una oferta. Y mi abuela, como era mucho dinero para ella, quiero decir, para alguien que solo ve a dos años vista, cinco, diez todo lo más, con ochenta y pico que tenía... los millones que le ofrecía aquel le daban para vivir por todo lo alto esos pocos años, para pateárselos, y no lo pensó más. O eso, o estaba encantada de la jugarreta que le estaba haciendo a su hijo y a su nuera, encantada de darnos a todos por el culo, mientras mi madre, que no sabía nada, seguía yéndola a ver, y aguantándola, que tiene mérito, todas las santas tardes. De manera que vendió la finca, ya ves, sin decirnos una palabra, claro, toda esa historia la hemos reconstruido después de su muerte. —Hablaba a borbotones, haciendo aspavientos—. Y el comprador, que era un hombre de paja conchabado con el vivales del *paleta*, al día siguiente la vendió a un tercero por el doble, y él y el *paleta* se repartieron los beneficios. Cómo tendría de negra la conciencia el *paleta*, que al día siguiente, o a la semana, de la muerte de mi abuela, desapareció del pueblo, chau, y nunca más se ha sabido de él... Total, que la herencia de mi abuela era mucho menos de lo que parecía. Suerte que yo ya tenía pensado vivir en otro sitio y buscarme un trabajo, porque si llego a contar con el piso de mi abuela y con su ayuda para vivir en Barcelona...

—Pero ¿a tus padres les ha quedado lo bastante para vivir? —pregunté yo—. Porque si tu padre apenas vende...

Marina suspiró:

—Por suerte, quedaba la casa de mi abuela en La Tramontana. Cuando se cerró la fábrica, la tuvieron que vender, ya ves. La compró mi tío. Con lo que sacaron, mis padres podrán tirar todavía algunos años.

Volvió a echar una ojeada al salón. Ya no quedaba casi nadie, solo un corrillo. Se volvió entonces hacia mí, con una especie de urgencia, y me dijo:

—Pero por lo demás, mi madre está bien. Muy harta de mi padre, si no le deja debe de ser porque no tiene otro marido de repuesto, pero por lo demás, bien, como siempre, ya la conoces: ocupadísima en no hacer nada...

¿A qué venía hablar ahora, otra vez, de su madre? Tuve la impresión de que había dicho lo primero que le pasó por la cabeza; de que en realidad su único interés en hablar conmigo era el hecho de que mi presencia, nuestra conversación, le venía bien para disimular sus verdaderos motivos para estar allí, para seguir estando allí cuando casi todo el mundo se había marchado ya. Estaba esperando algo, no había duda, pero ¿qué?

Lo de «no hacer nada» me dejó pensativa, y es algo que me he preguntado muchas veces desde entonces. Las mujeres como la señora Soley ¿no hacen nada?... Precisamente yo volvía de pasar las Navidades en Madrid en casa de mi padre y su nueva mujer. Una viuda con hijos mayores, que tiene una pequeña pensión, y no hace nada. Nada, lo que se dice nada.

... No, no es eso; ella es unos años más joven que mi padre. Es él quien tendría que jubilarse, y uno de los motivos por los que no lo hace, supongo, es ganar dinero para los dos. Bueno, y porque no soportaría estar encerrado en casa. Además, esto de que ella no haga nada no es nuevo: crio a sus hijos, es verdad, pero ya hace años que se fueron de casa y ella no ha trabajado nunca.

... Muy poco. Viene una asistenta todos los días a limpiar, y ella solo cocina, y lo mínimo: siempre que voy a comer a su casa comemos lo mismo, ensalada y filete con patatas. ¡Cuándo pienso en mi madre, que se pasaba horas haciendo unas migas de pastor, un pisto o un morteruelo...! Porque ya sabes —no podía faltar el refrán— que «al corazón del hombre se llega por el estómago»...

¿Por qué un hombre como mi padre trabaja doce horas al día para mantener a una mujer que no hace nada? ¿Tanto la necesita? No estuvo solo ni tres meses, después de dejar a mi madre... Ella, sí, muchos años, hace solo cuatro o cinco que sale con un viudo de su edad. Y cómo ha cambiado. Mientras estuvo casada, mi madre parecía vivir en una casa de muñecas o de cuento de hadas, esperaba de mi padre que él resolviera todo lo que ocurría de puertas para afuera, pero ese mundo exterior, ella no entendía cómo funcionaba, creía por ejemplo que si en las rebajas un par de zapatos se podía comprar por tanto, eso quería decir que el precio que pedían por ellos antes de rebajarlos era una estafa, poco le faltaba para echárselo en cara al dueño de la zapatería... Si se estropeaba algo en casa y ella tenía que atender a quien venía a repararlo, pagaba lo que le pedían, se conformaba con cualquier cosa que le dijeran, luego se lo repetía mansamente a mi padre, y mi padre se ponía furioso: «Pero ¿cómo, que esto no lo cubre la garantía? ¿Y tú no le has contestado que...?». Pero mi madre ha cambiado mucho, como te digo. Precisamente esas mismas Navidades yo tenía que haberme alojado en su

casa, era lo que estaba previsto. Yo en realidad no tenía ganas de volver a casa a pasar las fiestas, habría preferido quedarme en Londres, es verdad que estaba muy sola, pero no me sentía tan mal sola como con mis padres, por lo menos sola no tenía que fingir. Pero no me atrevía ni a proponerlo, solo de pensar en la escena que me haría mi madre... Pero figúrate que cuando llegué con mi maleta, ella me acogió, claro, pero visiblemente contrariada, porque estaba reformando el baño, las obras iban con retraso, no estaban terminadas, había obreros yendo y viniendo. Me quedé admirada, por cierto, al ver con qué autoridad les daba órdenes... Cuando le sugerí que podía alojarme en casa de mi padre, me dijo que si no me importaba... me lo agradecería. ¡Qué alivio para mí!

Mi padre, en cambio, al medio año de haberse separado de mi madre ya vivía con Sagrario. Viven en el piso de ella, en Argüelles, un piso grande, oscuro, de los años cincuenta, lleno de plantas —Sagrario tiene dos aficiones, el punto y la jardinería— y sin un libro; hay una librería grande, oscura, mortuoria, donde está la tele, algún jarrón, unos payasos de porcelana... Mi padre es un marido ejemplar: le da su sueldo entero, juraría que le es fiel, en esa casa se hace siempre lo que ella quiere, trátase de cambiar los muebles o de qué hacen el sábado por la noche o si invitan a comer a los hijos de una u otro; es con ella con quien me pongo de acuerdo para ir a verles, mi padre ni se entera. Pero al mismo tiempo que parece que él esté dispuesto a dar su vida por ella, de hecho, se la está dando... no le hace el menor caso. Es algo que me sigue dejando perpleja, por más que los veo juntos. Ya era así con mi madre, en realidad: es como si la mujer de turno creara, alrededor de él, un mundo, dentro de ese mundo un hueco, y él viviera en ese hueco, no pudiera sobrevivir fuera de él; pero ahí dentro viviera su vida, él solo. Siempre está distraído; apenas habla con ella. Ni conmigo. Ve la tele. Al principio me decía: «¿No te importa que ponga las noticias?, quiero ver qué medidas económicas anuncia el gobierno», o «a ver qué ha dicho el entrenador del Real Madrid». Ahora ya ni eso: cuando voy a verles, él llega, me da un par de besos, se va a la nevera a coger una cerveza, se sienta en el sofá con los pies encima de la mesa —algo que con mi madre jamás se habría atrevido a hacer; Sagrario, que es más pragmática, aunque tampoco le gusta, hace como que no se fija—, y se pone a ver la tele.

Mientras, Sagrario habla. Habla sin parar: yo a veces me levanto y voy al baño o a la cocina, y cuando vuelvo ella está aún hablando. Habla sin dejar de hacer punto, con el ovillo en el regazo. Habla del frío que hace, pero por suerte hace sol, clic-clac, ese sol tan hermoso que tenemos en Madrid, que da

gloria, le digo yo a tu padre, a ver si este domingo vamos al Retiro, hijo, a ver si te da un poco el sol, que estás *descolorió* —es andaluza Sagrario, aunque lleve toda la vida en Madrid—, clic-clac, y hace un gesto rapidísimo con el anular y el meñique, para sacar un poco más de hebra del ovillo, y sigue hablando: ¿qué te parece esta bufanda?, pero antes de que yo le haya contestado, continúa: pues estaban hoy un poco *esaboríos* los tomates — quiere decir insípidos—, aunque para *esaborío*, el verdulero, que no te da ni los buenos días, clic-clac... y si se hace un silencio, dice: ¡ea!... y sigue: pues ahora cuando estuvimos en el pueblo, me encontré a una que hacía años que no la veía, la Paquita, y me dijo: ay, Sagrario, qué vieja estás, y yo le dije: pues anda que tú, que pareces una tortuga con gafas... Y se ríe.

Es simpática Sagrario. A veces me pregunto qué ganó mi padre con el cambio, porque Sagrario y mi madre tampoco son tan distintas... pero ahora que lo pienso, sí, hay una diferencia importante, y es que mi madre era más... ¿ambiciosa? No sé si es esa la palabra. Mi madre tenía en la cabeza una imagen radiante, de familia perfecta, en una casa limpiísima, en la que ella reinaba y mi padre y yo éramos los extras, como esas niñas que trazan cuatro rayas con tiza en el suelo: esto figura que es el recibidor, esto el salón, esto la cocina... y juegan a ser amas de casa y a tener bebés, pero los bebés son de plástico y el marido figura que existe, pero no aparece nunca.

Y cuando salgo de su casa y cae la tarde sobre Argüelles, yo creo que entiendo por qué mi padre está con Sagrario. Porque esa tristeza de los barrios en esa hora indecisa... ese momento en que parece que todo huye y te da la espalda, que el mundo se desmorona en silencio porque le han quitado el eje que lo sostenía..., ese momento sobrecogedor, vacío, Sagrario lo tapa con su cháchara. Ya no está él solo con su cerveza y su televisor, en un mundo seco, abstracto, despoblado: está en un saloncito con plantas y alfombras y payasos de porcelana, y con un runrún de fondo que no escucha, pero que le asegura que gracias a su mujer, el mundo le llega ordenado, domesticado: tenderos, tomates y sol de invierno en el Retiro.

Mi madre no se conformaba con eso, era más exigente. Con el delantal blanco que se ponía en la cocina, y lo guapa que era —no una belleza espectacular, sino doméstica: un poco gordita, no muy alta, los rasgos muy regulares y una sonrisa preciosa, de dientes blanquísimos...—, parecía la protagonista de un anuncio de cocinas de los años cincuenta. Guisaba sin libro, se sabía de memoria todas las recetas. Me hacía vestidos y se los hacía para ella, con patrones que sacaba de revistas. Recortaba los cupones de los paquetes de detergente para participar en sorteos de joyas o abrigos de pieles.

Escribía a un programa de televisión de la época que se llamaba *Reina por un día*: a la elegida la sentaban en un trono, con un ramo de flores y una corona, y cumplían el sueño que ella hubiera expresado en su carta: tener un televisor, una lavadora, volver a ver a un hijo que se había marchado al extranjero... Mi madre habría querido ver el mar. Pero nunca la seleccionaron, ni le tocó tampoco el collar de perlas ni el abrigo de visón.

Ella recortaba los cupones de Orno y mi padre hacía quinielas. Pero mi madre era más crédula. Lo era en general, en todo: creía en la paternal protección del señorito, en la prosperidad por el trabajo, en la rectitud de Franco y sus ministros, en la honradez de su marido y en la virginidad de su hija...

... Sí, sí que creía, de verdad... Creer o querer creer... no sé muy bien qué quieres decir, cuál es la diferencia.

... ¿Para no mancharse las manos, para poder seguir estando convencida de que ella era...? ¿Para seguir siendo niña, dices?

... Quizá sí. Una credulidad, digamos, voluntarista, como tú dices, una credulidad con truco.

¿Y la señora Soley? ¿Era verdad eso que decía de ella Marina?... ¿Qué hacía? Ramos de flores. Visitar a su suegra. Escribir cartas a su hijo. Opinar sobre los cuadros de su marido, hacerle compañía, a veces, cuando él se iba de excursión a pasarse el día pintando en algún lugar al aire libre... Arreglárselas, con cuatro pesetas, para invitar a amigos mucho más ricos que ellos y quedar bien. Escoger a los invitados, adivinar quién congeniaría con quién, dar conversación, cubrir un sofá viejo con una funda muy vistosa que había hecho ella misma cosiendo unos fulares indios de seda comprados en algún mercadillo... Este detalle por ejemplo lo supe el día en que vino su hermana, yo nunca me había preguntado de dónde salía esa funda, era una de las muchas cosas que había en casa de los Soley y que no se parecían a nada que yo conociera; pero ese día la señora Soley, que no solía hacer comentarios sobre los muebles o la ropa de casa, exclamó: «¿Eh que es mono?» —los catalanes dicen mucho eso de «¿Eh que...?», nosotros diríamos: «¿A que es mono?»—. «¿Eh que es mona esta funda? Pues mira, son cuatro fulares...», «¿Eh que es mono este vestido? Lo compré en el mercado, ¡si me hubieras visto!, en la cesta llevaba unos claveles de moro, unos puerros, unas patatas y un vestido...». Y luego, cuando los invitados de turno se habían marchado, cogía aparte a Marina y empezaba: «*T'has fixat?*». «¿Te has fijado en el coche? ¿Te has fijado cómo se las ha arreglado para meter en la conversación, sin que viniera a cuento, eso de que lo ha pagado a

tocateja?... ¿Te has fijado en el anillo? *T'has fixat?*...». Marina, con su aire impenetrable, me parecía que no escuchaba, o al menos que todo eso no le hacía ninguna mella. Ahora pienso que me equivocaba de medio a medio.

Pero al menos la señora Soley salía, veía exposiciones, había viajado algo, leía, trataba con gente... Mi madre no, mi madre apenas salía de su casa más que para hacer la compra, todo lo más a tomar unas tapas con mi padre; se pasaba el día guisando y limpiando. Como si nuestra casa estuviese, en realidad, en el pueblo. Madrid era solo un decorado.

... Sí, claro que habíamos vuelto a La Era, aunque no inmediatamente. Durante unos años dejamos de ir en verano, no teníamos dinero, o eso me decía mi madre, aunque yo bien veía que no costaba más pasar el mes de agosto en La Era que en Madrid, porque la casa, la cueva...

... Ah, ¿no te lo había dicho?... En esa parte de La Mancha hay casas-cueva, que se hacen excavando en la tierra. Mucho más barato que edificar. Se les pone una fachada, incluso hay alguna habitación construida, la que da a la calle, pero las demás se excavan, aprovechando un desnivel del terreno. Pueden ser muy profundas, con habitaciones pequeñas, semiesféricas, muy irregulares, claro, enjabelgadas, que desembocan unas en otras; algunas son minúsculas, covachuelas, en las que solo cabe una tinaja... Y te estaba diciendo que mi madre tiene en el pueblo una cueva, la que era de su tía, y que por eso pasar allí el verano no era más caro que pasarlo en Madrid. El verdadero motivo era otro, claro, era que no quería que en el pueblo supieran que la había dejado su marido. Pobre mamá, se ha pasado media vida mintiendo, o disimulando, hasta en la edad, siempre dijo que tenía la misma edad que mi padre y en realidad tiene dos años más. ¿No se le ocurrió pensar que algún día yo iba a ver su carné de identidad?... O no lo previo, o pensaba que si yo llegaba a enterarme, entendería que de eso no había que hablar, como no se hablaba de tantas cosas. De la cueva, sin ir más lejos... Un día por ejemplo caí en la cuenta —llevaba toda la vida oyéndolo pero nunca me había llamado la atención— de que mi madre era la única persona del pueblo que a la calle donde vivíamos la llamaba por su nombre oficial, «calle de San Isidro». Todos los demás la llaman «la calle de las cuevas».

Y después, tantos años disimulando que mi padre se había ido, y que ella trabajaba, que cosía por dinero; eso era una deshonra.

... Sí, antes de casarse, pero mi padre la había «quitado de trabajar», como se decía entonces.

... Según ella, como vendedora en una perfumería. Y según ella, así era como había conocido a mi padre: que él entró un día a comprarle un regalo a

su madre. ¡Pensar que durante años me lo creí! Un regalo, para su madre, y en una perfumería, nada menos. ¡Como si no conociera a mi padre, que jamás en su vida tuvo una idea para un regalo; a mi abuela, que desde el día de su boda nunca se debe de haber mirado en un espejo; y la gente como mi familia, en la España de aquellos años, que cuando un abrigo estaba muy gastado, le daban la vuelta para que aguantara algún año más!... Y sin embargo, nunca se me ocurrió poner en duda ni eso, ni todas las otras «versiones oficiales» que me había ido dando mi madre sobre nuestra familia, hasta...

... ¿Por qué lo dices? ¿A qué otras «versiones oficiales» te refieres?...

... Sí, es verdad. Me creí la versión que Marina daba, la que me quería transmitir, de sí misma. Pero precisamente a partir de ese encuentro en Londres, fui empezando a sospechar que no era oro todo lo que relucía.

... Ah, sí. Te decía que eso de que mi madre, en Madrid, trabajaba en una perfumería me lo creí hasta la noche en que Epi y Circun me cantaron las cuarenta... No, no me olvido. Todavía nos quedan algunas horas para charlar... si no te cansas de oírme.

... Ah, pues precisamente eso: qué sabían en el pueblo de lo que había ocurrido con mi padre, eso mi madre no lo sabía. No tenían por qué haberse enterado de que mi madre y él ya no vivían juntos, ni de que ella se había tenido que poner a trabajar, pero seguramente algo les habría llegado de lo de mi padre y don Jaime, a través de Gumersindo, el Gúmer, aquel del pueblo que trabajaba con don Jaime. Escocido como debía de estar el Gúmer por la escena que mi madre le había hecho al saber que la Edu y él vivían «amontonados», seguro, pensaba mi madre, que no se había privado de decirle a todo el pueblo que mi padre había cometido un desfalco, porque con razón o sin ella esa era sin duda la versión de don Jaime... En fin, que mi madre durante años no se atrevió a volver al pueblo, pero al final, no sé hasta qué punto porque lo echaba de menos y hasta qué punto por demostrar que no tenía nada de lo que avergonzarse, al final decidió coger el toro por los cuernos e ir a pasar la Navidad, la del 77, con sus hermanos. Llevándome a mí.

Yo no quería. Tenía un novio en ese momento, el primero que tuve, y unos amigos suyos nos habían invitado a pasar unos días en un pueblo de la sierra... Yo estaba emocionada, no solo por ir a la sierra, sino por poder pasar dos noches enteras con el novio aquel, en vez de una hora por la tarde en una cama prestada... porque no olvides que yo vivía con mi madre, y nunca dormía fuera de casa. Además, yo ya no tenía vacaciones de estudiante, sino solo los días propiamente festivos, ya te he dicho que trabajaba con mi padre

y precisamente por eso lo llevaba a rajatabla, no quería que pareciese que tenía privilegios respecto a sus otros empleados.

... No muchos, tres; la empresa de mi padre no ha sido un fracaso, pero tampoco el éxito que él esperaba; va tirando, nada más. Y eso para mí ha sido una desilusión, no porque me importe en sí, sino por cómo veo a mi padre. Tras tantos años de estar... no sé cómo decirlo... ¿enfadada? con él... Cuando yo era pequeña, había cierta complicidad entre nosotros... pero cuando se marchó... Primero creí que la empresa le absorbía, que dedicaba todas sus fuerzas a sacarla adelante. Pero es que fuera de la empresa era lo mismo, no hablábamos, me rehuía, como si ahora que ya no estaba mi madre, para bien o para mal, entre nosotros... ya no tuviéramos nada que decirnos. Se escondió detrás de Sagrario; es imposible que yo vea a mi padre sin que esté Sagrario por medio, llega a todas partes con ella por delante, como parapetado. Entonces, durante años, he estado furiosa con él. Pero el fracaso, el relativo fracaso, de su empresa... Ya no está ilusionado, ni inquieto, ni de mal humor, ni pensando en sus cosas, pensando con interés, quiero decir; no: ahora está ausente, resignado. Y después de sentir tanta rabia contra él, ahora casi echo de menos ese contrincante que había sido. Creía que un día ajustaríamos cuentas, pero no. Ya no puedo pelearme con él. Ya no me da rabia, me da pena.

... No, qué va; lo detestaba. Pero no por el trabajo en sí, que era aburrido nada más, sino por eso que te digo de mi padre. Porque le veía todos los días y sin embargo... Eso me producía, me produce, un sufrimiento muy particular, que necesitaría un nombre y no lo tiene, ¿no lo has pensado nunca? Me pasaba en Londres los primeros años: me sentía desesperadamente sola, y sin embargo, cuando estaba con otras personas —los de la Embajada por ejemplo, algunos de los cuales debían de sentirse como yo—, no conseguía... Hablas de esto, de aquello, intentas abrir una puerta, luego otra, y ninguna se abre; quizá el otro también intenta abrir alguna puerta y tú, esa precisamente, la cierras de un portazo; y estás ahí necesitando, anhelando, la compañía de alguien que es incapaz de hacértela, aunque está a tu lado. Y después de eso llegaba a casa de mi madre, y si mi padre me rehuía, ella, al contrario, me invadía, me avasallaba. Yo creo que en esa época ella, que ya había alquilado un local, aunque fuera muy pequeñito, y tenía una ayudante, empezaba a salir adelante como modista... creo que le estaba cogiendo el gusto a trabajar y a ganarse la vida. Durante el día me parece que lo pasaba bien, pero al llegar a casa se acordaba de mi padre y de lo que ella interpretaba que era el fracaso de su vida, y al llegar yo, que venía de trabajar con él y a veces de salir con

mis amigos, se sentía aún más sola, abandonada. Yo sabía que nada más sentarnos a la mesa, iba a atacar. Porque quería, a toda costa, que yo la acompañara al pueblo. A veces iba directamente al grano: «Por una vez en mi vida que te pido un favor, yo, que no he hecho más que dar, que he vivido para ti, que nunca te he pedido nada», «¿ni siquiera un día al año, el día de Navidad, puedes hacer algo por mí?», «¿y por unas amigas que no sé ni quiénes son, vas a dejar plantada a tu familia?», «ya verás el día que estés sola, que estés enferma, que necesites que te cuiden, ¡llama a tus amigas entonces y verás!»...

... Claro, yo le había dicho que iba con unas amigas, mi madre nunca me conoció ningún novio, solo David, y eso cuando decidimos que íbamos a casarnos, no antes... Otras veces cambiaba de táctica: «¿Qué?», me preguntaba con un tono frívolo, casual, casi festivo, lleno de sarcasmo, como ante una escena demasiado pintoresca para ser verdad: madre abnegada, madre sacrificada, madre ejemplar, teniendo que rebajarse a preguntar a su hija si le hará el honor de no dejarla tirada como un perro el día, santo entre todos, de la Navidad, «¿qué, ya has decidido lo que vas a hacer en las Fiestas?»... Y a mí su insistencia me irritaba, me humillaba, me enfurecía... pero no sabía encontrar argumentos para enfrentarme a ella. Solo mucho después, ya en Inglaterra —desde Inglaterra siempre lo he visto todo más claro—, entendí lo que sentía. Lo que mi madre —creyéndoselo, no lo dudo— me presentaba como amor, un puro y desinteresado amor de madre que yo, siempre según ella, despreciaba, deslumbrada por mis nuevas amistades, abusando del poder que me daba el ser joven y fuerte, creyendo que iba a serlo siempre... lo que me presentaba como amor no sé qué era, pero no era amor. Me utilizaba. Quería exhibirme ante su familia; ya que no le iba a quedar más remedio que confesar que estaba separada, al menos quería llegar en pompa y majestad, llevando champán y turrónes para sus hermanos, llevando un abrigo de pieles que acababa de comprarse y llevando, como colofón, como trofeo, a esa joven de ciudad, educada y con idiomas, que era su hija. Me veía como... no sé cómo decirte. No como una persona sino como una imagen, una foto recortada de una revista.

... ¡¿Igual que yo a Marina?! ¿Por qué dices eso?

... Antes, sí, antes... Pero ahora ya no, o ya no tanto... La última vez que la vi yo creo que ya se me cayó del todo la venda de los ojos.

... Vale, sigo con lo que te estaba contando. Cedí ante la presión de mi madre. Y nada más llegar, me puse enferma, con un cólico —que mi madre no se privó de atribuir, con medias palabras pero en voz alta, a que algo nos

habrían dado en la cena de Nochebuena que no estaría en buenas condiciones —, y pasé el día de Navidad sin levantarme de la cama.

... No, prácticamente no he vuelto desde que me fui a Inglaterra, en todos estos años solo he estado una vez, con David y Nico, pero David lo encontró muy aburrido y ya no volvimos, no volví hasta la primavera pasada, con Alfredo, ya te lo contaré. Dios mío, te quiero contar tantas cosas, no sé si nos dará tiempo... Pero a través de mi madre, iba teniendo noticias, sé por ejemplo que Circun se casó... Sí, a los pocos meses de volver de La Tramontana, se casó con uno del pueblo, el Mariano, un chico, el pobre, contrahecho, flaco y esmirriado, de aspecto enfermizo, con algo de joroba... Fue la comidilla del pueblo porque se casaron deprisa y corriendo y cuando nació el niño, dijeron que era sietemesino... Todo el mundo decía que Circun le había engatusado, porque el padre de Mariano es el panadero, y que ella era una lagarta que se las había arreglado para heredar la panadería, pobre Circun.

... No solo he tenido noticias tuyas, sino que la vi, en el 87, en Barcelona. Eran mis primeras vacaciones con David...

... A principios del 86, en un *pub* al que había ido a tomar algo al salir de la Embajada, con otros españoles que trabajaban allí. No había mucho sitio y nos sentamos pegados a un grupo de ingleses.

Eran nuestras primeras vacaciones juntos y yo quise pasarlas en la Costa Brava, guiada por el recuerdo de La Tramontana. Fue una decepción, claro, una semana en una urbanización llena de ingleses, en Tossa... Pero en fin, cuando pasamos por Barcelona aproveché para ver a Epi. Después te lo cuento, porque eso fue en el 87, y te estaba contando la vez que vi a Marina en Londres en el 84.

Me sorprendió su afán por despreciar a sus padres. Yo ya me estaba reconciliando con los míos; o a lo mejor es que me importaban menos... Como te digo, el contenido de sus palabras y el tonillo con que las pronunciaba me sorprendieron. Yo respetaba mucho tanto al señor como a la señora Soley, y me daba pena pensar que él, habiéndose pasado toda la vida pintando, no había conseguido la fama que Marina tenía ya a los treinta años, y la señora Soley no viajaba, no salía fotografiada en la prensa, no reinaba en sociedad, como su hija. Y por eso me sorprendía aún más ese tono despectivo de Marina: ¿es que no le bastaba su triunfo?

... ¿Tú crees? Sí, debes de tener razón, te lo digo porque yo ahora sé lo que me estaba ocultando. Pero tú, ¿por qué lo dices, eso de que desprecia por miedo a ser despreciada?

... Ya. Es verdad... como una regla general... Nunca lo había pensado, pero es verdad que lo que pasó luego, lo que terminé descubriendo ese día, te da la razón.

... No te impacientes: es que te quiero explicar cómo viví yo mi encuentro con Marina en la Embajada antes de saber lo que luego supe, lo que adiviné. Ahora que lo sé entiendo mejor su comportamiento ese día. Estaba representando un papel. Ella misma se lo creía, pero no dejaba de ser un papel: el de una mujer de mundo, que conoce las reglas del juego, que ha sabido jugarlas con habilidad, sin demasiados escrúpulos, porque no es tonta, no es ingenua... Su padre se había limitado a pintar, a pintar lo que quería, sin preocuparse de las modas. Ella en cambio había tenido más vista, pertenecía a su tiempo, hacía bandera de ello, y además había sabido hacer esas otras cosas que no tienen nada que ver con la creación, con el talento, y que sin embargo contribuyen al éxito tanto o más que la obra. Se había ido a vivir a Madrid, por ejemplo.

Yo siempre he tenido la sensación de llegar tarde a todo. O demasiado pronto, que es lo mismo. Cuando yo vivía allí, Madrid era una ciudad provinciana, pobretona. Barrios enteros habían surgido de la noche a la mañana: calles rectilíneas, todas iguales, ásperas, polvorientas; bloques de pisos, colocados unos tras otros como hileras de cajas de cerillas; ventanas de aluminio, lavaderos diminutos tras un cristal esmerilado, a cuyo través se adivina la ropa tendida; toldos desteñidos... Pero el centro también era plebeyo. Me acuerdo de las tiendas de pelucas, las pelucas puestas sobre unas cabezas de cera con ojos de cristal, que de noche, con el escaparate iluminado, parecían cabezas de ajusticiados flotando en la oscuridad... O de los ciegos en el metro, con el bastón blanco, las gafas negras, los billetes de lotería prendidos a la ropa, y el grito largo y quejumbroso: «¡Diez iguales para hoyyyyyyy!»... Entonces, te hablo de los 60, 70, Barcelona era la ciudad interesante. Y hermosa, con ese color que no he visto en ningún otro sitio, un gris en el que se ha desleído algo de verde, que es el color del cielo, de la luz, sobre todo en días de lluvia, el color de las viejas fachadas... Y allí vivía Marina justo en la mejor época. También a Londres llegué cuando ya había pasado todo, hacía mucho ya que los Beatles, la minifalda y Biba eran historia... La ciudad que se estaba poniendo de moda en ese momento era justamente la que yo había dejado atrás: Madrid. Y allí, con olfato infalible, se había instalado Marina.

A mí me perjudicó encontrarme con Marina en el 84, yo creo que retrasó varios años mi decisión de pintar... Pues porque Marina encarnaba algo que a

mí me parecía que era imposible que yo alcanzase, y si era imposible, no valía la pena que lo intentara.

... Sí, es verdad. Es verdad... Como si solo hubiera espacio para una, como si el hecho de que ella fuese pintora significase que yo no podía serlo.

Yo estaba muy contenta de poder hablar con Marina, de satisfacer por fin tantas curiosidades insatisfechas como tenía respecto a ella y su familia (por cierto que le pregunté: «¿Qué se hizo de Claire?», y ella ni siquiera recordaba tu nombre; de lo que deduje que no te habías casado con Salvador, y eso es todo lo que he sabido de ti en todos estos años), y a la vez ese encuentro me estaba resultando insoportable. Me parecía que Marina lo tenía todo: belleza, talento, éxito... y a medida que ella crecía ante mis ojos, yo disminuía, por lo que tú tan bien has dicho, porque me parecía, por absurdo que sea, que solo había espacio para una; como si fuéramos vasos comunicantes.

Y ella, a su vez, estaba visiblemente encantada de hablar conmigo, también, aunque por motivos muy distintos: mi admiración, mi credulidad, le daban alas, parecía que volaba, que flotaba en el aire, como si yo soplara para hincharla, se agitaba ante mí como un dragón chino de Año Nuevo, con cascabeles y fuego por las fauces. Pero a la vez, y yo no podía dejar de notarlo, y eso me desconcertaba, a la vez, yo le notaba una actitud huidiza, algo curioso, contradictorio, que no sabía a qué atribuir...

Y de pronto, Marina se despidió. En mitad de una frase. No me dio ninguna explicación, solo me dio un par de besos apresurados diciendo: «Bueno, chau», y se unió al grupo que se iba. Me dejó plantada... Y entonces vi que el director del periódico moderno, ese que te dije, se volvía hacia ella. Y lo entendí. Fue como cuando en una noche oscura de pronto hay un relámpago, y en un segundo ves todo el paisaje. Identifiqué la revista en la que había visto la foto de Marina: era el suplemento de ese periódico, y entendí también, no te sabría decir por qué... no salieron juntos, pero adiviné sin la más mínima duda, por la rapidez, la discreción, de la mirada de él cuando volvió la cabeza para asegurarse de que ella salía también, por... por la distancia que mantuvieron, por... no te sé decir, pero de pronto lo vi y entendí, en un segundo, por qué Marina estaba en Londres, por qué salía en la revista aquella, por qué durante todo ese rato había tenido una actitud extraña, un aire a la vez fanfarrón e incómodo...

... Claro, eso era.

Cinco

¿A qué hora tenemos que salir para la estación?

... David llevará a Nico al aeropuerto, hemos quedado allí directamente.

Cuántos regresos, estos últimos años... Primero volví a Barcelona, de casualidad, en el 97, y me encontré con la exposición del señor Soley. Luego, cuando decidí separarme, en el 98, empecé a volver progresivamente a Madrid: a buscar trabajo, a mirar pisos... hasta que me instalé de verdad hace unos meses, en enero. En la primavera volví a La Mancha, para enseñársela a Alfredo; hacía diez años que no iba al pueblo. Y ahora he vuelto a Inglaterra, para recoger a Nico después de las vacaciones con su padre, y porque me habían ofrecido esto del congreso, pero en el fondo tengo la impresión de que vuelvo para despedirme. Podré venir más veces, pero ya no es mi país, mi patria de elección... Por eso, y no solo por el azar de que el congreso este fuera en Liverpool, pensé en buscarte. Para terminar de cerrar esta etapa de mi vida, que curiosamente empezó en La Tramontana, pero me empujó a Inglaterra.

... Pues ahora que me lo preguntas... Yo creo que dos cosas. Luego, a medida que iba conociendo el país, muchas más, claro, pero dos me sorprendieron de entrada, nada más llegar: los colores y el silencio. Es tan brusco el paso de la algarabía madrileña a estos sonidos mates, apagados... Esa extensión de campiña, monótona, silenciosa, encerrada en sí misma, como reflexionando... Y luego, el gris plomizo del cielo, el verde brillante de la hierba, el rojo oscuro del ladrillo... ¡Qué diferencia con La Mancha!, sus cielos altos, inmensos, luminosos, el blanco deslumbrante de las casas... Pero no es puro blanco, tiene algo de ocre o ceniciento. Ni es liso, es un blanco, enjabelgado decimos allí, con textura, desconchados, irregularidades... algo que se aprecia con el tacto y no solo con la vista. Un blanco en que la pintura no es invisible, al contrario, es protagonista, que es lo mismo que hago yo, que intento hacer, cuando pinto. Por eso muchas veces uso arpillera. ¿No sabes qué es? Tela de saco. La pego encima del lienzo, y pinto encima. A veces uso otros materiales, cartón, arena, madera, papel de lija... Pintar o

dibujar es un placer tan sensual, sabes, Claire... los colores, los materiales, ensuciarte las manos de pintura, apretar los tubos, tocar la tela, mancharla, oler las ceras, los óleos, la madera de los lápices, la esencia de trementina...

... Cuando nació Nico, hace ahora diez años. Yo tenía ganas de volver al pueblo, en el que no había estado desde antes de conocer a David. Y mi madre estaba encantada con la idea, imagínate: llegar al pueblo con un yerno inglés, una hija cosmopolita, un nieto recién nacido... Pero David no lo soportó mucho tiempo. No entendía, no apreciaba, La Mancha; él solo veía calor, llanura, polvo, aburrimiento... Los hermanos de mi madre nos recibían, nos querían ver, le miraban con curiosidad, le hablaban; yo les explicaba que David no entendía el español, y ellos repetían lo mismo que acababan de decir, pero más alto... David era totalmente ajeno a España, y eso, aunque te sorprenda, había sido una de las cosas que me habían atraído de él. Me parecía una oportunidad de empezar de cero, cortar con el pasado. Ser otra, una inglesa, que desayuna cereales, que sale de casa con paraguas... aunque fuera una inglesa un poco falsa, con un reverso oscuro, que nadie conoce ni puede descifrar... Solo que ese reverso fue saliendo a la luz, volviéndose el anverso, y me costaba vivir con un hombre con quien no podía compartirlo. Aunque lo que realmente me separó de David, pienso, lo que no pude soportar que él no entendiera, fue la pintura.

... No, en contra no estaba. Simplemente quería saber si yo lo veía como profesión o como afición. Para él estaba clarísimo. Si iba a ser una profesión, tenía que intentar ganar dinero con ella, para poder abandonar la otra, la de intérprete. Si era una afición, de acuerdo, pero entonces, que lo hiciera solo a ratos perdidos, un ratito después de acostar a Nico, algún domingo por la tarde... Era todo muy razonable, pero yo no sabía qué decirle, qué contestarle. Solo sabía que quería pintar, pintar, pintar...

Como te decía, le quise enseñar a Alfredo el pueblo, La Mancha... Hacía años que no iba, y fue una emoción tan fuerte... Ya cuando nos acercábamos, en coche, por la llanura y veía el cielo... Como la tierra es tan llana y sin nada, ni un árbol, nada, el cielo se ve mucho más; y esta última vez que estuve, era un cielo increíble. Como un oleaje gris —era como tener el mar encima de nuestras cabezas— y en un extremo, al oeste, una franja amarilla, de un amarillo intenso, vivo... Cuando llegamos era de noche. No a La Era, no, yo quería acercarme poco a poco, por etapas, y reservamos un hotelito en otro pueblo, Campo de Criptana. Además, en La Era no hay hotel, es demasiado pequeño. Ya incluso esa noche, paseando por Campo de Criptana, empecé a reconocer cosas de La Mancha. El olor por ejemplo. Huele a vino,

pero sobre todo hay otro olor, parecido al del aceite de oliva pero más fuerte: el de las aceitunas cuando las exprimen. Alpechín, se llama. Y reconocí también las plazas polvorientas con rosales, las hay en todos los pueblos, y los nombres de las calles: siempre hay una calle Sancho, otra Dulcinea, una calle Molinos o ínsula Barataria... y el viento. ¿Cómo me podía haber olvidado del viento que sopla a todas horas en La Mancha? Nunca deja de oírse: La Mancha es una llanura inmensa y vacía barrida por el viento, tan violento a veces que cuesta caminar. Da la impresión de que las casas no están de pie, sino acostadas, tendidas boca abajo en el suelo. Chatas, achaparradas; con cortinas en lugar de puertas; blancas, con el zócalo —un zócalo muy alto, de medio metro o más— y los bordes de las ventanas pintados de azul añil, o gris azulado o color vino... Los tejados rojizos, anaranjados, ocres... y rematados, arriba y en los ángulos, por hileras de tejas pintadas de blanco.

Toda la noche oímos soplar el viento. Y al día siguiente al despertarnos abrimos los postigos y allí estaba La Mancha, mi Mancha, ¿cómo podía haber vivido sin ella tanto tiempo? Una luz brumosa, grisácea —había neblina ese día—, tapias blancas, de un blanco un poco plomizo, mate, ceniciento; tejados color barro, color óxido, y detrás la meseta, ocre y parda, emborronada por la bruma...

También desde el pueblo se veía siempre la meseta. Bueno, siempre no: no se ve desde la plaza, porque el pueblo está construido sobre dos lomas con una hondonada en medio, y allí está la plaza. En una de las lomas, la más alta, están las cuevas, y más arriba ya no hay calle, sino un campo por el que te paseas en medio de las chimeneas. Sí, las de las casas-cueva... A la otra loma se puede subir por una calle o por las escaleras que hay junto a la iglesia. Antes de llegar arriba empiezas a oler a higos y a oír gallos, y una vez en lo alto ves, del otro lado, huertos y corrales, y un poco más abajo el cementerio. Las cruces blancas, los cipreses, la tapia encalada... y más allá, hasta donde alcanza la vista, se extiende la llanura. Inmovilidad, silencio... De vez en cuando, a lo lejos, se oye un tiro.

... Pues liebres, palomas, perdices... Esas calles en pendiente del pueblo eran maravillosas para nosotros los niños. ¡Cómo nos divertíamos con la bicicleta! Nos poníamos en lo alto de la cuesta, bajábamos a toda velocidad, cruzábamos la calle Mayor como una exhalación, y con el impulso, casi sin pedalear, subíamos la calle de enfrente. Los que no tenían bici también jugaban: uno se metía en una caja de embalaje, o se sentaba encima de una tabla, y otro desde atrás le empujaba. ¡Qué bien lo pasábamos! Yo me habría quedado con ellos día y noche. Pero a las seis tenía que ir a casa a merendar,

mi madre en eso era inflexible. ¡Aquellas campanadas de las seis!, qué lúgubres me parecían... Subía la cuesta pedaleando a toda velocidad, dejaba la bicicleta tirada de cualquier manera y entraba en casa. Del sol y del calor, cruzando la cortina, pasaba a la penumbra fresca y silenciosa... Claro, en las casas-cueva no hay ventanas, solo se filtra un poco de luz por la puerta, la dejan abierta y ponen una cortina ligera, para que no entren moscas. En invierno, la luz la da la chimenea. Llegaba, te digo, corriendo, despeinada, con la ropa en desorden, con prisa por volver a marcharme, me habría comido la merienda de pie, o aún mejor, me la habría llevado para comerla en la bici... Entraba, y allí estaba mi madre: «Ay, hija, ¡qué greñas traes! Ve a lavarte las manos y péinate, por el amor de Dios... Pero ¿qué haces? ¿Un vaso de agua del grifo? ¿Fría?, con este sudor, te va a sentar mal... Deja ya de decir "arrea"... Quítate esta rebeca, que la voy a echar a lavar ahora mismo...».

Nos sentábamos a merendar. Todo estaba preparado, impecable: la mesa puesta, el mantel de cuadros rojos y blancos, la servilleta a juego, el plato con el pan untado de mantequilla y espolvoreado de azúcar, el tazón de leche con Cola Cao... y mi madre, sentada frente a mí. Es curioso, ahora que lo pienso: debía de ser la misma escena que ella vivía con su tía, en ese mismo lugar: una casa grande, pulcra, en silencio, para ellas dos solas, y unas puertas más allá, la animación, la algarabía, de todos los hermanos...

Mi madre, pues, que debía de haberse pasado el día limpiando, fregando, ordenando, mi madre que no participaba en la vida de las demás mujeres, que allí se pasan el tiempo yendo a casa unas de otras con cualquier excusa, «voy *anca* la Pepi», así dicen allí, quiere decir, «a casa de»: «niña, vete *anca* la Tomasa y pídele una cabeza de ajos, dile que mañana se la devuelvo...», mi madre no se dignaba participar en todo eso, a las mujeres del pueblo las consideraba, con toda la razón por lo demás, «unas chismosas»... Mi madre, cuando yo llegaba, esperaba que yo le diera conversación o... no sé muy bien qué. Era evidente, las dos nos dábamos cuenta, que yo lo que estaba deseando era salir, volver a la calle, con mis amigos. Y ella se quedaba afligida, humillada, furiosa, no sé... y el saberlo, el sentirlo, a mí me daba aún más ganas de salir corriendo, y eso es lo que hacía, con el último bocado de la merienda aún en la boca.

... Sí, es verdad que era un poco lo mismo, que a mi padre le pasaba como a mí, nunca terminábamos de corresponder a lo que ella esperaba de nosotros. Es que yo creo que mi madre, más que querernos, nos necesitaba. Ella decía que solo pensaba en servirnos, que vivía para nosotros, pero en realidad,

ahora que lo pienso... Nos servía en cosas que quizá nosotros, mi padre y yo, no queríamos, yo no tenía especial interés en ir limpiísima y planchadísima, yo no quería que se pasara horas dándole a la máquina de coser para hacerme vestiditos con punto de abeja en la pechera, yo... yo no sé muy bien qué quería, pero no era eso. Es como si ella hubiera establecido los términos de un pacto: ella nos servía guisando y limpiando, y a cambio, nosotros teníamos que hacer, que ser, lo que ella quería que fuéramos. Y a nosotros no nos dejaba más alternativa que obedecer, plegarnos a ese pacto que no habíamos elegido, o ser, él un marido traidor, yo una mala hija: unos ingratos.

No le hacía ninguna gracia, claro, no solo que me marchara y la dejase aburriéndose —pero ¿era culpa mía que mi madre se aburriera?—, sino que me marchara precisamente para jugar con los que ella llamaba «zarrapastrosos». En cierto modo no le vino mal que durante unos años dejáramos de ir a La Era, porque lo que más temía mi madre, sospecho, es que yo me ennoviara con alguien de allí.

... Sí, claro. Que la ayudara a hacer eso que es lo que ella más ha deseado en la vida. Parecía que lo había conseguido, pero nunca estaba del todo segura. Sentía que no se había librado de ellos; que nunca podría estar tranquila... Sospechaba que quien la miraba no la veía a ella sola, sino a ella con la tía Zambomba y Paco el de la tahona con su hijo jorobado. Como un abrigo heredado al que le vuelves el cuello y le haces algún arreglo pero no sabes si da o no da el pego, o una blusa que se te transparenta. Nadie te va a decir nada, naturalmente, pero...

Y otra cosa que esperaba de mí mi madre es que yo le hiciera compañía. Más que compañía: que le diera el cariño que no le daba mi padre. Ni ella a él, por otra parte, porque su marido para ella era como un trofeo, para tenerlo en la vitrina. Por eso era imprescindible que fuese un hombre guapo, apuesto, a la altura de la idea que ella tenía de sí misma; eran como dos maniqués en un escaparate. Pero yo me negaba a figurar también en el escaparate, me negaba a ponerme los vestidos que me hacía mi madre para el pueblo, y ella se enfurecía, y yo, como te pasa cuando eres pequeña y no tienes palabras para decir lo que sientes, ni siquiera para pensarlo, yo no sabía contestarle, solo sentía que aquello era una estafa, que mi madre me estaba vendiendo que hacía por mí algo que en realidad hacía por otros motivos. Pero ella a su vez sentía que yo despreciaba sus esfuerzos. ¿Y por qué? No solo porque esos vestidos eran incómodos. Ni tampoco por respeto a los niños del pueblo, a fin de no humillarlos, no. Era otra cosa, era temor a su venganza. A que me

apartaran, a que me dejaran sola en mi pedestal, con mis vestiditos de punto de abeja.

... ¿Mi padre? Ninguno. No intervenía, no opinaba, no pintaba nada. Y es que mi padre, cada vez me doy más cuenta, y me hace más gracia la convicción que tenía mi madre, que tiene todavía, de lo que le quiso, de que le entregó sus mejores años, todas esas cosas..., mi padre en esa casa no existía como persona. Era una institución, algo abstracto, como el Gobierno de la Nación o el Banco de España.

De modo que a mi madre, como te decía, no le pareció mal que yo dejara de ir al pueblo. Y yo misma perdí interés en volver. Hasta que ahora, hace unos meses, quise enseñárselo a Alfredo. Llegamos como un par de forasteros.

... No, no te creas, no tanto. La casa de los Medina tiene ahora un cartel que pone «Disco-pub Época». Supongo que los Medina se habrán ido a Madrid, como tantos otros, o a Valencia. Pero otras cosas siguen igual, sigue existiendo la Mercería Loli, la Cooperativa Agrícola La Humildad... En el bar, el que hay junto a la iglesia, el camarero parecía de algún país del Este. Por lo demás, igual: un pueblo adormecido, mortecino, ni bonito ni feo. Más pequeño de lo que yo lo recordaba, claro, pero eso siempre pasa.

Ya casi no hay niños, se nota enseguida, por el silencio. Los tres o cuatro viejos sentados en un banco de la plaza giraron la cabeza, todos a la vez, al vernos llegar. Es muy raro que por La Era aparezcan forasteros. No es un lugar turístico, no tiene nada especial, es un pueblo manchego del montón. Los viejos, pues, nos observaron de arriba abajo, sin ningún disimulo, mientras nos acercábamos, siguieron mirándonos fijamente cuando pasamos frente a ellos, contestaron a coro a nuestros «Buenos días» y volvieron la cabeza al otro lado para seguirnos con la vista todo lo que pudieron. Es un silencio tan escrupuloso el que guardan mientras te miran, concentrados en cuerpo y alma en mirarte... No pierden detalle, es como si te chuparan, te exprimiesen hasta la última gota, porque vas a ser su alimento durante todo el día, tal vez durante varios días.

Estuvimos paseando un rato, estaba todo muy muerto, la verdad, estaba siendo una visita sin muchas emociones, cuando pasando por una calle de casas nuevas, vemos a un niño pequeño que nos mira fijamente, agarrado a las rodillas de su madre, que estaba sentada en el poyo de una casa, y al vernos se pone a llorar. No debía de estar muy acostumbrado a ver a desconocidos. Alfredo y yo nos reímos, la madre se rio también, y desde dentro de la casa oímos una voz que decía: «Ya está llorando otra vé. Dale teta, a vé si se calla

de una *vé*». La madre, que era joven, veintitantos años debía de tener, arrullaba al niño, pero el niño no se callaba, y se volvió a oír la voz que venía de dentro de la casa: «Dale teta, Marina, a ver si se calla de una *vé*»... ¿Marina?, pensé yo, qué raro, este no es un nombre que se dé por aquí... pero ya salía una mujer gorda, secándose las manos en el delantal, e iba a decirle algo a su hija, cuando nuestras miradas se cruzaron.

Yo la conocía, la conocía perfectamente, pero ¿quién era? ¿La tía Zambomba? ¿Podía ser que estuviera tan lozana, tan joven?... «¡Áurea, la de *lo Perejile!*», exclamó ella. Era Circun.

Nos abrazamos con verdadero cariño. Está gordísima, con la piel esa tan tersa de los gordos, con papada, pero guapetona, y contenta, me pareció.

—¿Y este quién *é*? ¿Tu *marío*? —me preguntó con el desparpajo de los pueblos.

Le expliqué que no; que estaba divorciada y este era mi novio.

—Que no se entere tu madre —exclamó Circun. Ya ves qué fama tiene mi madre en el pueblo. ¡Si supieran que ella también tiene novio!... ¿Te lo he contado? Un señor viudo, con el que va al cine, a cenar, a bailar... Desde que sale con él está rejuvenecida. Pero no se atreve a llevarlo al pueblo, claro.

Sin asomo de falsa modestia, Circun procedió a enseñarnos su casa, tan nueva que todavía olía a yeso húmedo. Tiene cocina, cuarto de baño, un patio; yo me acordaba de la casa de la tía Zambomba, sin agua corriente, pegada al corral de las gallinas y los cerdos... Nos hizo pasar a un salón impoluto —es evidente que nunca lo usan— con muchos tapetes y figuritas de porcelana. Nos contó que su hija, que estaba con nosotros, tiene un bar, junto con su marido, y que también tiene un hijo que está estudiando en Madrid, para ingeniero agrónomo.

Cuando al final nos despedimos, nos dijo:

—*Tenei* que *volvé* en verano, que *entonce* estará *Salvado*.

Tardé un momento en entender a quién se refería.

... Es verdad, había prometido contártelo. Pues volvamos al verano de 1971.

Bien, como recordarás, después de que llegasteis Salvador y tú anunciando que habíais encontrado muerta a doña Lucía, os fuisteis todos a su casa, menos el señor Soley, y tus padres que se volvieron al hotel. El señor Soley se fue a su cuarto y yo, sin saber muy bien qué hacer, me metí en la cocina, donde Epi y Circun estaban recogiendo. ¡Qué imprudencia! Epi estaba fregando los platos, visiblemente furiosa, y Circun sofocadísima, alterada,

barriendo pedazos de loza, por lo visto un montón de vajilla se le había caído y se había hecho añicos, tenía lágrimas en los ojos, y encima creo que no entendía bien qué había pasado, adivinaba que el señor Soley se había burlado de ella pero no debía de saber qué era «circunflejo» o «circunloquio», si eran insultos o qué, ni a qué venían; es que ella no se había dado cuenta del efecto producido por «la Circuncisión del Señor»... Muy ignorante, sí, recuerdo que al señor Soley ese verano, el 18 de julio, se le ocurrió preguntarle: «Tú, Circun, ¿sabes qué es esto del 18 de julio?» y ella contestó: «Algo de Franco»... Sintiendo que había encontrado un filón, él le hizo algunas preguntas más a las que ella contestó con la misma candidez. Creía por ejemplo que José Antonio —ya sabes, el fundador de la Falange, José Antonio Primo de Rivera, cuyo nombre llevaban entonces las calles principales de todos los pueblos y ciudades— era «un primo de Franco». En cuanto a Juan Carlos, el futuro rey, no sé si sabes que su padre, don Juan, hijo de Alfonso XIII, llevaba el título de «conde de Barcelona»... pues Circun creía que Juan Carlos era «catalán, porque su padre es de Barcelona». Todo así. El señor Soley se aguantaba la risa, y luego se lo contaba a su mujer: «*Saps la última de la minyona?*», y si la señora Soley le hacía movimientos de ojos desesperados señalándome a mí, él se encogía de hombros: «*No entén el català*», decía, como si entender el catalán fuera tan difícil.

Entré, te decía, en la cocina, me senté, y en cuanto me hube sentado y vi con qué cara me miraba Epi, me di cuenta de que había metido la pata. Pero ya no me podía marchar, no me atreví. Con el delantal y los guantes de goma, sosteniendo en las manos una sartén a medio enjabonar, Epi se encaró conmigo.

—Ya le puedes dar las gracias a tu madre —me espetó—, por habernos colocado en casa de los Soley. «¡Una habitación y un cuarto de baño para ella sola!», que decía tu madre que iba a tener yo en casa de doña Lucía. —Epi imitaba el tonillo redicho con que mi madre le hablaba a la gente del pueblo—. ¡Qué risa, tía Felisa! Y la pobre infeliz de mi madre que se lo creyó y se lo sigue creyendo, porque no la he querido desengañar. ¡Una habitación y un cuarto de baño! Pero ¿tú has visto —Epi blandía la sartén— en qué pocilga me tenía metida doña Lucía?, si tenía allí qué sé yo, una trona, un somier oxidado, una cuna del año de Maricastaña, hasta un pedazo de tela metálica tenía, que le sobró de una valla, todo eso tenía ahí metido.

—Pero es que mi madre no podía saber... —intenté interrumpir yo, tímidamente. Agarrando la sartén por el mango y levantándola como si me fuera a pegar con ella, Epi se me quedó mirando de hito en hito. Preferí

callarme. Epi golpeó la sartén contra el fregadero de aluminio, haciendo un ruido de mil demonios.

—¡Y ale, a jorobar, la tía asquerosa! —gritó—, qué bien que se haya muerto, ya era hora, que no hacía más que jorobar, que para comer no me daba más que arroz y patatas, y ella, buenos filetes que se echaba al coletto, aunque se le despegara la dentadura postiza. Y todo el día contando los cubiertos de plata, no fuera yo a llevarme una cucharilla. ¡Si hasta cuando salía me encerraba con llave, por miedo a que me marchara con las joyas! — Había dejado la sartén en el fregadero y había abierto el grifo al máximo. El agua, saliendo a chorro, la estaba salpicando, pero no lo cerraba.

—Que como hubiera *habío* un incendio... —intervino Circun.

—Suerte que yo no me chupo el dedo —Epi cerró el grifo y se quitó los guantes con despecho— y me había hecho una copia de la llave, como que me iba yo a quedar de brazos cruzados encerrada dentro de su casa. Pero buena es la familia, ¿eh? —arrojó los guantes al suelo y se me encaró—, de tal palo tal astilla. Si ella misma, doña Lucía, era la primera en decirlo, qué joya la señora, había que oírla hablando de su parentela. Su hijo, «un pelagatos», que si algún cuadro ha vendido en su vida es porque se llama Soley, y los Soley son no sé qué y no sé cuántos y todo el mundo le debía favores a su padre de cuando fue alcalde. Su nieto, «un payaso», «un botarate». Su nuera, «viene todas las tardes a hacerme la pelota, menos los sábados que viene a otra cosa», porque no tenía un pelo de tonta, la vieja, ya se había dado cuenta de que los sábados la señora Soley llegaba siempre muy pronto, iba arregladísima, no llevaba a Marina y se marchaba prontísimo, y en cambio a su casa volvía a la hora de cenar, diciendo que había pasado toda la tarde con su suegra...

Como agotada, al borde del llanto, Epi hizo el gesto de sentarse, pero yo ocupaba el único taburete.

—¿Y tú? —exclamó entonces Circun—. ¿Qué haces ahí *sentá*? ¿por qué no te pones un delantal? —Y antes de que yo pudiera contestar—: Si todas las de tu familia han *ío* a *serví*. Tu madre se fue a *Madrí* a *serví*, tu abuela se fue a *serví* a *Zudarral*...

... Ciudad Real, una ciudad de La Mancha.

—La madre de tu abuela se metió a *serví* en casa de los Medina... —proseguía Circun.

—Y ya sabes cómo acabó... —añadió Epi. Yo me había levantado, acalorada:

—No sé de qué me hablas —me defendí—, mi madre en Madrid era vendedora en una perfumería. —Circun, desconcertada, no dijo nada, pero Epi se echó a reír a carcajadas; tuve que elevar la voz para continuar—. Mi bisabuela a quien sirvió fue a los Soley, como ama de cría. El padre del señor Soley y mi abuela, por si no lo sabes, eran hermanos de leche.

Epi y Circun lo sabían perfectamente, pero no parecían compartir la opinión de mi madre de que eso nos convertía a nosotros poco menos que en una vieja familia de la burguesía catalana.

—¿Ah, sí? —dijo Epi—. Y, oye, la madre de tu abuela ¿por qué se vino a servir a Cataluña?

La pregunta me desorientó, era demasiado fácil, me olí una trampa, pero ¿qué iba a contestar?, si la verdad, o eso me parecía, era tan obvia, y tan inocente:

—Pues porque al enviudar, se quedó sin el jornal de su marido, y para poder mantener a su hija...

—¿El jornal de quién?

—Su marido se murió cuando estaba embarazada.

—¿Su marido?... —Epi se echó a reír otra vez—. ¡Su marido! ¡Su marido, dice! ¿Y quién era su marido si se puede saber?

Yo no tenía ni idea de adónde quería ir a parar Epi. Circun, que no parecía conocer esa parte de la historia ni saber de qué hablaba su hermana, nos escuchaba mirándome fijamente, plantada en medio de la cocina y con la boca abierta; me sacaba de quicio. Me esforcé en vano por recordar lo que sabía de mi bisabuelo. ¿Cómo se llamaba? ¿Tú te sabes el nombre de tus bisabuelos?... En cuanto a su oficio, creía que era jornalero, pero no sabía si me lo habían dicho o si es que lo di por supuesto, porque jornalero era también el segundo marido de mi bisabuela, como lo eran casi todos los hombres en el pueblo. Se casó con ella cuando mi abuela tenía dos o tres años, y me sonaba —no lo sabía bien porque a mis abuelos maternos no los conocí, y mi madre no hablaba de esas cosas, ni a mí se me ocurría preguntarle—, me sonaba que solo unos años más tarde se había enterado de que ella, que se crio junto con los demás hijos de su madre, no era hija del mismo padre.

En ese momento, con gran alivio por mi parte, os oímos llegar.

—¿Qué pasó con los Medina? —tuvo tiempo de preguntar Circun, que al ver que no íbamos a poder seguir hablando, debió de temer que pasado ese estallido su hermana recuperase la discreción habitual. Y Epi, que

efectivamente solía mantener siempre la compostura, pero que esa noche, rabiosa como estaba por la actitud del señor Soley, se había soltado el pelo...

Vi desfilar por su cara, como proyectados en una pantalla, los estados sucesivos por los que pasó en unos segundos: la tentación de hablar; los remordimientos... y finalmente, un placer malévolamente tan intenso que debió de resultarle irresistible.

—Pasó —dijo— que la echaron porque estaba embarazada.

... ¿Si era verdad el qué? ¿Que mi bisabuela fue criada de los Medina? ¿Que la echaron? ¿Que la echaron por estar embarazada?

Verás: cuando volví a Madrid...

Cuando volví a Madrid me empezó a pasar algo que no me ha dejado de pasar desde entonces, algo que podríamos llamar «ver doble». Yo veía lo que veía todo el mundo: la meseta, seca y áspera, que cruzábamos en el tren, el sol tremendo de agosto en Castilla, la estación de Chamartín, la misma de donde había partido hacía dos semanas... y al mismo tiempo, veía otra cosa: la luz centelleante sobre el mar, la terraza con hortensias, los cuadros del señor Soley... Yo misma era doble: esa Áurea a la que mi madre abrazaba y daba la bienvenida —con una alegría que desde el primer momento me pareció extraña, como exagerada—, esa Áurea también tenía otra cara, una sombra, había atisbado otras vidas posibles... Pero te quería contar la conversación que tuve con mi madre esa noche, cuando nos quedamos solas, habiendo dejado a Circun en el autocar para volver a La Era. Yo ya había deshecho la maleta y había empezado a darme cuenta de lo que me esperaba: semanas enteras en Madrid, con esa luz blanca, cegadora, inclemente, de Madrid en verano, sudando, sin nada que hacer, encerrada en nuestro pisito, con las ventanas inútilmente abiertas, a solas con mi madre...

... No, no lo sabía. Pero que estuviera mi padre o no, no había mucha diferencia: siempre estaba trabajando, y cuando estaba en casa, no nos hacía mucho caso ni a mi madre ni a mí.

Nos sentamos a cenar y me puse a contarle a mi madre cosas de La Tramontana. Que si el pueblo, que si la playa, que si la costumbre de los Soley, tan sorprendente para mí, de estar a todas horas con amigos... Que si los cuñados, el yate de los cuñados... doña Lucía, la decoración, la manera de vestir de Marina y la señora Soley... Salvador, tú, tus padres... lo de que el señor Soley no quisiera ir a casa de su madre... cómo se puso a llorar luego en la iglesia, cómo Salvador se encerró en su habitación... cosas que yo creía que iban a interesarla, a intrigarla... y que en vez de eso caían en saco roto, sonaban a hueco; mi madre estaba como ausente, no me hacía ninguna

pregunta... y entonces, sin pensar, de corrido, añadí: «¿Y sabes qué me dijo Epi el último día?, pues me dijo: “Tu madre se fue a *Madri* a *serví*, tu abuela se fue a *serví* a *Zudarral*, y la madre de tu abuela se metió a *serví* en casa de los Medina y la echaron porque estaba embarazada”...».

Si quería conseguir un efecto, lo conseguí, de eso no hay duda. «¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué dices?», saltó mi madre, roja como la grana. «¿Qué te dijo?... ¡Será posible! ¡Encima de que yo las coloqué en esa casa, que si no fuera por mí estarían en el pueblo, descalzas y sorbiéndose los mocos! ¿Así me lo pagan, poniéndonos a bajar de un burro? Esa *analfabestia*» —se refería a la tía Zambomba— «que le huele el aliento a aguardiente, que mea en la calle, que no lleva ni bragas, ¿por qué no se ocupa de vigilar a sus hijas en vez de echar mierda sobre los demás?». Ya ves, mi madre, tan fina siempre hablando, pero es que estaba fuera de sí. «¿Por qué no te cuenta lo que hacía Circun con el bruto del Mariano, el hijo de Paco el de la tahona, detrás de la tapia del cementerio?...». Y se levantó, tiró la servilleta y se metió en su habitación dando un portazo.

... Efectivamente. A mí tampoco me pasó por alto ese detalle: no lo desmintió.

Cuando mi madre se metió en su habitación... ¡qué remordimientos!... Ya no entendía por qué le había dicho eso, cómo había podido ser tan ingenua... No era ingenuidad, claro, lo entiendo ahora, era un deseo de venganza. De pinchar ese globo de secretos, mentiras y silencios que había en mi casa; de darle a entender a mi madre que yo no era lo que ella quería, de acuerdo, pero es que ella tampoco era lo que decía ser... Ella, como te digo, se metió en su habitación dando un portazo, y yo, sin saber qué hacer —no iba a terminar de cenar yo sola como si tal cosa, además no tenía hambre—, recogí la mesa, fregué los cacharros —ahora que lo pienso, era la primera vez que lo hacía yo, no mi madre: me estaba haciendo mayor—, y cuando hube terminado, me metí en mi habitación.

Pero poco me iba a durar la tranquilidad, porque a los cinco minutos, llaman a la puerta... Abro, y es mi madre, cariacontecida, solemne, recién peinada y empolvada para disimular que había llorado, que entra en mi habitación, se sienta en mi cama, y me anuncia, muy compuesta (¡qué gran actriz es mi madre!... desaprovechada: solo tenía una espectadora, y encima involuntaria), me anuncia que respecto a eso que ha dicho Epi...

La interrumpí. Le dije que no tenía nada que explicar, que yo sabía perfectamente que Epi había querido vengarse de que ella y su hermana

estaban de criadas en esa casa y yo de señorita, y que estaba muy cansada del viaje y que por favor me dejara dormir.

... Claro. Lo hice aposta. Decir que yo no creía lo que había dicho Epi habría sido mentir, y yo no quería más mentiras. ¿Qué iba a decirme ella?, no lo sé, pero yo tampoco iba a creérmelo. En el primer momento yo creo que se quedó desconcertada. No tenía otra versión y no la podía improvisar... Y ahora volvía, claro está, para darme la versión oficial, la que fuera que había estado componiendo precipitadamente mientras yo fregaba los platos, a base de justificaciones y acusaciones a otros y medias verdades. Y yo no quise. ¿Por qué?... Para evitarle una nueva mentira, evitárnosla a las dos. Y para no remover más viejas historias.

... Ah, sí, es verdad, que no te lo había terminado de contar. Entonces, yo sabía que esa versión, la de la perfumería, era falsa, pero no sabía la verdadera. Me enteré gracias a Sagrario. Un día estaba andando con ella por el barrio de Salamanca, y de pronto ella señaló un edificio —grande, hermoso, muy señorial— y me dijo que ahí se conocieron mis padres. Al ver mi cara de sorpresa me preguntó si es que no lo sabía y yo dije que sí, claro que sí, solo que nunca me habían enseñado el sitio; y con alguna que otra pregunta capciosa deduje la verdad: que mi padre fue a hacer alguna instalación o reparación eléctrica en una de las viviendas, y ahí conoció a mi madre, que era la criada.

Por Sagrario me he enterado yo de muchas cosas que nadie me había contado. Un día por ejemplo, sin venir a cuento, hablando como ella habla, de cualquier cosa —más que hablar es pensar en voz alta mientras hace punto—, murmuró: «¡Pues vaya faena le hizo a tu padre el tal Gúmer!». «¿Qué faena?», pregunté yo. «Lo de decirle que se buscara otro empleo porque los negocios de don Jaime se iban a pique». Clic-clac. «Y tu padre, que es un bendito, se lo creyó, y se insolentó con don Jaime para que le despidiera y le diera una indemnización...». «¿Ah, sí?», dije yo, para tirarle de la lengua. No hacía falta, ella habla sola, «... pensando que si esperaba unos meses más, si la empresa cerraba, qué indemnización le iban a dar ni qué ocho cuartos. Pero mira, no hay mal que por bien no venga, porque con ese dinero pudo poner la gestoría...».

¿Con ese dinero?... Mi padre siempre mantuvo, de cara a mi madre y a mí, que cuando habló con los socios y tuvo que dejar la autoescuela, estuvo buscando empleo como contable, no lo encontró, y finalmente decidió crear él una empresa, una gestoría. Ni a mi madre ni a mí se nos ocurrió preguntar con qué dinero; yo supuse que con ahorros o con un préstamo, en fin, en esa época

yo no me preguntaba esas cosas, y mi madre, menos. Pero a Sagrario ya ves lo que le dijo: ni una palabra del dinero «prestado» a don Jaime, ni del viaje a Suiza, ni de nada, y en cambio le habló de una supuesta indemnización que le habría dado don Jaime. Y si sabiendo, como yo sé, que don Jaime no le dio ni indemnización ni nada, ¿de dónde salió ese dinero?

... Tú lo has dicho. Yo no lo quiero decir. Me gustaría pensar que no es así, pero... Pero espérate, que no termina ahí lo que me dijo Sagrario de este tema. «Y era todo mentira», continuó, «los negocios de don Jaime dice tu padre que van viento en popa, y este, el Gúmer, lo que se estaba era camelando al señorito, dice tu padre que iban juntos de...», clic-clac, «... de pelanduscas, y subió como la espuma, el tal Gúmer, y claro, lo que quería era que tu padre se quitara de en medio para que no le hiciera sombra, quítate tú que me pongo yo.»... Sí, pensé yo, y también vengarse de la escena que le había hecho mi madre a Gúmer porque vivía con una sin estar casados; pero claro, eso mi padre no debía de habérselo contado a Sagrario, aunque solo fuera para no tener que confesar que él estaba presente y no se había atrevido a abrir la boca... «El otro día», siguió Sagrario, «se cruzaron por la calle, yendo los dos en coche, dice tu padre que el Gúmer le saludó pero él al Gúmer no, bien hecho, le dije yo, tú no te dejes pisar... y ¿sabes en qué coche iba el otro?», pausa, clic-clac, «tu padre, en el Seat, y el otro... ¡en un Mercedes! ¡No te fastidia!»...

... Sí, en el 87 en Barcelona, como te dije. Había conseguido su teléfono llamando a su familia del pueblo, pero a través de Información, no a través de mi madre, porque si le hubiera dicho a mi madre que iba a ver a Epi... solo de imaginarme la avidez con que ella habría estado esperando que yo le contara... De si se casó o no embarazada no se había vuelto a hablar, pero mi madre seguía muerta de curiosidad por saber si era verdad que Epi se había casado con «un señor de Barcelona», como decía su familia, y si era así, de dónde diablos lo había sacado. Mi madre está contenta, ahora, con la vida que lleva: le gusta mucho trabajar y ganar dinero, y aunque no es mucho, eso de tener una pequeña empresa, dos empleadas que cosen para ella... poder dar órdenes, manejar dinero, gastárselo en lo que quiere, pagarse un viaje organizado, en autocar, «grandes capitales europeas», cinco ciudades en quince días... a ella le encanta. Pero no ha olvidado el pueblo. Sigue enteradísima de todo; sigue opinando, criticando; sigue queriendo dar lecciones. Aunque ahora ya no son lecciones de virtud ni de modales, ahora son de espíritu empresarial; en vez de «Julio, por el amor de Dios, ¿cómo te limpias la boca con la manga?», ahora es: «Julio, por Dios, con ese cortijo tan

hermoso que tienes y vacío, ¿cómo no se te ha ocurrido poner un hotelito rural?»...»...

Así que conseguí el teléfono de Epi en Barcelona y la llamé. Ella ya sabía por su familia que yo vivía en Londres; le conté que estaba de paso en Barcelona, quedamos, me dio la dirección... A mí me parecía que el nombre de la calle me sonaba, pero no supe de qué... Un edificio muy bonito, una casa de cuatro plantas, con un pequeño jardín, en un barrio tranquilo, señorial... Epi ocupaba el ático. Me vino a abrir, llevaba un vaquero, una blusa, unas sandalias, todo sencillo pero de buena calidad. Parecía contenta de mi visita: me abrazó, me dio un par de besos, no dejaba de sonreír... Como era el mes de julio y hacía mucho calor me propuso que tomáramos café en la terraza. Cruzamos el salón. Sin ser nada del otro mundo, me pareció tan acogedor... Qué diferencia con la casa de mi madre, no pude evitar pensar: con mi madre era como vivir en un escaparate, daba la impresión de que los muebles estaban en posición de firmes para que mi madre les pasara revista. En casa de Epi, en cambio, los objetos —las macetas con helechos, los grandes sofás blancos, los cojines— parecían tomar el fresco, dormir la siesta. La terraza, sombreada por un toldo blanco, estaba llena de plantas; en el centro de la mesa había una maceta con ciclámenes rosa.

Mientras Epi hacía el café, eché un vistazo a las fotos enmarcadas que había en el salón. Eran de ella, de un hombre calvo que debía de ser su marido —en una de las fotos aparecían los dos, muy sonrientes, junto a una placa que ponía: «El Ave Fénix»—, y de un niño y una niña. Qué curioso: me daba la impresión de que la cara del hombre calvo no me era desconocida.

—¡Qué casa tan bonita tienes! —dije yo cuando llegó con el café—. Y el barrio es precioso también, no lo conocía... ¿Hace mucho que vives aquí?

—Desde que me casé —dijo Epi evasivamente—. ¿Y tú, estás casada?

—No, casada no, pero vivo con un chico, un inglés, he venido con él de vacaciones.

—Que no se entere tu madre —se rio Epi.

... Sí, lo mismo que Circun. Ya ves qué fama tiene mi madre en el pueblo, y no por casualidad. Debía de haber hecho algún comentario sobre el dudoso lapso transcurrido entre la boda de Epi («¡si es que es verdad que se ha casado!», apostillaba) y el nacimiento de su hijo, y habría llegado a oídos de la interesada. Cambié rápidamente de tema:

—Y tú, ¿qué tal? ¿Qué haces aquí, en Barcelona?

—Trabajo con mi marido, que tiene una empresa de construcción. Hacemos reformas de pisos antiguos y los dejamos como nuevos.

En ese momento sonó el interfono. Epi fue a abrir. «Es mi hijo», explicó.

Unos segundos después se oyó la puerta, y Epi dijo en voz alta, en dirección al recibidor:

—*Mira, Pau, vine que et presenti una amiga meva...*

¡Hablaban en catalán! ¡Epi hablaba con su hijo en catalán!...

—¿Tu marido es catalán? —le pregunté.

Y ella, otra vez, contestó evasivamente: «A medias», dijo, y no me dio más explicaciones... Entró el chico a saludar: flaco, enjuto, con la cara alargada, y el pelo corto, muy negro, brillante, como púas de un puercoespín... Si la cara del padre, en la foto, me había resultado familiar, la del hijo me sonaba más todavía. ¿De qué, de qué...? Buscaba en la memoria, y de pronto, en vez de lo que estaba buscando, encontré otra cosa. ¡Copérnico! ¡Claro, eso era, Copérnico! ¡La calle en la que tenía que haber vivido Marina, en Barcelona, en la casa que pertenecía a su abuela...!

—Oye —le dije a Epi—, ¿este piso no era de doña Lucía?

Epi se recostó en la silla, con una sonrisa entre incómoda y triunfante.

—Pues... sí, ya ves qué casualidad... hace muchos años... Fue porque un cliente de mi marido estaba buscando fincas para invertir... y mi marido sabía que doña Lucía tenía este edificio... le preguntó si quería vender, ella dijo que sí... mi marido les puso en contacto, y... luego mi marido le compró a este señor uno de los pisos. Es hermoso, sí, muy grande, pero no sabes en qué estado estaba... aunque con la reforma que le hicimos, la verdad es que ha quedado chulo, ¿no?

Me apresuré a decir que sí, que chulísimo, mientras intentaba entender cuál era ahí el gato encerrado. Recordaba vagamente que Marina me había contado algo sobre la casa de la calle Copérnico y que estaba furiosa, pero ¿por qué?... Me había contado, iba recordando, que la abuela la había vendido sin que ellos lo supieran... algo así como que se había dejado estafar, con tal de estafar a sus herederos... pero ¿a quién se la vendió?, de eso ya no me acordaba. Por si acaso, preferí no preguntar. Nos pusimos a hablar del pueblo, hasta que se hizo tarde y me tuve que ir. Epi llamó a su hijo:

—*Pau, vine a dir adéu a la meva amiga!*

Estábamos en el recibidor, esperando a que viniera su hijo a despedirme, y noté que Epi quería decirme algo importante, algo que tenía pensado, preparado. Y en efecto, con los ojos brillantes y una gran sonrisa, me pidió:

—Hay una cosa, Áurea, que quiero que le digas a tu madre. No te olvides. ¿Se lo dirás de mi parte? —Y tras haberle asegurado yo que no dejaría de hacerlo, en la primera ocasión posible, me dijo, recalcando mucho las

palabras—: Dile lo agradecida que le estoy por haberme colocado en casa de doña Lucía.

En ese momento salió el chico y me despidió educadamente. Dije adiós y salí. Esa cara... ese pelo... ¿a quién me recordaban?... Y en cuanto hube cerrado la puerta detrás de mí, me acordé y lo entendí todo.

... Sí, lo has adivinado. Yo no le había visto mucho: una vez en casa de doña Lucía, otra en el bar del pueblo, luego el día del entierro... pero tenía una fisonomía muy peculiar, de las que no se olvidan.

Lo que me desorientó, en la foto, lo que me impidió reconocerlo en un primer momento, era la calvicie. El hijo, en cambio, con ese pelo negrísimo y plantado como clavos sobre la cabeza, era su vivo retrato.

Diez años después, en 1997, volví a Barcelona.

... Por cuestiones de trabajo. En teoría. Fíjate qué curioso, que... No le dije a David que iba. Vi un anuncio, en un periódico español: la Escuela de Intérpretes de Barcelona buscaba profesores, decidí presentarme solo por probar, por curiosidad... y olvidé comentárselo a David. Hablábamos tan poco ya... más que conversaciones, como en los primeros tiempos, lo que teníamos eran reuniones, sí, reuniones de trabajo, solo que el trabajo en cuestión era la organización doméstica: la compra, los impuestos, quién llevaba a Nico al dentista, a la piscina... Para mi sorpresa, me seleccionaron, junto con dos o tres más, y me pidieron entrevistarme. Y seguí sin decirle nada a David. Me saqué un billete de ida y vuelta en el día. Fíjate qué curioso, te iba a contar, que al que me entrevistó, que era el profesor para el que buscaban sustituto, porque dejaba Barcelona y se iba a vivir a Madrid, le dije, para explicarle por qué me interesaba ese trabajo, le dije algo que inventé sobre la marcha: que me había divorciado de mi marido inglés y quería volver a España... En efecto: profético. Y ¿sabes quién era el que me entrevistó? Alfredo.

... No, en ese momento no. Y como no me dieron el puesto, tampoco tuve más relación con él. Pero luego, cuando un año después, más o menos, tomé la decisión de separarme de David y de volver a España, le escribí, para ver si me podía ayudar profesionalmente... Quedamos en vernos, nos vimos para tomar un café, simpatizamos... y hasta hoy.

... Por cuenta propia. No me va mal, y sobre todo, me deja tiempo para pintar.

Había hecho la entrevista, me quedaban unas horas libres, me puse a pasear por el centro de Barcelona... y figúrate mi sorpresa al encontrarme con un cartel en el que encima de una reproducción de un cuadro, se anunciaba: «Josep Soley, 1930-1987».

... No, claro que no lo sabía. Y eso contribuyó, yo creo, aunque en ese momento no me di cuenta... eso hizo lo que hacen siempre las muertes, y los nacimientos, a nuestro alrededor: cerrar una etapa y abrir otra, interrumpir esa ilusión de presente continuo en la que vivimos durante años. Divorciarse tiene el mismo efecto: toda una parte de tu vida, recuerdos, momentos, personas — los suegros, los amigos de él...—, de pronto cae en el pasado, como un edificio que había ido decayendo, que estaba en realidad en ruinas, pero no se notaba, quizá porque conseguías no fijarte mucho, te conformabas con seguir viendo la fachada en su sitio... hasta que un buen día se desploma. Dentro de mí el señor Soley seguía existiendo tal como le conocí en 1971 y Marina como la vi la última vez en 1984. Lo cual me producía un efecto de... ¿cómo decirlo?... como si yo tuviera por delante todo el tiempo del mundo, como si pudiera seguir así, indecisa, eternamente, entre varios caminos y yo, incapaz de avanzar, me había retirado a una especie de limbo, que es lo que para mí era Inglaterra. Y también creía que eso, el vivir en el extranjero, bastaba de algún modo para darme una identidad, que tenía mérito... pero no es verdad: no te lleva a ninguna parte, es estéril.

Enterarme de que el señor Soley había muerto —y esa no fue la única sorpresa de esa tarde, ya verás— me dio una brusca sensación de realidad. De realidad y de que el tiempo es limitado, que viene a ser lo mismo.

Ah, es un momento mágico, el de entrar en una exposición o en un museo. Salir de la calle, de la ciudad, de la vida material y cotidiana, apresurada y miope, esa vida que todos llevamos y no deja espacio para nada más... Pero esta vez había otra cosa. Yo acababa de enterarme de que el señor Soley había muerto, y un segundo después, al cruzar el umbral, tuve la sensación de que no, de que era un error, una falsa alarma. Estaba ahí, vivo, en sus cuadros. Allí estaba lo mejor de él, lo mejor y lo más íntimo, eso que tan difícil es expresar, sacar afuera, compartir. Esas cosas que mueren con nosotros, el señor Soley había conseguido salvarlas, entregárnoslas.

Había cuadros maravillosos. Algunos ya los conocía: volví a encontrar el cuadro de la hortensia y el jarrón azul marino que terminé estando yo en La Tramontana. Cuánta sensualidad hay en ese cuadro, qué amor a la luz de la tarde, a esos tonos rosados y azules de las flores, tan delicadas, en contraste con el barro de la maceta, aunque también ese barro está pintado recreándose

en el color y en la materia... y pienso ahora —entonces era demasiado joven —, que había otra cosa: la conciencia, esa que adquirimos tarde y que tanto valor le da a la vida, de que no es eterna... ¿Te dije, por cierto, que el primer cuadro que yo pinté —pero con la precipitación de mi marcha no me lo llevé, me lo olvidé en La Tramontana, y luego, cuando empecé a pintar de verdad, hace dos años, me habría gustado tanto recobrarlo...—, te dije que lo pinté al mismo tiempo que él, representando lo mismo: esa hortensia y ese jarrón azul?

Vi también su evolución. Los cuadros más antiguos son más convencionales, más predecibles: unas barcas de colores vivos reflejándose en el agua, o la Rambla de Barcelona llena de tenderetes de floristas. Luego va empezando a elegir imágenes más modestas, más caseras, más fragmentarias también: la hortensia y el jarrón, una copa en la esquina de una mesa... ya no importa tanto el tema como la composición, el punto de vista... Es como si en los primeros años hubiera buscado temas llamativos para que hablaran por sí mismos; como si no confiara en su pintura. Y hay también una etapa, breve, muy marcada, y eso me sorprendió porque no lo sabía, de abstracción. Formas geométricas, colores puros, y una pincelada uniforme que no da esa sensación que a mí me gusta tanto en sus mejores cuadros: la sensación del cuadro haciéndose, de algo que se desvela despacio, con esfuerzo, con placer, nunca del todo... A mí me parecían cuadros sin alma. Me imagino que fue su primera reacción a la frase del crítico. Pero luego abandonó ese camino, e hizo bien: no porque fuera mejor o peor, sino porque no era el suyo.

... En su segunda o tercera exposición, creo. Hasta entonces, por lo que me contó Marina, todo había parecido tan fácil... Un chico de buena familia, recién casado con una chica también de buena familia —¿no viste una vieja foto de ellos dos en la playa que había en La Tramontana?... se les veía jóvenes, guapos, radiantes...—, y convencidos ambos, me imagino, de que él iba a hacer una carrera meteórica, porque eso parecía tras su primera exposición: había tenido unas críticas espléndidas y lo había vendido todo.

... ¿Ah, sí, fue en ese momento, cuando su primera exposición? ¿Y por qué? Siempre me lo he preguntado. No debía de ser nada baladí, a juzgar por el odio a muerte que se tuvieron madre e hijo desde entonces.

... ¡Vaya! La misma disyuntiva, entonces, para el padre y para el hijo: o la libertad o la empresa familiar. O sea que volvió a pasar lo mismo una generación después. Pero entonces, supongo que el señor Soley debió de apoyar a Salvador, contra su mujer y su madre... Aunque ahora que lo pienso, si le apoyaba, ¿por qué se pelearon?

... ¡No me digas!... Pero ¿cómo lo podía justificar? ¿Cómo podía pretender que su hijo aceptara unas obligaciones, respecto a la familia, que él mismo había eludido?

... ¿Por eso Salvador odiaba tanto a su padre, entonces?... ¿Porque no le había defendido contra las presiones de su madre y su abuela, porque le sacrificaba a los intereses económicos de la familia?

... Sí, claro, entiendo que ellos podían pensar que eran también los intereses de él, pero si él no quería hacerse cargo de la empresa, si prefería tener menos dinero y dedicarse a otra cosa...

O sea que el señor Soley le negaba a Salvador la libertad de la que él mismo había disfrutado. Y el enfrentamiento que él tuvo con su madre, lo reproducía ahora su hijo con él... Pero... pienso en los motivos del señor Soley. ¿No crees que podía estar... no sé si arrepentido de la decisión que había tomado en su juventud, pero al menos...? Quiero decir: quizá pensaba que la suya era una vida que... No sé si a él le hacía feliz, yo creo que sí, pero no habría hecho feliz a cualquiera. Precisamente te estaba contando lo que pasó después de esa primera exposición. No me extraña eso que me has dicho de que fuera entonces cuando se peleó con su madre: el éxito le debió de envalentonar. Pero el crítico y su frase aparecieron como una nube inesperada, una primera gota de lluvia, en un día que se anunciaba espléndido.

... No, qué va, nada de periódico influyente, si ni siquiera se publicó, solo fue —o así me lo contó Marina— un comentario, una frasecita, una palmada en la espalda: «Pero Josep, hombre, ¿cómo se te ocurre seguir haciendo impresionismo a estas alturas?».

... Pues a mí no. A mí no me parece ninguna exageración, no. Yo entiendo muy bien que le afectara, a mí también me habría afectado.

... ¿Que por qué? Pero, Claire... por motivos obvios. Porque... porque es alguien que tiene criterio. Y poder.

... Vale, de acuerdo, no es lo mismo tener criterio que tener poder. Pero eso que dices de que el crítico tiene el poder que tú le das es un poco tramposo. Lo tiene, te guste o no.

... ¿El qué de los teatros? Ah, sí, te decía que colgaban carteles con extractos de críticas: «Brillante», «Genial», «Una noche de teatro inolvidable»... ¿Tú no?... Pues yo sí, sí que me lo creo.

... Sí, alguna vez me ha pasado, más de una vez, no digo en teatro, porque voy poco, pero en pintura sí, hay pintores muy reconocidos que a mí no me gustan nada. Pero pienso que la equivocada soy yo.

... Sí, de acuerdo, soy alguien que se dedica a la pintura y que tiene un criterio, pero no sé qué vale ese criterio.

... Sí, es verdad. Pero ¿no tengo motivos? Yo no he estudiado, yo soy autodidacta en pintura. Marina sí que tiene una formación, ella sí se puede enfrentar...

... ¿Y cómo sabes que no se enfrenta?, ¿por qué lo dices?, si de Marina no sabes nada, quiero decir, sabes aún menos que yo...

... ¿Que por eso, era amante del director del periódico? ¿Por miedo? No sé si te entiendo. ¿Miedo a qué, a quién...?

... Bien, pues sigo. Estaba paseando entre los cuadros, cuando de pronto, ¿sabes a quién veo?... No, no ella, no. Veo acercarse a un hombre de unos cuarenta y tantos años, visiblemente de buena familia, apuesto, bien vestido, con unas gafas de esas que entonces estaban justo empezando a ponerse de moda, de pasta, de un color vivo.

... Sí, era él. Me acerqué, en un primer momento no me reconoció, pero luego, cuando le dije mi nombre, se puso a hacer aspavientos preguntando qué era de mi vida, yo le dije que vivía en Londres, y él empezó a decir: «Entonces, te llamarán Golden... ¿y de apellido cómo era?... ¡Ah, qué bueno! ¡Miss Golden Brown!», y lo repetía: «¡Golden Brown!», como si fuera un chiste divertidísimo. Yo le dije, por cambiar de tema, cuánto me estaba gustando la exposición, y él se echó a reír otra vez: «Ya ves», me contestó, «para no saber nada de nosotros, para no enterarse de qué pasaba en su casa, mi padre tuvo que encerrarse en su estudio durante treinta años. Y, bueno, pues los aprovechó para pintar...».

... No sé exactamente a qué se refería, no sé si a todo en general o a lo que hacía su madre los sábados por la tarde, fingiendo que pasaba la tarde en casa de su suegra... Espera, espera que te cuente el final de esa visita a la exposición.

«Yo les estoy muy agradecida a tus padres», dije yo, «por su invitación a La Tramontana. Aquellas vacaciones significaron mucho para mí». «Pues puedes volver cuando quieras», exclamó él, «y no hará falta que traigas papel de váter». «¿Cómo?», pregunté yo, creyendo que había oído mal. «Que no hará falta que traigas papel de váter», repitió él, «como estos últimos años con mi padre, que recortaba todos los artículos de crítica de arte que salían en la prensa, y los ponía en el váter. Y, bueno, los de periódico limpiaban bien, aunque raspaban un poco el culo, pero los de revistas, con ese papel satinado, no limpiaban nada, oye, tenías que ir a lavarte en el bidé...»... Sí. Exactamente como te lo estoy contando. Yo me quedé helada, claro. ¿Ya era

así cuando tú le conociste? ¿Por qué no me lo cuentas desde el principio? Cómo conociste a Salvador, qué te pareció, qué sabías de su familia...

... Sí, yo también lo vi como alguien extravagante, divertido, en perpetuo movimiento... pero claro, aquí en Inglaterra, eso debía de llamar mucho más la atención. E inteligente, no lo dudo, no me extraña que tuviera tan buenas notas.

... ¿Ah, sí? Que se llevaba mal con su padre lo intuí, pero no sabía que estuviera tan apegado a su madre. Verás cuando acabe de contarte mi visita a la exposición, hay un detalle que... Sigue, sigue.

¿Ya los Soley cómo te los imaginabas? ¿Él hablaba mucho de sus padres?

... Pero no sería el conocerles lo que te hizo tomar la decisión, ¿no?... ¿Cuánto tiempo hacía que salíais?

... Y si ya tenías tantas dudas, ¿cómo es que no paraste ese viaje con tus padres? ¿No te atreviste, era demasiado tarde?

... Pero ¿qué fue exactamente lo que...?

... ¿Un farsante, tú crees? Pero no sé si eres justa al decir que jugaba a bohemio. Él, por lo que me cuentas, había intentado realmente serlo. No tuvo la fuerza, de acuerdo; no fue capaz de rechazar el dinero que le ofrecía su abuela a cambio de que estudiara Económicas. Pero tanto como farsante...

... Ah, eso no me lo habías dicho. ¿Y cómo lo supiste?... Es que doña Lucía no debía de saber que Salvador te había dicho otra cosa. Una beca del gobierno español... Dudo mucho que el gobierno español en esa época diera becas a nadie para estudiar en el extranjero, pero Salvador debía de pensar que era imposible que tú lo comprobaras, y lo que no previo es que su abuela iba a hacer alusión al dinero que le enviaba...

... Sí... la pieza suelta, la pieza díscola, pero que a la hora de la verdad encaja con las demás.

Pobre Salvador, qué lejos estaba de imaginar que al presentarte a su familia, estaba tirando piedras contra su propio tejado.

... Es verdad, quien te ha dicho una mentira puede haberte dicho muchas. O estarse mintiendo a sí mismo. Eso de que iba a terminar Económicas para darle gusto a su familia pero que después iba a volver a dedicarse a la guitarra, a lo mejor se lo creía de verdad.

... Sí, entiendo que no te hiciera ninguna ilusión. Estar casada con alguien que le tiene ese odio enfermizo a su padre y ese apego a su madre... Pero no sé si la señora Soley, como tú dices, te habría hecho la vida imposible. Yo más bien pienso que la señora Soley lo que quería era que la dejaran tranquila. Cedía siempre, aguantaba las impertinencias de su suegra, terminaba dejando

que Marina hiciese lo que le daba la gana con tal de tener la fiesta en paz. No se atrevía con nadie... más que con las criadas.

... Ah, sí, la famosa siesta.

... ¡Claro que lo hacía por fastidiar a sus padres!, a su padre sobre todo; le obligaba a tragarse algo que para un hombre de la generación del señor Soley era un escándalo, sabiendo que no podría impedirlo, que no querría pasar por retrógrado.

... Sí, entiendo... como si hubiera puesto vuestra cama en medio de la terraza.

... Claro, esa guerra no era tu guerra.

Entonces... claro, ahora entiendo por qué Salvador y tú estabais tan sofocados cuando aparecisteis en la terraza... y por eso no quisisteis quedaros a cenar, ¿no?, porque teníais que hablar...

... No, claro que no sorprendió a nadie, yo misma encontré muy comprensible que Salvador estuviera tan deprimido, no se me ocurrió que el motivo pudiera ser otro que la muerte de su abuela, ni por un momento sospeché que tú le hubieras dejado. Y ahora que lo pienso, ¿tus padres lo sabían, se lo dijiste; por eso se fueron de prisa y corriendo, y no porque les hubiera hecho mal efecto la conducta del señor Soley, o no solo?

... Ah, sí, me faltaba contarte el final.

Le pregunté a Salvador si Marina todavía pintaba, y ¿sabes qué me contestó?, me dijo vagamente: «Creo que sí». ¿De verdad puede ser que no lo supiera? ¿Tan poco enterados estaban el uno de la vida del otro? ¿Qué te había contado Salvador de su hermana, antes de que la conocieras?

... Sí, es verdad que eran como dos bandos, el padre con la hija, el hijo con la madre.

Pasó a nuestro lado una señora y él la llamó: «¡Hortensia!». ¿Ya entonces la llamaba, no «mamá», como Marina, sino «Hortensia»? no me fijé...

... Envejecida, claro, pero envejece bien, conserva esa expresión juvenil que siempre tuvo. Llevaba un pantalón y una chaqueta muy sencillos, pero de muy buen corte, muy buena calidad, muy elegante, nada que ver con aquellas faldas largas y alpargatas y collares de bisutería de treinta años atrás. Sí, unos setenta debe de tener... Muy mundana, en cuanto Salvador me presentó: «¡Ay, hola!, ¿qué tal?, ¿tú por aquí? Qué alegría verte, ¿y tus padres?», etcétera, mientras con el rabillo del ojo estaba vigilando a ver qué otros conocidos tenía que saludar. «¿Y Marina, qué tal está?», me apresuré a

preguntarle antes de que se escabullera. «Ah, está muy bien, vive en Madrid, llámala, se alegrará de tener noticias tuyas». Le pedí el teléfono y me lo dio. Y el detalle que te quería contar: Salvador se despidió mientras tanto, y le dijo a su madre: «Nos vemos luego en casa».

... Sí, eso deduje yo: que vive con su madre. Pero espera, que no se acaba aquí. Se acercó un bedel a avisarnos de que era hora de cerrar, y me sobresalté al oír que la señora Soley le preguntaba: «*On és el meu marit?*», «¿dónde está mi marido?», y el bedel le señaló la puerta.

Junto a la puerta había un hombre que la estaba esperando. La señora Soley avanzó apresuradamente hasta allí, le cogió el brazo al hombre y se fueron juntos. Y ¿sabes quién era ese hombre? Tuve tiempo de verle fugazmente. En la cara tenía una gran mancha color vino.

... Efectivamente. Y ya tendríamos que ir yendo a la estación.

... Sí, te tengo que contar la última vez que vi a Marina. Pero no te preocupes, nos sobra tiempo, ¿tomamos un café?

... Es verdad, te lo había prometido. Es una historia rocambolesca, pero deja que te cuente cómo me fui enterando yo.

Ya te digo que en mi casa no se hablaba nunca de ese abuelo. Era tan... no sé cómo calificarlo... era tan vistoso ese silencio, era tan evidente que no se debía al tiempo transcurrido, al olvido, sino que era deliberado... La historia que yo había podido reconstruir era muy escasa: en julio de 1936, mis abuelos, llevando a mi padre que tenía entonces cuatro años, se fueron a pasar las vacaciones a Andalucía, al pueblo de mi abuelo, San Roque. Qué pasó luego, no me lo contaban, todo era borroso: vino la guerra, San Roque quedó en zona nacional, hasta el 39 no pudieron volver a casa, a Madrid, porque era zona republicana, entre tanto mi abuelo había muerto... Un día, cuando ya hacía tiempo que me había dejado de creer lo del andamio, le pregunté a mi madre a bocajarro cómo había muerto, y ella, tomada por sorpresa, me contestó: «Pegando tiros, el muy desgraciado». Creí que por fin lo iba a saber. «¿Cómo fue? ¿Qué hizo?». Pero mi madre solo contestó: «Meterse donde no le llamaban, eso hizo», y no hubo manera de sacarla de ahí.

... ¿Un héroe republicano, dices?... Republicano sí, pero... Es un poco más complicado, ya verás.

Mucho más tarde, un día de 1997, precisamente al volver de ese viaje que te estaba contando a Barcelona, haciendo tiempo en el aeropuerto, me entretuve mirando libros en el quiosco. Y me fijé en uno cuyo autor yo

conocía porque Marina tenía un libro suyo en La Tramontana, un psiquiatra llamado Castilla del Pino. Este era un libro de memorias. Me puse a hojearlo... y caí en la cuenta de que el pueblo del que hablaba, donde había nacido, era el de mi abuelo: San Roque, en Andalucía. Lo compré. Y así me enteré de cómo fue, estoy casi segura, la muerte de mi abuelo.

Ya sabes que, cuando el golpe de Estado militar, en algunos sitios los sublevados consiguieron tomar el poder inmediatamente, en otros, las fuerzas leales al gobierno los aplastaron, y que muchas ciudades y pueblos fueron cambiando de manos a lo largo de la guerra. San Roque fue conquistado enseguida: el 19 de julio ya estaba oficialmente en manos de los golpistas. Estos destituyeron al Ayuntamiento, nombraron en su lugar a una comisión gestora, formada por hombres del pueblo pertenecientes a algún partido de derechas, y hecho todo esto, como parecía que reinaba la calma, se marcharon.

Mi abuelo no sé si era de algún partido, de algún sindicato; ya te digo que no sé nada de él, pero un hombre que a su hijo le pone Liberto...

... Sí, ¿no te lo había dicho?... Es que luego se lo cambió por Roberto, o se lo cambiaron. En fin, así estaban las cosas cuando al amanecer del 27 de julio, llegó una columna de camiones, taxis y autobuses, de los que descendieron milicianos de la CNT y la FAI y carabineros del Ejército republicano. Venían de Málaga, que no está muy lejos de San Roque y que había quedado en manos de los republicanos. Se supo luego que el telegrafista de San Roque les había avisado de que el pueblo estaba desguarnecido y podía tomarse fácilmente. Bajaron, pues, los milicianos y soldados, y se dirigieron al cuartel de la guardia civil. También fueron a buscar casas y detuvieron a algunas personas de derechas.

... No te preocupes, que miro la hora; termino esto y te cuento mi última visita a Marina.

... El mismo telegrafista debió de decirles quiénes eran y dónde vivían, o bien les puso en contacto con alguien del pueblo. Quizá mi abuelo, ¿por qué no?... Pero resulta que, a media mañana, llegó otra columna, esta procedente de Algeciras, que también está muy cerca de San Roque y que estaba en manos de la derecha. Parece ser que las telefonistas del pueblo, dos hermanas, habían avisado a Algeciras de lo que estaba sucediendo. De modo que llegaron, como te digo, unos vehículos de los que bajaron falangistas y moros... Sí, marroquíes, que pertenecían al Ejército nacional. Tenían fama de sanguinarios. Entre tanto, los de izquierdas, tal vez mi abuelo entre ellos, habían colocado contra el muro del cementerio a una veintena de personas de

derechas y se disponían a fusilarlas. Pero al ver llegar a los atacantes, salieron despavoridos. Lo cuenta el autor así —me lo sé de memoria—: «Los más huyeron corriendo a campo traviesa. Otros, ni eso: perdidos por entre las calles de San Roque, se dieron de bruces con los moros y falangistas que reconquistaban el pueblo, y de inmediato fueron fusilados». Uno de ellos debía de ser mi abuelo.

... Pues sí, llamé a Marina, la siguiente vez que fui a Madrid, en diciembre de ese año, el 97. Quería y no quería llamarla; no quería que se sintiera obligada a verme.

La noté sorprendida por teléfono. Me apresuré a explicarle que me había encontrado a su madre, etcétera, y que estaba en Madrid... pero añadí, y además era verdad, que al día siguiente volvía a Londres, por la tarde. Que yo ya entendía que era muy precipitado, que si no podíamos vernos, pues otra vez sería... en fin, dejé la puerta abierta para que declinara cortésmente mi invitación. Pero qué va, todo lo contrario. Que tenía tantas ganas de verme, que por qué no iba a comer a su casa al día siguiente... Tanto entusiasmo me sorprendió, la verdad... Pero yo me moría de ganas, claro, de ver dónde vivía, cómo, con quién... de modo que acepté, y cuando me dio la dirección, me quedé impresionada. Una callecita tranquila que está detrás del Congreso de los Diputados, a dos pasos del Círculo de Bellas Artes. Carísima, debe de ser... De modo que al día siguiente, con la maleta a cuestas, porque después me iba directamente al aeropuerto, cogí el metro, y allí me fui.

Me encontré ante una puerta enorme, antigua, de madera, con un interfono al lado. Solo tres vecinos. Marina vivía en el segundo. Llamé, pero no me contestó ella, sino una voz dulce, servicial, que me dijo: «Un momentito, por favor, señora, ahora bajo a abrir». Y al poco apareció en el portal y me abrió la puerta una chica joven, muy morena, vestida con un uniforme impecable, azul marino, y delantal blanco, educadísima, con acento sudamericano: «Buenas tardes, señora... deje, yo llevo la maleta... La señora Marina la está esperando». Debe de ser un antiguo palacete dividido en pisos; gran portal, escalera de mármol, sin ascensor, todo muy oscuro, y los rellanos decorados con algún óleo, algún baúl, como si fuera una sola casa particular. La criada me cogió el abrigo y la maleta, me hizo pasar al salón, me preguntó: «¿Desea tomar algo mientras viene la señora?». Yo estaba un poco cohibida, la verdad, acordándome de que llevaba un pantalón de pana muy gastado en las rodillas, unos zapatos no muy nuevos y que no hacían juego con el bolso... en ese

salón enorme, grandilocuente y oscuro, de parqué crujiente, sofás de cuero, alfombras persas, y una vitrina con abanicos y porcelanas, todo muy «gran familia de toda la vida», y no sabía qué hacer, si esperar de pie, sentarme... la criada estaba esperando a que le dijera qué quería tomar, y yo preguntándome qué sería lo más discreto, si pedir una coca-cola, un zumo de tomate, un vaso de agua... con ese miedo que tengo siempre, en. Esas situaciones, a meter la pata, sintiéndome como el ratón de campo en casa del ratón de ciudad... y dije que no quería nada, gracias. Vi que sobre una consola había fotografías —con marco de plata, naturalmente— e iba a acercarme a mirarlas, cuando oí unos pasos a mis espaldas: era Marina.

Llevaba un pantalón negro y una blusa blanca, y estaba elegantísima. El corte de la blusa, su tela, lo bien que le quedaban los pantalones... Ni siquiera estoy segura de que fueran prendas caras, los zapatos por ejemplo eran esas zapatillas chinas planas, de suela de goma, negras, abrochadas con un botón... Lo que da el haber nacido en una familia con buen gusto, haberse educado entre objetos bellos, haber visto, desde la infancia, a mujeres bien vestidas... Y seguía tan guapa como siempre. Me dio un par de besos breves, eficaces, de persona ocupada; me pidió que me sentara; me preguntó qué quería tomar y como me vio vacilante, me sugirió: «¿Un fino?», y sin esperar respuesta, le pidió a la chica: «Dos finos»... Me miraba con una sonrisa cordial y un poco irónica, debía de estarse dando cuenta de que yo estaba intimidada y haciendo un gesto con la cabeza, como señalando todo el salón, me explicó: «No te creas, tiene su gracia. Es como vivir en un museo, uno de esos museos a los que nunca va nadie, con guardianes que bostezan... un museo provinciano de artes decorativas... O entre pelucas, armaduras, casas de cartón piedra, en el almacén de un teatro». En ese momento entró la criada con una bandeja y Marina añadió en voz baja: «... mecánico, con sus correspondientes autómatas. Una vez al mes le ponemos antioxidante». Nos llamamos mientras la criada disponía sobre la mesita baja dos copas de fino, un platito con aceitunas rellenas, unas servilletas de hilo, bordadas, y un palillero de plata con palillos también de plata. Cuando salió, Marina, con el mismo tono burlón, me explicó: «La criada iba en el lote».

... Eso mismo me preguntaba yo, estaba muerta de curiosidad, como te imaginas, pero ¿qué iba a decir?, no iba a espetarle: «¿Y todo esto quién lo paga?».

Marina seguía hablando sin parar: «Si bien se mira es una función de utilidad social: alguien tiene que mantener todo esto, no por los Fernández de Bobadilla y Núñez de Figueroa» —lo pronunció así, en un tonillo levemente

sarcástico, y dejó una pausa, casi imperceptible, como para permitirme una pregunta o una exclamación... pero yo estaba del todo desorientada (solo después he sabido que es una ilustre familia madrileña ligada a la política) y no abrí la boca—, «... sino por la nación. Bien mirado, la Dirección General del Patrimonio Histórico tendría que pagarme un sueldo...».

Luego se puso a preguntarme por mí, pero de una manera un poco mecánica. Que dónde vivía, a qué me dedicaba, qué estaba haciendo en Madrid... Yo le contesté a todo, pero ella me cortaba. Terminaba ella las frases. Si yo decía por ejemplo que siempre volvía a Madrid por Navidad, ella explicaba: «Claro, a pasar la Navidad en familia», y no me daba la oportunidad de contarle que mis padres estaban separados, que había dos celebraciones en dos casas. O si decía que David y Nico habían vuelto a Londres antes que yo, Marina explicaba: «Ya, para que el niño pase unos días de la Navidad con sus otros abuelos». Es verdad que esa era la excusa oficial, y que yo misma me la creía, o fingía creérmela, lo fingía ante mí misma, quiero decir, pero en el fondo lo que pasaba es que David y yo hacía ya tiempo que nos aburríamos juntos y habíamos empezado, por una especie de común acuerdo tácito, a buscar pretextos para ir cada uno por su lado. Marina parecía que lo único que quería era meterme en una casilla previamente definida, la casilla marcada: «Convencionalismo».

No paraba de hablar, no me dejaba meter baza. A mí por ejemplo me habría gustado saber algo más de su madre y su hermano, de los últimos años de su padre, de... pero no hubo manera, no me dio oportunidad. Al cabo de un rato de hablar por los codos me dijo: «¿Quieres ver lo que hago?», y me llevó a su estudio.

Joyas, se había puesto a diseñar joyas. Muy curiosas. No sé cómo describirlas... recordaban la joyería africana, y también la estética punk. Cuero, oro, madera, púas...

Estaba enseñándomelas cuando sonó el timbre de la puerta. Se oyeron pasos, la puerta de la calle abriéndose, la voz de la criada, una voz masculina..., pero Marina no se movió.

Me contó que ella diseñaba los modelos, que eran piezas únicas, y un orfebre se los hacía, y yo me preguntaba para mis adentros: ¿y eso cuánto vale?... «¿Los vendes a alguna joyería?», le pregunté por fin, y ella me contestó que no, que una joyería se le habría llevado no sé qué porcentaje, y que prefería prescindir de intermediarios. «Pero para encontrar clientes...» objeté yo tímidamente. «Hay que tener relaciones, claro», me contestó ella

con mucho aplomo. En ese momento llegó la criada anunciando: «Señora, dice el señor que ya pueden almorzar».

Me quedé mirando a Marina, interrogativamente, y ella dijo: «Ven, que te voy a presentar a mi chico».

Supuse que se trataba de un hijo adolescente. ¿Por qué no?, podía ser que cuando la vi en Londres en el 84 ya lo tuviera... Me llevó de vuelta al salón y de allí a un comedor con la mesa puesta, con mantelitos individuales, servilleteros, copas, un jarrón con flores en medio, todo como de revista... y allí había un señor. Era lo único que desentonaba en el conjunto: un señor barrigudo, de unos sesenta años, que nos esperaba de pie, moviendo impacientemente el vaso de *whisky* que tenía en la mano. Marina me lo presentó como «Javier». Y entendí que ese era el «chico». Es que se había puesto de moda en Madrid —pero yo, que iba tan poco a Madrid, no lo sabía — llamar así a lo que en mi época se habría llamado novio, o marido, aunque no lo fuera.

Nos sentamos a comer, yo muy cohibida, él callado, Marina intentando animar la conversación. «¿Qué tal por el congreso?», le preguntó, me imagino que se refería al de los diputados, y él, en un tono displicente, murmuró algo de «esos bobos de la comisión que nos están tocando las narices»... Luego ella le dijo que yo vivía en Londres —de lo que deduje que nunca hasta ese momento le había hablado de mí, ¡con lo que yo le he hablado de Marina a David, y ahora a Alfredo...!—, y él se puso a hablar de Londres, de cuánto había cambiado desde que él lo conoció en los años sesenta, que ya no era lo mismo, que desde que los jeques árabes y los mafiosos rusos se habían puesto a comprarse casas allí, se había llenado de joyerías ostentosas, de restaurantes con pretensiones, carísimos y malos, que se había vuelto una ciudad de nuevos ricos... Yo intervine con algún comentario, pero como vi que no me escuchaba, no insistí. La criada traía y retiraba los platos. «No necesito el coche esta tarde», dijo él, «¿quieres que el conductor te lleve a La Moraleja?». «Nos estamos haciendo una casa en La Moraleja», me explicó Marina con satisfacción.

... Una urbanización a las afueras de Madrid donde viven los nuevos ricos.

«Por cierto», siguió Marina, «que hace unos días, íbamos a visitar las obras y como el chófer es nuevo y no encontraba el camino, bajó la ventanilla para preguntar a alguien, y una señora metió la cabeza y nos dijo: ¡qué bien vivís a costa del pueblo!... Ya ves...». Se rio muy alto. Javier hizo un gesto como de encogerse de hombros y siguió comiendo.

Al terminar de comer pasamos de nuevo al salón. Marina se dio cuenta de que yo miraba de reojo la consola con las fotografías y comentó en un tonillo ácido: «Son fotos de familia de Javier; te podría decir quién es quién, pero de oídas, porque como a mí no me reciben...». Él hizo como que no la oía. Nos sentamos, y la criada nos sirvió el café. Yo no veía la hora de irme. En cuanto me bebí el café dije que me tenía que marchar, mintiendo un poco sobre la hora de mi vuelo... Él se levantó para despedirme, muy caballeroso, me deseó un buen viaje, etcétera. Marina dijo que antes de que me fuese me quería enseñar una cosa, y aún no habíamos salido del salón, cuando él ya estaba enfrascado en el periódico.

Salimos del salón, y ella comentó con una risita, como resumiendo todo lo que me había enseñado de sí misma: «Ya ves: ¡no consigo llevar una vida convencional!».

... ¿Que cómo lo interpreto? No sé muy bien... Yo para empezar no entendía el interés que había puesto en verme, si luego cuando le conté cosas de mí, apenas me escuchaba, y tampoco me dejó hablar, preguntarle sobre ella...

... Sí, eso. Como una puesta en escena... Quizá sí, quizá quería impresionarme. O sea que mi opinión le importa... No lo había pensado, no, no lo había visto así. Entonces, ¿por eso quería mostrarme la riqueza en la que vive, lo importante que es el hombre que la protege... y no quería que yo indagara demasiado, opinara por mi cuenta? No sé... no sé si eso de que su vida es poco convencional lo cree de veras.

¿Pero de verdad tú crees que le importa lo que yo pueda pensar de ella, de su vida?, si yo no soy nadie para ella.

... Ay, Claire, llevas todos estos días haciéndome la misma pregunta. No sé por qué no lo entiendes, a mí me parece muy fácil de entender. Quería ver a Marina, he querido verla o tener noticias tuyas durante todos estos años, me importaba, porque para mí, en mi vida, los Soley...

... Vale, pues Marina, concretamente. A ver: qué representa, dices, Marina para mí... No sé... buena pregunta, pero ¿por qué no me la contestas tú? ¿Adónde quieres llegar?

... ¿Qué entiendes por «versiones oficiales»?

... Sí, es verdad. A mí misma me impresiona, ahora que hablando contigo he hecho la lista... Que mi bisabuelo no era el primer marido de mi bisabuela, que no hubo tal primer marido, y que nunca sabré quién fue el padre de mi abuela. Que mi abuelo no murió como me habían contado. Que el empleo de mi madre en Madrid no era el que ella quería hacer creer, ni mis padres se

conocieron como mi madre me había dicho. Que mi padre mentía respecto a lo que pasó con don Jaime, y que seguramente le estafó. Que doña Lucía ya no tenía la finca con la que contaba su nuera. Que Epi era novia, o amante, del albañil y estaba conchabada con él para convencer a doña Lucía de que vendiera la finca, en la que ellos, al final, consiguieron quedarse un piso, supongo que gratis. Que Marina militaba en un partido clandestino, seguramente ya en la época en que yo la conocí. Que la señora Soley se casó con su cuñado cuando enviudaron los dos, y probablemente se entendía con él antes...

Pero espérate, que falta la sorpresa final... ¿Me acompañas al andén?

Me había anunciado, ya sabes, que antes de que me marchara quería enseñarme algo, «bueno», se corrigió, «darte... mejor dicho, devolvarte. Ya sé que tienes prisa, pero es un momento. Ven». Y me llevó por un pasillo, a una parte de la casa que no había visto. Entramos en un cuartito donde había maletas y me tendió un paquete. «Lo encontré cuando vaciamos la casa de La Tramontana, ya ves». «¿Por qué vaciasteis la casa?», pregunté yo. «Porque al morir mi padre, mi madre la vendió. Además, como su nuevo marido» (sí, le llamaba así, sin mencionar para nada el parentesco anterior; debía de haber olvidado que yo le conocía), «como su nuevo marido entre tanto había comprado la casa que fue de mi abuela, y no tenía sentido que tuvieran dos casas en La Tramontana...».

—¿Y a quién se la vendió?

—A una empresa —dijo Marina encogiéndose de hombros—, una empresa que compra casas viejas, las renueva completamente y las vuelve a vender. Aunque, en este caso, han terminado las obras, pero no parece que la hayan puesto en venta, me dice mi madre que no hay anuncios ni nada.

—¿Cómo se llama la empresa? —pregunté yo, con una corazonada.

—No me acuerdo... un nombre rimbombante: El Águila de Fuego, El Dragón Renacido...

—¿El Ave Fénix?

—Sí, eso es, ¿cómo lo sabes?

—No, por nada... es una empresa muy conocida —improvisé. Y claro que no quieren vender, añadí para mis adentros. Están deseando instalarse en ella, y ya os enteraréis cuando se instalen.

—Abre el paquete, ya verás. Pensé que te haría ilusión.

¿Sabes qué era?... A mí me emocionó mucho, no solo el objeto en sí, sino el saber que lo habían guardado, primero su padre, luego ella. Era mi primer

cuadro, aquel que yo había pintado tímidamente al lado del señor Soley, en su estudio.

Y aquí termina la historia, porque no he vuelto a saber nada más ni de Marina, ni de los Soley. Pero ahora, dime: según tú, ¿por qué me ha interesado tanto Marina, o he estado obsesionada, como tú dices? Ya ves que yo no consigo contestarte, contesta tú, entonces.

... Sí... Quizá tienes razón... Como tú dices... O sea, quieres decir, que para mí Marina, los Soley... ¿Así en abstracto: «los otros»? Que más que conocer, imaginamos, y como tú dices, siempre creemos que son más felices que nosotros... Ahí está el tren.

... Sí, es verdad... Lo pensaba, sí. Quizá lo sigo pensando, no sé... pero en el caso de los Soley... ahora, casi treinta años después, ya no estoy tan segura. Al fin y al cabo, ¿qué sabemos de los otros?

*Liverpool, 2 de agosto de 2007 -
Madrid, 25 de septiembre de 2009,
y Dartmouth College (New Hampshire, Estados Unidos),
20 de septiembre —y de diciembre de 2010*



LAURA FREIXAS (Barcelona, 1958) estudió en el Liceo Francés de su ciudad. Se licenció en Derecho en 1980, pero se ha dedicado siempre a la escritura. Se dio a conocer en 1988 con una colección de relatos, *El asesino en la muñeca*. En 1997 se publicaría su primera novela, *Último domingo en Londres*, a la que seguirían, *Entre amigas* (1998), *Amor o lo que sea* (2005) y *Los otros son más felices* (2011). Ha publicado también otro libro de relatos (*Cuentos a los cuarenta*, 2001) y una autobiografía: *Adolescencia en Barcelona hacia 1970* (2007).

Su último libro publicado es *Una vida subterránea. Diario 1991-1994* (2013). Paralelamente a su obra narrativa, Laura Freixas ha desarrollado una intensa labor como estudiosa y promotora de la literatura escrita por mujeres. En 1996 coordinó y prologó una antología de relatos de autoras españolas contemporáneas, *Madres e hijas* (que alcanzó 9 ediciones en el primer año), y en 2000 publicó el influyente ensayo *Literatura y mujeres*. En 2009 vio la luz otra antología de parecidas características, *Cuentos de amigas*, así como la obra *La novela femenil y sus lectoras* (Premio Leonor de Guzmán).

Ha sido editora, crítica literaria y traductora. Fundó y dirigió de 1987 a 1994 la colección literaria *El espejo de tinta*, de la editorial Grijalbo, donde publicó por primera vez en España a Amos Oz y Elfriede Jelinek, entre otros autores. Ha ejercido la crítica literaria en *El País* y traducido los diarios de Virginia Woolf y de André Gide, así como las cartas de Madame de Sévigné y la

novela de Elisabeth Smart *By Grand Central Station I Sat Down and Wept*. Dirigió el número monográfico de Revista de Occidente consagrado al diario íntimo en España (julio-agosto 1996). Colabora regularmente en distintos medios: *Babelia* (suplemento cultural de *El País*), *Revista de libros*, *Letras libres*, *Mercurio*... y es columnista del periódico *La Vanguardia*.

Ha publicado libros de divulgación como *Taller de narrativa* (1999) y una biografía de la escritora brasileña Clarice Lispector bajo el título *Ladrona de rosas* (2010).

Imparte talleres literarios en diversas instituciones y ha sido profesora, conferenciante o escritora invitada en numerosas Universidades españolas y extranjeras (Estocolmo, Budapest, Londres, Edimburgo...), especialmente de Estados Unidos (Cornell, Virginia, Rutgers, City University de Nueva York, entre otras). Ha dado cursos trimestrales (“Cómo se escribe un cuento”, “La autobiografía española bajo el franquismo”...) en las Universidades estadounidenses de Virginia (2006) Dartmouth College (2010) e Illinois en Urbana-Champaign (2012).

Ha formado parte del jurado del Premio Nacional de Narrativa y del Premio Nacional de las Letras. Pertenece al Parlamento Cultural Europeo y preside la asociación Clásicas y Modernas para la igualdad de género en la cultura (www.clasicasymodernas.org).

Tras haber residido en Francia, como estudiante, y en el Reino Unido, como lectora de español en las Universidades de Bradford y Southampton, vive en Madrid desde 1991.